HASTA QUE DESCUBRÍ QUIÉN ERAS

SARAH RUSELL



HASTA QUE DESCUBRÍ QUIÉN ERAS

SARAH RUSELL

Primera edición.

Hasta que descubrí quién eras

©Sarah Rusell

©julio, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Capítulo 1



Narel

«Hogar, dulce hogar», casi canturreé cuando entré por la puerta de mi casa. Este último viaje había sido breve en comparación con otros que fueron mucho más largos, y aunque me encantaba mi trabajo, con el paso del tiempo empezaba a echar de menos un poco de estabilidad.

¿Os estáis preguntando cuál es esa profesión que me tiene tanto tiempo fuera de casa? No os preocupéis, en nada os lo cuento, pero antes voy a empezar por presentarme.

Me llamo Narel, sí, ya sé que no es un nombre muy común para una malagueña, pero todo tiene su porqué. Pues resulta que Demesia, Demi para los amigos, que así es como se llama mi señora madre, conoció un verano de hace treinta y dos años a un australiano que estaba de vacaciones con sus padres.

Hubo mucha química entre ellos dos, tanta que nueve meses después llegué al mundo y, ¿qué pasó con el australiano? Pues que regresó a su país antes de saber que iba a ser padre y como por aquel entonces los móviles no estaban al alcance de todo el mundo, el contacto entre ellos se perdió.

Por suerte, para mi madre y para mí, poco después llegó a nuestras vidas Óscar, quien al poco tiempo se convirtió en el marido de mi madre y, por lo tanto, en mi padrastro, aunque para mí, desde el primer momento, fue mi padre.

De la unión de ellos nacieron mis dos hermanas, Kora y Alaia. La mayor tenía veintisiete años y la menor veinticinco. Cuando éramos pequeñas, la diferencia de edad entre nosotras era mucho más notoria, pero con el paso de los años fuimos forjando un vínculo muy especial, tanto que hoy en día éramos inseparables, éramos mucho más que hermanas.

Y llegamos a mí. Como ya os he dicho, mi nombre es Narel, tengo treinta y una años y soy fotógrafa *freelance*. O sea, que trabajo por todo el mundo, la verdad. Y aunque suene mal que lo diga yo, soy muy buena en mi trabajo, por eso mismo siempre tengo a directores de revistas, periódicos y demás medios de comunicación detrás de mí para que acepte alguno de sus encargos.

He recorrido muchísimos países y de todos ellos me llevo preciosos recuerdos. Es cierto que de algunos más que de otros, pero en todos he aprendido cosas muy valiosas. Las culturas, sus gentes, su gastronomía… todo forma parte de esos países. El poder disfrutarlos de verdad es saber adaptarte a todo y dejarte llevar por la magia del momento.

Como empecé diciendo, acababa de llegar a casa después de estar dos semanas fuera, y lo único que me apetecía en ese momento era darme una larga ducha, tumbarme en el sofá y dejar el resto para mañana.

Quería entrar directamente a mi habitación. Lo primero que iba a hacer era lo de siempre: darme esa ducha, deshacer la maleta, poner una lavadora y por último, servirme una copa de vino blanco fresquito mientras me recostaba en ese maravilloso sofá que me estaba esperando en el salón.

—¡Sorpresa! —«No, hoy no, ojalá me lo haya imaginado», pensé antes de volverme lentamente y ver a mis hermanas en la puerta de la cocina.

Pues no, no me lo había imaginado, allí estaban las dos, Kora con la botella de vino blanco que previamente había dejado enfriando y una copa en alto, y Alaia con dos copas.

Y las dos con unas sonrisas en la cara, pero no una sonrisa cualquiera, no, ni mucho menos. Las suyas eran unas de esas que te pueden llegar a poner los pelos de punta, porque sabías perfectamente que detrás de ella venía algo que me haría cambiar mis planes por completo.

—A ver, ¿no se suponía que la llave que os di era para que revisarais la casa de vez en cuando durante mis ausencias? —Me puse las manos en la cintura mientras las observaba con atención.

—Y eso es lo que estamos haciendo —contestó Kora.

—Ya lo veo. Sobre todo habéis revisado bien el frigorífico —dije con sarcasmo.

—Deja de protestar y danos un abrazo, que hace dos semanas que no nos vemos —dijo la menor de las tres.

Dejé la maleta en medio del salón y fui a abrazarlas. Si es que en el fondo las quería y mucho.

—Voy a darme una ducha antes que nada y ahora os cuento cómo me ha ido en este viaje —les dije, porque sabía que en nada iban a empezar con las preguntas.

Estaba con los ojos cerrados porque me estaba aclarando el pelo, cuando hasta mí llegó el inconfundible parloteo entre ellas, cada vez más cerca del baño, en fin, que ni ducharme me iban a dejar.

—¿Sabéis lo que significa la palabra intimidad? —Seguía con los ojos cerrados, no me hacía falta mirarlas para saber cómo estaban.

Kora estaría sentada sobre la encimera del lavabo y Alaia sobre la tapa del váter.

—¿Desde cuándo hemos tenido eso entre nosotras?

—Pues deberíamos de empezar a tenerla. Y, ¿si hubiera llegado con alguien?

—No ha sido el caso y menos cuando llegas de viaje. —Sin verla, sabía que Kora se estaba encogiendo de hombros.

—No sé para qué protestas tanto, si en el fondo te encantan las visitas que te hacemos.

—Así es, pero hoy tenía ganas de descansar. Por cierto, ¿cómo están mamá y papá?

—Pues esperando tu llamada. Joder, Narel, deberías llamarles más a menudo cuando estás de viaje. Ya sabes todo lo que se preocupan. —Sé que Kora tenía razón, pero cuando estaba trabajando se me iba el santo al cielo.

Lo que sí cumplía a rajatabla era que, cuando tenía que ir a un país que estuviera en conflicto, todas las noches les hacía una pequeña llamada, aunque solo fuera de unos segundos, para que se quedaran tranquilos.

Me podía poner en la piel de ellos y entendía perfectamente que se preocuparan. Mi problema era que cuando estaba en otro tipo de países me relajaba más y podía olvidarme de llamar alguna que otra noche.

—Eso no es justo, sabes que llamo casi todos los días, es verdad que esta vez lo he hecho algo menos, pero es que estaba en Italia y allí no hay peligro. —Salí de la ducha y me envolví en una toalla—. Además, he estado algo más ocupada. —Sonreí de medio lado.

—Tú has sido mala en este viaje. —Me señaló con el dedo Alaia, muerta de la risa.

—Solo un poquito. —Madre mía, con solo recordarlo, me temblaba las piernas.

—Por tu cara no ha sido solo un poquito, como tú dices. —Tenía cuatro pares de ojos observando todos mis movimientos, a la espera de que empezara a hablar.

—Os recomiendo, desde ya, que sí queréis disfrutar como locas, os vayáis a Italia unos días. —Escalofríos me entraban cuando pensaba en mi última noche allí.

—No será para tanto. —Le quitó importancia Kora.

—No, para tanto, no es, es para mucho más. Solo os voy a decir que no me ha dejado ni respirar en toda la noche.

—Joder, ¿dónde están esos hombres que no doy con ellos?

—Es que no sabéis elegir bien. —Les guiñé un ojo.

—Qué mala suerte tengo. —Resopló Kora—. Con los que he tenido algo, o he tenido que fingir para terminar cuanto antes, o tenía que decirles dónde tocar. ¡Uf, menudos inútiles!

—Y lo mejor de todo es que encima se creen que son los mejores en la cama y no saben ni dónde tenemos el clítoris. —Nos empezamos a reír las tres con el comentario de Alaia.

Que conste que no todos los hombres son así, que aquí estamos hablando de nuestra experiencia.

—Pues a este no he tenido que decirle nada, os juro que me ha hecho disfrutar como una loca.

—Qué asco me das. —Me reí lo más grande al ver la cara que había puesto Kora.

—No seas mentirosa, Kora, que lo que te da es envidia —le dijo la menor de las tres.

—Pues también es verdad, me corroe la envidia, pero eso no quiere decir que no me alegre por ti.

Me siguieron hasta la habitación, cogí un pijama y unas braguitas y ellas se sentaron en mi cama.

—¿Me vais a decir ya por qué estáis aquí? —Cogí del tocador la crema hidratante y empecé a extendérmela por el cuerpo.

—Sobre todo queríamos ver a nuestra hermana. —Miré a Kora como diciendo que eso solo no era el motivo—. Vale, también para decirte que para mañana por la noche no hagas planes, que ya los tenemos.

—¿Y cuáles son esos planes? Si se puede saber.

—Mañana abre un nuevo club de playa —habló Alaia— y resulta que tenemos tres entradas, que todo sea dicho, se lo tenemos que agradecer a un amigo DJ que me las ha dado.

—Seguro que es amigo solo —ironizó Kora.

—Bueno, es de los pocos que me han hecho ver las estrellas, por lo tanto, es un amigo un poco más especial. —Se le escapó una sonrisilla.

—¿Y por qué no vais vosotras?

—No seas aguafiestas, Narel. Te estás volviendo una vieja cascarrabias.

—¿Vieja yo? —Me señalé a mí misma—. Kora, cuando quieras, te tumbo a chupitos. Lo que me pasa es que me apetece disfrutar de la tranquilidad de mi casa, que vosotras no estáis todo el día de aquí para allá.

—Lo que yo he dicho, una vieja. Más vale que te busques un marido, tengas hijos y una casa llena de perros y gatos. —Qué hija de su madre era.

—Ahora te vas a entrar. —Me lancé sobre las dos que estaban sentadas en mi cama. Empecé a hacerles cosquillas. Al final nos liamos unas con otras y hasta que no estábamos llorando de la risa y con dolor de barriga por culpa de ello, no nos detuvimos.

Estos momentos con mis hermanas eran de lo mejor que podía vivir, aunque algunas veces nos mataríamos las unas a las otras, pero nosotras éramos como los tres mosqueteros, en este caso mosqueteras. Siempre estábamos una para todas y todas para una.

Al final, entre charla y risas, nos bebimos la botella de vino sin darnos cuenta. Menos mal que mis hermanas fueron precavidas y habían metido otras dos en el congelador para que se enfriaran antes.

—El vino está muy bueno y todo lo que queráis, pero ¿qué os parece si pedimos comida italiana para acompañarlo? —nos preguntó Alaia.

—Por mí, perfecto —contesté.

—A mí me parece de lujo, y así a Narel le traerá recuerdos de ese pedazo de bombón italiano que se ha tirado.

—Qué burra eres. —Le di un manotazo.

Capítulo 2



Nathan

—Tío, ¿qué piensas hacer estos días? —me preguntó Arlo desde una de las duchas.

—Descansar, eso es lo primero que voy a hacer.

—Para descansar solo necesitas un día, te sobran tres —comentó Hugh mientras se enrollaba una toalla en la cintura.

—Supongo que también iré a visitar a mi padre, con este trabajo lo veo poco.

Terminé de desnudarme para meterme bajo la ducha. El entrenamiento de hoy había sido un poco más duro que de costumbre. De vez en cuando me gustaba que mis hombres se esforzaran un poco más, nunca se sabía cuándo teníamos que actuar y, por lo tanto, debíamos estar totalmente en forma y preparados.

A mi cargo tenía a nueve hombres, entre ellos estaban mis dos mejores amigos, Arlo y Hugh. Conmigo éramos diez los que formábamos este grupo y la responsabilidad recaía en mí.

Nosotros éramos un Grupo Táctico Policial o lo que es lo mismo, PTG. Somos un equipo especial de la policía que se dedicaba a intervenir cuando había amenazas terroristas o rescate de rehenes.

Estábamos altamente cualificados para actuar en el momento en que se nos requería y aunque yo era el que estaba al mando de todo, también me entrenaba con la misma intensidad que los demás y en muchas ocasiones me exigía mucho más que a ellos.

Lo que tenía este trabajo era que, aunque nos tocaran días de descanso, si en algún momento nos necesitaban, debíamos dejar todo lo que estuviéramos haciendo para acudir a la llamada.

Era evidente de que cuando estábamos de vacaciones no nos llamaban nunca, eso se respetaba, pero los días libres eran otro cantar, porque en realidad no lo eran como tal. Digamos entre comillas que debíamos estar operativos, pero fuera de la base.

—Estos días haz todo lo que tengas que hacer, con la condición de que mañana por la noche salgamos los tres para despejarnos.

En Sídney era un no parar, siempre había algo que hacer. Vamos, que aburrirse en mi ciudad natal era un imposible, porque había vida allá por donde miraras y para todos los gustos, ya que teníamos muy buenas playas, naturaleza, vida nocturna y un sinfín de lugares a los que poder ir.

Me encantaba mi ciudad y mi país. Mis amigos y yo habíamos viajado mucho en nuestras vacaciones y lo habíamos disfrutado bastante, pero como me sentía aquí, en pocos lugares me había sentido. Qué le vamos a hacer, me encantaba mi ciudad.

—Ya sabéis de sobra que me apunto a todo lo que haga falta. —A ellos no les tenía que recordar que estos días no podíamos beber alcohol, tampoco es que nos hiciera falta para pasarlo bien.

—Jefe, hoy te has pasado —dijo Lewis, otro de mis hombres—. Me duelen hasta los dientes, a ver cómo le respondo hoy a mi mujer —pronunció entre resoplidos.

—Nada, hombre, si tú no le puedes responder, yo te puedo hacer el favor de responderle por ti.

—Arlo, todavía me quedan fuerzas para dejarte un ojo morado. —Entre nosotros había muy buen ambiente y aunque a algunos les gustara pinchar a otros, las risas estaban servidas.

—Algún día sí que te lo van a poner o lo que es peor, te van a dejar sin dientes —le dije a mi amigo al pasar por su lado para ir a mi taquilla.

—Todavía no ha nacido quien pueda con Arlo. —Se nombró a sí mismo mientras levantaba un brazo para marcar el bíceps.

—Cuando quieras, te tumbo en el ring —habló otro de mis hombres y este era uno de los más jóvenes.

—Mira niñato, contigo no tengo ni para empezar. —Sonrió con chulería—. No os engañéis, hasta ahora no habéis podido conmigo ninguno de vosotros. —Los señaló a todos.

—Te recuerdo que Nathan te tumba cada vez que le da la gana. —Hugh era otro de los que disfrutaba pinchando.

—A mí, dejadme fuera de vuestras niñerías —les contesté, porque me los estaba viendo venir para el próximo entrenamiento.

Mejor terminaba de vestirme y salía por la puerta, porque la cosa se estaba poniendo en plan machos alfa y yo pasaba de eso.

—Me voy, chicos. No hace falta que os recuerde que debéis tener el teléfono operativo las veinticuatro horas. —Me puse serio, de más sabían ellos que cuando se trataba de trabajo las bromas quedaban fuera de juego.

—Oído, jefe —contestaron casi al unísono.

Estaba llegando a mi coche cuando oí que me estaban llamando.

—Eh, Nathan, espera. ¿Me puedes acercar a mi casa? Es que esta mañana me trajo Arlo porque mi coche no arrancaba, pero dice que ahora no me puede llevar.

—Eso no se pregunta, anda, sube y más vale que vayas cambiando de coche. —Hugh negó con la cabeza.

—Si es un clásico, lo que pasa es que necesita unos retoquillos de nada. —Lo miré como preguntándole si me estaba vacilando—. Que sí, no me mires así, ya verás cuando lo tenga totalmente restaurado.

—A ver, Hugh, que me parece estupendo que quieras mantener ese coche, por eso de que era de tu abuelo, pero creo que deberías comprarte otro.

—En eso estoy de acuerdo contigo, llevo una semana mirando modelos, pero no encuentro alguno que realmente me convenza.

—Tío, ¿me estás diciendo que no te convence ninguno y sí lo hace la chatarra que tienes?

—Que no es una chatarra, es un clásico. —Él defendería su coche hasta la muerte. Y os juro que no era un clásico, era una auténtica chatarra.

—Como tú digas, pero que modelos de coches hay para todos los gustos y con el sueldo que tienes te puedes permitir el que quieras.

—Lo sé, pero no me decido. Muchas veces me llama más la atención algo tipo todoterreno y otras, más deportivo.

—Hombre, para los lugares que sueles moverte yo optaría por un Range Rover Sport. Ese es un gran coche y te vale tanto para la ciudad como para la naturaleza.

—No es mala opción, de todos modos, seguiré mirando algunos más. Por cierto, ¿has vuelto a saber algo más de Evi? ¿Cómo le va? —Evi era mi expareja, habíamos estado muchos años juntos, pero al final no pudo ser. Aunque seguíamos manteniendo el contacto y nos llevábamos bien.

Con mi trabajo era muy difícil mantener una relación estable. Así que supongo que es como dice todo el mundo, se nos apagó la chispa. Yo la seguía queriendo mucho y ella a mí, pero como amigos. Evi conoció un tiempo después a un gran hombre y hoy en día estaban casados y muy felices.

De vez en cuando ella y Jack, que así se llama su marido, salían con nosotros. Él era un hombre que enseguida nos supo ganar, le gustaba el cachondeo mucho más que a Arlo y mira que eso ya era mucho decir, pero lo que me gustaba más de él era lo bien que siempre trataba a su mujer.

—Esta semana no he hablado ni con ella ni con Jack. Mañana les escribiré por si se quieren unir a nosotros por la noche.

—Jamás imaginé que el marido de tu ex se iba a llevar tan bien contigo. —No se lo imaginaba él ni yo.

—Supongo que tuvo claro que lo nuestro ya pasó, y que no sentíamos nada el uno por el otro.

—La verdad, que tías como tu ex hay muy pocas y lo mejor de todo es lo bien que terminasteis.

—Sí, Evi es especial y siempre lo será. —Como amiga, que quede claro.

—¿No echas de menos tener a alguien a tu lado? Porque no sé lo que me pasa últimamente, que me está picando el gusanillo. —Lo miré por unos segundos, porque no me podía creer que Hugh hubiera dicho eso—. Cómo le digas algo de esto a Arlo, lo negaré el resto de mi vida. —Sí, mejor no decirle nada, porque si no el resultado sería que se estaría riendo todo el día a costa de Hugh.

—Tranquilo, no pienso decirle nada, por el bien tuyo y por el bien de la unidad. —Me aguanté la risa como pude—. ¿Y por qué no buscas algo?

—Mejor lo dejamos en manos del destino, cuando tenga que llegar, llegará.

Lo dejé la puerta de su casa despidiéndonos hasta el día siguiente. Yo seguí mi camino para casa, por la hora que era prefería llegarme mañana por la mañana a ver a mi padre. En cuanto llegara a casa le iba a poner un mensaje para que me esperara para el desayuno.

—¡Maui! ¿Qué cojones has hecho esta vez? —No me podía creer que lo que estaba viendo.

¿Cómo había abierto el vestidor? El caso era que lo hizo y había sacado unas zapatillas de deporte y las tenía hechas a pedazos y repartidas por todo el salón.

Y no penséis que no sabía lo que hacía, que el muy capullo lo sabía de sobra, porque listo era y lo demostraba siempre.

—¡Maui, ven aquí ahora mismo y no te escondas! —Maui era un dingo, para los que no sepáis qué es, os lo aclaro. Un dingo es una raza entre un lobo y un perro salvaje, no llega a ser de la familia de los lobos como tal, pero sí una subespecie que proviene de ellos.

Normalmente, son salvajes y suelen vivir en sus propias manadas, aunque aquí en Australia sí es legal tenerlos, pero no los podemos sacar del país. Pues eso, que Maui era un dingo de color blanco crema, aunque los más comunes eran los de color anaranjado.

Él llegó a mi vida hace tres años cuando regresaba a casa y cerca de la puerta lo vi siendo una cría, no pude dejarlo allí y mira que yo no tenía ni idea de cómo criar esta raza, porque no nos vamos a engañar, eran difíciles de cojones, pero lo conseguí.

Por norma general no me rompía nada, eso sí, había que hacer que se cansara mucho corriendo y jugando y todo lo que había roto estaba seguro de que era porque mi padre no había podido venir para sacarlo a media mañana como todos los días.

—No me mires así. —No, no estoy loco y le hablo mucho a Maui, porque de tonto no tiene ni un pelo—. Que sepas que te has quedado sin pollo. —En tres, dos, uno… ahí estaba su aullido de protesta, porque eso es otra cosa que tienen los dingos, ellos no ladran, ellos aúllan. Para que veáis qué listo es el tío.

Por mucho que no me gustara castigarlo, tenía que hacerlo, porque no podía consentir que fuera rompiendo cosas cuando el abuelo no podía venir a sacarlo. No sé qué le daba mi padre, el caso es que Maui no podía vivir sin él.

Me puse a recoger todo el estropicio que había hecho y después me puse a preparar la cena. No penséis que no le iba a dar de cenar, lo que pasa es que su comida favorita era el pollo y hoy no pensaba dárselo, me daba igual todo lo que protestara, porque tenía claro que lo iba a hacer.

—Maui, aquí tienes. —Le puse su plato de pienso mezclado con ternera que le había cocido—. No protestes y come, que ya quisieran comer otros lo que te pongo a ti. Si mañana te portas bien, te daré tu pollo.

Mira que era cabezota. Me puse a cenar y lo ignoré. Si no lo hacía así, no comería él y no me dejaría comer a mí.

Capítulo 3



Narel

—Esta vez te vas muy lejos. De todos modos, prefiero que sea lejos antes que a otros países a los que has ido. —Mi madre había cogido carrerilla hablando y no había quien la frenara—. ¿Y por cuánto tiempo es? —preguntó finalmente.

Había venido a la casa de mis padres para cenar con ellos y con mis hermanas antes de ir las tres a la apertura de ese nuevo club.

—No te puedo decir con certeza cuántos días serán. —Vi que apretaba los labios en señal de disgusto—. Mamá, sabes que me dedico a lo que me apasiona. Además, voy a aprovechar este viaje para hacer otro trabajo que he estado postergando porque no me merecía la pena ir, pero ahora que ha surgido este, sí que lo voy a hacer también. —Miré a mi padre buscando un poco de apoyo—. Así que creo que como mínimo se alargará mes y medio. —Me encogí de hombros esperando el grito de mi madre.

No penséis que mi madre no me comprendía ni apoyaba, lo hacía y mucho. Y si tenía que dar las gracias de ser lo que hoy en día soy, se las tenía que dar a ella y a mi padre. Ellos han sido siempre quienes me han animado a luchar por mis sueños y a ser una mujer fuerte e independiente.

Lo único que le pasaba a ella era que tenía que ir al país del que era mi padre biológico, «como si fuera tan sencillo dar con él».

Nunca había buscado a mi padre, no lo había necesitado. Para mí, mi padre era el que estaba sentado al lado dándome la mano en esos momentos. Ojo, que al otro no le guardo rencor, él no sabía que iba a ser padre, por lo tanto, si no lo sabía, no podía hacerse responsable.

—¡¿Mes y medio?! —No distinguía si estaba gritando o preguntando —. Narel, eso es mucho más tiempo que de costumbre.

—Mamá, ¿te quieres tranquilizar? —Saltó Kora—. Que sí, que te entiendo, se va a muchos kilómetros, pero se va a un país muy seguro. —Se levantó para ponerse detrás de ella, mi madre estaba sentada y Kora se colocó a su espalda para abrazarla de esa manera y darle un beso en la mejilla.

—Lo sé, Kora, pero eso no quita que cada vez que se va de viaje no me preocupe. —Le dio un apretón a la mano que mi hermana le tenía puesta en el hombro.

—Demi, no le des más importancia de la que tiene. —Menos mal que mi padre siempre me echaba una mano cuando mi madre se ponía así.

—¿Qué tal si terminamos de cenar? —propuso Alaia—. Todavía faltan casi dos semanas para que Narel se tenga que ir.

—Sé que todos tenéis razón, pero no lo puedo evitar. —Nos miró a todos con una sonrisa, no obstante yo la conocía bien y sabía que era una de esas sonrisas que utilizaba para salir del paso—. Es mi niña, no importa los años que tengáis, todas vais a ser siempre mis niñas.

—Mamá, no seas exagerada, que ya tenemos en el papo más pelos que tú.

—Kora, por muchos pelos que tengáis, es como he dicho y chitón —le advirtió señalándola con el tenedor.

—Vale, vale, no hace falta que amenaces. —Levantó las manos como si se estuviera rindiendo.

—Por cierto, Narel. Me han dicho tus hermanas que has tenido un viaje a Italia algo más intenso que de costumbre. —Miré a mi padre con los ojos como platos.

A ver, que estaba acostumbrada que en mi familia hablábamos de todo, y cuando digo de todo, es que lo es. Si hasta le conté al día siguiente de haber perdido la virginidad con quién lo había hecho y que, de haber sabido que iba a ser tan decepcionante, no lo habría hecho.

El capullo de mi padre no se pudo reír más de mí al oírme contárselo con la indignación con la que lo estaba haciendo. Recuerdo que le pregunté que si él era así con mamá y no le dio tiempo a responderme, porque mi madre nos había oído y su contestación fue, «cariño, tú padre hace que vea las estrellas».

Me estuvieron diciendo que era normal, que la primera vez me sintiera así de frustrada y más si había tenido la mala suerte de dar con un niñato egoísta que solo pensaba en él mismo y que no sabía hacer las cosas bien.

Desde luego que mi primera experiencia nos valió a mis hermanas y a mí. A ellas porque les di unos cuantos consejos y a mí para no volver a cometer el mismo error dos veces.

No veáis lo que me he enrollado para deciros que en mi familia podíamos hablar de todo sin ningún tapujo. A lo que iba, al final mataba a mis hermanas por tener la boca tan grande.

—Anda, que os ha faltado tiempo para soltarlo todo —las acusé.

—Entiéndelo, sabes que los acontecimientos especiales los compartimos siempre. —Alaia soltaba las cosas y se quedaba tan pancha.

—¿Y qué tiene de especial que me haya acostado con un hombre?

—Hija, teniendo en cuenta que ya llevabas una temporada en sequía y que decidieras dar el paso con ese hombre, es porque algo te llamaría la atención. —Mi madre sí que me conocía bien.

—Me llamaron la atención varias cosas, entre ellas, lo sensual, carismático y atento que fue en todo momento conmigo y para qué nos vamos a engañar, sabía muy bien lo que hacía. —Cogí un trocito de jamón—. Claro está que eso lo descubrí después. —Me comí el jamón, que estaba de vicio, más aún porque mi padre lo cortaba tan fino que era un gusto comerlo así.

Estábamos cenando en plan picoteo. Muchas noches en verano nos gustaba hacer este tipo de cenas en nuestro patio, bueno, más bien en el patio de la casa de mis padres.

Ellos vivían en la típica casa andaluza, de esas que tienen su patio interior lleno de flores, pues así lo tenían mis padres. La casa era preciosa y muy grande. Y si encima si le añades que donde estaba era una zona de lo más tranquila, no os podéis ni imaginar la niñez tan bonita que tuvimos.

—Yo no es por nada, pero como no espabilemos, vamos a llegar a la hora del cierre. —Nos metió prisa Kora.

Salimos de casa de mis padres cuando el taxi que habíamos pedido nos tocó el claxon anunciando que había llegado. Alaia le dio la dirección del club al que nos tenía que llevar.

—Sois los terceros clientes que llevo esta noche a ese club —nos comentó el taxista.

—Es que se inaugura hoy y por lo visto, el dueño es muy famoso y va a hacerlo por todo lo alto. —No hace falta decir que la que estaba hablando con el taxista era Alaia, de las tres era la que más rápido entablaba conversación con desconocidos.

—Pues, por lo que he visto cuando dejé allí a los clientes anteriores —nos miró por el espejo retrovisor con una sonrisa—, hay muchas personas, pero muchas.

Nos hizo gracia que le diera bastante énfasis a la palabra «muchas». Se ve que el pobre hombre no estaba acostumbrado a ir a sitios de moda. En cuanto nos dejó allí, pagamos la carrera y le dimos una buena propina. Se lo merecía por la amabilidad con la que nos había tratado.

Como nos dijo el taxista, esto estaba lleno a reventar. El dueño del club lo había dado todo en la inauguración. El único requisito que pidió fue que todos sus invitados fuéramos vestidos de blanco, por lo visto lo quería hacer al estilo ibicenco.

Tenía DJ, los camareros no paraban de pasar con bandejas llenas de todas las clases de bebidas, había bailarines profesionales y hasta en un momento dado de la madrugada hubo fuegos artificiales. Viendo el ambiente que había, el desmadre estaba servido.

No sé cuánta cantidad de alcohol bebimos mis hermanas y yo, pero lo peor no fue la cantidad, lo peor fue la mezcla que hicimos: cócteles, cubatas, chupitos y hasta champán, y eso que por lo menos a mí no me gustaba esa última bebida. Supongo que cuando vamos pasadas de copas nos da igual ocho que ochenta, vamos, que si me hubieran puesto el agua de los floreros también me la habría bebido.

—Me meo, pero me meo mucho —nos dijo Kora con las piernas cruzadas para intentar aguantar.

—Pues ve al baño —le contestó Alaia.

—Que al baño no llego.

—Pues métete en el mar —le dije en plan cachondeo.

Se ve que se lo tomó al pie de la letra, porque echó a correr hacia la orilla. Lo mejor no fue eso, lo mejor fue que todavía llevaba puestos los zapatos de tacón. Y claro, aquí estábamos montadas en una tarima de madera, pero en el momento en que mi hermana tocó la arena con esos tacones, más no nos pudimos reír al verla.

Los pies se le doblaban en todas direcciones y a duras penas se podía mantener en pie. Estaba cerca de la orilla cuando uno de los pies se le hundió un poco más de la cuenta. El resultado: ella de boca en la orilla, y mi hermana pequeña y yo muertas de la risa al verla.

—Hijas de puta, no os riais, que al final no he llegado a tiempo y me he meado encima. —Más nos reíamos nosotras.

—¡Ja, ja, ja, ay, que me da! —dije doblada de la risa.

—Siempre con una cámara en las manos y los mejores momentos no los inmortalizas. —Alaia estaba sembrada.

Al final Kora se tuvo que meter dentro del agua. Lo más normal, puesto que se había meado encima. De tanto reírnos, tuvimos que hacer lo mismo que ella: meternos dentro del agua para hacer pis allí. Debo aclarar que esto lo hicimos porque no estábamos muy lúcidas en esos momentos, ya que en circunstancias normales no lo habríamos hecho.

También tengo que ser sincera y decir que nosotras tres no fuimos las únicas que nos metimos con la ropa en el mar. Eso sí, fuimos las que dimos el pistoletazo de salida, porque después de nosotras se metieron mínimo quince personas más.

Capítulo 4



Nathan

—Maui, vamos. —Siempre lo tenía suelto, pero cuando teníamos que salir de casa le ponía su collar y su correa. No era por miedo a que él se escapara, es solo que las leyes me obligaban a llevarlo atado.

Era como un niño pequeño cuando lo llevas al parque: se ponía nervioso, no podía parar de mover la cola y no dejaba de dar saltos. Para Maui, cualquier salida era una aventura, pero cuando empezaba a reconocer el camino a casa de mi padre… ahí ya no había vuelta atrás: la emoción le salía por las orejas.

Abrí la puerta del copiloto y se sentó en el asiento; en cuanto bajé la ventanilla de su lado, sacó la cabeza. Le encantaba que le diera el aire mientras iba conduciendo.

—Maui, no te puedes bajar del coche hasta que lo haya detenido por completo. —Me miró como diciendo, voy a hacer lo que me dé la gana—. No me ignores, te lo digo en serio, es peligroso. —Soltó un pequeño aullido de resignación.

Al entrar por el camino de grava que conducía a la casa de mi padre, empecé a reducir la velocidad, momento que aprovechó Maui para saltar por la ventanilla y salir corriendo al encuentro de mi padre. Mira que ya se lo había advertido.

En la puerta de casa estaba mi padre esperándonos, y por lo que pude ver, ya le estaba dando chuches a Maui, así era normal que le encantara pasar tiempo con mi padre, si lo tenía superconsentido.

—Lo tienes más consentido que un niño. —Me acerqué a mi padre para abrazarlo—. Yo riñéndole para que no saltara por la ventanilla, y vas tú y le premias con una recompensa.

—No tengo nietos a los que consentir, eso es culpa tuya, no mía —me recriminó porque ya llevaba mucho tiempo pidiéndome un nieto. Como si los nietos crecieran en los árboles—. Y mi chico es muy bueno y siempre se porta como un campeón.

—Será contigo, porque no veas la que me lía el día que no vas a sacarlo por la mañana.

—Maui, no lo escuches. —Se agachó para darle un beso entre los ojos—. Vamos, que te tengo un poco de pollo preparado, que sé que anoche te dejaron sin él. —Mi padre me echó una mirada que haría temblar hasta al más valiente.

—Me rindo con vosotros dos. —Levanté las manos en señal de rendición—. Haced lo que queráis.

Entré dentro de casa para ir directamente a la cocina y ponerme a preparar el desayuno. Como dijo mi padre, ya le tenía preparado el cuenco con el pollo.

Me puse a hacer los huevos revueltos y el beicon mientras mi padre hacía las tostadas y el café. En cuanto estuvo todo preparado, lo colocamos en la mesa de la cocina, y antes de sentarnos, mi padre le puso a Maui su comida.

—¿Te quedas con él hoy? —Señalé con la cabeza hacia donde estaba mi amigo de cuatro patas—. Esta noche voy a salir con los chicos y no quiero que me la vuelva a liar.

—Hijo, no tienes que preguntar, sabes que me lo quedo encantado. —Como el señorito ya había terminado de comer, se sentó en una silla al lado de mi padre y era para verlo. Cuando él hablaba, lo miraba atento y cuando lo hacía yo también, era como si estuviera de lo más interesado en lo que estábamos hablando—. ¿A que tú prefieres estar con el abuelo? —Y, cómo no, aulló en señal de afirmación.

—El día menos pensado te dejo aquí para siempre. —Era un pelota de primera, en cuanto me escuchó de decir esas palabras, se bajó de la silla y vino a mí para darme unos cuantos de lametones.

Lo que no me quedaba muy claro era si esos lametazos eran porque no quería que lo dejara aquí para siempre o porque sí. En fin, que mejor me dedicaba a disfrutar de este desayuno con mi padre y me olvidaba de Maui y sus caprichos.

Desde que murió mi madre, mi padre se había sentido muy solo. Yo intentaba ir a verlo y pasar con él todo el tiempo que pudiera, pero muchas veces se me hacía muy complicado, y aunque él nunca me hubiera dicho nada, le venían muy bien mis visitas.

Cuando mi madre murió, fue un duro golpe para los dos. Supongo que la vida era así para todo el mundo, aunque ese pensamiento no hiciera que dejara de doler o que doliera menos, solo lo hacía un poco más llevadero. Desde ese día ya habían pasado cinco años. Sí, se nos fue demasiado pronto y la pobre siempre pensó que mi padre o yo seríamos los que iríamos primero por nuestra profesión. Porque, por suerte o por desgracia, yo escogí la misma profesión que ejerció mi padre, supongo que, de tal palo, tal astilla.

—¿Y a dónde pensáis salir?

—No sé, creo que Arlo ya tiene pensado a dónde ir, ya lo conoces. Haciendo él los planes, cualquier cosa puede pasar.

—Sí, ese muchacho es lo que no hay. Por cierto, ya va siendo hora de que hagamos otra barbacoa con los chicos.

Las barbacoas que hacía mi padre no eran solo para nosotros, no, ni mucho menos. A las barbacoas que organizaba él, venía gran parte de los vecinos, y todos ellos llegaban con las manos llenas. La verdad que mi padre vivía en un barrio muy familiar, donde todo el mundo se implicaba con el vecino.

—Sí, yo creo que va siendo hora de una de tus famosas barbacoas. Cuando sepamos el día, se lo diré a Evi y a Jack para que vengan también.

—Me parece estupendo, esta noche se lo comentas a los chicos.

—Esta noche se lo comento, pero tendrá que ser cuando descansemos la próxima vez.

—Lo entiendo, sé cómo es ese trabajo más que se sobra. —Como para no saberlo.

Un rato más tarde me despedí de mi padre y de Maui, ya que tenía que comprar algunas cosas que me faltaban en casa. Me gustaban los días de descanso para hacer una buena compra y tener el congelador y frigorífico llenos. Con los horarios que solía tener, si no lo hacía así, me resultaba mucho más difícil.

Arlo: *A las ocho todo el mundo en mi casa.* —Nos llegó el mensaje al grupo que teníamos los tres.

Nathan: *Ok.*

Hugh: *Allí nos vemos.*

Arlo: *Nathan, ¿le has preguntado a Evi si se apuntan?*

Nathan: *Dicen que ya tenían planes hechos, que para la próxima se apuntan.*

Hugh: *Ellos se lo pierden, ja, ja, ja.*

Arlo: *Nos vemos en un rato.*

Nathan: *Hasta luego.*

Hugh: *Que os den, capullos.* —Y como casi siempre, terminó poniendo la mano con el dedo corazón.

Arlo: *El dedo te lo metes por el culo, que seguro que te encanta.*

Mejor me desconectaba y los dejaba a lo suyo, porque ahora iban a empezar a lanzarse pullas el uno al otro y cuando esos dos empezaban, no tenían fin.

Entre que parte de la mañana la había echado con mi padre, posteriormente la compra y dejarla toda separada y congelada por días, se me fue hasta el mediodía, así que me preparé algo de comer y después, todo sea dicho, me tendí un rato en el sofá para ver algo de deporte, que al final no vi nada porque me quedé dormido, pero me vino muy bien ese pequeño descanso.

—Menos mal que eres puntual —me dijo Arlo cuando me abrió la puerta.

—Sabes de sobra que no me gusta llegar tarde.

—Todo lo puntual que eres tú lo es de impuntual el que falta.

—¿Qué tienes pensado que hagamos esta noche?

—Pues, más o menos lo de siempre: ir a cenar a nuestro rollo y después ir a algún local que tenga buen ambiente.

Estaba cerrando la puerta a mis espaldas cuando un pie impidió que la cerrara.

—¿Pensabais dejarme en la calle? —dijo el tercero en discordia.

—Hugh, ¿te encuentras bien? —Arlo se puso a mirarlo detenidamente como si le estuviera buscando algo.

—¡Qué haces, capullo! No sé cómo te permiten trabajar en el cuerpo con el problema mental que tienes. —Le dio un empujón para apartarlo de su camino.

—Mira el que fue a hablar, que llegas a los sitios porque tienes GPS en el móvil.

—De verdad, parecéis dos niños pequeños. —Resoplé de camino a la cocina para coger tres cervezas sin alcohol.

—Nos tomamos estas y nos vamos. —Les di a cada uno una.

—Porque tengamos suerte esta noche y pillemos algo. —Brindó Hugh.

—Tío, que no necesitas suerte, suerte necesitan ellas para que las escojamos. Pero ¿tú estás viéndonos?

—El problema tuyo no es que te vean, tu verdadero problema es que cuando abras la boca no salgan corriendo. —Le di una palmada en el hombro y Hugh se llevó una colleja por reírse.

Cenamos en un restaurante donde hacían las mejores hamburguesas de vacuno de todo Sídney. Estaban de muerte. Por norma general me solía cuidar, pero de vez en cuando también caía algún que otro capricho. Con todo el deporte que hacía, me lo podía permitir.

Llegamos a un local que estaba de moda. Y yo, qué queréis que os diga, gustarme no es que me gustara mucho este tipo de locales, prefería mejor los que parecían más tipo *pub*, con la música mucho más suave.

—Mi padre quiere hacer una de sus barbacoas y dice que cuenta con vosotros —dije una vez que ya habíamos pedido y estábamos sentados en una mesa.

—Las barbacoas de Henry son las mejores del barrio —ya se estaba frotando las manos. Y es que no era para menos, porque con ella el día de fiesta estaba servido desde bien temprano hasta bien tarde.

—Yo voy con la condición de que dejes a tu perro en tu casa y no te lo lleves —dijo Hugh—, me tiene manía, no puedo dar un paso sin que me siga y no lo hace para jugar, más bien parece que me quiere arrancar una mano.

—No es un perro, es un dingo y la culpa es tuya porque le quisiste quitar el pollo de su plato. —Intentaba aguantarme la risa. Maui la tenía tomada con Hugh, sé que nunca le haría nada, pero sí que le perseguía en plan amenazador.

—Joder que era una broma. Mira que es rencoroso ese perro —decía mientras negaba con la cabeza.

—Jugar con el pollo de él es como si a ti te cortaran el rollo cuando estás a punto de correrte —le contestó Arlo—, parece mentira que todavía no lo conozcas.

—Que no, que os digo que me tiene manía desde siempre. Tú le haces perrerías y contigo se vuelve loco. —Señaló a Arlo con el botellín de cerveza sin alcohol—. A mí me tiene entre ceja y ceja desde que me conoció.

Lo que yo creía, y por lo que conocía a Maui, era que como él se había dado cuenta de que Hugh le tenía un poco de miedo, se aprovechaba de ese miedo para jugar con él. Maui era muy hijo de puta cuando quería, «si lo sabía yo», pensé irónicamente.

—No te preocupes, te prometo que ese día lo dejaré solo en casa. —Ni loco lo haría, pero dejaría que se llevara la sorpresa cuando lo viera suelto por el jardín.

—Gracias, tío, porque ese perro me pone los pelos de punta. — Nada, que no había manera de que dejara de decir que Maui era un perro.

Mira que al principio no me apetecía mucho salir, pero al final pasamos una buena noche, sobre todo cuando conocimos a un grupo de amigas que se nos acercaron y la noche terminó con una buena relajación —ya entendéis lo que quiero decir. Eso sí, a mi casa no me llevaba a nadie; ese era mi lugar privado, mi refugio y mi tranquilidad. Pero como a Arlo le daba igual llevarse a su casa a cualquiera, siempre terminábamos en su casa en noches como esta.

Capítulo 5



Narel

Lo peor que iba a soportar de viajar a Australia era la cantidad de horas de vuelo, bueno, no todas serían volando porque entre esas horas había que incluir las escalas. Entre una cosa y otra eran veinticinco horas de trayecto, como mínimo, toda una pesadez.

Aunque las ganas de conocer ese país me podían, ya que era uno de los pocos a los que no había ido todavía, más que nada porque ir allí para hacer un trabajo que era poca cosa no merecía la pena. Pero como ahora me había salido esta nueva propuesta, una que estaba muy bien pagada, no podía rechazarla, así que también iba a aprovechar y hacer el otro.

Fue mi padre quien me llevó al aeropuerto junto a mi madre, menos mal que a la pobre mía se le había pasado ya el disgusto de irme a lugar tan lejano y durante tanto tiempo.

—Cuando llegues, manda un mensaje. Sé que tienes que hacer muchos trámites y todo eso, pero por lo menos un mensajito para quedarnos tranquilos —dijo mi madre cuando nos estábamos despidiendo.

—Te lo prometo, mamá, y para que te quedes más tranquila, cuando haga las escalas también te mandaré uno.

—Cariño, disfruta en tus ratos libres, que no sea todo trabajar. Y si te pasa como en Italia, mejor que mejor. —Mi padre me guiñó un ojo antes de abrazarme.

—Decidles a las chicas que ya las llamaré, os quiero —les dije adiós con la mano antes de cruzar el control policial.

Lo primero que haría al llegar sería arreglar todos los documentos necesarios para trabajar allí, que ya los tenía listos. Solo me faltaba el sello de control de migración. Lo segundo, dejar las maletas en la casita que había alquilado, y tengo que decir que la vivienda me la habían ofrecido los que me habían contratado para el trabajo más importante.

Después saldría a comprar un poco de comida, solo lo justo para que cuando me levantara tuviera algo a lo que hincarle el diente, y lo tercero y más esencial era dormir un día entero. «Bueno, vale, quien dice un día, dice mínimo ocho horas».

Dentro de la pesadez de tantas horas viajando, se me hizo llevadero, mucho mejor que todo el trámite de papeles. Y eso que los tenía casi todos arreglados, pero ¡madre mía! Qué de preguntas me hicieron.

Narel: *Ya estoy en la que será mi casa durante mes y medio o dos.* —Les puse en el grupo que teníamos los cinco.

Mamá: *Pues ahora a descansar. Un beso, hija, te quiero.*

Los demás también me fueron poniendo mensajes, pero no les hice mucho caso porque quería salir a comprar para después ducharme y dormir hasta el día siguiente, ya que ahora mismo eran las seis de la tarde, hora local. Así que me había venido genial el horario, porque podría dormir la noche entera y así no notaría tanto el cambio de horario.

En cuanto me despertara al día siguiente, iría al banco. Ya tenía hora para cambiar dinero. Aunque pudiera pagar con tarjeta, siempre me gustaba llevar dinero en efectivo. Ese día me lo iba a tomar como una turista más y recorrer todo lo que pudiera de la ciudad.

No tenía días ni horas para hacer el primer encargo, y como era para una agencia de viajes internacional y lo que querían eran buenas fotos para atraer a los viajeros, mientras hacía turismo podía ir tomando esas imágenes.

Al salir de casa le pregunté a un vecino que pasó por mi lado dónde había una tienda cerca para comprar algo de comida. La verdad, el hombre fue muy amable conmigo. Este señor se veía algo más mayor que mi padre, pero no por muchos años. El pobre hasta se ofreció a acompañarme. Está de más decir que rechacé su ofrecimiento, no porque desconfiara, todo lo contrario, pero no quería abusar de su amabilidad.

Resulta que ese hombre vivía en la casa de al lado y, con una sonrisa, me dijo que para cualquier cosa que necesitara, allí estaría él. Era bonito ver cuánta amabilidad te podías encontrar repartida por el mundo. Me despedí de él dándole las gracias y me fui a hacer la compra.

En cuanto llegué de nuevo a casa, coloqué las cosas, me fui a darme una ducha y, tal cual me había traído mi madre al mundo, me dejé caer en la cama hasta el día siguiente. Estaba muerta, no, lo siguiente.

✣ ✣ ✣

Uff, había dormido del tirón, aunque si por mí hubiera sido, lo habría hecho durante unas cuantas horas más, pero como me tenía que arreglar y desayunar antes de ir al banco, no me podía quedar durante más tiempo en la cama.

«Otra cosa que tienes que hacer, Narel, si no quieres estar dependiendo de taxis, es alquilarte un coche» —apunté mentalmente, porque si todo este tiempo me tuviera que mover en taxi, todo lo que iba a ganar aquí se lo iba a llevar el transporte.

Toda la amabilidad que tuvo mi vecino ayer le faltaba al taxista. ¡Madre mía! ¿Se podía ser más serio que el tío este? Lo dudaba mucho. Si estuviera alguna de mis hermanas aquí diría que era porque seguramente follaba poco. «Pues le iba a dejar la mínima propina posible», por mal follado.

—Adiós, simpático —murmuré en español al bajarme del coche. Evidentemente, no me entendió, por eso se lo dije en mi idioma.

Había escogido uno de los bancos más seguros y grandes de Sídney para cambiar el dinero. Llamadme tonta, pero en ese aspecto era muy desconfiada, porque en otros países ya habían intentado darme gato por liebre.

Estaba levantándome de la mesa donde me habían atendido cuando de buenas a primeras se escucharon unos disparos. Todo el mundo nos asustamos al oír eso, porque en un principio no nos dimos cuenta de lo que era, hasta que unos asaltantes se pusieron a gritar que nos estuviéramos quietos todos.

—¡Todo el mundo a aquella esquina, y al que escuche hablar me lo cargo! —gritó a pleno pulmón uno de ellos.

El primero que fue a intervenir fue uno de los guardias de seguridad, pero no le dio tiempo a dar casi un paso cuando uno de esos hijos de puta le metió un tiro en la cabeza. Fue ahí cuando todos nos dimos cuenta de que estos tipos no estaban jugando.

Mira que estaba acostumbrada a ver muertes cuando tenía que ir a hacer fotos a países que estaban en conflicto, pero esto era otra cosa totalmente distinta. Me impresionó mucho la sangre fría que tuvo ese hombre para disparar a otro como si nada.

Con eso había dejado más que claro que no le importaba llevarse por delante a quien fuera. Definitivamente, si los que estábamos aquí presentes queríamos salir de esta, más nos valía hacer todo lo que nos pidieran sin oponer resistencia.

Todos nos fuimos para el lugar que nos indicó el asaltante.

—¡Quiero todos los bolsos, carteras, móviles o cualquier objeto que tengáis ahí en el centro, fuera del alcance de cualquiera! Y al que vea hacer un movimiento raro, me lo cargo como he hecho con el otro. —Estaba más que claro que el cabecilla de esto era el que estaba hablando.

Aquí dentro había contado a tres más, aparte del que estaba dando las órdenes. Uno parecía más nervioso que el resto, otro no dejaba de mirar hacia las ventanas como si esperara algo, y el último tenía cara de no saber ni dónde se había metido. No sabía si fuera habría alguno más, pero con esos ya era suficiente para ponernos a todos los pelos de punta.

Justo a mi lado se sentó una mujer con un niño. El pobre no tendría más de tres o cuatro años, estaba tan asustado que no dejaba de llorar y la madre se le veía tan nerviosa que, en vez de tranquilizarlo, lo estaba alterando más.

—¡Haz que se calle ya, coño! —Si las miradas pudieran desintegrar a una persona, os aseguro que el capullo ese estaría reducido a cenizas con la mirada que le eché.

—¿Me dejas que intente tranquilizarlo yo? —le pregunté en un susurro.

Me lo entregó muy asustada ella y mucho más lo estaba el niño. Lo acurruqué en mi regazo, pegando su cabecita a mi pecho, y empecé a cantarle muy flojito una nana mientras mecía mi cuerpo de delante atrás.

—Tú —me señaló con la pistola—, he dicho que todo el mundo en silencio.

—Solo estoy intentando calmar al niño —me defendí, con miedo, pero lo hice.

—Pues hazlo más bajo si no quieres ser tú la siguiente —«Hijo de puta, ojalá te hagan a ti lo mismo que has hecho», pensé.

«A la nanita, nana, nanita ella.
Nanita ella.
Mi niña tiene sueño, bendito sea.
Bendito sea»

Gracias a Dios que mi voz era muy dulce. Poco a poco el niño se fue tranquilizando y, aunque no se quedó dormido, como era lo más normal, por lo menos dejó de llorar. Su madre me dio las gracias con la mirada, cosa que le correspondí con una sonrisa tranquilizadora.

No tenía claro hasta dónde querían llegar los atracadores —más allá de llevarse el dinero, claro—, pero por cómo pintaba la cosa, esto iba para largo. Afuera ya se escuchaban las sirenas, así que el robo se había convertido oficialmente en una toma de rehenes y estos tíos no nos iban a dejar libres tan fácilmente. Ahora tocaría esperar a que entraran en juego los negociadores.

«Uff, Narel, menudo segundo día en el país». Si mi madre se enteraba de esto, vendría a buscarme al día siguiente y me llevaría de regreso a España por las orejas si hacía falta.

No sé cuántas horas llevábamos aquí retenidos, lo que sí tenía cada vez más claro era que los ladrones cada vez estaban más exaltados. Nos dejaban ir al baño solo de dos en dos y siempre acompañados por uno de ellos.

El niño llevaba ya un buen rato que había empezado a llorar otra vez, cosa que era lo más normal, porque ya tenía mucha hambre. Cuando se cansaron de escuchar el llanto del niño, accedieron a que su madre cogiera un paquetito de galletas que tenía en su bolso.

Me entregó al niño para que lo sostuviera yo mientras ella iba y cogía esas galletas. Esperaba de todo corazón que con eso el niño dejara de llorar, porque los atracadores de por sí ya estaban muy nerviosos y no era plan de que se pusieran mucho más.

Menos mal que el niño se dio por satisfecho cuando se comió la mitad del paquete. Esperaba que no tardaran mucho más en rescatarnos, porque estaba completamente segura de que, mientras más horas fueran pasando, mucho peor se iría poniendo la cosa.

Capítulo 6



Nathan

Acababa de recibir un aviso de que había un atraco en un banco y que dentro de él se encontraban cuatro delincuentes y que todavía estaba por determinar cuántos rehenes había. Lo que sí confirmaron es que poco después de entrar los ladrones asesinaron a un guardia de seguridad, así que este era un golpe que no pintaba nada bien y por el cual nos avisaron a nosotros, para que actuáramos cuando fuera necesario.

Primero, y como era lo más habitual, intentaría el equipo de negociadores que se entregaran, pero llegado el momento, si la situación se complicaba más de la cuenta y no vieran salida, entraríamos en acción mi equipo y yo.

—¡Os quiero en los furgones ya! —grité para que me escucharan todos.

La regla número uno era muy clara: antes de subirnos todos en los furgones, debíamos ponernos los pasamontañas. No se nos podía reconocer bajo ningún concepto, todos teníamos familia y sus vidas y la de ellos podrían estar en peligro si alguien nos identificaba.

—Todos listos, jefe.

—Pues vámonos cagando leches.

Al llegar al lugar, lo primero que hice fue ir a hablar con uno de los negociadores. Necesitaba muchos más datos para saber a qué nos estábamos enfrentando y, sobre todo, que me confirmaran el número de rehenes que había.

—¿Qué más sabéis? —pregunté cuando llegué a su lado.

—Son cuatro los que están dentro, al cabecilla no le tiembla el pulso a la hora de disparar. En la calle hemos capturado a otro que estaba en una furgoneta y por lo que sabemos por las cámaras, hay quince rehenes, de los cuales seis son empleados. Entre ellos hay un niño pequeño. —Se me hizo un nudo en la garganta, por muy acostumbrado que estuviera. Siempre que había menores implicados, se me hacía la cosa más difícil.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que se entreguen?

—Sinceramente, no, estamos intentándolo por todos los medios, pero por mi experiencia, estos son de los que no salen por su propio pie. Así que tenéis que estar preparados, porque en cualquier momento seguro que tenéis que intervenir.

—Sabes que estamos preparados más que de sobra. Voy a hablar con mis chicos y a contarles la situación. —Hizo un gesto de asentimiento y me fui a hablar con mi equipo.

Les transmití toda la información a mis hombres e inmediatamente nos pusimos a estudiar los planos del banco. Debíamos tener todo controlado milimétricamente: las posibles salidas por las que ellos podrían huir, los accesos por los conductos de ventilación, por dónde se movían ellos. No se nos podía escapar nada.

—¿Lo tenemos todo claro? —pregunté cuando les dije a cada uno la posición que debían tomar.

—Como el agua —me contestó Arlo, que era mi segundo al mando.

—Quiero un trabajo limpio, sin heridos y sobre todo quiero a todos mis hombres de vuelta, así que ya sabéis, nada de haceros los héroes. ¿Quién se atreve?

—¡Gana! —respondieron todos a la vez, ya que ese era nuestro lema.

Ya llevábamos varias horas esperando que los negociadores lograran un acuerdo, pero los de arriba, viendo que no se iban a rendir, nos ordenaron que nos fuéramos preparando para la intervención.

Poco antes de tomar nuestras posiciones, los negociadores consiguieron que los atracadores cedieran un poco y así lograron liberar a cinco rehenes, entre ellos iba el niño en brazos de la que suponíamos que era su madre.

Me acerqué a ellos, sabía que estaban en un estado de nervios absoluto, pero necesitaba toda la información que pudieran darme de primera mano.

—Sé que no es el mejor momento y que habéis pasado mucho miedo, pero es de crucial importancia para el resto de los rehenes que me deis toda información que podáis —les dije mirándolos uno por uno.

—No me iban a liberar —dijo llorando la mujer con su hijo en brazos —. Iban a liberar a una chica; sin embargo, ella dijo que se cambiaba por mí. —No podía dejar de llorar—. Si no llega a ser por ella, no sé qué le habrían hecho a mi hijo.

Nos contó que, gracias a esa joven, que logró calmar al niño en más de una ocasión, también se había enfrentado a los asaltantes, para intentar ayudar a los demás rehenes cuando se exaltaban más de la cuenta. Y por hacer eso se había llevado un buen golpe, que estaba totalmente segura de que si mataban a alguien más, la siguiente sería esa muchacha.

Que esa mujer se hubiera ofrecido decía mucho de cómo era como persona y del corazón tan noble que podía tener. Porque, por desgracia, el ser humano está diseñado para ser egoísta, y más si lo que está en juego es tu vida.

—Parece que tenemos a una valiente ahí dentro —murmuró Hugh para que solo lo escucháramos Arlo y yo.

—Eso parece, y eso mismo hace que su vida corra más peligro que la de cualquier otro, les ha tocado los cojones y estoy seguro de que a por la primera que irán será a por ella. —Uno de los rehenes liberados me señaló por la cámara de vigilancia quién era esa mujer —. Todos tenéis que hacer lo que habíamos acordado, ella —la señalé en el monitor— es mía.

Dejamos pasar un par de horas más y viendo que ya entrábamos en la tarde y que no se llegaba a un acuerdo, nos pusimos en marcha.

Entramos según lo habíamos previsto, no hubo contratiempos. Los compañeros que se quedaron fuera nos iban comunicando por los pinganillos que llevábamos puestos dónde se encontraban en todo momento los asaltantes, porque para nosotros era mucho más sencillo tenerlos localizados.

Sin hacer ruido y con la experiencia que nos respaldaba, quitamos el falso techo de donde estaban cada uno de los atracadores con los arneses puestos y todos a la vez nos dejamos caer encima de ellos.

Como les había pedido a mis chicos, fue algo rápido y limpio. Cuando ya los teníamos neutralizados, dimos luz verde para que entraran el resto del equipo y demás agentes, al igual que el personal sanitario.

—En pie, hijo de puta, que te espera el resto de tu vida a la sombra. —Lo levanté del suelo y se lo entregué a un policía con un empujón. Lo que más me alegraba era que estos no volverían a salir en libertad jamás.

Me giré para ir hasta donde estaban atendiendo a los rehenes, aunque esto ya no era asunto mío y mi trabajo estaba terminado, no pude evitar acercarme y comprobar cómo estaban todos. Para ser sinceros, lo que quería era asegurarme personalmente de que la chica que se había enfrentado a ellos estuviera bien.

La había visto en la pantalla del monitor, pero no me había detenido a observar ni tampoco había visto todo lo que pasó durante esas horas. No me podía quedar mirando todo el tiempo, tenía que preparar con mis hombres la entrada y el rescate de todos.

Iba caminando hacia allí y no podía apartar los ojos de esa muchacha. Era una mujer joven, con el pelo rubio claro, totalmente liso, y le llegaba hasta la cintura. Era alta, no en exceso, pero un poco más de lo que solía ver en mujeres.

Al llegar a su altura vi que tenía el lado izquierdo de la cara un poco más rojo que el otro, por lo que deduje que fue ahí donde recibió el golpe. Solo de pensarlo, me daban ganas de ir y buscar al cabrón ese para hacérselo pagar bien caro. No había cosa que odiara más en esta vida que un hombre levantara la mano a una mujer indefensa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, no te preocupes, nada que un poco de hielo no pueda arreglar. —Se me quedó mirando fijamente y, aun habiendo pasado por todo esto, me sonrió.

Y qué sonrisa más bonita tenía, era de esas que te dejaban anclado al suelo sin poder apartar la mirada de esa boca. «Estás enfermo, que acaba de salir de un hecho traumático y tú quedándote embobado con ella», me recriminé mentalmente.

Para no parecer que solo me había acercado por ella, les fui preguntando a todos cómo se encontraban. Cuando terminé de preguntar, me fui sin decir nada más.

En cuanto llegamos a la base, los chicos se ducharon y se fueron marchando, pero a mí me quedaba todavía un rato preparando el informe. Evidentemente, me duché antes de entrar a mi despacho y redactarlo.

—¿Te queda mucho? —preguntó Arlo entrando.

—No, ya estoy casi acabando.

—¿Te puedo preguntar algo? —asentí y me preparé para la pregunta—. ¿Por qué te has acercado a las víctimas? Sabes que nunca lo hacemos. Nosotros llegamos, actuamos y cuando todo está bajo control, nos marchamos. Jamás hablamos con ellos.

No podía decirle nada, porque tenía toda la razón del mundo. Nunca procedíamos así y yo había roto todas las reglas. Sabía que no había pasado nada, pero tampoco me podía exponer de esa manera y arriesgarme a que alguien me reconociera.

—No te lo puedo decir, porque ni yo mismo sé qué es lo que me ha llevado a hacerlo. —No podía decirle otra cosa porque no había nada más que explicar.

—Nathan, tú no eres así, eres el jefe más estricto que hay a la hora de trabajar.

—Ya te he dicho que no sé qué es lo que me ha pasado, supongo que me ha llamado la atención lo valiente que ha sido.

—A mí no me engañas, sé que te ha podido impresionar eso, igual que a todos nosotros, pero en tu caso no ha sido solo eso. —Es que ni yo mismo lo sabía, como para explicárselo a él.

—No ha pasado nada, ¿no? Pues eso. Ahora, si no te importa, voy a terminar de hacer el informe, que Maui seguro que me la está liando en casa.

—Tío, que no te estoy recriminando nada, es solo que tú no eres así y me ha parecido raro.

—Perdona, sé que tienes razón. Joder, es que ni yo mismo lo sé, por eso no te puedo decir nada, era como si algo me llevara a ella sin poderlo evitar. De todos modos, no importa, no la voy a volver a ver más.

—Con lo grande que es esto, no creo que la veas, pero si quisieras, podrías mirar cuál es su dirección, aunque no te puedes acercar a ella y decirle que eres la persona que la rescató. —Le tiré un bolígrafo a la cara, porque el muy capullo encima se reía. Demasiado sabía él y el resto que no podíamos revelar nuestras identidades.

—Anda, deja de decir tonterías y ayúdame a terminar con esto, y así nos vamos antes.

Capítulo 7



Narel

Aunque me hubiera hecho la valiente, el miedo físico no me lo quitaba nadie. Hubo un instante en que pensé que me iban a disparar, pero es que, aunque las situaciones sean muy duras, no me puedo quedar callada ante las injusticias.

Cuando iban a liberar a los rehenes, a mí entre ellos, no pude hacerlo, no cuando esa madre con ese niño se quedaba allí. Tal vez hice mal al no pensar cómo se sentiría mi familia y el dolor que podrían sufrir si me sucedía algo, pero yo no podía dejar de pensar en la familia de esa mujer, en si tendría más hijos, en el sufrimiento del esposo si perdía a su esposa y a su hijo. Lo siento, era superior a mí.

Por eso les cedí mi lugar, porque a ese niño le quedaban muchas cosas por vivir y esa madre debía estar a su lado para darle amor y saber guiarlo a lo largo de su vida. Yo era hija y, por suerte, tenía a una madre que siempre había estado junto a mí, por lo que no podía imaginar lo que sería crecer sin esa figura en tu existencia.

Cuando le dije a uno de los secuestradores que yo me quedaba y que, por favor, permitieran que se fueran madre e hijo, su reacción fue burlarse de mí y ahí fue cuando me envalentoné un poco más de la cuenta y temí por mi vida. Al final solo me llevé una bofetada, pero de esas que no hacen precisamente cosquillas, sino todo lo contrario, porque siendo la hora que era, todavía me dolía esa parte del rostro.

Lo otro más impactante que viví en el día fue ver cómo esos hombres descendían del techo a gran velocidad y neutralizaban a todos los atracadores al mismo tiempo. Nunca había presenciado tanta sincronización al actuar la policía. Se notaba desde lejos que estaban bien preparados y que eran expertos en lo que hacían.

Cuando uno de ellos se acercó a preguntarme cómo me sentía, no sé ni cómo pude responderle. Tenía una voz de esas graves que te ponen los vellos de punta. De cómo era físicamente poco más podía decir, aparte de que era alto y corpulento, solo que tenía los ojos color marrón oscuro.

Al final todo salió casi bien, salvo por el hombre que murió a manos de esos cabrones. Pensar que perdió su vida porque unas malas personas así lo decidieron, era muy injusto. No quería ni imaginar cuando le dijeran a su familia que había muerto por cumplir con su trabajo.

Se me hizo muy pesado todo el proceso de la declaración, siempre las mismas preguntas una y otra vez. No se daban cuenta de que todos los que habíamos estado allí dentro durante tantas horas, lo único que queríamos era regresar a nuestras casas con nuestras familias. Estaba claro que en mi caso no tenía a nadie que me esperara, pero los demás sí.

A ver, que entendía perfectamente que la policía tenía que hacer todas esas preguntas y cuanto antes mejor, para que no se nos olvidara nada, ya que ahora lo teníamos todo muy reciente.

Tengo que decir que todos fueron muy amables con nosotros y lo primero que hicieron cuando nos rescataron fue que nos revisara un equipo médico y posteriormente nos dieron algo de comer y mucha agua. Era de noche cuando nos dijeron que nos podíamos marchar. Uno de los policías se ofreció a llevarme a casa, sabiendo que no tenía a nadie que fuera a recogerme. Se negó en redondo a que cogiera un taxi, la verdad no me pude negar y tampoco quise, porque me moría de ganas de llegar cuanto antes a casa, ducharme y dormir una eternidad.

—Hemos llegado, señorita —me dijo en cuanto detuvo el coche en la entrada de la casa.

—Muchas gracias, has sido muy amable. —Le dediqué una sonrisa cordial.

—No hay de qué y espero que el resto de la estancia en mi país le vaya bien y no se lleve una mala impresión de aquí.

—Tranquilo, esto mismo puede pasar en cualquier parte del mundo.

De todo lo que había ocurrido, no pensaba contárselo a mi familia. Vamos, ni bajo tortura se lo iba a decir, porque ellos podían ser muy modernos como ya sabéis, pero que su hija hubiera estado en peligro es una de esas cosas por las que, en menos de lo que canta un gallo, los tendría aquí para verificar si era cierto que estaba bien o les estaba mintiendo.

Así que mejor ahorrarles un viaje y un mal rato, ya si eso cuando estuviera allá se lo contaría todo con pelos y señales si hacía falta, pero mientras tanto, boca cerrada, que así estaba mucho más bonita.

¿Qué fue lo que os dije que iba a hacer nada más llegar a la casa? Ducharme e irme a dormir. Pues no, ducharme, sí me duché, pero se ve que el sueño no quería visitarme. No sabía si era por el cambio de horario todavía o por los nervios del día.

Así que lo mejor que podía hacer era prepararme un té y tomarlo sentada en el porche delantero de la casa, con la tranquilidad de la noche y el sonido de los grillos y búhos de fondo. Os estaréis preguntando cómo en una ciudad tan grande era posible tanto silencio. Pues lo era porque estaba en un barrio casi a las afueras, todo rodeado de vegetación, parecía un barrio de esos llenos de casitas familiares, vamos que en mejor lugar no me había podido quedar.

Ahora bien, no sabía si había hecho bien en prepararme un té o si mejor hubiera cogido una cerveza fresquita, porque calor hacía a rabiar.

—Buenas noches, niña. —De primeras me sobresalté al oír hablar a alguien—. Perdona, no quería que te asustaras.

—Buenas noches. No pasa nada, es solo que no esperaba a nadie fuera de casa a estas horas. —Mi vecino estaba sentado en el porche de su casa y él sí que sabía, porque tenía una cerveza entre sus manos—. ¿Te pasa como a mí? ¿No puedes dormir? —le pregunté.

—He llegado de casa de mi hijo hace poco y todavía no tengo sueño, ¿y tú qué es lo que tienes para estar despierta?

—Sinceramente, no lo sé, no sé si es por el cambio de horario o por el día que he tenido hoy.

—Niña, ¿por qué no dejas eso que tienes en las manos echando humo y vienes aquí? Estoy seguro de que hablar y tomarte una cerveza fresquita te va a venir muy bien.

—Pues tiene usted razón, me iba a tomar un té, pero prefiero su ofrecimiento.

—Nada de usted, que me haces parecer más mayor de lo que soy, me puedes llamar Henry, que así es como me llamo. —Rio al presentarse, ayer cuando nos vimos por primera vez no nos dijimos los nombres.

—Pues encantada, Henry. —Cuando llegué a su lado le di la mano —. Yo me llamo Narel.

—Niña, tus padres te pusieron un auténtico nombre australiano y muy poco común. Creí entender ayer que eras española. —Se levantó para entrar en casa y sacar dos cervezas, una para él y otra para mí.

—Oh, y así es, soy española con padres españoles. Lo del nombre es una larga historia, bueno, en realidad no es tan larga. —Reí.

—A ver muchacha, como no te expliques mejor, no te voy a entender.

—Pero te lo hago en resumen. Mi madre se enamoró un verano de un australiano que estaba en mi ciudad de vacaciones con sus padres. De ese amor nací yo, pero como el verano se acabó, el australiano regresó a su país sin saber que iba a ser padre, fin.

—¿Cómo que fin? ¿Eso es todo? ¿Por eso estás aquí? ¿Para buscarlo? —Uff, cuántas preguntas en tan poco tiempo.

—Para periodista vales. —Le di un sorbo a la cerveza para no soltar una carcajada—. Fin, porque no hay más que decir, y sí, eso es todo. Mi madre conoció a un buen hombre cuando yo era muy pequeña y él es quien ha sido y será mi padre y no, no estoy aquí para buscarlo, de hecho, nunca le he preguntado a mi madre cómo se llamaba porque no me interesa.

—Vaya, eso sí que es resumir y lo demás son tonterías. —Este hombre era muy gracioso, pero sobre todo se veía muy buena persona—. ¿Entonces no me vas a decir qué es lo que haces aquí? ¿Es secreto o algo por el estilo? —negué riendo.

—Para nada, he venido por mes y medio o dos meses, porque me han encargado dos trabajos. Soy fotógrafa y trabajo por cuenta propia. Lo que quiero decir es que me pueden contratar en cualquier parte del mundo.

—Por lo que me dices, tu vida es estar de un lugar a otro.

—Sí, y me encanta. No siempre me contratan para hacer las mismas fotografías, quiero decir que puedo fotografiar naturaleza o cualquier cosa, aunque mi especialidad es la fotografía de personas. —Me miró como si no me entendiera—. No son fotos de estudio, para que me entiendas. Mis fotos son las que puedes ver, por ejemplo, de niños o soldados en países en conflicto o cuando ves imágenes de policías en acción. ¿Me has entendido ya?

—Sí que te he entendido. ¿No te da miedo ir a esos países?

—Ya no, pero recuerdo la primera vez que fui, me temblaban tanto las manos que no sé cómo pude hacer las fotos. Sé que no todo el mundo comprende mi trabajo, pero para mí es mi pasión.

—Se nota, por cómo brillan tus ojos al hablar de ello. ¿Y qué has venido a hacer a Sídney? Que yo sepa, no estamos en conflicto.

—No, no estáis en conflicto, aunque yo sí he vivido uno esta mañana. —Me miró atentamente e hizo un gesto para que siguiera hablando—. Esta mañana fui al banco para cambiar dinero y cuatro hijos de puta lo asaltaron, matando en el proceso a un guardia de seguridad. Nos tuvieron horas allí, vamos, que cuando llegué desde esta mañana fue cuando terminé de declarar.

—No sabes cuánto lo siento, Narel, has debido pasar mucho miedo. —Me dio un pequeño apretón en el hombro.

—No pasa nada, como ya te he dicho, estoy acostumbrada a ver cosas peores. Eso sí, menudo cuerpo especial de policía tenéis, me dejó impactada cómo actuaron esos hombres todos a la vez para detener a los ladrones.

—Sí, tenemos la suerte de que tanto nuestros hombres como mujeres se preparan muy bien.

—Al final me he puesto a hablar de otras cosas y no te he contado a qué he venido a tu país.

—No pasa nada, me lo puedes contar ahora, creo que esta noche no tenemos sueño ninguno de los dos.

—Una agencia de viajes internacional llevaba mucho tiempo interesada en que le hiciera fotos para su nueva publicidad, no lo acepté antes porque no me compensaba venir solo para eso. —Le di el último sorbo que me quedaba en la cerveza.

»Pero hace un mes se pusieron en contacto conmigo los cuerpos especiales de la policía, por lo visto, tu gobierno quiere promocionar la seguridad que hay en este país. Así que primero voy a hacer el de la agencia de viajes y después realizaré el otro.

—Vaya, esto sí que es toda una sorpresa.

—La única condición que pusieron fue que los policías siempre tuvieran la cara tapada para que nadie los identificara, y la verdad, lo entiendo. Si son como los de hoy, se juegan sus vidas y las de sus familias.

Henry se quedó durante unos segundos pensativo, pero mientras iba reflexionando sobre lo que fuera que se le pasaba por la mente, se le empezó a dibujar una sonrisilla de esas que aparecen cuando alguien está tramando algo.

Como estábamos tan a gusto conversando, al final nos bebimos otra cerveza más antes de irnos a dormir, no sin antes prometerle que otro día de estos nos tomaríamos otras en el porche de mi casa con otra buena charla.

Capítulo 8



Nathan

Estaba esperando a que llegaran Arlo y Hugh para irnos todos a casa de mi padre para la barbacoa. Nosotros debíamos pasar antes por el súper y comprar algunas cosas que aún faltaban.

—Maui, para un poco. —Sabía perfectamente que nos íbamos, así que estaba ansioso por salir de casa—. En cuanto lleguen los chicos nos marchamos. —Me estaba escuchando atento sin apartar la mirada—. Como no seas amable con Hugh te quedas aquí —gruñó un poco al oírme decir eso—. Te lo digo en serio. —Le señalé con el dedo.

Como respuesta, su reacción fue darse la vuelta e irse al sofá. Os juro que este dingo estaba mal de la cabeza y terco era un rato. Me di cuenta de que los chicos habían llegado porque Maui se fue directo a la puerta de entrada. Al abrirla salió disparado para saludar a Arlo y al pasar junto a Hugh le gruñó.

—No, no, no, si el gruñón viene yo no voy.

—Pues te tendrás que quedar porque él ya se ha sentado —le contestó Arlo mirando al asiento trasero.

—Entra —le dije a Hugh dándole en el hombro.

—¿¡Qué!? ¿Por qué tengo que ir yo detrás con él? —Lo señaló con su dedo pulgar por encima de su hombro.

—Porque en el fondo es a ti a quien más quiere —le respondió Arlo riendo.

—Venga, entra que sabes que no te va a hacer nada, lo que pasa es que es muy capullo y le encanta hacerte rabiar. —En el fondo era eso lo que le pasaba a Maui con Hugh. Qué le íbamos a hacer, me había tocado el dingo más travieso del mundo.

La casa de mi padre no me quedaba muy lejos y el supermercado aún menos, mientras que todos se quedaron en el coche, entré rápido para comprar cerveza sin alcohol y de la normal y unos cuantos paquetes de patatas fritas.

Al llegar vimos que ya había muchos vecinos y todos ellos estaban haciendo algo, esto era una comunidad donde todos ayudaban a todos y eso era digno de admirar, porque por desgracia, cada vez la sociedad iba perdiendo la empatía por el prójimo.

—Maui, ven con tu abuelo cariño. —Mi padre se puso de rodillas para recibir a su nieto, como él decía.

—Menudo recibimiento le das a él y a tu hijo ni lo miras.

—No me creo que con lo grande que eres estés celoso. —Le di un abrazo—. Chicos, cuánto me alegro de veros —saludó también a mis amigos con un abrazo—. Nathan, ¿sabes que tengo una nueva vecina en la casa de al lado? Lleva una semana viviendo allí.

—No lo sabía, tampoco me habías comentado nada estos días.

—La he invitado, pero no sé si se pasará. —Llevamos las cervezas dentro de casa para meterlas en el frigorífico y algunas en el congelador para que se enfriaran antes.

—¡Aaah…! —Escuchamos un grito y todos fuimos a ver quién era la que había gritado.

—¿Quién ha gritado? —pregunté a un vecino que vi afuera.

—Creo que fue la nueva vecina, al menos el grito vino de ahí.

—¡Henry, ayuda! —Se volvió a escuchar, esta vez llamando a mi padre.

—Esa es Narel —dijo mi padre mientras corría hacia la casa de ella.

Como los chicos y yo corríamos más que mi padre, llegamos antes a la casa de ella. Jamás me hubiera imaginado encontrar la escena que vi.

Una muchacha con el pelo superrubio se tapaba la cara con las manos mientras Maui estaba con las dos patas delanteras sobre sus hombros dándole lametazos en la parte que le quedaba libre de la cara.

No sabía si reír o llorar, me quedé paralizado y claro, todos los que venían detrás corriendo, al haberme detenido de golpe, chocaron con mi espalda.

—¡Maui! —lo llamé, pero él seguía en lo suyo.

—¡Ay, dios! En este país no me quieren —dijo la muchacha.

—Hijo, déjame pasar. —Me aparté a un lado para que pasara mi padre—. Narel, no te preocupes, Maui no te va a hacer nada. Es el dingo de mi hijo. Maui, aquí ya. —Mira cómo a mi padre sí le hacía caso el capullo.

La chica tardó unos segundos en quitarse las manos de la cara y en cuanto lo hizo me quedé pasmado.

—Hostia —dijo Hugh a mis espaldas.

—Tío, esa es… —Giré la cabeza y miré a Arlo, y con la mirada le pedí que se callara.

—Gracias, Henry. No me esperaba que se lanzara así en cuanto abrí la puerta, parecía que estaba esperándome.

Era la misma chica del banco, la que habíamos rescatado la semana pasada, no me podía creer lo pequeño que era el mundo, y eso que me sentí tentado a buscar sus datos, y mira por dónde al final no hizo falta. Sobra decir que ella no sabía quiénes éramos nosotros.

—Narel, te presento a mi hijo Nathan, a su amigo Arlo y a su otro amigo Hugh. —Cuando nos iba nombrando, nos iba señalando—. Chicos, ella es mi nueva vecina, Narel. ¿A que tengo suerte con la vecina que me ha tocado?

«Viejo, que te estoy viendo venir y tú sabes más de lo que dices», le dije con la mirada, y el muy descarado me guiñó el ojo sin que ella lo notara.

—La pobre, entre que la semana pasada la retuvieron en un banco unos ladrones, vio morir a un hombre y hoy Maui la asusta, se va a pensar que los australianos no somos caballerosos. —Mi padre llevaba toda la semana sabiendo que su vecina había sido rehén y que yo participé en el operativo de rescate, y muy capullo se había quedado callado.

—Encantado, Narel. —Le di la mano—. Perdona por el susto que te ha dado Maui, no sé qué fue lo que pasó, él no actúa así nunca.

—No pasa nada, solo ha sido el sobresalto de ver a un perro tan grande casi encima de mí. —Sobresalto el que me había llevado yo al verla de nuevo.

—Encantado. —Arlo pasó por mi lado para acercarse a ella y darle dos besos. Qué hijo de puta era—. No sabíamos que Henry tenía nueva vecina. ¿Y de dónde eres, si se puede saber? Porque tu nombre es de aquí.

—Soy española y antes de que preguntes, he venido por unos dos meses —le respondió con una sonrisa, y madre mía qué sonrisa tan bonita tenía.

—Mi turno, yo soy el más guapo de los tres. —Se le acercó Hugh y también le dio dos besos.

—Bueno, creo que es mejor que volvamos al jardín, que estarán todos los vecinos preguntándose qué ha pasado —dijo mi padre empujando a los chicos para que salieran—. Narel, no te puedes quedar en casa, tienes que venir. —Terminó de decir antes de salir por la puerta.

Dentro de la casa nos quedamos ella, Maui que no se movía de su lado y yo.

—Anímate y así conoces a los vecinos, ya verás que son muy buenas personas. —Me di una palmada en la pierna para llamar a Maui—. Por cierto, siento mucho lo que tuviste que pasar en el banco, espero que estés bien. —Mi dingo no me hacía caso y me estaba ignorando por completo.

—Sí, una vez pasado el miedo inicial, lo mejor es no pensar en ello. Y en cuanto a ir a la barbacoa, eso iba a hacer cuando apareció este muchachote en la puerta. —Por lo que parecía se le había quitado el miedo con Maui, porque se agachó delante de él y empezó a rascarle el cuello—. Precioso, la próxima vez avisa y no me des estos sustos. —Le dio un beso en la cabeza.

Yo no me lo podía creer. Aunque Maui era muy sociable, no solía mostrar tanto cariño con extraños y con ella lo estaba dando todo.

—¿Vamos? —asintió poniéndose en pie, empecé a salir por la puerta con ellos dos detrás de mí.

Nos unimos al resto de personas que había en el jardín y le fui presentando a los vecinos que todavía no conocía, aunque a la gran mayoría —por lo que parecía— ya se los había ido presentando mi padre a lo largo de la semana.

Cuanto más la observaba, más me llamaba la atención. La veía hablar con unos y con otros y a todos los trataba con mucha amabilidad. Viendo cómo se relacionaba con las personas, entendía mucho mejor su manera de actuar en el banco.

Era de esas mujeres que parecían accesibles y que enseguida entablaban conversación, pero lo que los demás no percibían —y que yo sí, por mis años de experiencia— era que Narel tenía una fuerza y determinación interior que no cualquiera poseía.

Como vi que estaba charlando con algunos vecinos, me fui a buscar a mi padre. Lo encontré en la cocina con los chicos mirando por la ventana al jardín. Valiente trío de cotillas.

—Papá, eres único para callar cosas. —Fui a la nevera para coger una cerveza.

—Me enteré de que ella había sido rehén esa misma noche cuando nos tomamos unas cervezas juntos mientras hablábamos. —Se cruzó de brazos mirándome—. ¿Tienes algún problema con eso?

—Problema ninguno, pero te hablé de la chica por la que rompí el protocolo y tú te quedaste callado.

—Tampoco podía hacer mucho, ella no puede saber que fuiste tú y durante la semana solo está en casa por las noches, que es cuando nos sentamos en el porche y hablamos un rato. —Me señaló con el dedo—. No me lo tomes a mal hijo. Ella me encanta y me gustaría que tuvierais algo, pero esa chica no es para ti ni tú para ella.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha dicho nada de que me guste?

—Amigo, que tu padre te conoce mejor que tú mismo, y no lo engañas ni a nosotros tampoco —murmuró Hugh dándome una palmada en la espalda—. Pero como dices que no te gusta, os voy a dejar aquí y voy a ir a hablar con ella un poco. —No le hice caso porque sabía que estaba intentando buscarme la boca.

—Es una chica maravillosa, no te puedes ni imaginar la compañía que me hace por las noches.

—Henry, que eso ha sonado muy raro.

—No seas tonto, niño, si es más joven que tú. —El viejo lo fulminó con la mirada—. Ella habla mucho conmigo y la verdad que todo lo que me cuenta es fascinante. Desde luego, esta niña es sorprendente, la mires por donde la mires.

—¿Se puede saber de qué cosas soléis hablar? —Me tenía intrigado y yo no era nada cotilla.

—Lo siente, pero no te voy a decir de qué hablamos. Solo te diré que hemos hablado mucho de su vida y, para la corta edad que tiene, os aseguro que podría escribir una novela si quisiera.

—Eres increíble, papá —negué con la cabeza riendo—. Anda, vamos afuera antes de Maui se coma a Hugh de una bocado. —Vimos cómo Hugh se acercaba más a Narel y Maui se puso entre los dos gruñéndole a mi amigo.

Por lo que parecía, mi compañero fiel había decidido que Narel era para él. Pues como se obsesionara con ella, no habría un dios que lo apartara de su lado.

Capítulo 9



Narel

Todas las noches, cuando me sentaba en el porche de la casa con Henry, nunca me hablaba de cómo era su hijo; tampoco se lo pregunté, porque habría sido muy descortés. Aunque, sinceramente, podría haberme dado alguna pista.

Porque Nathan estaba para mojar pan y no dejar ni las migas. Madre mía, qué hombre. No era solo un rasgo, más bien era el conjunto de todo lo que se podía observar y, teniendo el padre que tenía, estaba convencida de que lo que no se veía también era igual de bonito.

Los amigos de Nathan también eran muy guapos, pero a mí quien me había cautivado era él. Cuando me quité las manos de la cara, después de que su perro me dejara —sí, ya sé que no era un perro, pero para mí lo sería—, pues eso, lo que iba contando. Cuando aparté las manos del rostro y la primera persona que vi frente a mí fue Nathan, sentí que me quedaba sin aliento.

Mira que estaba acostumbrada a ver hombres guapos. Más de una vez me había tocado hacer fotos a modelos para algunas revistas, pero lo que este hombre provocó en mi cuerpo no lo había sentido jamás.

—Narel, ¿me acompañas dentro a por algunas cervezas? —me preguntó Henry cuando llegó hasta mí.

—Por supuesto —miré hacia abajo—, y creo que él también nos quiere acompañar.

—No sé qué le has hecho a Maui, pero desde luego te lo has ganado.

—Más bien me lo ha hecho él a mí. —Le acaricié la cabeza; después del susto inicial, me había hecho amiga de este peludo; se veía de lo más adorable. Eso sí, cuando lo conocías, porque a simple vista, con ese tamaño, imponía bastante.

—¿Qué te parecen los vecinos? ¿Te sientes bien entre nosotros?

—Henry, estoy muy a gusto. Todos son muy amables y me tratan como a una más. —Este hombre, desde que lo conocí, siempre estaba pendiente de mí, era algo que agradecer—. Quédate tranquilo y no te preocupes por mí, sabes que estoy más que acostumbrada a arreglármelas sola. —Era una de esas personas que con su mirada transmitían infinidad de cosas, y por lo poco que había visto de su hijo, a él le pasaba lo mismo.

—¿Qué te han parecido mi hijo y sus amigos? —me preguntó sonriendo, sonrisa que yo le correspondí.

—Por lo que he podido tratar con ellos, me parecen buenos hombres los tres. De tu hijo no me sorprende nada, teniendo el padre que tiene. ¿Cómo es que, desde que te conozco, me has hablado tan poco de él?

—A Nathan le gusta mucho mantenerse al margen de todo. No le gusta mucho que hable de él, y yo lo respeto.

—Te entiendo…

—Viejo, ¿pretendes quitármela? —dijo uno de los amigos de su hijo. Si no me equivocaba, creo que era el que se llamaba Arlo.

—Se supone que cuando te quitan algo es porque es tuyo. —Lo miré de arriba abajo, como evaluándolo—. Y hasta donde yo sé, no soy tuya, y sinceramente, no creo que nunca lo sea. —Henry estalló en carcajadas cuando me escuchó como le contesté.

—¡Guau! Los mordiscos de ella son peores que los de Maui.

—Ja, ja, ja. Tú la has visto rubia, con los ojos claros y con cara de ángel, y pensaste que podías con ella. Narel me has alegrado el día con esa contestación —decía mientras seguía riendo.

—¿Qué se le va a hacer? Las apariencias, por lo visto, engañan. —Me guiñó un ojo—. Me gusta que no dejes que nadie te pase por encima —dijo antes de salir cargado de cervezas.

—Henry, ¿crees que a los vecinos les importaría si les hago algunas fotos? —Quería sacarlos con mi cámara y tener recuerdos de este día —. Son para mí. Aunque si tú o alguno también las queréis, os las paso. Lo que quiero decir es que no las voy a publicar ni nada. En todos mis viajes, cuando hago amigos, me gusta sacarles fotos para tener un bonito recuerdo.

—No creo que a nadie le importe si son para ti y van a poder mantener su privacidad.

Antes de ir a casa a por la cámara, llevamos más bebidas al jardín. Eso sí, por lo que pude observar, ni Nathan ni sus amigos las tomaban con alcohol. Supongo que les gustaba cuidarse un poco más.

De camino a casa, me iba reprochando lo cobarde que estaba siendo con Nathan. ¿Cuándo me había dado miedo acercarme a un hombre que me gustaba? Siempre había sido bastante lanzada en ese sentido. Si alguien me atraía, lo dejaba claro. Pero con él no podía.

Me sentía como una adolescente de esas que se ponen rojas de vergüenza. Si algún miembro de mi familia me estuviera viendo, se estaría riendo de mí a carcajadas.

De las cámaras que me había traído para trabajar, escogí la que mejor podía captar la luz natural.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí otra vez? —Como tenía la cámara en la mano, quité la tapa del objetivo y aproveché para hacerle una foto a Maui, me hacía gracia la postura con la que estaba.

Estaba sentado sobre sus patas traseras, moviendo la cola sin parar, con una pata delantera levantada como si estuviera pidiendo algo y la cabeza ladeada hacia un lado, sin quitarme la vista de encima.

—Si te pones a dos patas, te doy un premio —le dije por decir algo. Ya sabía que ni me iba a entender ni mucho menos iba a hacer lo que le pedía—. No me jodas. —No sé si fue casualidad o qué, pero hizo exactamente lo que le pedí.

Aproveché y le saqué unas cuantas fotos. Aunque, estando en el exterior, quedarían mucho mejor con los colores del césped y la luz del sol.

—Vamos, Maui —empezó a seguirme y antes de llegar a la valla de la entrada, dio un salto espectacular para cruzar a la casa de Henry.

Fue rápido, pero yo fui más rápida y logré captarlo en una foto mientras saltaba. Me puse a ver cómo había quedado la imagen mientras seguía andando, y el resultado fue inmejorable.

—Narel, ¿vas a otro lugar? —No entendía bien a qué venía esa pregunta.

Levanté la vista de la cámara y me di cuenta de que había pasado de largo la casa de Henry, y que Nathan estaba en la acera, mirándome con las manos en la cintura.

—Ay, no me había dado cuenta de que me pasaba de largo. Iba mirando estas fotos —llegué a su altura y le mostré la pantalla de la cámara.

—Qué foto más bonita. —El tono de su voz sonó a admiración—. Espero que me des una copia.

—Dalo por hecho —«Espabila, gilipollas», me reprendí mentalmente —. Espero que no te moleste que os saque algunas fotos.

—Mientras no las subas a redes sociales ni nada por el estilo, puedes hacer todas las fotos que quieras. —Fuimos caminando hacia el jardín, uno al lado del otro.

—Es raro que no te haya visto por aquí en estos días.

—Mis horarios son algo complicados. Siempre intento venir cuando tengo un rato libre. —Nathan era de esas personas que transmiten tranquilidad al hablar—. Supongo que a partir de ahora vendré más seguido. —Se le dibujó una sonrisa de medio lado. Oh, Dios, estaba en serios problemas con este hombre. Más atractivo no podía ser.

—Me alegra oír eso. —Sobre todo me alegraba de poder verlo más, porque era un auténtico regalo para la vista. De todos modos, iba a disimular un poco—. Yo, por mi trabajo, no veo a mis padres y hermanas tanto como quisiera. Si tú tienes esa oportunidad, no la desaproveches.

—¿A qué te dedicas? Si se puede saber —«A ti te digo hasta mi número de carné de identidad si hace falta», pensé.

—Claro que puedes saberlo, no es ningún secreto. —Me detuve un momento; quería enseñarle unas fotos de ayer que tenía en esa cámara—. Trabajo con esto. —Moví la cámara entre mis manos—. Mira las que hice ayer.

Se las fui mostrando despacio para que no se perdiera ningún detalle de lo que había captado. Todos los matices, las personas en movimiento… en definitiva, la vida misma. Era increíble lo que una cámara podía capturar en un solo segundo: cosas que, a simple vista, podían pasar desapercibidas.

—Son preciosas. ¿Eres fotógrafa profesional? —asentí con la cabeza, aunque él no me vio, concentrado como estaba viendo las fotos.

—Me muevo por el mundo de un encargo a otro. Estas que te enseño no son las que suelo hacer normalmente. —Me miraba mientras se humedecía los labios; no pude apartar la vista de ese gesto—. Si algún día quieres ver las demás fotos, me lo dices y te las enseño. Las tengo en mi portátil.

—Me encantaría ver esas fotos. Si quieres, podemos coger un par de cervezas y me las enseñas mientras esta gente termina de hacer la comida.

—Me sabe mal irnos y dejarlos a ellos con todo el trabajo

—No te preocupes. Se lo están pasando tan bien que no se van a dar cuenta de que no estamos —susurró muy cerca de mi oído, provocándome un escalofrío que me recorrió el cuerpo entero—. Vamos. —Tiró de mi mano para que lo siguiera.

Entramos por una puerta lateral que tenía la cocina, la cual daba a la calle, así que no tuvimos que cruzar el jardín. Cogimos dos cervezas: una con alcohol para mí y otra sin para él, y salimos por donde antes habíamos entrado. Nadie nos detuvo, así que, o no nos vieron, o si lo hicieron, no dijeron nada.

Capítulo 10



Nathan

Estaba deseando quedarme a solas un rato con Narel. La veía acercarse a unos y a otros, y con todos los vecinos se mostraba tan natural, pero conmigo apenas lo había hecho. Todavía no entendía el motivo de ello. Por eso aproveché la mínima oportunidad que tuve para acercarme a ella, y mejor no me pudo haber salido la jugada.

Aquí estaba, en el salón de la que durante un tiempo sería su casa, dándole un sorbo a la cerveza mientras ella preparaba el portátil para enseñarme esas fotos.

—Y cuando sueles viajar por trabajo, ¿es mucho tiempo el que estás fuera? —No podía apartar la mirada de ella mientras iba preparándolo todo.

—Siempre depende de para qué sea y a dónde. —Se mordió el labio inferior distraída—. Por ejemplo, el encargo anterior fue a Italia y allí estuve dos semanas.

—¿Para cuánto tiempo has venido aquí? —No creía que se quedara mucho tiempo, y menos si ya llevaba una semana.

—En un principio, para mes y medio o dos, también depende del segundo trabajo que tengo que hacer. —Me alegró escucharla decir eso, porque eso me daba oportunidad de verla muchas más veces y quizás así convencerla de salir a cenar alguna noche conmigo.

Me gustaba e iba a hacer cualquier cosa que estuviera en mis manos para conquistarla. Si me había cautivado el día del banco, hoy me había terminado de atrapar por completo.

—Mira. —Se había sentado en la mesa grande del salón con el portátil delante de ella.

Aproveché la oportunidad y me acerqué a ella; me coloqué detrás, con las manos sobre la superficie de la mesa, quedando ella atrapada entre mis brazos. Incliné la cabeza para observar las imágenes que me iba mostrando en la pantalla.

Casi tenía mi barbilla sobre su hombro. Sentí cómo se le escapaba un suspiro y eso fue todo lo que necesité para dar el pistoletazo de salida y lanzarme a la piscina de cabeza. Esperaba no estrellarme.

Pegué mi pecho aún más al respaldo de la silla y así poderla tener más cerca. Me concentré en mirar las fotos, no quería que pensara que no me importaba su trabajo y más cuando se estaba tomando la molestia de mostrármelo.

«Me cago en mi vida», ¿de verdad ella había estado en esos lugares haciendo esas fotos? Normal que no se pusiera histérica cuando habían matado a un hombre delante de ella.

Ahora sí que me quedaba totalmente claro la fuerza interior que tenía esta mujer y también entendía eso que me dijo mi padre de que ella no era para mí. Con lo protector que era me moriría de preocupación el estar constantemente pensando en cómo estaría mi pareja en medio de esos conflictos bélicos ¿Que era el menos indicado para hablar sobre eso? Posiblemente, sí, porque yo me jugaba la vida continuamente.

—¿No te da miedo estar en medio de todo ese fuego cruzado?

—Hombre, tanto como en medio no estoy. Siempre me mantengo a una distancia prudencial —pronunció restándole importancia.

—¿Y tu familia, cómo lleva todo esto?

—Lo aceptan sin más, porque es mi decisión y en mi familia respetamos las decisiones de los demás.

—Siempre es importante sentirse respaldado por la familia y si la tuya está a tu lado, tienes mucha suerte.

—Tampoco te puedes quejar, por lo que he ido conociendo a tu padre, él también te apoya y está a tu lado. —Me miró por encima del hombro, quedando nuestros labios a escasos centímetros de distancia. Estaba seguro de que si me acercaba más, no pondría ninguna resistencia.

Lo hice, acerqué más mis labios a los suyos, fue un simple roce, solo quería comprobar si me rechazaba. No lo hizo, se dejó besar, siendo ella la que profundizó el beso.

Se levantó de la silla despacio, sin separar sus labios de los míos. Puso las manos en mi pecho y yo llevé las mías a sus mejillas. Estaba siendo un beso lento, iba provocándome. Dibujé con la punta de mi lengua todo el contorno de su labio superior, los atrapé entre los míos y tiré de él.

Me separé de ella, no porque quisiera hacerlo, sino porque lo necesitaba o no saldríamos de aquí en muchas horas y no quería que sintiera que era un polvo más, ya que no lo era. No podía definir qué es lo que me hacía acercarme, fuera como fuese, me tenía atrapado por completo.

—Nathan, nos tienen que estar esperando —habló sobre mis labios.

—No quiero dejar de besarte, me gustas, Narel, de hecho, me gustas mucho. —Dejé caer mi frente sobre la suya con un suspiro.

—Tú también me gustas y esto no está nada bien. —Fruncí el ceño al escucharla. ¿Por qué no estaría bien? Si nos gustamos los dos.

—¿Por qué dices eso? —Me separé de ella.

—Le he cogido mucho cariño a tu padre y no quiero empañar mi amistad con él.

—No creo que mi padre tenga nada que objetar, creo que ya somos lo bastante adultos para hacer lo que mejor veamos.

—No lo digo por eso, ¿y si después de acostarnos no nos llevamos bien? Porque sabes muy bien que la química que sentimos nos llevará a la cama. —Que fuera directa me gustaba.

—Vuelvo a decir que somos adultos para saber separar las cosas, y lo que pase entre nosotros no tiene nada que ver con él. Así que deja de pensar y déjate llevar. —La acerqué hasta pegarla por completo a mí.

—Está bien, pero ahora vamos… —No le dio tiempo a terminar la frase.

—Nathan, la carne empieza a salir ya, así que ya puedes apartar las manos de Narel. —Lo mataba, os juro que a Hugh me lo cargaba el día menos pensado

—¿Aquí las personas suelen entrar en las casas sin pedir permiso? —me preguntó Narel en un susurro.

—Rubia, tengo el oído muy fino y te he oído. No te preocupes por mí, no me voy a asustar por ver el culo de mi amigo. Eso sí, me hubiera gustado ver el tuyo. —Algún día le iba a dar lo suyo.

—No creo que tus ojos estén preparados para ver algo tan perfecto. —Pasó por su lado dándole una palmadita en el brazo acompañado de un guiño de ojo.

Ella se fue tan tranquila, dejándonos con dos palmos de narices. Me gustaba que no se dejara intimidar por nadie, trabajando como lo hacía era primordial para que nadie se tomara demasiadas licencias sobre ella.

—La próxima vez te hago tragarte todos los dientes, por ahora me conformo con la manera que ha tenido de taparte la boca.

—No es por nada, pero esa tía me acojona más que tu chucho. —Comenzamos a caminar de vuelta a casa de mi padre—. Ya me había dicho Arlo que Narel era de las que tienen los dientes afilados.

—Me encanta que sea así, y cuando os cuente todos los sitios donde ha trabajado, vais a alucinar. Lo mejor es que mi padre lo sabía desde el principio y no dijo nada en toda la semana.

—Ahora no me dejes con la intriga. —Se detuvo.

—Mejor os lo cuento cuando estéis los dos, tira. —Le di un toque para que siguiera caminando.

—Nathan, ahora poniéndome serio. Espero que lo que quieras con ella solo sea un par de noches de sexo, porque lo tienes complicado con ella y no lo digo porque no le gustes. —No hacía falta que me lo dijera, sabía muy bien que entre nosotros no podría haber mucho más que unas cuantas noches juntos.

»Pero sabes que no le puedes decir a qué te dedicas, no por lo menos hasta que sea algo serio y no creo que lleguéis a eso. Ella se irá pronto de aquí y cada uno seguirá con sus vidas.

—No te preocupes, tengo los pies en la tierra.

A lo lejos vi que estaban mi padre, Arlo y Narel, mezclados con más vecinos y entre todos ellos se veía buena sintonía. El ambiente estaba lleno de risas, se respiraba buen rollo. Siempre había disfrutado de estos días, donde todos éramos como una gran familia.

Y en medio de todos ellos estaba Maui sentado, pendiente a todos, a lo que hablaban, llamando la atención de unos y de otros para que le dedicaran algunas caricias y palabras. En cuanto nos oyó acercarnos, se levantó, empezando su pequeño enfrentamiento con Hugh.

—El día menos pensado me arranca una mano —pronunció mi amigo en voz baja.

—Sabes que nunca te haría nada, si no confiara en él no lo dejaría acercarse a ti.

—Maui, eso está bien. Hugh es un amigo y lo tienes que tratar como a todos los demás —le estaba diciendo Narel agachada a su lado—. Tú eres muy guapo y bueno, así que ve ahora mismo a darle un beso a Hugh. —Levantó las orejas como si hubiera entendido todo lo que le había dicho. Lo que hizo en ese momento nos dejó a todos descolocados.

Con toda la parsimonia del mundo y como si estuviera caminando por una pasarela, se acercó a mi amigo, deteniéndose justo delante de él y aullando, era como si le estuviera hablando.

—Hugh, agáchate para que pueda darte el beso.

—Narel, que le tengo mucho aprecio a mi cara y este es capaz de dejarme si ella.

—Que no, porque si te hiciera algo me decepcionaría. —Cuando Narel hablaba, mi amigo de cuatro patas le prestaba mucha atención —. Hazme caso, solo quiere darte un beso y con eso decirte que a partir de ahora se va a comportar contigo igual que con el resto.

Todos estábamos a la espera de que mi amigo claudicara agachándose delante de Maui, esperando el resultado que iba a pasar. En cuanto Hugh puso una rodilla en el suelo, Maui saltó sobre él y empezó a darle lametazos por toda la cara.

Hugh se reía con ganas mientras el otro no paraba de darle besos como le había pedido Narel y tanto mi padre, Arlo y yo estábamos alucinando con lo que estábamos viendo. Lo que tantas veces habíamos intentado nosotros a lo largo de estos tres años y no habíamos conseguido, llega esta mujer y lo consigue en pocas horas.

Me acerqué a Narel por su espalda, me incliné un poco sobre ella, porque, aunque era alta, yo le sacaba media cabeza. Con los labios cerca de su oreja le susurré:

—Has hechizado a Maui igual que a mí. —Pasé la punta de la nariz por el lateral de su cuello para terminar depositando un beso en su hombro.

No sabía si al finalizar el día, acabaríamos con este tonteo que llevábamos desde que nos presentó mi padre. Lo que sí tenía claro es que aquí y este día no iba a terminar la cosa, porque me negaba a ello, pues estaba seguro de que ella también se moría por conocerme más a fondo, porque este fuego que yo sentía que me quemaba por dentro desde que la vi por primera vez, a ella también la estaba consumiendo.

Capítulo 11



Narel

Eran las cinco de la tarde, por lo que en España eran las nueve de la mañana, justo la hora en la que hablaba todos los días con mis hermanas, con mis padres solía hacerlo un poco antes. Menos mal que a ellos me dio por avisarles de que hoy no los podría llamar, pero a ellas sí pensaba hacerlo y ahora mismo.

Los vecinos todavía seguían por aquí, y esto tenía toda la pinta de que se iba a alargar más de lo esperado. Así que me acerqué a Nathan para avisarle de que me iba a ausentar un ratito, porque las charlas con mis hermanas podían ser breves o alargarse bastante, todo dependía de los planes que tuviéramos cada una.

—Voy a ir a casa, tengo que llamar a mis hermanas. —Puse una mano sobre su brazo, ¡y qué brazo!

—¿Tienes hermanas? —se interesó Arlo— ¿Cuántas?

—Sí, tengo dos hermanas más pequeñas que yo.

—Si son tan guapas como tú diles que se vengan ahora mismo —pronunció Hugh—. Eso sí, solo si están solteras.

—Son mucho más guapas que yo, de hecho, yo soy el patito feo de la familia. —Era mentira que yo era la fea, porque las tres éramos guapas, cada una con nuestros rasgos, eso sí, la única rubia con ojos claros de la familia era yo, se ve que lo heredé de mi padre biológico.

—Si tú eres la fea, no me quiero ni imaginar cómo tienen que ser ellas —murmuró por lo bajito Arlo.

—Lo mejor que podemos hacer para conocer a sus hermanas —de Hugh me podía esperar cualquier cosa que soltara por la boca, y eso que lo había conocido hoy—, es secuestrarla y pedir un rescate. Pero el dinero tienen que traerlo ellas de forma presencial. —Las ocurrencias que tenía este hombre no tenían desperdicio.

—No hace falta que llegues tan lejos para conocerlas. —Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón para llamarlas en ese momento. Esperaba que por lo menos estuvieran presentables—. Solo te voy a decir que ninguna de las dos tiene filtro en la boca, así que de lo que digan no me hago responsable.

Siempre hacíamos videollamadas a tres. Después de presentarlas, me iba a ir a la casa. Quería hablar a solas con ellas, necesitaba contarles lo que me estaba haciendo sentir Nathan. Estaba segura de que ellas me animarían a seguir para adelante, pero, aun así, necesitaba que me dijeran lo que pensaban.

—Hola, antes de que digáis nada, no estamos solas. —Fue lo primero que les dije antes de que me preguntaran si le había dado alegría al cuerpo con algún australiano, desde que llegué, siempre hacían la misma pregunta—. Estoy en una barbacoa que ha organizado Henry con todos los vecinos.

—Si al final la que mejor vive es ella —pronunció Kora.

—Ya te digo. Viaja, conoce nuevas amistades, ve muchos monumentos. —Subió y bajó las cejas varias veces para darle énfasis a eso de monumentos. ¿Ya os imagináis a los monumentos que ella quería decir? Pues eso, para ella esos eran los verdaderos monumentos—. Y nosotras trabajando desde casa. —Resopló.

Kora era escritora y tengo que decir que le iba bastante bien y Alaia era diseñadora gráfica, por lo tanto, cada una podía trabajar desde donde quisieran, siempre y cuando tuvieran acceso a Internet.

—Chicas, que os dispersáis. A lo que iba, os voy a presentar a Henry, a su hijo y los amigos de este. —Me giré para hablarles a ellos —. Chicos acercaros. Henry, ponte a mi lado.

Como le había pedido, él se puso a mi lado, pero del otro se colocó Nathan, Arlo y Hugh se situaron detrás.

—La de arriba es mi hermana Kora, la mediana de las tres y la de abajo es Alaia, la pequeña. —Mis hermanas se habían quedado con cara de tontas, pero es que estaba viendo las caras de los amigos de Nathan y se habían quedado igual—. Él es Henry, el padre de Nathan. —Los señalé a ambos—. Y ellos son Arlo y Hugh. Ah, se me olvidaba —enfoqué hacia abajo—, y este es Maui, el más guapo de todos. —Terminé diciendo con una sonrisa.

—¡Madre mía, como está Australia! —exclamó Kora.

—Tú no sales de este país hasta que tus hermanas no vengan a rescatarte — ratificó Hugh causándonos risas a todos.

—Narel, no tienes ni idea de cuánto te odio en estos momentos — refunfuñó Alaia, eso sí, lo hizo con una sonrisa y comiéndose con los ojos a los tres chicos.

Nunca había sido posesiva, mucho menos con mis hermanas. No sé qué pasó, pero les dejé claro que Nathan era mío y lo hice acercándome más a él. Con la mano que tenía libre, le cogí por la barbilla, haciendo que se agachara un poco para acercar mis labios a los suyos y darle un beso.

Se empezó a escuchar una serie de exclamaciones y sorpresas que me provocaron la risa y aun con mis labios sobre los de Nathan, no pude evitar sonreír.

—¿Marcando territorio, preciosa? —susurró sobre mis labios.

—Solo un poquito. —Le di otro beso rápido.

—Narel, si te hubiera visto papá, ya te estaría riñendo.

—Uff, un padre protector —murmuró Arlo a nuestras espaldas.

—Para nada, bombón —le contestó Alaia—. Le hubiera reñido, porque él dice que un beso sin lengua no es un beso.

—Vuestro padre me cae de puta madre y eso que no lo conozco. —Hugh le guiñó un ojo a una de mis hermanas, pero no sabía a cuál de las dos—. ¿Por qué no vienes y le enseñamos lo que es un beso de verdad?

—Uy, mejor me voy a hablar a solas con mis hermanas, que tú estás corriendo mucho, chaval.

—No estoy corriendo, me acabo de dar cuenta por qué nunca me había enamorado y resulta que era porque el amor de mi vida está en la otra punta del mundo.

—Tío, especifica a cuál te refieres, que a mí me gusta una.

—En serio, chicos, vosotros no estáis muy bien de la cabeza —les dije negando con la cabeza.

—Mira quién fue a hablar, la que conoce a un tío hoy y ya se está besando. —Escuché decir a Kora—. Alaia, busca vuelo que nos vamos para Australia.

—Esta juventud está fatal —decía Henry, negando con la cabeza muerto de risa—. Pero qué locura más bonita, chicas, aquí os estaremos esperando con los brazos abiertos, para cuando decidáis venir. Ha sido un placer conoceros, pero el deber con mis vecinos me llama. —Se despidió de ellas y se fue seguido por Maui.

—Yo busco el vuelo si al aeropuerto va a recogerme el *bomboncito* ese. —Yo seguía sin saber quién de los dos era el que le gustaba.

—¿Y se puede saber quién de los dos es el *bomboncito*?

—Es más que obvio, soy yo. —Hugh se señaló a sí mismo.

—Esto se me está yendo de las manos —le susurré a Nathan para que no me escuchara nadie.

—Pues prepárate, porque estos no son de los que se rinden cuando se les mete algo en la cabeza. —Me devolvió el susurro terminado con un beso en el cuello.

—Vamos a tranquilizarnos un poco y tomarnos las cosas con más calma. —Me giré para mirar de frente a los chicos—. Vosotros os quedáis aquí mientras hablo a solas con mis hermanas. —Le di otro beso rápido a Nathan, me gustaba mucho besar esos labios, aunque me daba miedo volverme demasiado adicta a ellos—. Ahora vuelvo.

—Os esperamos aquí. —Se escuchó decir en voz alta cuando iba hacia la casa en la que me estaba quedando.

—¿Os habéis vuelto locas? ¿Cómo que vais a venir? Solo los habéis visto unos minutos por la pantalla de un teléfono. —No las estaba dejando de hablar.

—Si te callas, podremos responderte —me contestó Kora.

—¿Por qué tú sí puedes sentirte atraída por uno, y nosotras no podemos? Narel creo que eres muy injusta. —Uy, la enana de la familia se había puesto seria—. Me ha gustado mucho Hugh y quiero conocerlo, no creo que sea malo ir y ver qué pasa.

—Alaia, no digo que no te haya gustado, pero piensa las cosas con tranquilidad antes de actuar. Yo estoy aquí por trabajo y cuando termine me iré —al decirlo se me encogió un poco el estómago, no tenía ni idea por qué me pasaba eso.

—Todavía te quedan allí cerca de dos meses y sabes que nosotras podemos trabajar desde donde queramos. —Kora me miró con esa mirada que decía que no había vuelta atrás—. Además, así conocemos ese país y lo más importante, podemos estar juntas las tres. —Me dejé caer en el sofá con una sonrisa, porque en el fondo me encantaba la idea de tener a mis hermanas aquí.

—Vosotras buscad vuelo, solo tenéis que decirme cuándo llegáis que allí estaré para recogeros.

—Eres la mejor, ahora viene lo difícil, ¿quién se lo dice a papá y mamá?

—Ah, no, yo no. Eso es vuestro problema. —Alaia estaba muy concentrada en el portátil, estaba segura de que estaba buscando el vuelo con las mejores escalas posibles.

—Joder, he encontrado uno, para pasado mañana, pero no veas si es caro —dijo sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador. Y aunque a ellas les iba muy bien en su trabajo, no ganaban tanto dinero como yo.

—Anda, reserva esos vuelos, os lo voy a regalar y no quiero escuchar ninguna protesta. Mientras tanto, voy a hablar con alguien de la policía a ver si puede acelerar el proceso de visado. —Las dos se pusieron a dar saltos de alegría—. Y yo que os había llamado para deciros que había conocido a alguien que me había impresionado mucho y ahora resulta que vosotras estáis peor que yo.

—¿Desde cuándo te ha dado miedo lanzarte? —me preguntó Kora.

—Desde que me gusta más de lo que me haya gustado ningún otro, me da miedo enamorarme.

—Narel, no seas tonta y si te gusta de verdad, no lo dejes pasar y disfrútalo junto a él. Cuando llegue el momento de volver a casa ya veremos cómo lo afrontas. —Mi enana, cuando quería, te daba buenos consejos—. Te lo digo de verdad, no pierdas la oportunidad y ve a por todas.

—Te voy a hacer caso, pero que sepáis que, si después me rompen el corazón, vais a ser vosotras las que tengáis que aguantar mi llanto.

Capítulo 12



Nathan

Todo estaba yendo demasiado deprisa, pero como me dijo Hugh cuando lo cogí para hablar a solas, había sentido un flechazo. Yo creo que lo sentí el día del banco, pero ahora que había pasado el día con ella, ese deseo se estaba transformando en algo mucho más fuerte e imposible de ignorar.

—Han encontrado un vuelo para pasado mañana, así que dentro de cuatro días las tengo aquí —comentó Narel cuando llegó hasta donde estábamos sentados nosotros tres y mi padre.

—¿En sus trabajos no les ponen pega? —Se interesó mi padre.

—No, las tres trabajamos por cuenta propia, yo de lo que ya sabéis, Kora es escritora y Alaia diseñadora gráfica. —Se encogió de hombros —. Ellas pueden trabajar desde donde quieran siempre que tengan Internet. —Se había sentado junto a mí. Le aparté un mechón de pelo y se lo pasé detrás de la oreja.

—¿Así que la única que está todo el tiempo de un lugar para otro eres tú? —Cada vez cobraba más sentido lo que me había dicho mi padre. Ella se dedicaba a recorrer el mundo con una cámara de fotos en las manos y yo no me podía mover de mi país. Esto jamás podría funcionar entre nosotros.

—Sí, mi trabajo es parte de mi vida, si me quitas la cámara de las manos, pierdo la mitad de mi esencia. —Cuando hablaba de su trabajo, se le iluminaban los ojos con un brillo muy especial—. ¿Y qué pasa con vosotros? Todavía no me habéis dicho a qué os dedicáis. —Nos miró a los tres.

—Somos bomberos —le contestó rápidamente Arlo, era lo que siempre decíamos—. Nathan es nuestro jefe de grupo.

—¿Y eso es debido a que eres el mayor de todos?

—Eso es porque tengo más experiencia que ellos, pero sí, soy el mayor de todo mi grupo. —Le guiñé un ojo—. Tengo treinta y ocho años, Arlo tiene treinta y cinco y Hugh treinta y seis.

—Vaya, te llevas once años con Alaia —le dijo a mi amigo.

—La edad no importa cuando sientes que has encontrado al amor de tu vida. —Nunca había oído hablar a Hugh tan serio—. Os lo tomaréis a broma, pero en el momento en que la he visto, he sentido que es mi chica.

No pensaba reírme de él, porque es lo mismo que yo había sentido, pero lo suyo con ella era muy distinto, porque podrían tener una vida juntos, aquí o allí, pero juntos. Sin embargo, yo no creía que pudiera tener una relación estable a larga distancia y no tenía nada que ver con la fidelidad, sino, más bien, la necesidad de dormir con ella a diario, vernos y estar juntos. No, yo no quería esa vida para mí y tampoco creía que la quisiera Narel.

Por el rabillo del ojo me di cuenta de que ella no me quitaba la vista de encima, que me estaba mirando de una manera que hizo que mi cuerpo se calentara de tal forma que tuve que removerme en el asiento.

—Yo creo que lo mejor es que recojamos lo que queda y nos vayamos a descansar —dijo mi padre levantándose de su silla.

Ya no quedaba ningún vecino desde hacía rato; todos se habían marchado y, aunque la zona estaba bastante recogida, aún quedaban algunas cosas. Entre todos terminamos con rapidez.

—Bueno, yo mejor me voy retirando ya —dijo Narel cuando llevó el último vaso a la cocina.

—Te acompaño. —Les hice una señal a mis amigos con la cabeza.

Iba junto a ella en completo silencio, cada uno íbamos sumidos en nuestros pensamientos, o por lo menos yo sí. No quería dejar pasar la oportunidad de conocerla más profundamente y a la vez quería alejarme de ella todo lo posible. Lo sé, no tenía lógica.

—Narel… —La detuve antes que traspasara la puerta, me quedé mirándola sin saber qué decirle realmente.

Me humedecí los labios, mientras seguía pensando lo que le podía decir. No hizo falta que hablara, sin esperarlo, ella se acercó tanto a mí que sus pechos se rozaron con el mío, llevó las manos a mis hombros y de ahí las pasó por detrás del cuello. Entrelazó los dedos en mi nuca haciendo un poco de presión para que bajara la cabeza.

Fue en ese instante cuando posó sus labios en los míos, no fue como los besos que nos habíamos dado hasta ahora, me estuvo tentando con su lengua hasta que le di paso para que se adentrara en mi boca.

En cuanto nuestras lenguas se encontraron, perdí todo pensamiento razonable, lo único que quería era tenerla más cerca, hundirme en ella y sentir cómo me acogía entre sus piernas.

—Siempre voy a por lo que quiero —murmuró sin despegar su boca de la mía.

—Me gusta que seas decidida, yo también lo hago siempre, solo me estaba controlando por ti. —Volví a profundizar en el beso.

Dio un salto enredando sus piernas en mi cintura. La cogí por las nalgas y la pegué todo lo que pude a mi pene erecto. Necesitaba rozarme con ella, que sintiera cómo me tenía, tentarla lo máximo posible.

Como pude y sin soltarla, cogí el pomo de la puerta para abrirla y meternos dentro, fuera del alcance de cualquier mirada indiscreta. Dios, me estaban matando las ganas de estar enterrado en ella, darnos placer hasta que no pudiéramos aguantar más.

—Quédate, pasa la noche conmigo. —Fue ella la que pronunció las palabras, pero era yo el que me moría por escucharlas.

—La noche se queda corta para todo lo que quiero hacerte. —La aprisioné contra la pared, empezando a hacer más presión con las caderas para intensificar el roce—. Solo necesito un segundo para avisar a los chicos.

Le escribí un mensaje rápido a los chicos en nuestro grupo, en él les dije que se fueran sin mí y que le dijeran a mi padre que se quedara con Maui. Como estas casas eran todas iguales, mi intención fue llevarla a la habitación, pero las ganas podían con nosotros.

La solté en el suelo para desnudarla y desnudarme yo, no hizo falta que lo hiciera, porque en el momento que sus pies tocaron el suelo, se volvió a abalanzar sobre mí, empezando a tirar de mi camiseta para sacármela por la cabeza.

En cuanto me la quitó, empezó a acariciarme el pecho, los hombros, los brazos, el abdomen. Cuando sus dedos me rozaron el vientre, lo contraje sin poderlo evitar. Me estaba poniendo como jamás lo había estado.

No voy a decir que nunca había disfrutado del sexo, porque estaría mintiendo, siempre lo había hecho y mucho, pero esta mujer estaba logrando llevarme a unas sensaciones totalmente distintas. Con ella lo estaba viviendo de una manera más intensa.

Me desabrochó el pantalón, fue a introducir la mano por dentro del pantalón y el bóxer. Tuve que pararla, si me tocaba ahora mismo, no creía aguantar mucho más.

—Mi turno. —Puse sus brazos por encima de su cabeza pegados a la pared—. Eres perfecta —dije tras morderle el lóbulo de la oreja.

Deslicé la nariz por su cuello, repartiendo besos húmedos allá por donde iba pasando. Primero el cuello, luego la clavícula; en el pecho me detuve un poco más y, por encima de la camiseta, le di un mordisco al pezón. Sujeté el borde de la prenda para quitársela de una vez; ansiaba ver sus pechos, en realidad, deseaba contemplarla completamente desnuda.

Dios, se le veían unos pechos firmes y llenos, unos que no eran muy grandes, pero sí lo suficiente para mis manos y boca.

—Quítate el sujetador.

Llevó sus manos a la espalda, se lo desabrochó, dejándolo caer a nuestros pies. Sin apartar la mirada de ese punto, me arrodillé y comencé a bajarle el pantalón junto a su ropa interior.

Una puta fantasía tenía ante mis ojos, estaba totalmente depilada y a través de sus pliegues se podía ver la humedad que tenía acumulada en esa zona. Llevé una mano justo a su centro y paseé los dedos entre sus labios, impregnando los dedos con su esencia.

Otro placer fue escucharla gemir mi nombre, me estaban volviendo loco los sonidos que se le escapaban entre jadeos y gemidos. No me demoré más tiempo en enterrar mi cabeza entre sus piernas para darle placer. Chupé, mordí, saboreé y absorbí hasta que la hice estallar en un orgasmo que la dejó totalmente sin fuerzas.

Antes de quitarme el pantalón, cogí un preservativo, el cual ella me lo quitó de entre los dedos.

—De esto me encargo yo. —Me guiñó un ojo a la vez que se mordía el labio inferior. Nunca en mi vida había tardado tan poco en quitarme los pantalones y el bóxer.

—Todo tuyo, preciosa. —Me paré delante de ella con mi miembro apuntándola directamente.

En el momento que sus manos tocaron mi pene, tuve que contenerme para no correrme, aguanté la respiración y contraje el vientre. Como no terminara pronto de ponerme el preservativo, iba a acabar antes de que empezara. Joder, me tenía completamente caliente. En cuanto terminó de colocármelo, la volví a coger a pulso, enredó sus tobillos en mi espalda y sin esperar un segundo más, la penetré hasta el fondo.

—Nathan… —No dejé que pronunciara una palabra más, empecé a devorarle la boca, con ganas, con mucha intensidad. Estaba siendo un beso con fuerza, donde nuestras lenguas se iban entrelazando.

—Lo que yo decía, eras perfecta. —Empecé a moverme.

Al principio iba más lento, quería disfrutar del momento, pero en cuanto noté que ella necesitaba más, se lo empecé a dar con penetraciones fuertes, rápidas y profundas. Dios, a este ritmo no iba a durar nada.

—Que bien se siente. —Le di un bocado en el borde la de la mandíbula.

—Ah, Nathan… me voy a… —Clavó las uñas en mi espalda, dejándose ir y arrastrándome con ella.

En el momento que sentí cómo sus paredes me oprimieron, ni aguanté más y me corrí con ganas, sintiendo cómo una corriente eléctrica me atravesaba toda la columna hasta llegar a mis partes. Eché la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gruñido, que sonó más al de un animal que a una persona.

Joder, en mi puta vida había tenido un orgasmo tan intenso y largo como este, todavía sentía los espasmos de ella alrededor mío y mi pene seguía dando pequeñas sacudidas en su interior. No estaba fuera de ella y ya la echaba de menos.

—Joder, Narel. Ha sido perfecto. —Le di un beso en la clavícula.

—Ha sido mucho más que perfecto. —Empezó a pasar los dedos entre mi pelo.

Sin ganas ninguna, salí de su interior y aun con ella en mis brazos nos dirigimos al baño. Solo la solté cuando encendí el grifo de la ducha y porque me tenía que quitar el preservativo, de lo contrario todavía la tendría entre mis brazos.

—Hasta ducha y todo —ronroneó.

—Si no quieres seguir oliendo a mí, más vale que sí.

—Me encanta como hueles. —Me repasó el pecho entero con el dedo índice.

—Tranquila, todavía nos queda mucha noche por delante. —Cogí ese dedo y me lo llevé a la boca para mordisquearlo.

—No sabía que los bomberos tenían tanto aguante. —Se me formó un nudo en la garganta, no quería mentirle, pero era una norma que teníamos establecida.

—No sabía que una fotógrafa me podía hacer arder tanto. —Le seguí el juego.

—No te preocupes, sé muy bien cómo apagar ese fuego. —Me dio un lametazo en uno de los pezones.

—Más bien, diría que sabes muy bien cómo hacer que me queme. —Iba con segundas, porque me hacía arder sexualmente, pero sabía que también me iba a quemar cuando ella se fuera.

En esa ducha el juego empezó de nuevo, donde las horas fueron pasando hasta caer los dos rendidos cerca del amanecer. Cayó exhausta, en cuanto lo hicimos por última vez. No tardó ni dos segundos en quedarse dormida, yo tardé un poco más porque no podía apartar la mirada de su rostro, la veía tan bonita y a la vez tan sexi que no me podía creer la suerte que tenía al verla dormir sobre mi pecho.

Capítulo 13



Narel

Ya tenía ganas de abrazar a mis hermanas. Al final ninguno de los chicos pudo venir conmigo al aeropuerto, les había salido un aviso y no sabían el tiempo que los llevaría extinguir ese fuego, esperaba que por lo menos no fuera grave y que sus vidas no corrieran peligro.

Así que Henry se ofreció a acompañarme, evidentemente no me negué, me encantaba pasar horas con él, siempre terminaba aprendiendo algo nuevo. Para que nos entendamos, no hablo de saber cómo cambiar una bombilla, hablo del tipo de enseñanza que te otorga sabiduría, de cómo afrontar la vida, eran de esas charlas que te engrandecen el corazón, el alma y la mente.

Henry era la clase de hombre que toda mujer merece en su vida, era un hombre íntegro, honesto, servicial y atento. Me acuerdo cuando el segundo día le pregunté qué había pasado con su esposa y me dijo que ya hacía muchos años que un cáncer la había apartado de su lado. Cuando le pregunté por qué después de tantos años seguía estando solo. Me contestó que él solo había amado una vez y que lo había hecho tan profundamente que en su corazón ya no había espacio para nadie más.

De lo poco que me habló esos días sobre su hijo, fue precisamente del momento en el que la perdieron. Nathan estaba muy unido a sus padres y lo pasó muy mal cuando la perdió, pero se apoyaron mutuamente. Hoy por hoy estaba muy orgulloso del hijo que tenía.

Y la verdad es que, en Nathan, se podían ver todos los valores que antes había alabado de Henry. ¿Se puede enamorar una persona de otra en apenas unos días? Porque ese era el tiempo que habíamos pasado juntos, cuatro días para hacer que mi corazón se descontrolara con solo oír su voz.

Porque os juro que lo que sentía por él no lo había hecho por nadie. Me encantaba todo de él. El tiempo que habíamos compartido me había hecho sentir que era importante para él, la manera en la que me devoraba con la mirada, cada beso y caricia que me había dado. Todo eso me estaba haciendo sentir que era especial para él.

—Por ahí vienen —le dije a Henry al ver de lejos a mis hermanas.

—¡Narel! —gritó desde lejos Alaia.

Maui, que nos había acompañado, al ver que me ponía a dar saltos de alegría, también se puso a aullar moviéndose de un sitio para otro sin parar.

—Calla, que nos van a echar —le dije antes de darle un beso en la cabeza.

—¡Kora, Alaia! —Abrí los brazos cuando llegaron a mí—. ¿Cómo os ha ido el vuelo?

—¿No ha venido Hugh? —preguntó la pequeña con un poco de tristeza en su voz.

—Les han dado un aviso y han tenido que ir. —Ella estos días había estado hablando con él por teléfono y se habían contado sus vidas, por lo que sabía muy bien de qué iba su trabajo y que si lo llamaban tenía que ir.

—Lo entiendo, me hubiera gustado que estuviera aquí, pero entiendo que es su trabajo y deber.

—Henry, aquí están mis hermanas —se saludaron con besos y unos abrazos.

—Sois mucho más bonitas en persona. —Se notaba que lo dijo de corazón.

—Ains, muchas gracias, tú tampoco estás nada mal para la edad que tienes. —Esa fue Kora que no se cortaba ni un pelo a la hora de hablar.

—Niña, que vas a hacer que a mi edad me ruborice.

—Y este que está esperando a que le deis mimos es Maui. —En cuanto escuchó decir su nombre, se puso en pie.

Le estuvieron dando unas cuantas caricias. Cogimos sus maletas —que por cierto habían traído más ropa que yo— y nos dirigimos al coche. Estaba deseosa enseñarles el barrio en el que estaba viviendo. Estaba completamente segura de que les iba a gustar mucho, ya que se parecía mucho al pueblo donde crecimos, con vecinos atentos y viviendo en tranquilidad.

Durante todo el trayecto no pararon de hacerle preguntas a Henry. El pobre hombre las iba contestando todas con mucha paciencia, yo creo que hasta Maui se había aburrido de escucharlas, porque el muy gachón se había quedado dormido con la cabeza sobre las piernas de Kora, mientras esta no paraba de hacerle caricias.

—¿Ese no es el coche de Nathan? —pregunté cuando estábamos llegando.

—Sí, supongo que hoy habrá sido un trabajo rápido —dijo con una sonrisa en los labios.

Sentí como si un peso se me quitara de encima, aunque sabía que todos estaban muy preparados, vamos, nada más había que verles los cuerpos. Aun así, no quitaba que sus vidas podían correr peligro en un fuego que se descontrolara más de la cuenta.

—Si está Nathan aquí, ¿crees que también habrán venido Arlo y Hugh? —me preguntó Kora. Yo estaba segura de que sí, pero iba a dejar que lo descubrieran por ellas mismas.

—No sé, sus coches no los veo aparcados por aquí. —Me giré para mirarlas y en el fondo me dieron un poco de pena, las dos habían puesto cara de decepción. Miré a Henry y este me guiñó un ojo.

Nada más detener el coche, nos bajamos todos y empezamos a sacar las maletas. Mis hermanas no se habían dado cuenta, pero a sus espaldas estaban los tres amigos con los brazos cruzados sobre sus pechos, observándonos.

—Alaia, Kora, mirad lo que han dejado los vecinos para daros la bienvenida —les dije.

Que Alaia estaba rendida con Hugh lo sabíamos todos, pero la reacción que tuvo, creo que no nos la esperábamos nadie. Dejó caer el bolso al suelo y se lanzó corriendo a los brazos de ese hombre.

Vamos, que él no se quedó tampoco corto a la hora de recibirla, porque le dio un beso que ni en las películas.

—Guau, pues sí que se tenían ganas —dijo silbando Henry a mi lado.

—¿Ganas? —Aguanté la risa—. Esos dos llevan sin comer estos cuatro días para hacerlo de la manera en la que lo están haciendo ahora. —Me volví hacia Kora, porque ella seguía a mi lado, sin apartar la mirada de Arlo, pero a mi lado— ¿Tú no lo saludas?

—Hermana, los placeres se merecen disfrutarlos lentos. —Me guiñó el ojo y se fue a saludarlo.

También le dio un señor beso, pero ellos no fueron tan efusivos, pero, aun así, se estaban devorando.

—¿Y tú no saludas a tu hombre?

—Henry, que eres su padre —dije entre risas, porque no podía ser hipócrita, no obstante tenía unas ganas locas de saltar sobre Nathan y darle un buen beso también.

—Hija, que no me voy a asustar. Anda, ve y dale la bienvenida que se merece. —Pasó de largo, dejándome en el jardín sin apartar la mirada de esos ojos oscuros.

—¿No te alegras de verme? —me preguntó cuando llegué ante él.

—Mucho, más de lo que te puedes imaginar.

—¿Y a qué estás esperando para demostrármelo?

—Tú lo has querido. —Le agarré la parte delantera de la camiseta y tiré de ella para que agachara la cabeza.

Primero disfruté un poco tentándolo con la lengua, después cogí su labio inferior entre mis dientes tirando de él un poco. Nathan no aguantó más, me cogió de las caderas, acercándome a él y metió su lengua en mi boca, invadiéndola por completo.

—Yo también me alegro de verte, preciosa. —Apoyó su frente en la mía sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Crees que en algún momento estos cuatro dejarán de comerse para que pueda conocer a tus hermanas en condiciones?

—No sé qué decirte, creo que se han alegrado más de verlos a ellos que a mí —susurré.

Menos mal que salió Henry fuera con unos refrescos y algo para picar, porque ya estaba empezando a pensar que terminaran los cuatro detenidos por escándalo público.

Menos mal que la casa tenía tres habitaciones, porque me podía jugar todo lo que tenía a que estos, por lo menos esta noche, no se iban a separar. Cómo cambiaba la cosa, de estar sola a quedarme con cinco personas más.

Los hombres se quedaron todos en la casa de Henry preparando la cena, mientras nosotras nos fuimos a mi casa para que mis hermanas se instalaran en las habitaciones. Primero nos pusimos las tres con las cosas de Kora y después con las cosas de Alaia y así entre las tres terminamos en un abrir y cerrar de ojos.

Fuimos a ayudar a los chicos con la cena, pero nos echaron de la cocina, así que nos sentamos en el porche delantero que es donde íbamos a cenar. Estuvimos hablando sobre todo de mis padres, que en este caso se habían tomado el viaje de ellas con cierto recelo.

Su miedo se basaba en que mis hermanas terminaran tan enamoradas de estos hombres que al final quisieran quedarse aquí. Como padres podía llegar a entenderlos. No es como cuando te cambias a una ciudad cercana, esto estaba a 17 776 kilómetros de distancia. Vamos, que no se podía decir «este fin de semana voy a veros».

De todos modos, ellos entendían perfectamente que nosotras teníamos que hacer nuestras vidas donde más felices fuéramos, ese tipo de apoyo se agradece mucho.

Si me ponía a darle vueltas y pensaba en el futuro, mis hermanas lo tenían más fácil que yo para establecerse y crear una familia. En cambio, si lo quería hacer yo tenía que renunciar a mi profesión o buena parte de ella y no estaba preparada para renunciar a algo que me hacía tan feliz, supongo que con el paso del tiempo sopesaría todas las opciones.

Capítulo 14



Nathan

Iba de camino al despacho de mi superior y no tenía ni idea de para qué me necesitaba, en muy raras ocasiones me había llamado. Puede que hoy tuviera que darme alguna información sobre cierta cosa.

—Pasa, Nathan —dijo en cuanto le di dos toques en la puerta.

—Buenos días, usted dirá, señor. —Estaba parado frente a él con las manos unidas por delante de mí.

—A ver cómo te lo digo. —Me parecía sospechoso—. No vayas a protestar hasta que termine de hablar.

—Señor, que nos conocemos desde hace muchos años, y cuando empieza así, estoy seguro de que lo que sea que me va a decir no me va a gustar nada.

—Me temo que no. A mí tampoco me entusiasma, pero son los de arriba los que mandan y nosotros debemos obedecer.

—Robert, suéltalo ya. —Crucé los brazos sobre el pecho.

—Sin anestesia ni nada: va a venir un fotógrafo y tiene que estar un par de semanas tomando fotos, tanto a tu grupo como a los demás, imágenes en las que se vea cómo os entrenáis y qué tan preparados estáis para afrontar cualquier situación. —Me eché a reír, porque tenía que ser broma lo que me estaba diciendo.

»No te rías, que es cierto. De hecho, debe estar a punto de llegar, así que si no quieres que os vea las caras, más vale que avises y que se vayan poniendo los pasamontañas. —El muy cabrón se estaba aguantando la risa—. Las fotos que se publiquen, puedes estar tranquilo, que nadie verá los rostros, pero te lo digo por si no quieres que el fotógrafo os vea.

Me cago en mi puta vida, ¿de verdad que mientras entrenábamos teníamos que dejar que nos hicieran fotos?

—¿Desde cuándo los cuerpos especiales de la policía nos hemos convertido en un maldito circo?

—Desde que los de arriba decidieron hacer una campaña para que los turistas se sientan seguros y vean que están bien protegidos.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que llegue? —Miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Si es puntual, yo diría que unos quince minutos.

—De puta madre. Te dejo, voy a avisar a mis hombres. —No pegué un portazo porque era mi superior, aunque fuéramos amigos, aquí dentro le debía respeto.

Llegué hasta donde estaban entrenando mis hombres, menos mal que hoy lo hacíamos en el exterior. Cuando entrenábamos fuera, recreábamos distintas situaciones que se nos podían presentar y esos entrenamientos los hacíamos con el equipo de asalto puesto, lo hacíamos así para que nuestro cuerpo se acostumbrara al peso y al calor que podíamos soportar.

—Escuchadme todos, dejad lo que estéis haciendo y venid. —Tenía un cabreo encima que no me podía ni aguantar.

Se fueron acercando y, por mi tono de voz, ya sabían que no estaba muy contento, que digamos.

—Estas son órdenes de arriba, y aunque no estoy de acuerdo, las tenemos que acatar, así que no quiero oír quejas. —Miré a mis hombres uno por uno—. Va a venir un fotógrafo y durante dos semanas estará haciéndonos fotos mientras entrenamos. Lo bueno es que no estará solo con nosotros; algunos días estará con los demás equipos.

—No me jodas —dijo Arlo. Cuando lo miré, se cayó en el acto.

—Así que los días que esté con nosotros nos centraremos en entrenamientos como los de hoy. Esos días, nada de gimnasio. Os aclaro que en las fotos siempre llevaremos el pasamontañas puesto, pero yo os aconsejo que también lo llevéis mientras ese hombre esté presente.

»No lo conocemos y no nos podemos confiar —todos asintieron—. Ah, se me olvidaba lo más importante: estará aquí en diez minutos. Como ya sabéis, nada de nombres, nos llamaremos como cuando salimos de misión. ¿Todos de acuerdo? —pregunté dando un grito.

—¡Sí, jefe! —contestaron todos a una.

—Bien, pues, que todo el mundo se cubra la cara.

Fui el último en cubrirme el rostro, y si llego a tardar un minuto más, me hubiera pillado. A lo lejos escuché a un policía raso llamarme. Menos mal que lo hizo como mi equipo, y no me llamó por mi nombre.

—Jefe, la fotógrafa está aquí. —¿Cómo que fotógrafa? A mí me habían dicho que era un hombre.

No podía ser lo que estaba viendo ante mis ojos. El destino no podía ser tan cabrón conmigo. Esto era algún tipo de chiste o algo parecido. Delante de mí estaba Narel con su equipo de cámaras colgado de un hombro, sin apartar los ojos de mí.

Sentí miedo, miedo de que me descubriera y se enfadara conmigo por haberle ocultado la verdad. Sé que era de fiar y que, por lo tanto, no pasaría nada porque nos viera la cara. Ahora lo que me lo impedía era la reacción que tendría al descubrirme.

—La cosa pinta cada vez mejor —susurró Hugh junto a mí.

—Jefe, ella es Narel y es una de las mejores fotógrafas del mundo. Viene desde España —ella seguía sin apartar los ojos de los míos—, así que no la hagáis perder el tiempo, o los de arriba se cabrearán, porque les ha costado lo suyo convencerla para que viniera.

—Creo que no hace falta que diga nada más —lo cortó de manera muy educada—. Muchas gracias, ya hablo yo con ellos.

El policía se marchó. Narel soltó la bolsa con las cámaras en el suelo con mucho cuidado. Sabía por ella misma que esas cámaras costaban lo suyo y que ahí tenía mucho dinero invertido.

—Buenos días. Antes de nada, quiero deciros que entiendo que no os guste que esté presente. Intentaré molestaros lo menos posible y dejaros claro que me tomo vuestro trabajo muy en serio y lo valoro muchísimo. —Repasó a todo mi equipo con la mirada para terminar deteniéndose en mí—. Vosotros entrenad como si yo no estuviera presente. Olvidaos de mí y os aseguro que así podréis libraros antes de esta situación.

—Intentad modificar vuestra voz si no queréis que os reconozca —le dije a Arlo y a Hugh en voz baja.

—Yo que tú me iba planteando decirle la verdad, porque te aseguro que va a terminar por descubrirnos. Si no es hoy, será otro día, pero lo hará —me dijo Hugh en un murmullo.

—Ya veremos cómo va el día de hoy. Después tomaré una decisión.

—Más te vale que tomes la decisión acertada o la cosa no pintará nada bien para ti ni para nosotros, porque si te descubre a ti, nos descubre a nosotros y se lo contará a sus hermanas. —El tono de Arlo fue serio al hablar.

—Cuando tú nos digas, empezamos —le dije al acercarme a ella.

—Tus ojos me suenan de algo. —Joder, y eso que no llevaba ni dos minutos a su lado. Tenía que salir de esta como fuera.

—Será porque fuimos nosotros los que te rescatamos hace como tres semanas del banco. —Es lo primero que se me ocurrió decirle.

—¿Fuisteis vosotros? —asentí con la cabeza—. Pues muchas gracias. Me fascinó la manera que tuvisteis de actuar tan sincronizada. —Me sentí halagado con esas palabras.

Por ahora había podido salir de esta, pero ¿cuánto tiempo más podría seguir ocultándole la verdad? Y lo peor era cómo me sentía. Le estaba mintiendo a la mujer de la que estaba enamorado, porque sí, me había enamorado de ella, aun sabiendo que pronto iba a volver a su país o a cualquier otro donde tuviera que trabajar.

El día se me hizo interminable, y más cuando veía a algunos de mis hombres comérsela con la mirada y no poder decirles nada para que ella no lo oyera, pero ya me encargaría de dejarles las cosas claras en los vestuarios.

De su manera de actuar no tenía nada que reprochar. Se comportaba como una auténtica profesional: no hablaba, ni interactuaba con nadie. Solo se iba moviendo de un lugar a otro para capturar las mejores imágenes, esas que estaba seguro de que se verían espectaculares, porque ya había visto algo de su trabajo y mejor no podía ser.

No me extrañaba que fuera una de las mejores del mundo en este tipo de retratos. Después de un rato, caí en la cuenta de que si este era su segundo trabajo en mi país, me confirmaba que ya le quedaba poco tiempo aquí y, al pensar en eso, sentía cómo el pecho se me oprimía ante la idea de perderla pronto.

—Se terminó por hoy —dijo cuando llegó la hora de la comida—. Chicos, muchas gracias por todo, lo habéis hecho genial. —Ella sí que lo había hecho—. Mañana estaré con otro grupo y pasado con otro, así que ya nos veremos. —Se colocó la bolsa al hombro y salió por la puerta.

En el momento en que estuvimos seguros de que no iba a volver, nos quitamos los pasamontañas.

—Todos aquí —los llamé—. Voy a dejaros clara una cosa a unos cuantos de vosotros. —Miré fijamente a los que se la habían estado comiendo con la mirada—. Como el próximo día os vuelva a pillar mirándola como lo habéis hecho hoy, os saco los ojos y os hago tragarlos.

—¿Qué quieres decir, jefe? —me preguntó uno de los que la había estado observando.

—No te hagas el tonto conmigo, que sabes de lo que hablo. Narel es mía, así que ya lo sabéis —afirmé.

—Jefe, yo no es por nada, pero la chica no parece conocerte de nada y…

—Cállate, inútil —lo cortó Arlo.

—Tengo una relación con Narel, pero ella no sabe que el que está con ella soy yo, así que no la ceguéis.

—Uff, pues si es así más vale que cantes porque te va a descubrir —dijo el más graciosillo del grupo.

—Mark, no me toques los cojones. Vosotros haced lo que os he dicho y punto.

Me fui directo a los vestuarios con mis dos amigos siguiéndome de cerca.

—Nathan, sabes que tiene razón y, la verdad, no entiendo por qué no le quieres decir nada. —Me frenó el paso, Hugh.

—Porque la mentira se ha hecho tan grande que me da miedo perderla antes de tiempo, ¿te vale?

—Pero es que mientras más tardes, peor será la cosa —alegó Arlo, y con toda la razón.

—Solo necesito pensar cómo decírselo. —Me quité la ropa y me metí en la ducha sin dejar de pensar en cómo hablar con ella.

Capítulo 15



Narel

En cuanto terminé de hacerles las fotos a esos hombres, me fui de allí lo más rápido que pude. Necesitaba llegar a casa, hablar con mis hermanas y, de camino, pedirles un pequeño favor, aunque estaba más que segura de que lo harían encantadas.

—Ya estoy aquí —dije en cuanto crucé la puerta de entrada.

Kora estaba sentada en la mesa del salón y no me oyó llegar. Con ella siempre pasaba lo mismo cuando se sumergía de lleno en sus novelas. Tenía la costumbre de ponerse los auriculares y escuchar música mientras escribía. Ella decía que eso la ayudaba a concentrarse, y según qué historia estuviera creando, oía a un artista u otro.

Alaia salió de la cocina con un cucharón en la mano; ella sí me había escuchado entrar.

—Mírala, está tan metida en su papel que si entran a robar, ni se entera —le dije a la pequeña.

—Pues tenías que haberla visto hace un rato. Madre mía, no sé qué estará escribiendo, pero no veas el rato que ha estado llorando. —Me reí al oírla, porque Kora lo mismo lloraba que reía a carcajadas cuando estaba con una de sus historias.

Me acerqué a ella por detrás, puse las manos sobre sus hombros y me agaché para darle un beso.

—Sorda, que ya he llegado.

—No estoy ciega, te estoy viendo.

—Pues apaga eso, que tengo que hablar con las dos, porque os juro que me voy a volver loca.

Alaia entró de nuevo en la cocina, supongo que para apagar lo que tuviera al fuego, que por cierto olía que alimentaba. Kora guardó el documento, cerró la tapa del portátil y centró toda su atención en mí.

—Ya estoy. Así que empieza a soltar lo que te pasa por esa boquita. —Alaia se sentó junto a mi otra hermana.

—Como sabéis, hoy he empezado con el reportaje que tengo que hacerles a los PTG. Y, a ver, para que entendáis lo que os voy a decir, necesito antes contaros algo que me pasó el segundo día que llegué aquí.

Les conté lo del banco, las horas que estuve allí, cómo mataron al de seguridad, cómo nos rescataron y, por último, cómo se me acercó el jefe del grupo táctico. Mis hermanas estaban totalmente asombradas y enfadadas conmigo por no habérselo contado antes, pero les hice entender que, una vez que todo había pasado, no tenía sentido decirles nada, porque se habrían preocupado, y ya estaba resuelto.

—¿Por qué nos cuentas todo hoy? —preguntó Kora cuando terminé de narrar lo de ese día.

—Porque las fotos que he hecho hoy son del grupo que nos rescató. —No quería dar voz a mis sentimientos, pero si no lo hacía sería mucho peor—. Allí estaba su jefe, con esa mirada que siento que me atrapa y no me suelta cada vez que posa sus ojos en mí. —Me tapé la cara, totalmente agobiada—

»Solo lo he visto dos veces, ese día y hoy, sin embargo, algo dentro de mí me dice que ese hombre me gusta mucho, me atrae y no lo puedo evitar. —Se me escaparon algunas lágrimas.

—Narel, pero si se te ve que estás enamorada de Nathan —murmuró Alaia mientras me abrazaba por los hombros.

—Joder, y lo estoy, como nunca antes lo he estado. Por eso digo que no sé qué me pasa con ese policía. Solo sé que me siento atraída por él y ni siquiera sé cómo es —refunfuñé—. Sé que Nathan es perfecto, me siento conectada con él, estoy enamorada, aunque esto sea algo imposible, porque pronto me iré.

»Me vuelve loca en todos los sentidos. Por eso necesito que esta noche no estéis aquí. —Las miré—. Ese es el favor que quería pediros: que os vayáis cada una con vuestros chicos. Necesito la casa solo para nosotros.

—Eso no es pedirnos un favor; eso es hacernos tú el favor a nosotras. Pero ¿por qué quieres estar a solas con él? Aparte de lo evidente, quiero decir. —Kora esperaba que le respondiera, y yo tenía un lío en la cabeza.

—Porque quiero confirmar que él es el único que me importa, que lo que me ha hecho sentir el otro no es nada comparado con lo que me hace sentir Nathan. —Me estaba dejando llevar por la frustración, y no me gustaba—. No puedo sentir cosas por dos hombres, ¿verdad? Quiero decir, con el policía las dos veces me pasó lo mismo que la primera vez que vi a Nathan.

—No sé qué decirte, Narel, nunca me ha pasado nada parecido —dijo Alaia, con toda la naturalidad que la caracterizaba.

—No te preocupes. Yo, personalmente, y después de todo lo que nos has contado, creo que lo que sientes por ese policía es gratitud. Lo has interpretado de otro modo. —Cuando Kora quería, podía ser muy sensata. Además, debo admitir que eso era algo que no se me había ocurrido, y que podía tener mucha lógica.

—Puedes tener razón. Puede que solo esté agradecida y no sepa expresarlo de otra manera.

—Por ahora vamos a dejar de pensar y vamos a comer. Después les escribiremos a los chicos para pasar la noche con ellos. Ya verás cómo después de esta noche no vuelves a pensar en ese policía de ese modo.

—¿Sabéis lo más gracioso de hoy? —Las dos negaron con la cabeza —. Hoy, cuando les dije que había terminado, me miró de una manera diferente. Era como si detrás de esa mirada escondiera algo. —Me eché a reír—. Creo que ya hasta me imagino cosas. Os juro que, porque sé que es imposible, pero si no, os diría que son los mismos ojos, tienen hasta el mismo color.

—Yo creo que estás buscando cualquier excusa para que se parezcan. A lo mejor, así te hace sentirte mejor contigo misma.

—Sí, estoy segura de que tienes razón. —Me levanté de un salto y me propuse no pensar más en ese hombre—. Venga, a comer, que se me está haciendo la boca agua con el olor que desprende la cocina.

Me sentó muy bien desahogarme con mis hermanas y me quedé mucho más tranquila. Terminamos de comer, lo recogimos todo, y mientras ellas terminaban algunas cosas de sus trabajos, yo me fui a darme una ducha.

Tenía que descargar las fotos de la tarjeta de la cámara y guardarlas en una carpeta en el portátil, pero la verdad, ahora que se me había pasado un poco la fantasía de imaginar cosas con ese policía, no me apetecía para nada volver a verlo.

Lo más sensato por mi parte sería hacerlo otro día, y eso me propuse. Por otro lado, tenía ganas de volver a verlo en tres días y así descubrir si todo había sido pasajero, pero a la vez me daba miedo. Miedo a que me hiciera sentir de nuevo.

«Narel, deja de pensar de una maldita vez», me reñí mentalmente. Me metí en la ducha y dejé que el agua se llevara parte de ese malestar.

Cuando salí, ya habían llegado los chicos para recoger a mis hermanas. Me extrañó un poco no ver a Nathan, pero Arlo me dijo que, como yo me estaba duchando, él había ido a saludar a su padre un momento y que ahora volvía.

—Pasadlo bien —les dije a mis hermanas antes de que se marcharan—. Como no me las tratéis en condiciones, sois hombres muertos —los amenacé de broma.

—Creo que ellas saben defenderse solas. —Yo no lo creía, yo lo sabía muy bien.

Por suerte, para nosotras, nuestros padres nos enseñaron a no dejarnos pisotear por nadie, y con el genio que nos gastábamos las tres, cualquiera lo hacía.

Me acababa de sentar en el sofá con un café frío entre las manos cuando por la puerta entró Nathan. Al mirarlo, en ese momento me di cuenta de que era el hombre de mi vida, de que estaba tan enamorada de él, que me iba a doler en el alma el día que me tuviera que ir, porque todavía no me sentía preparada para dejar todo por lo que había luchado por una persona.

Tal vez penséis que entonces no estaría tan enamorada como creía, pero cuando tu otro amor es tu profesión, tampoco quieres perderla, porque si la pierdes, te estás perdiendo a ti misma, o al menos una parte de lo que eres. Supongo que cuando llegara el día de decidir, lo tendría claro. Por ahora me iba a dedicar a disfrutar de vivir las dos cosas.

—Hola. —Me acerqué a él con una sonrisa—. ¿Y Maui?

—Hola, preciosa. —Me cogió de la cintura—. Lo he dejado con mi padre. —Dejó caer su frente contra la mía—. ¿Qué tal el día?

—Bien, todo ha ido como tenía que ir. —Lo rodeé por el cuello—. ¿Y a ti cómo te fue? ¿Algún incendio que sofocar?

—Mi día ha sido una mierda. Y no, no ha habido incendio, lo que no quiere decir que dentro de poco haya uno. Pero ese lo sofocaré con gran gusto —dijo con su voz más sensual.

—Me encanta que seas tan aplicado. —Ronroneé cerca de su boca.

Me alcé un poco sobre las puntas de mis pies y lo besé como llevaba toda la tarde queriendo hacerlo. Era un beso lento, dulce y con muchos sentimientos, de esos besos que te encogen el corazón y sientes cómo se forma un nudo de emociones en la boca del estómago.

Aunque habíamos empezado con ese juego de palabras, hoy no quería que folláramos —hablando mal—; hoy quería que me hiciera el amor, que me demostrara que yo también le importaba.

Me cogió en brazos para llevarme a la habitación. Una vez allí, me dejó en el suelo a los pies de la cama, donde nos desnudamos lentamente el uno al otro, sin dejar de acariciarnos y besarnos con ternura.

Hoy no había prisa, el tiempo se había detenido para los dos, no había nada que importara más allá de nosotros.

—Te quiero. —Dejé escapar sin pensar demasiado. Se lo dije porque era lo que sentía.

Nathan se me quedó mirando lo que a mí me pareció una eternidad, besó mi frente y volvió a cogerme en brazos para depositarme en la cama con mucha suavidad. Cuando no me dijo nada, me sentí un poco decepcionada, porque a lo mejor él no sentía nada por mí y era yo la que me estaba imaginando cosas.

Besó mi cuerpo entero, como si lo estuviera venerando. En momentos así, sí que parecía que me quería, o que al menos algo le importaba, pero después se quedaba callado y todo se volvía confuso.

Cuando se cansó de hacerme suspirar y me llevó a mi primer orgasmo, abrió mis piernas para situarse en el centro. Cogió una de mis manos y la llevó donde tenía el corazón.

—¿Lo sientes? —preguntó sin apartar sus ojos de los míos—. Late así por ti. —Se fue introduciendo en mí lentamente—. Es por ti, por quien late, porque yo también te quiero. —Cuando estuvo dentro, se detuvo para seguir hablando—. Narel, no sé qué me has hecho, pero no te puedo sacar de mi mente ni de mi corazón, y tengo miedo de perder todo esto.

Nadie me había hablado así nunca. Había estado con hombres, no voy a mentir ni tampoco a ocultarlo, pero siempre habían sido relaciones pasajeras. Nunca había tenido nada sentimental con nadie.

Las palabras de Nathan fueron algo tan bonito, y en un momento tan especial, que no pude evitar que se me escaparan unas lágrimas. No eran de tristeza, eran de unos sentimientos tan intensos que no pude contenerlos.

Con sus dedos me fue retirando las lágrimas que se escurrían. Yo le puse una mano en la mejilla y la otra la llevé a su espalda. Levanté la cabeza y todas las palabras que no podía decir en ese instante se las demostré con el beso que le di.

Empezó a moverse dentro de mí, sin prisas, lento y con mucha suavidad. Era un ritmo constante, y de esa manera seguimos hasta que nos dejamos ir los dos. En ningún momento apartamos la mirada el uno del otro.

Lo abracé con todas mis fuerzas y, esta vez, fue la primera en que me entregué a un hombre en cuerpo y alma. Después de este día, estaba segura de que no iba a sentir por nadie lo que sentía por él, y por esto mismo sería capaz de plantearme muchas cosas. Cosas que podrían llevarme a querer vivir una vida junto a él.

Capítulo 16



Nathan

Estaba notando cómo, con su dedo, iba trazando pequeños dibujos sobre mi pecho. Sonreí al darme cuenta de que escribió su nombre y el mío justo donde tenía el corazón.

—¿No tienes sueño? —Levantó la cabeza para mirarme.

—No quiero que este momento acabe. —Dios, qué suerte la mía al cruzarme con ella. No se podía ser más bonita—. ¿Se puede sentir tanto en tan poco tiempo?

La tomé de los brazos e hice que se colocara a horcajadas sobre mí.

—No todo el mundo siente de la misma manera. —Le coloqué un mechón de pelo tras la oreja—. No hay que seguir las normas para enamorarse; cada uno lo hace cuando le llega. Algunas personas necesitan meses, otras días y algunas solo segundos. —Tomé su mano derecha y entrelacé mis dedos con los suyos—. Así que sí, se puede sentir tanto en tan poco tiempo, al menos eso es lo que tú me has hecho sentir.

Me encantó ver cómo se le dibujó una sonrisa al oírme. Me incorporé para abrazarla, volví a dejarme caer sobre la cama y me la llevé conmigo. Seguía a horcajadas sobre mí, pero con su cabeza en mi pecho. Le di un beso en la frente y dejé los labios pegados allí durante unos segundos.

Me gustaba besarle la frente; para mí ese gesto significaba mucho. Recuerdo que de pequeño siempre veía a mi padre besar a mi madre en ese mismo lugar. Un día, siendo todavía un niño, le pregunté por qué lo hacía y él simplemente me dijo que el día que me enamorara de verdad también lo haría, porque era su manera de decirles a sus parejas que estaban ahí, que siempre cuidarían de ellas. Era un beso lleno de amor y significado.

Hasta ahora no había sentido la necesidad de besar a una mujer en ese sitio, ni siquiera me ocurrió con Evi, y a ella la quise mucho, aunque ahora me daba cuenta de que no era el tipo de amor que estaba sintiendo por Narel.

—Mejor me quito de encima. —La detuve justo cuando se iba a bajar.

—Ahí estás muy bien, me gusta tenerte sobre mí.

—Pero no vas a poder dormir bien conmigo encima.

—¿Quién dijo que quiero dormir? —Me reí.

Movió sus caderas sobre mi pene, lo que provocó que se despertara por completo esa parte de mi cuerpo. Llevaba un rato intentando ignorarlo, pero a Narel se le notaba que le gustaba jugar con fuego.

—No hagas eso, que no soy de piedra, y ya me está costando lo mío controlarme.

—¿Qué es lo que no quieres que haga? —Volvió a mover las caderas, esta vez frotando con intención su vagina contra mi miembro —. Pues a mí me gusta, y mucho. —Ronroneó cerca de mi oído.

—Ese es el problema, que me gusta demasiado. —Apreté los dientes cuando volvió a moverse—. Tú lo has querido; después no me digas que no te he dejado dormir.

La elevé un poco, solo lo justo para colocar el pene en su entrada, y la fui bajando sobre mí. Eché la cabeza hacia atrás, dejando escapar un jadeo que no pude evitar.

—Dios, Narel, por mí estaría todo el puto día dentro de ti; es el mejor sitio del mundo.

Ella comenzó a moverse subiendo y bajando a un ritmo lento, tenía las manos sobre mi pecho y en ellas se apoyaba para impulsarse.

—No me importaría nada tenerte todo el día dentro de mí. —Me guiñó un ojo, la muy descarada.

Le cogí los pechos y comencé a masajearlos, alternando caricias en los pezones con pequeños pellizcos; había descubierto que esa zona la excitaba mucho.

Me incorporé para quedar sentado en la cama con ella encima, agaché la cabeza y empecé a chupar, lamer y morder sus pechos, enfocándome sobre todo en los pezones. Pasaba de uno a otro. Ella empezó a moverse con más fuerza y rapidez.

Le sujeté las nalgas y se las apreté con firmeza. Sabía que ella necesitaba mayor intensidad, por lo que, mientras seguía cabalgándome, yo la ayudaba a que su clítoris rozara contra mí.

—Nathan, me voy a correr —dijo un rato después.

Fue entonces cuando la sujeté con fuerza por la cintura y empecé a moverla con más intensidad. Quería llegar al fondo, que me sintiera tan profundo que nunca se olvidara de mí, quería alcanzar donde nadie hubiera llegado jamás.

Me encantaba cuando se corría conmigo dentro, me apretaba de tal forma que tenía que respirar hondo para no correrme al instante.

—¡Ah …! —Echó la cabeza un poco hacia atrás y su cuerpo entero tembló.

La seguí moviendo un poco más; unas cinco o diez penetraciones después, yo también alcancé el orgasmo.

Con ella todo se sentía diferente. Antes era una necesidad física; ahora era algo más. Por primera vez me sentía completo, sentía que tenía todo lo que alguien podría desear. Con ella no necesitaba nada más.

Me dejé caer de espaldas sobre la cama y me la llevé conmigo.

—Ni se te ocurra moverte —le dije con los ojos cerrados.

—No seas tonto, tenemos que limpiarnos y descansar.

—Yo puedo dormir toda la noche tal y como estamos. —Coloqué los brazos detrás de la cabeza.

—Sé que estás bromeando. —No, no lo hacía.

—Para nada, lo digo muy en serio.

—Pues yo no puedo dormir toda la noche con las piernas abiertas. —Rio—. Si lo hiciera, mañana tendría que andar sin poder cerrarlas —comentó en tono juguetón.

—Te he dicho que no te muevas. —La volví a retener.

Al final me levanté de la cama, pero con ella aún en brazos. Fui al baño y, una vez allí, la solté. Nos dimos una ducha rápida y nos fuimos a dormir.

Hoy tenía el día libre, así que no tenía prisa por levantarme, pero sabía que pronto Narel sí tendría que hacerlo. Tenía que seguir con su trabajo; hoy le tocaba fotografiar a otro grupo.

Mientras tanto, iba a aprovechar su ausencia para organizar un viaje que quería hacer con ella. Quería llevarla tres días a la isla de Tasmania.

Sabía que le iba a encantar. Allí habría cosas que nunca había visto y sé que disfrutaría mucho haciendo nuevas fotografías. Esos tres días me los iba a tomar como vacaciones porque así no me llamarían si pasaba algo. A los chicos también les gustó la idea, así que se apuntaron a venir con nosotros.

No penséis que me había olvidado de contarle la verdad sobre mi trabajo. No, solo lo estaba posponiendo porque quería disfrutar con ella lo máximo posible antes de que se enterara. Porque, una vez lo supiera, sabía que ya nada sería igual entre nosotros, no a menos que lograra perdonarme por esa mentira.

Ayer, cuando llegué, y mientras Narel se duchaba, aproveché para hablar con mi padre. Él siempre me había dado muy buenos consejos y, aunque para esto no necesitaba que nadie me dijera nada porque sabía perfectamente lo que debía hacer, nunca estaba de más escuchar algunas palabras sobre cómo hacerlo de la mejor forma posible.

Me levanté con cuidado de no despertarla, me puse un pantalón corto y salí, cerrando la puerta de la habitación con suavidad. Quería aprovechar que aún le quedaba un poco para levantarse y preparar el desayuno.

Estaba haciendo unos huevos revueltos cuando sentí que me abrazaba desde atrás y me daba un beso en la espalda. Era muy bonita la sensación de saber que alguien estaba contigo y te trataba con tanto cariño.

—Buenos días, preciosa. —Me giré entre sus brazos para mirarla de frente y darle un beso.

—Buenos días, cariño. —Era la primera vez que me llamaba así y fue algo que me encantó oír.

—Tú quédate aquí mientras termino de preparar todo. —La levanté a pulso y la senté encima de la encimera.

Iba a volver a los fuegos, pero ella entrelazó sus piernas en mi espalda, impidiéndome alejarme.

—De aquí no te mueves hasta que me des un beso en condiciones —negué con la cabeza riendo.

—¿Y cómo se supone que tiene que ser ese beso? —Le tomé las mejillas.

—Uno de esos que hacen que se me encojan hasta los dedos de los pies. —Solté una carcajada al escucharla.

—Veamos qué puedo hacer. —Acercando mis labios, comencé el beso primero con suaves roces.

Después la provoqué con la punta de la lengua, delineando sus labios. Por su respiración agitada, sabía que se moría de ganas de que profundizara el beso.

—¿Voy bien o todavía no se te encogen los dedos de los pies? —le pregunté en un susurro sobre los labios.

—Te falta un poquito, creo que tienes que practicar algo más. —Sonrió.

—Vamos con el segundo intento.

La besé como ella deseaba. Llevé una mano a su entrepierna y, sin dejar de besarla, introduje dos dedos en su interior. Los giré, curvándolos un poco hacia arriba, y en cuanto toqué ese punto que la hacía temblar, empecé a moverlos. No paré hasta llevarla al orgasmo.

—Dios mío, sí que sabes besar y tocar —dijo, apoyándose en el hueco de mi cuello. Se me escapó una carcajada al oírla.

—Estoy para servirte. —Me separé de ella e hice una reverencia entre risas—. Ahora, si me lo permites, voy a continuar con el desayuno. —Le di un beso en la nariz y seguí cocinando.

Capítulo 17



Narel

Una semana había transcurrido desde que vi a ese agente enigmático por segunda vez desde que llegué a este país. Después de aquella primera sesión de fotos, tuve dos más con su equipo y, aunque me prometí a mí misma no observar a ese hombre más de lo necesario, no podía evitarlo.

Cuando me daba cuenta, tenía la mirada fija en él y, cada vez que lo hacía, me sentía peor; era como si estuviera traicionando a Nathan, aunque sin intención.

Se me formaba un nudo en la garganta y me costaba respirar. Estaba locamente enamorada de Nathan, lo quería como jamás antes había estado, pero ese hombre cuyo rostro desconocía me provocaba lo mismo, y eso que nunca me insinuó nada, ni yo a él.

Era tan complicado de comprender que me costaba incluso explicarlo. Es como si un hilo invisible me acercara a él, como si algo me susurrara sin cesar que él también podría ser el hombre de mi vida, y yo no deseaba eso.

No volví a hablar del tema con mis hermanas, me lo guardaba todo y eso me hacía más daño. Notaba cómo mi carácter se transformaba; ya no sonreía tanto como solía hacerlo.

No voy a mentir diciendo que no disfrutaba estando con Nathan, porque sí, mucho. Me sentía completa cada vez que lo veía, pero al mismo tiempo me sentía culpable, porque sin quererlo no dejaba de pensar en el otro, y Nathan no merecía eso.

Me sentía tan mal conmigo misma que me planteaba terminar el trabajo cuanto antes e irme de aquí, aunque eso me rompiera el alma por perderlos a ambos. Pero Nathan merecía a alguien cuyos pensamientos estuvieran solo en él, no compartidos.

—Estás muy callada esta mañana —dijo Alaia, sentándose a mi lado.

—Estoy pensando que al final el trabajo se va a terminar antes de lo que imaginaba.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que he dicho, no creo que sea tan difícil de entender.

—Guau, la señorita se ha levantado con el pie izquierdo.

—Perdona, Alaia, es que estoy un poco agobiada.

—¿Qué te pasa, Narel? Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé, peque. —Le di un beso—. Es solo que me han salido unos cuantos trabajos más y son muy buenos —mentía. Claro que tenía más ofertas, pero no era necesario aceptarlas.

—¿Y qué pasa con Nathan? —Se me encogió el pecho al oír su nombre.

—Lo amo con todo mi corazón, pero él sabía desde el principio que algún día tendría que irme.

—No tienes por qué irte, podrías quedarte aquí con él.

—Sabes que la fotografía es mi pasión.

—Y nadie te pide que renuncies a tus sueños. Solo que podrías aceptar menos encargos o buscar otros que no impliquen tanto tiempo lejos. Has ganado suficiente dinero, y sé que fue con mucho esfuerzo, incluso arriesgando tu vida, pero tienes recursos de sobra para vivir sin hacer esos trabajos. —Se había enfadado. La comprendía, pero ¿quién entendía lo mal que me sentía yo?

—Alaia, no quiero discutir contigo ni con nadie. Nunca te he juzgado, no creo que tú tengas derecho a juzgarme.

—Vas a sufrir mucho si te vas. —Me señaló con el dedo.

—Ya estoy sufriendo aquí —susurré al entrar a mi habitación.

—Narel, piénsalo bien —gritó desde el salón.

Lo que ella no sabía es que ya lo había pensado demasiado, y cuantos más días pasaban, peor me sentía. Hoy no quería ver a nadie, solo necesitaba estar sola con mis pensamientos.

—Solo te pido que esta conversación no se la cuentes a nadie, ni siquiera a Kora. —Me asomé a la puerta para decírselo.

—Narel…

—No, peque, esta vez no dejaré que nadie me diga qué hacer, porque nadie sabe lo que cargo en el corazón, nadie se pone en mi lugar y nadie sabe el daño que me estoy haciendo a mí misma. —Se me escaparon las lágrimas—. Alaia, solo te pido que no se lo digas a nadie, por favor. Dame algo de tiempo, te prometo que lo seguiré pensando.

—Narel, tú no eres así.

—Supongo que todos cambiamos en algún momento de nuestras vidas. Me duele un poco la cabeza, me voy a acostar un rato antes de que llegue Nathan. —Alaia me miró con tristeza, pero no dijo nada más.

Quería dejar de pensar un rato antes de volver a fingir que todo estaba bien y sonreír ante todos como si nada pasara.

Por más que me apurara en terminar el trabajo, aún me quedaban dos semanas, así que mejor era ponerme las pilas e intentar sobrellevarlo. Ya habría tiempo de derrumbarme sola en casa.

Al final me dormí. Me desperté al sentir un beso en la frente. Abrí los ojos y frente a mí estaba Nathan sonriendo con dulzura.

—¿Te estás volviendo una dormilona?

—Uff, ni me di cuenta de que me dormía. Me empezó a doler la cabeza y me tumbé a ver si se me pasaba —mentí. Me dormí porque estaba agotada de tanto llorar en silencio.

—¿Se te ha pasado? —Se preocupaba mucho por mí.

—Sí, no te preocupes, ya estoy como nueva. —Le sonreí para tranquilizarlo.

—Pues venga, cámbiate que hoy te voy a enseñar a hacer surf. Hay unas olas geniales.

—Cariño, no estoy segura de que pueda hacerlo. —Me levanté y le di un beso.

—Tú ponte el bikini, que de lo demás me encargo yo. —Me dio un apretón en el trasero.

Al final cedí y me puse el bikini. Cuando salí, allí estaban todos igual de listos que yo.

—¿Vosotras también vais a hacer surf? —pregunté espantada, porque si yo era mala, mis hermanas lo eran aún más.

—Yo lo voy a intentar, otra cosa es lograrlo —dijo Kora.

—Yo paso, pero lo que sí haré es grabaros para mandarlo a papá y mamá. Verás cómo se ríen cuando os vean. —Qué bruja podía llegar a ser la enana.

—Alaia, que sepas que hoy te monto en una tabla, aunque sea por la fuerza —la amenazó Kora.

—Si Maui se monta en una tabla con Nathan, vosotras también podéis —dijo Arlo, tomando a mi hermana de la mano y llevándosela a su coche—. Nos vemos donde siempre.

—¿En serio se monta Maui contigo? —pregunté sorprendida.

—Sí, y no sabes cuánto lo disfruta —respondió con una sonrisa.

—Hugh, yo no me voy a subir a la tabla.

—Que no te va a pasar nada. —Intentaba convencerla—. Mira, hacemos esto. —Mi hermana seguía negando con la cabeza—. Te subes conmigo, pero nos quedamos cerca de la orilla y solo observamos cómo lo hacen ellos. ¿Te parece?

—Pero solo en la orilla, y no me puedes soltar.

—Te lo prometo. —Le dio un beso antes de marcharse.

—La mirada de Hugh decía que no se quedaría solo en la orilla —dije riendo—. Ya verás la que lía mi hermana.

—Mejor, no te digo que Hugh es el más arriesgado de los tres. —Le di un golpecito en el brazo.

—Me lo acabas de decir.

—Se me escapó —dijo encogiéndose de hombros.

Estábamos junto a su coche listos para irnos, pero al ver que Maui no salía, Nathan silbó. En segundos apareció, y para acortar camino, saltó los setos de los jardines. Este animal era único.

—Maui, un día te vas a enredar una pata y te vas a dejar los dientes pegados al suelo. —El bicho me enseñó los colmillos—. Sí, esos mismos. Pues como los pierdas no comerás más pollo. —Le escondí la cabeza entre sus patas. No podía reír más con él.

—Nena, por mucho que lo intentes, no te va a hacer caso.

—Ya lo veremos. —Miré al dingo—. Porque él me quiere mucho y entiende todo lo que le digo, ¿verdad? —Me lamió toda la cara como respuesta.

La playa no estaba muy lejos. Por suerte, los chicos eran locales y sabían qué playa era ideal y libre de turistas. Apenas había gente, y eso me fascinó.

Estaba acostumbrada a los veranos en las playas de Málaga, siempre abarrotadas, donde si te descuidabas se te sentaban encima. Madre mía, qué diferencia.

En cuanto abrimos la puerta, Maui salió disparado al agua. Aproveché y saqué una de mis cámaras para hacerle fotos.

También les hice fotos a todos sin que notaran nada. Salieron unas imágenes espectaculares, de esas naturales que tanto me gustaban.

—Vamos, nena, que ya vienen las olas buenas. —Dios mío, ¡si eran enormes!

—Mejor ve con Maui, seguro que él está deseando.

—No seas tonta. Mira, me subo con él para que veas que no pasa nada y luego te montas tú —asentí.

Tomé la cámara y me acerqué a la orilla. No quería perderme ese momento. Lo que vi me dejó impactada. Se deslizaban con tal soltura que parecía lo más natural del mundo. Una imagen que guardaría siempre.

—¡No, no, no! —Escuché gritar, y al girarme vi a Hugh entrando al mar con mi hermana enganchada como un koala.

No sé cómo ese hombre mantenía el equilibrio con ella encima. No perdí la oportunidad y los fotografié. Eso había que guardarlo de por vida.

Otra escena que capté fue a Kora cayendo de cara al agua y Arlo tratando de evitarlo. ¿Resultado? Ambos terminaron empapados.

Madre mía, no podía parar de reír.

—Ríete, hija de fruta, que ya me tocará reírme a mí —dijo Alaia saliendo del agua.

—Ni te imaginas las fotos tan chulas que te hice. Se van a reír hasta tus nietos.

—Dame esa cámara, que ahora te toca a ti.

—Alaia, como le pase algo a la cámara, estás muerta —la amenacé.

Con un miedo tremendo me acerqué a Nathan.

—Ya verás que no te pasa nada. —Me subí delante de él, me pegó fuerte a su cuerpo—. Solo debes dejarte llevar y no hacer movimientos bruscos.

—Fácil decirlo para ti. Ya verás, pasaré más tiempo en el agua que en la tabla.

—Que no, es más sencillo de lo que parece. Vamos.

Me dejé guiar como Nathan me dijo. Y, aunque al principio nos caímos varias veces, al final del día lo hacíamos bastante bien juntos.

—¿Ves como no era para tanto? —Nos habíamos alejado bastante. Desde allí no veíamos a los demás.

—¿Que no era para tanto? Te aseguro que mañana no podré moverme. —Estábamos sentados frente a frente en la tabla. Tenía mis piernas sobre las suyas, y él me rodeaba la cintura—. Nathan, quiero darte las gracias por este día. Me lo he pasado genial.

—No tienes que agradecerme nada. Me hace feliz, verte feliz. —Lo abracé con fuerza, sin palabras, para decirle cuánto lo amaba.

Capítulo 18



Henry

Lo estaba viendo venir y no me gustaba nada lo que sabía que iba a pasar. Ya me había cansado de decirle a mi hijo que le contara la verdad sobre su trabajo a Narel y siempre me respondía lo mismo.

«Papá, es que la quiero tanto que me da mucho miedo que cuando lo sepa me deje». Lo que no sabía él es que cuantos más días pasaran, peor sería la situación.

Los años me habían dado sabiduría, y aunque todavía seguía siendo bastante joven, la vida me había enseñado mucho. La vida y pasar parte de ella con la única mujer que había amado.

Y cuando en una relación entraba una mentira, aunque no fuera malintencionada, todo se volvía un auténtico caos y ponía en peligro lo que con más probabilidad sería el amor de tu vida.

No me gustaría que Nathan perdiera a Narel, porque esa chica era mucho mejor de lo que él veía. Mi hijo aún pensaba que ella se iba a marchar, pero yo veía en su mirada que era capaz de dejarlo todo por él, o por lo menos eso era lo que notaba hasta hacía un par de semanas.

A Narel le estaba ocurriendo algo, podía mentirles a todos, incluso a sus hermanas, pero a mí no. Y en sus ojos no había esa chispa de alegría que ella se empeñaba en hacernos creer. ¿El motivo? Sinceramente, no lo sabía. Podía ser que ella hubiera descubierto algo y estuviera esperando que su pareja se lo confesara, aunque yo me inclinaba a pensar que ella también estaba ocultando algo.

Me daba pena y rabia que por unas mentiras se fuera al traste una relación tan bonita. Ya se arrepentirían los dos cuando eso ocurriera, porque antes o después iba a pasar, y cuando se perdieran el uno al otro, lo iban a lamentar el resto de sus vidas.

Porque, por desgracia, no era una relación en la que en algún momento pudieran encontrarse por casualidad. Ellos, si no se buscaban, no se cruzarían en la vida.

Y aunque Arlo y Hugh estaban casi en la misma situación, con ellos lo que sentía era distinto, porque las hermanas de Narel podían tener mucho carácter, pero sabía que no le darían la misma importancia que le daría ella a la mentira.

Y os aseguro que no hay nada en esta vida más doloroso que perder a la persona de la que estás enamorado. Esa persona por la que eres capaz de hacer lo que sea con tal de verla feliz, esa que por las noches duerme a tu lado, la que te da consuelo en los momentos difíciles, en definitiva, esa persona que es tu mundo entero.

—¡Henry! —gritó Kora a través de la ventana de su cocina— ¡La comida ya está!

Desde que Narel había entrado en la vida de mi hijo y la mía, no me había vuelto a sentir solo, y si no estaba ella, como hoy, eran sus hermanas las que estaban siempre pendientes de mí.

Me tuve que reír cuando no le contesté enseguida y la escuché gritarle a su hermana.

—¡Alaia, ve a buscar al viejo, no vaya a ser que le haya dado un patatús! —Estas chicas me daban vida.

—Niña, que todavía estoy muy bien.

—Ya lo sé, pero te encanta que te busque la boca. —Me sacó la lengua en señal de burla.

—Tus padres se han tenido que quedar en la gloria. —Con ellas era imposible.

—Lo que tú digas, pero admite que han tenido que venir tres españolas a ponerle un poco de sal a vuestras vidas, porque no veas si erais sosos —dijo la pequeña echándole más leña al fuego, esta era otra provocadora.

—No sé cómo os aguantan Arlo y Hugh, pobres de mis chicos. —Resoplé.

—No quieras saber tú por qué nos aguantan. —Me guiñó un ojo, la descarada de Kora.

—No, esa información no necesito saberla.

—Tú te lo pierdes. Si estuviera aquí mi padre, me pediría un informe completo, vamos, tan completo que tendría que decirle hasta cuántos pelos tiene en los huevos, Arlo. —. ¡Ay, Dios, de verdad que estas niñas estaban fatal, pero lo que me reía con ellas no tenía precio!

—No seas exagerada, no creo que a tu padre le interesen esas cosas.

—Que no dice, te juro que es mucho peor. Mi padre dice que el sexo es como la vida misma y que si no hubiera tanto tabú, otro gallo cantaría.

—Pues en eso tiene razón. ¿Qué habéis hecho hoy de comer?

—Tortilla de patata, te vas a chupar hasta los dedos.

No mintieron en absoluto, porque esa tortilla estaba de muerte. Le habían dado el punto de sal perfecto y estaba muy jugosa. Yo la había probado en algún restaurante de por aquí que se suponía que hacía comida española, pero nada que ver con la que habían hecho ellas.

—A partir de ahora quiero una tortilla todas las semanas, niñas, qué cosa más buena.

—Para que veas que nuestra locura no nos impide cocinar bien.

—Vaya que no. ¿Los chicos la han probado? —negaron con la cabeza— Pues en el momento en que lo hagan, os piden que os caséis con ellos.

—Kora, esta noche tenemos que hacer otra, pero el doble de grande, para que nos pidan matrimonio en ese mismo instante.

—¿Si os pidieran matrimonio, os casaríais con ellos? —Yo lo había dicho de broma, pero me pareció que ellas lo decían muy en serio.

—Sin pensármelo. Sé que Hugh es el hombre de mi vida y, aunque seamos la pareja que más años nos llevamos, no me importa. ¿Qué son los años cuando el que manda es el amor? —Alaia me había dejado de piedra con esa contestación, porque en ese momento no habló la loquilla de siempre, habló una mujer madura que sabía muy bien lo que quería.

—Once años, tampoco son tantos —le contestó su hermana.

—Y aunque fueran más, tampoco me importaría. Me he enamorado de él, no de los años que pone un documento de identidad.

Ahora que estaban hablando más en serio, y que habían dejado las bromas a un lado, iba a aprovechar la oportunidad de preguntarle algo sobre Narel.

—Chicas, ¿os puedo preguntar algo? No quiero parecer indiscreto ni un entrometido, es solo que estoy un poco preocupado.

—Henry, jamás nos parecerías indiscreto y puedes preguntar todo lo que sea —me contestó Kora.

—¿Sabéis si le pasa algo a Narel? La noto diferente desde hace un par de semanas, no sé, pero algo no está bien en ella. —Las dos me miraron serias.

—A nosotras no nos ha dicho nada, solo nos dijo el día que empezó a hacer las fotos a la policía que allí estaba el mismo hombre que la rescató del banco. —Las miré fijamente, porque a mí no me había dicho nada y estaba seguro de que a mi hijo tampoco se lo había contado.

—¿Solo os dijo eso?

—Henry, es que no sé si será buena idea que te lo digamos. —Me empecé a preocupar.

—Nos dijo que sintió por ese policía lo mismo que sintió cuando lo vio por primera vez, y que también lo hizo por tu hijo cuando se lo presentaste. —Con esto que me estaban contando, me podía hacer una ligera idea de lo que estaba pasando por la mente de Narel—. Ese día estaba muy mal, porque ella decía que estaba enamorada de Nathan y que no entendía qué era lo que le pasaba con el otro hombre, pero que no podía evitar sentirse atraída por él —contó Kora.

—Sé que no está bien, pero a nosotras no nos dice nada. —Pensó durante unos segundos—. Los otros días me dijo que, en cuanto terminara el trabajo, se iba, que le habían salido algunos que no podía rechazar, pero yo sé que es mentira. Sé que se quiere ir porque se siente mal por tu hijo. Creo que está intentando luchar por lo que siente, por ese hombre y por tu hijo.

Dios mío, ella pensaba que estaba enamorada de dos personas a la vez y, con tal de no hacer sufrir a mi hijo, se iba a marchar sin saber que realmente estaba enamorada de la misma persona. Con esto me confirmaba que, cuando se ama de verdad, el corazón reconoce a la otra persona aun sin tú saberlo.

Y no podía decírselo a ellas, porque entonces descubrirían también lo de sus parejas. Nathan la iba a perder para siempre, ahora estaba totalmente seguro de ello, porque si ella llevaba todo este tiempo sufriendo de esta manera, pensando que no era buena para él, no quería ni imaginarme cómo se sentiría cuando lo descubriera todo.

—Supongo que ninguno podemos interferir en su decisión, solo podemos apoyarlos a los dos llegado el momento.

—Me va a doler mucho cuando mi hermana se marche, pero sé que lo hará, porque después de hablar contigo me he dado cuenta de que ella piensa que está engañando a tu hijo, aunque solo sea por lo que siente sin poderlo evitar, porque en el corazón no se puede mandar.

—Lo mejor será que nos olvidemos de esta conversación y veamos qué es lo que pasa. —Me levanté de la silla—. Muchas gracias por la comida, pero la edad no perdona y necesito reposarla un poco. —Le di un beso a cada una en la cabeza y me marché a mi casa sin parar de darle vueltas a la cabeza.

En cuanto llegara Nathan, iba a hablar con él, tenía que decirle la verdad hoy mismo y asumir las consecuencias.

Capítulo 19



Nathan

Hoy, según lo que me comentó Robert esta mañana, era el último día que Narel estaría con mi grupo tomando fotos. Aunque le quedaban dos días más, esos serían con los otros equipos.

Por un lado, sentí un alivio al saber que se acabaría esta etapa, pero por otro, estaba muerto de miedo. La idea de que, al finalizar su trabajo, no habría nada que la retuviera aquí me aterraba. Era consciente de que me amaba, pero me preguntaba si ese amor sería suficiente para que decidiera renunciar a todo lo que conocía por mí.

Muchas veces me imaginaba que sí, aunque había momentos en que la duda me asaltaba. Ella creía que no me había dado cuenta de que no estaba bien, y que muchas noches lloraba en silencio. Tal vez me consideréis un cobarde, pero nunca me atreví a preguntarle qué era lo que le pasaba, porque, sinceramente, creía que sus lágrimas eran por la inminente despedida.

—Chicos, quiero deciros que ha sido un placer trabajar con vosotros —nos dijo al terminar de tomar las últimas fotos mientras guardaba la cámara en su bolso—. Espero que os vaya muy bien.

Todos mis hombres le respondieron con cortesía y también le desearon que le fuera bien a ella. Yo tenía un nudo en la garganta y no logré decir nada; de todos modos, ella se había encargado de marcar distancia conmigo y era a uno de los que menos dirigía la palabra.

Era tal el malestar que sentía en el cuerpo que esta vez no esperé lo suficiente para quitarme el pasamontañas; en cuanto salió por la puerta, me lo arranqué, maldiciendo.

—Nathan, cálmate, tío —me dijo Arlo, poniendo una mano en mi hombro.

—La voy a perder —me lamenté.

—Ya verás que no, habla con…

—Perdonad, se me ha olvidado… —Fue algo instintivo, la escuché hablar y me giré para mirarla.

—Joder —dijo Hugh a mis espaldas.

—Nathan… ¿Qué significa esto? —me preguntó con la voz entrecortada—. ¿Todo este tiempo has sido tú? ¿Te has estado burlando de mí? —Ya no había vuelta atrás.

—Nena… —Tragué el nudo que se me había formado—. Chicos, ¿nos podéis dejar a solas? —les pedí a mis hombres.

—No, que no se vayan. Ya que te has estado riendo con ellos de mí, que se queden también. No los dejes con la intriga de todo lo que te voy a decir. —Estaba furiosa, y con razón.

—Narel, déjame explicarte, por favor. —Intenté acercarme a ella, pero no me lo permitió.

Mis hombres comenzaron a marcharse discretamente, no esperaba menos de ellos. Incluso Arlo y Hugh se dirigieron hacia las salidas.

—Vosotros dos —los detuvo—, más os vale que habléis con mis hermanas, porque como lo haga yo, no las vais a volver a ver en la vida. Vosotros sois tan canallas como él.

—Entiendo que estés enfadada y que me digas todo lo que sientes, tienes derecho, pero ellos no tienen nada que ver con lo nuestro.

—Han engañado a mis hermanas.

—Y son ellas quienes deben decidir si los perdonan o no, tú no puedes entrometerte en su relación. —Me sentía fatal por haber mentido, pero no permitiría que se entrometiera en lo de ellos por venganza.

—Los defiendes porque son igual que tú. —Sabía que no iba a dejar de atacarme, y estaba en todo su derecho—. ¿Sabes cómo me he sentido todo este tiempo? ¡No tienes ni idea! —gritó, desbordada.

—Cuando te conocí en la casa de mi padre y descubrí que eras la misma mujer del banco —aspiré con fuerza— no podía creer la suerte que tuve, porque desde aquel día me sentí atraído por ti, pero no podía decirte nada. Ahora que sabes bien a qué nos dedicamos, sabes el peligro que corremos o que corren nuestras familias si se descubre nuestra identidad. —Su rostro estaba tenso de dolor, y de sus ojos caían lágrimas sin cesar.

Con cada una de ellas, se me rompía un poco más el alma, porque el responsable de ese sufrimiento era yo.

—Pudiste contármelo después, cuando viste que realmente te importaba. —Se dejó caer de rodillas, completamente destrozada—. Te amaba, pensaba dejarlo todo por quedarme contigo. —Eso terminó de partirme y me arrodillé a su lado.

—Narel, por favor. Podemos arreglarlo. —Negó con la cabeza—. Después no sabía cómo decírtelo, me aterraba perderte, porque te quiero más que a mi propia vida.

—Tú no sabes lo que es amar.

—Nena, te lo ruego. Sé que obré mal, pero te juro que fue porque no sabía cómo decirte la verdad.

—Llevo dos semanas muriéndome de tristeza y ni te has dado cuenta. —Se le escapó un lamento—. ¿Sabes lo que es sentir amor por una persona y a la vez por otra que ni siquiera conoces? Desde que te vi en el banco sentí algo por ti, luego conocí a Nathan y volví a sentir lo mismo que por el policía misterioso —hablaba entre sollozos —. Y cuando vine aquí y lo volví a ver, todo dentro de mí se removió.

—Narel…

—No —me interrumpió—. Me he estado sintiendo fatal, porque mientras estaba contigo, tampoco podía dejar de pensar en el otro, porque ambos me hacíais sentir lo mismo.

Ahora entendía por qué lloraba tantas noches, y yo pensando que era por la despedida.

—Esta última semana ha sido la peor, solo quería terminar cuanto antes para volver a mi casa, porque creía que no te merecía, que tú te merecías a alguien mejor que yo. —Se incorporó del suelo—. Y resulta que quien no me merece eres tú. ¡Debes sentirte genial por haber jugado con mis emociones!

—No he jugado contigo, te amo, Narel, te amo como jamás amé a nadie.

—Bonita forma de amar. Si así es como lo haces, prefiero no ser amada.

—Joder, no es mi culpa que amaras a dos hombres a la vez. —En cuanto esas palabras salieron de mi boca, me arrepentí.

—Estás muy equivocado. Era mi corazón el que los amaba a ambos, y ahora comprendo que era porque, en el fondo, reconocía que eran uno solo. Pero no te preocupes, todo ese amor se ha roto en mil pedazos. Ya no queda nada.

—No digas eso, sé que todavía me quieres.

—Aun si lo hiciera, jamás podría estar con alguien como tú. —Se limpió las lágrimas con las manos—. Yo no soy así, yo no sé amar a medias; o amo o no amo. Y nunca he amado como te amé a ti.

—Por favor —le supliqué, llorando.

—No quiero que supliques, solo quiero no verte más, que respetes mi espacio hasta que me marche. No soy nadie para impedirte visitar a tu padre, pero te rogaría que no intentes verme.

—No te vayas, si te marchas, me muero de pena.

—Entonces seremos dos los que estemos muertos en vida —dijo ella con una tristeza infinita en la mirada.

—Sabes que podemos superar esto. Si tú pones de tu parte, podemos tener una vida juntos. Te juro que lo que ves ahora es quien soy de verdad.

—No importa, Nathan, ya nada importa. El daño está hecho. —Solo deseaba que comprendiera que por ella haría lo que fuera—. Quiero que sepas que no te juzgo como persona. Sé que eres un buen hombre, y más teniendo al padre que tienes como ejemplo. Pero lo nuestro terminó en el momento en que decidiste seguir ocultándome la verdad.

Se alejó de mí, y con cada paso que daba, sentía que lo perdía todo. Di dos pasos, me coloqué detrás de ella y le sujeté la muñeca para detenerla.

—Nena, no me hagas suplicarte más.

—Es que no quiero que supliques, solo quiero que me dejes marchar. —Me miró por encima del hombro, y esa mirada me devastó por completo—. Ahora soy yo la que te lo pide, por favor. No hagas las cosas más difíciles de lo que son. —Le solté la mano y, con ese gesto, asumí por completo que la había perdido para siempre.

Narel se fue, y en cuanto la puerta se cerró tras ella, me volví y me dirigí directamente hacia el saco de boxeo que teníamos allí para entrenar. El tiempo se me fue entre golpe y golpe; era la única forma de descargar mi rabia.

Cuando me quedé sin fuerzas, fui a los vestuarios, me duché y me marché a casa. Ya no me quedaba más que tragarme la pena, la tristeza de haber tenido algo maravilloso entre las manos y haberlo perdido, porque yo era el único responsable de todo.

Ella tenía razón: su corazón nos reconoció sin saberlo. Creo que a mí me habría pasado igual, y me habría sentido del mismo modo. Trataba de mantener una chispa de esperanza y me engañaba diciéndome que, tal vez, con el tiempo me perdonaría y nos daría la oportunidad de hablar con más calma.

Eso era lo que intentaba creer mientras regresaba a casa, pero la realidad era completamente diferente. Tan diferente que era consciente de que en pocos días ella se marcharía. Al menos deseaba de todo corazón que mis amigos no tuvieran que enfrentar la misma situación que yo.

Si ellos o mi padre decidieron no decir la verdad, fue por lealtad hacia mí; les había pedido tiempo y me lo dieron sin dudar. No sería justo que cargaran con culpas que no les correspondían.

Al pensar en mi padre, un nuevo nudo se formó en mi garganta, ya que él también iba a sentir la ausencia de Narel. Le había tomado tanto cariño que la consideraba como una hija, y eso hacía que la situación fuera aún más dolorosa para mí.

Al regresar a casa, me hice una promesa a mí mismo: si no era con ella, no quería imaginar mi vida al lado de ninguna otra mujer. Para mí, ella era la única que realmente importaba, la única que había dejado una huella profunda en mi corazón. Decidí que, costara lo que costara, iba a luchar por recuperarla. Mi felicidad dependía de tenerla en mi vida, y no podía resignarme a perderla. La idea de un futuro sin ella era simplemente inaceptable, así que me prometí hacer lo que fuera necesario para volver a tenerla a mi lado.

Capítulo 20



Narel

¿Cómo había sido tan ingenua y no me había dado cuenta de que eran la misma persona? ¿Cómo me había dejado engañar por todos? ¿Lo sabrían también mis hermanas? Esa última pregunta me la hice, pero después fui consciente de que mis hermanas me lo habrían dicho de haber sabido algo, ellas no jugarían conmigo de esta manera.

Esos malditos ojos que no podía apartar de mi mente, siempre supe que algo pasaba con ellos. No escuché a mi instinto y lo dejé pasar, porque ¿cuántos ojos marrones oscuros hay en el mundo? ¿Por qué no iba a confiar en su palabra cuando me dijo que era bombero? Le creí y le permití que jugara con mi corazón.

Estaba sentada en el coche y no era capaz de ponerlo en marcha, las manos no dejaban de temblarme y la vista no me dejaba ver con claridad por culpa de las lágrimas que no paraban de salir. No podía irme hasta conseguir tranquilizarme un poco, no era tan imprudente de poner mi vida en peligro por conducir en este estado.

Me sobresalté al escuchar unos golpes en la ventanilla, al mirar, vi que era Robert. Él era el jefe de los equipos, pero a él no lo conocí hasta mi segundo día, de hecho, se pensaba que yo era un hombre. Imaginaos la sorpresa que se llevó cuando me vio.

—Narel, ¿qué te ha pasado? Sal del coche, por favor —me habló con mucha amabilidad.

—Estoy bien, no te preocupes. —No tenía ganas de hablar con nadie.

—Sí, ya veo lo bien que estás, anda baja del coche. —Iba a bajarme del coche, cuando por el fondo del aparcamiento aparecieron mis supuestos cuñados—. Ah, chicos, qué bien que os veo. —Ellos no me habían visto todavía—. ¿Podríais hacer el favor de llevar a Narel a su casa? Me la he encontrado… —No lo dejé terminar.

—Te agradezco mucho tu preocupación, pero no necesito que nadie me lleve a ningún sitio.

—A callar, que aquí mando yo. —Por respeto, no te dije por dónde se podía meter su orden—. Como iba diciendo, me la he encontrado en un estado nada bueno para que conduzca, así que os lo pido como favor personal, ¿podéis llevarla a su casa? —Lo mejor era callar y hacer como si le fuera a hacer caso.

—Claro, jefe —dijo Hugh muy serio.

—Llévate mi coche y yo en el suyo con ella —dijo Arlo sin darme opción a réplica.

—Niña, no te aflijas de esta manera, todo en esta vida tiene solución menos la muerte. —Me miró con esos ojos tan claros que parecían casi transparentes—. Créeme, sé de lo que hablo. —Se giró hacia los capullos esos—. Muchas gracias, muchachos.

—No hay de qué, no podemos dejar a una mujer indefensa y no ayudarla —dijo Hugh con un amago de sonrisa.

«Ya te daré, mujer indefensa, hijo de puta», pensé con la rabia recorriéndome el cuerpo.

—Sois muy amables los tres —me tenía que morder la lengua—, pero no hace falta que me llevéis a ningún sitio, os prometo que estoy bien.

—No te preocupes, Narel, no nos cuesta nada —contestó Arlo—. Baja del coche y móntate en otro lado. —Estaba apretando el volante con todas mis ganas, era eso o le daba una hostia con toda mi rabia.

—Por cierto, Narel, sé que no es el mejor momento, pero como no nos hemos vuelto a ver, no te lo he podido preguntar. ¿Cómo es que tienes un nombre tan australiano? Es solo curiosidad —dijo con una sonrisa, pero es que no tenía el cuerpo para contestar con amabilidad.

—Porque mi madre se quedó embarazada de un australiano que se largó antes de saber que iba a ser padre, y ella, como tonta que es, quiso ponerme un nombre arraigado a las raíces de ese hombre. —No me gustaba decir que era mi padre un hombre que ni conocía, cuando mi único padre se llamaba Óscar—. Se ve que los australianos son la cruz de las mujeres de mi familia —dije, mirando con los ojos entrecerrados a esos dos capullos.

—Bueno, si ese hombre se fue antes de saber que iba a ser padre, no creo que debas culparlo de nada.

—Si no te importa, prefiero que sigamos otro día con esta conversación. —No me apetecía seguir aquí y ver a Nathan otra vez.

—Perdona, lo entiendo. Te dejo en buenas manos. —Empezó a marcharse hacia su coche—. Ah, antes de que se me olvide, pasado mañana, cuando vengas a la última sesión y termines, pasa por mi despacho, me tienes que firmar unos papeles —asentí y por fin se fue.

—Ya podéis iros por donde habéis venido. —Seguía igual de rota por dentro, pero intentaba mantener la compostura para que ellos no me vieran.

—No nos vamos a ir, Narel. Así que puedes dejar el berrinche a un lado.

—Hugh, no tengo cinco años para tener un berrinche, simplemente estoy dolida.

—Y te entendemos, de verdad, que sí, pero entiéndenos tú a nosotros, nos jugamos la vida.

—Arlo, no me vas a convencer. ¿Me vais a llevar? —No esperé respuesta porque ya la sabía—. Pues hacedlo, pero sin hablar conmigo, de verdad no quiero hablar más.

Y pensar que me quedaba como mínimo una semana más aquí, me ponía de mala leche. Bueno, no voy a mentir, también me ponía más triste, porque estando aquí sabía que me lo podía cruzar en cualquier momento y no estaba muy segura de poder aguantar el verlo y no correr a sus brazos.

Era imposible estar con este hombre dentro del coche. Mira que le dije que no quería que me hablara, pues no, él no me hizo ni puto caso.

—Narel, tienes que entenderlo. Nathan, no sabía cómo decirte nada y no tienes ni idea de lo mal que lo estaba pasando.

—Mira, Arlo, te voy a decir lo mismo que le he dicho a él. —Lo miré muy enfadada—. Entiendo que la primera vez no me dijera nada, no me conocía y no sabía quién podría ser yo, pero después ha tenido millones de oportunidades y no lo ha hecho porque no le ha dado la gana. Supongo que no seré tan importante para él.

—La que no tienes ni idea eres tú. Lo conozco desde hace muchos años y nunca, ¿me oyes bien? —recalcó—, nunca ha estado así de enamorado de nadie. Simplemente, fue dejando pasar los días porque estaba cagado de miedo.

—Déjalo, tú tienes tu punto de vista y yo tengo el mío. Nadie se ha puesto en mi piel, todos estáis justificando su comportamiento. ¿A mí quién me protege? ¿Quién mira por mí? Por lo que yo siento, por todo lo que me está doliendo esto. ¿Crees que a mí me gusta haberlo perdido? —Volví a llorar—. Yo también lo quería, y mucho más de lo que pensáis.

Intentó cogerme la mano para darme algo de consuelo, pero la aparté rápidamente.

—Solo te pido que pienses las cosas antes de que cojas un avión y te alejes de él para siempre, porque si lo haces vais a ser infelices los dos.

—¿Tú estarías con mi hermana si desde el principio te hubiera mentido?

—Sinceramente, primero escucharía su explicación y dependiendo del motivo por el que me ha mentido, me quedaría o no. Pero sí le daría la oportunidad de que me lo contara tranquilamente.

—Es muy fácil decirlo cuando lo vives desde fuera.

—No lo estoy viviendo desde fuera, porque tanto Hugh como yo tenemos que pasar por esa situación con tus hermanas. Solo espero que no intentes malmeter entre nosotros, porque entonces no te llevarías la felicidad de dos personas, lo harías de seis y sería muy injusto por tu parte.

Aunque cuando los descubrí les dije eso, yo jamás sería capaz de meterme en medio de ellos. Eso era cosa de mis hermanas, si ellas lo dejaban pasar, era su problema.

—¿Por qué no se lo contasteis vosotros a ellas?

—Porque si lo hacíamos, le estaríamos siendo desleales a mi amigo y le estábamos dando el tiempo que él nos pidió.

—No sois malos hombres, y siempre me habéis tratado bien, y a mis hermanas aún mejor. —Estaba siendo sincera, ellos siempre me habían tratado muy bien—. Podéis estar tranquilos, nunca les hablaré a mis hermanas mal de vosotros, porque no tengo nada malo que decir. Como tampoco tengo nada malo que decir de Nathan, sé ver las cosas y sé que me ha querido…

—Te sigue queriendo, y lo seguirá haciendo —me cortó.

—Como iba diciendo, nunca se ha portado mal, al revés, siempre me ha tratado con mucho respeto. A él solo le puedo reprochar la mentira, pero fuera de eso, no tengo nada malo que decir de él.

No volvimos a hablar en lo que quedaba de trayecto, tampoco teníamos nada más que decirnos. Supongo que él iría sumido en sus pensamientos y yo en los míos.

—Hemos llegado —pronunció cuando detuvo el coche justo delante de casa. Iba tan distraída pensando en mis cosas que no me había dado cuenta.

—Gracias —le dije al bajarme del coche—. Si te hace sentir mejor, dejaré que habléis con mis hermanas antes de que yo les cuente lo que ha pasado. Creo que es lo mejor para vosotros.

—Te lo agradezco mucho, Narel.

Entré en casa y, con la excusa de que necesitaba un baño porque había pasado mucho calor, me fui y las dejé con los chicos, porque Hugh ya estaba en casa cuando llegué.

—¡Quieta ahí! —ordenó Kora—. ¿Por qué te ha traído Arlo?

—Me ha dado un golpe de calor muy fuerte y lo llamé por teléfono por si podía pasar a por mí, ya que no conseguía localizar a Nathan.

—¿Te encuentras mejor? —Se preocupó Alaia.

—Sí, no te preocupes, solo necesito una ducha y estaré como nueva.

Los dejé a los cuatro en el salón y me dirigí a la ducha. Era verdad que necesitaba una, eso me iba a ayudar a despejarme un poco. La verdad es que mi cabeza estaba un poco embotada, seguramente por todas las lágrimas que había derramado.

Aunque mis hermanas tenían un carácter fuerte, sabía que escucharían a los chicos; detrás de esa fachada de dureza que teníamos las tres, había unos corazones bondadosos. Sin embargo, el mío estaba tan destrozado que me resultaba difícil dejarme llevar por él.

Por lo menos no se escuchaban gritos, lo que significaba que los chicos estaban logrando que comprendieran el motivo de su silencio. Deseaba de todo corazón que llegaran a un entendimiento, porque mis hermanas estaban muy ilusionadas con ellos. Bueno, más bien diría que estaban igual de enamoradas que lo estaba yo de Nathan.

Tenía que hablar con Henry; no tenía intención de reprocharle nada, solo necesitaba una de esas conversaciones que me ayudaban a ver las cosas desde otra perspectiva, como las que solíamos tener al principio, cuando solo éramos nosotros dos.

Capítulo 21



Nathan

Hugh me llamó por teléfono mientras me dirigía a la casa de las chicas; al parecer, Robert se había encontrado a Narel llorando en el aparcamiento, por lo que les había pedido a ellos que la llevaran a casa.

No sé en qué momento se me había ido todo de las manos; apenas unas horas antes era el hombre más feliz del mundo. Tenía todo lo que se podía desear: un trabajo que me apasionaba, buenos amigos, un padre maravilloso y a la mujer más increíble del planeta a mi lado.

Sin embargo, dos horas más tarde, lo seguía teniendo todo, excepto a ella. El dolor de perderla era mucho más intenso que cualquier otro dolor; el hecho de que nuestra separación se debiera a una tontería hacía que el sufrimiento fuera aún más profundo.

Llamaría a mi padre en cuanto llegara a casa. Tenía que contárselo todo. Sabía que me había advertido en numerosas ocasiones que debía ser honesto, que no dejara que los días pasaran sin hablar, que las mentiras no llevan a nada bueno y que cuanto más tardara en confesar, más graves serían las consecuencias.

Tenía razón en todo. No soy tonto, tengo treinta y ocho años y sabía perfectamente cómo iba a terminar esta historia. Sin embargo, la realidad se ve muy diferente desde fuera, y no es lo mismo cuando no estás en los zapatos de esa persona. Así que, aunque conocía la teoría al dedillo, la práctica era un desafío completamente distinto.

Era inútil seguir dándole vueltas a lo que habría sucedido si hubiera tenido el valor de decir la verdad desde el principio. La situación era la que era, y ahora debía enfrentarla con la mayor serenidad posible. Yo había sido el responsable de todo esto, y aunque el dolor fuera intenso, era mi deber asumir las consecuencias de mis acciones.

Al llegar a casa, Maui me recibió con su habitual energía, aunque noté que había algo diferente en su comportamiento. Era como si, a pesar de su naturaleza juguetona, pudiera percibir que mi estado de ánimo no era el acostumbrado. Ese día, todo en él parecía más tranquilo, como si supiera que necesitaba un poco de calma en medio de mi tormenta interna. Su inteligencia emocional era sorprendente.

—Hola, campeón, parece que papá ha estado contigo —dije al mirar a mi alrededor y no ver ningún destrozo—. Muy bien, hoy sí te has ganado un buen pedazo de pollo.

Esa palabra era mágica para él. De verdad que hoy en día, a pesar de llevar tres años conviviendo con él, todavía me sorprendía ver lo feliz que se ponía al escuchar esa palabra.

—Anda, vamos a dar un paseo antes de prepararte la comida.

Salimos por la parte trasera de la casa. Justo a su espalda teníamos campo. Si en la zona de mi padre se vivía tranquilo, no os imagináis cómo se vivía aquí.

Las casas se encontraban muy alejadas unas de otras, y todas contaban con amplios terrenos que se extendían tanto en la parte delantera como, sobre todo, en la trasera. Detrás de nuestras casas se alzaba un frondoso bosque, un lugar que Maui adoraba explorar. Allí, podía correr libremente, saltando de un lado a otro, disfrutando de la naturaleza y de la libertad que le ofrecía ese entorno tan extenso y lleno de vida.

—Hijo —contestó mi padre cuando lo llamé desde el móvil mientras paseaba—, te iba a llamar dentro de un rato. Hay algo de lo que quería hablar contigo.

—¿Puedes venir a casa? Me gustaría contarte algo.

—Sí, en veinte minutos estoy allí.

Esos veinte minutos los dediqué a pasear y dejar que Maui quemara toda la energía posible. Aunque si fuera por él, estaría todo el día corriendo de lado a lado sin agotarse nunca.

—¡Maui! Hora de volver. —En dos segundos lo tenía a mi lado e íbamos de regreso hacia la casa—. Corre, que el abuelo ha llegado —le dije al ver la figura de mi padre en la parte trasera de la casa.

—Me imagino lo que me vas a decir, solo hay que verte la cara para saberlo —dijo una vez que nos habíamos sentado en la mesa de la cocina.

—Me pilló hoy. Cuando se fue, me quité el pasamontañas casi sin pensar, y por lo visto a ella se le olvidó algo y, al entrar, me vio.

—Tarde o temprano iba a suceder y lo sabes. ¿Qué hizo ella?

—¿Qué iba a hacer? Llorar y reprocharme no habérselo dicho, y con toda la razón. —Me pasé las manos por la cara del agobio que sentía —. ¿Sabes que lo estaba pasando mal porque se sentía atraída por mí sin saber que era yo?

—De eso quería hablar contigo. Hoy conversé con sus hermanas, porque llevaba días mostrándose más apagada de lo normal. Intentaba fingir normalidad, pero sus ojos revelaban otra cosa. —Con lo bien que se me daba interpretar a los demás, no capté nada—. Tampoco ellas sabían lo que pasaba, pero tras algunas charlas entre las tres, ataron cabos y comprendieron justo lo que tú acabas de contarme.

—Tenía que haber hablado con ella desde el principio. —Me volví a lamentar.

—Ya no sirve de nada que te lo reproches más. Ahora lo único que puedes hacer es asumir las consecuencias y no dejarte arrastrar por la tristeza.

—Sé que tienes razón. Ya no puedo hacer nada, pero eso no significa que duela menos.

—Lo sé, hijo. Yo también perdí a la mujer de mi vida, con la diferencia de que tú sí puedes recuperarla algún día.

Era cierto, tenía toda la razón. Narel seguía estando ahí. Aunque quizás no de la manera que yo deseaba. Mi padre había perdido a la mujer que significaba todo para él, y en esa situación no había marcha atrás. La realidad era dura: mi madre había partido de este mundo, dejándonos a todos con un vacío inmenso que parecía imposible de llenar.

—Sé que tienes razón. Supongo que solo necesito tiempo. —Me levanté para echarme un vaso de agua.

—No te queda de otra. Simplemente, asume las consecuencias lo mejor que puedas y no te hundas. Hijo, por muy mal que suene, por amor no se muere. Sientes que ya no quieres seguir en este mundo sin ella, sí, pero eso no significa que no sigas. En ti está superarlo de una manera u otra.

—No te preocupes, papá. Por muy mal que me sienta ahora, no me voy a venir abajo. A pesar de que ella se vaya de este país, estoy decidido a luchar con todas mis fuerzas para recuperarla.

—Esa es la actitud correcta. Si realmente la amas, no te des por vencido y pelea con todo lo que tengas a tu alcance.

—Es lo que voy a hacer, aunque tenga que seguirla a cualquier país al que vaya. —Se me escapó una sonrisa al imaginarme la cara que pondría al verme allá donde fuera.

—No nos pasemos, hijo. Tampoco queremos que te denuncie por acoso —dijo riendo, aunque los dos sabíamos que Narel no haría algo así.

Seguíamos en la cocina cuando por la puerta trasera aparecieron mis dos amigos.

—Reunión familiar. Me encanta —habló Hugh frotándose las manos —. ¿Cómo lo vamos a hacer? Porque no podemos permitir que se largue.

—Hijo, tú haz lo que tengas que hacer, menos lo que te diga él. —Señaló a Hugh entre risas.

—Pero si no me habéis escuchado todavía.

—Ni falta que hace, colega. Tus ideas suelen ser algo disparatadas, por decirlo de alguna manera. —Menos mal que Arlo no se unía a él.

—Que no, joder, que esta es una buena idea. ¿Me queréis escuchar? Por lo menos yo estoy intentando aportar algo. —Muchas veces parecía un niño pequeño.

—Venga, cuéntanos qué es lo que has pensado —lo animó mi padre.

—Alaia y yo habíamos pensado que podríamos hacer como si fuéramos a pasar el fin de semana en algún sitio. El lugar todavía no lo hemos pensado. —Se le iba la cabeza por completo, me lo estaba viendo venir—. Pero tiene que ser algo apartado, para que ella no se pueda ir, y una vez allí dejarlos solos.

—Tío, ¿cuándo te ha dado tiempo a hablar eso con Alaia?

—Cuando tú estabas hablando con la tuya. —Fue a la nevera para coger algo de beber.

—Hugh, lo vuestro no es muy normal.

—Que no, de verdad, que puede funcionar. Vamos a ver, pensad. —Lo más gracioso era que él se lo creía de verdad—. Si os dejamos en un sitio donde no tengáis a dónde ir hasta que volvamos, no os quedará más remedio que hablar.

—O puede que Narel mate a mi hijo.

—Que es lo más seguro que ocurra —corroboró Arlo.

—Por intentarlo, no perdemos nada.

—Tú seguro que no pierdes. Yo no estoy tan seguro —negué riendo, porque con Hugh no se podía hacer otra cosa—. Prefiero intentarlo de otro modo.

—Haz lo que quieras. —Se dio por vencido, sentándose en una de las sillas.

—¿Cómo os ha ido a vosotros? Por cómo os veo, supongo que no habéis tenido problemas y que todo sigue bien.

—Al principio, Kora se sintió herida, pero luego lo entendió todo. Si os digo la verdad, creía que me lo iba a poner más difícil.

—Más o menos me ha pasado lo mismo con Alaia, y la verdad es que se lo agradezco mucho, porque ya me veía yo secuestrándola hasta que entrara en razón. —Nos hizo reír a todos.

En el fondo, me daban mucha envidia mis amigos, pero a la vez sentía un poco de rabia. ¿Por qué ellas podían entenderlos y a mí no me comprendía Narel? No sé, quizás era la frustración que sentía lo que me hacía pensar así.

Supongo que con el paso de los días lo vería todo de otra forma, o quizás lo vería aún más oscuro que hoy.

Capítulo 22



Narel

Hoy era el último día de fotos, lo que significaba que mi trabajo aquí estaba llegando a su fin. Bueno, no concluía exactamente con esto, ya que aún tenía que elegir las mejores imágenes, organizarlas en carpetas según cada grupo y entregárselas a Robert.

Ayer había sido un día terrible, y la tarde anterior había sido aún peor. Mis hermanas intentaron hablar conmigo y según ellas, hacerme comprender los motivos de Nathan. En el fondo sabía que tenían razón, lo que pasaba era que había algo en mi cabeza que me impedía dar mi brazo a torcer.

A pesar de todo, hoy me sentía un poco mejor; supongo que con el tiempo iría asimilando lo que había pasado. Aunque mis sentimientos por él no desaparecerían, esperaba que el dolor se volviera más llevadero.

Si pudiera cerrar los ojos y abrirlos dentro de un año como mínimo, lo haría sin dudar, aunque eso me supusiera haberme perdido ese año de momentos, pero como eso no iba a suceder, me tocaba fastidiarme y aguantar como mejor pudiera.

Todavía me quedaba hablar con Henry y si no lo había hecho hasta ahora era porque no me veía con las fuerzas necesarias para despedirme de él. Sin embargo, sabía que tenía que hacerlo, porque lo que sí tenía claro era que no pensaba irme de Sídney sin abrazarlo con todas mis fuerzas y decirle lo mucho que significaba para mí.

Pero todavía no, hoy no. No tenía fuerzas todavía. Lo que realmente me apetecía hacer era ir a la playa, sola, sin compañía y quedarme allí hasta que la noche se adueñara del cielo. Desde siempre, la playa había sido mi refugio; en mi juventud, cuando las preocupaciones me abrumaban, era el lugar al que acudía para desconectar de todo.

Me llevaba una toalla, me tendía cerca de la orilla, cerraba los ojos y me dejaba envolver por el suave murmullo de las olas. De vez en cuando, me zambullía en el agua y luego regresaba a mi toalla, disfrutando de una paz que mi mente anhelaba. Hoy, necesitaba repetir esa experiencia.

Así que les dejé una nota a mis hermanas y me fui. Si os cuestionáis por qué les escribí la nota y no les mandé un mensaje, simplemente era por la sencilla razón de que si hacía lo segundo me iban a responder al momento y no tenía ganas de que me empezaran a acribillar a preguntas.

Me preparé una mochila con una toalla, una botella de agua y una lata de cola, esa era para bebérmela de camino a la playa. Como me gustó tanto la en la que estuvimos surfeando y se veía poca gente, decidí ir allí.

Conecté el Bluetooth del coche con el móvil y puse Imagine Dragons con su canción *Thunder* y al ritmo de esa canción, que no sé lo que tenía, pero que a mí me daba vida, me encaminé hasta esa playa.

Al llegar, me sorprendió ver que había incluso menos gente que la vez anterior, así que elegí un lugar aún más cerca de la orilla. Esperaba que no viniera mucha gente, estar en una playa casi para mí sola no tenía precio.

Estuve durante un buen rato tomando el sol con los ojos cerrados. Cuando sentí que el calor empezaba a hacerse un poco más insoportable, me levanté para disfrutar durante un rato del agua.

Al igual que me gustaba tomar el sol y quedarme durante horas bajo esos rayos, disfrutaba de igual manera del agua, me encantaba nadar o simplemente dejarme llevar por la corriente flotando sin más, solo cuando estaba lo suficientemente arrugada salía del agua y volvía a tomar el sol.

Después del baño me quedé dormida, me desperté porque me llevé un susto de muerte. Imaginaos que estáis muy relajados, en un sueño profundo y de buenas a primeras os despertáis con algo, babeándoos la cara y al abrir los ojos os encontráis unos colmillos grandes. ¿Cómo reaccionaríais? Mínimo como yo.

Me levanté de un salto dando gritos, sin saber dónde mirar, porque todavía estaba atontada del sueño e intentando enfocar la visión poco a poco para terminar de ver delante de mí a Maui. Encima, el muy capullo estaba sentado con los colmillos fuera, pero no porque me estuviera gruñendo, no, qué va, más bien parecía que se estaba riendo.

—Me cago en tu padre, Maui. —Como si me entendiese, agachó la cabeza y se tapó los ojos con las patas delanteras.

Mira como sabía muy bien cuándo se le reñía.

—Un día de estos vas a provocar un infarto a alguien y su muerte recaerá sobre tu conciencia —le reñí. «No sabía quién de los dos estaba peor, si él o yo» porque ponerme a hablarle como si me entendiera era de manicomio, eso como mínimo, para quien me viera desde fuera o no lo conociera a él.

Porque desde ya os digo que Maui razonaba y entendía mucho mejor que muchísimos seres humanos. A todo esto, no sé cómo narices había llegado hasta aquí y de la única manera que tenía de venir era con Nathan o con Henry y con este último no creo que fuera porque a él le gustaba venir por las mañanas muy temprano.

Por lo tanto, la opción que me quedaba no me hacía gracia, no me la hacía porque no quería verlo, simplemente para evitar que se me removieran todos los sentimientos de nuevo.

Me puse a mirar a mi alrededor y no lo veía por ningún lado, así que miré hacia el agua. Fue entonces cuando a lo lejos vi una figura sobre una tabla de surf.

Por lo que parecía, no se había percatado de mi presencia. No veía por aquí cerca la mochila que él solía utilizar para venir a la playa, así que me puse a mirar más detenidamente hasta que a lo lejos localicé lo que podían ser sus cosas. Por eso no se había dado cuenta de mi presencia, porque gracias a lo que fuera, se había colocado bastante lejos de mí.

Me senté de nuevo en la toalla abrazándome las rodillas, coloqué mi barbilla en mis piernas y me quedé mirándolo durante un rato, estaba fascinada viendo con la libertad con la que se manejaba sobre esa ola.

Decidí que lo mejor sería irme antes de que se diera cuenta de que estaba aquí.

—Maui, corre, ve con Nathan. —El capullo no me hacía caso—. No seas cabezota y vete que me tengo que ir ya.

Me levanté para empezar a vestirme y recoger la toalla, pero el maldito dingo no se levantaba de ella.

—Me estás cabreando, te he dicho que levantes el culo de ella, cabezón, que eres muy cabezón. —Le señalé con el dedo índice.

Como no me hacía caso, me acerqué a él cogiéndolo por las patas delanteras y empecé a arrastrarlo, pero el muy capullo tenía el culo bien plantado en la dichosa toalla y si lo arrastraba a él me la llevaba también a ella.

—Que te den, Maui —le dije haciéndole una peineta—. Te puedes quedar aquí con ella, paso cabezón. —Me dejé caer de culo sobre la arena, dejando las rodillas dobladas y el cuerpo tendido, con las manos me tapé los ojos para que no me diera el sol de lleno en los ojos.

Ese fue el momento en el que decidió levantar el culo, pero lo hizo porque por algún milagro pensaría que sentarse encima de mí era mejor opción, «nótese la ironía».

—Joder, para ya que me estás haciendo daño. —El pobre solo estaba jugando, pero no veas si pesaba y las uñas me las estaba clavando en el pecho que daba gusto.

—¿Necesita ayuda? —me preguntó la voz de un hombre.

Intenté ver quién era la persona que me había hablado, pero el sol no me dejaba verla bien y Maui tampoco es que ayudara mucho.

—Maui, levanta ya. —Hasta que por fin me dejó levantarme.

Cuando lo hice, me sacudí la arena lo mejor que pude y entonces sí pude mirar a esa persona. Era un hombre algo mayor que yo, diría que más o menos de la edad de Nathan o quizás algún año más joven.

—No, no hace falta, pero gracias.

—Pensé que este animal le estaba haciendo daño. —El animal, según él, le gruñó.

—Maui, ya está bien, te quiero callado y sentado a mi lado. —Me molestó mucho que ese hombre le dijera animal a Maui.

—Creo que le ha hecho un rasguño ahí. —Fue a poner su dedo un poco más debajo de la clavícula donde lo tenía, pero eché el cuerpo hacia atrás para que no me tocara. No me gustó nada la libertad que se tomó para intentar tocarme. El dingo se puso inmediatamente entre los dos.

»Perdona, no era mi intención hacerte sentir incómoda. —Los cojones, los tíos como estos no me engañaban.

—Si no quiere que le arranque la mano de un mordisco, le aconsejo que la próxima vez intente tocar a quien se lo pida.

—Tampoco he hecho nada malo, solo te estaba señalando dónde tenías el arañazo, pensé que el chucho este te estaba atacando. —Estos tíos eran de los que iban de salvadores por el mundo, para intentar llevarse a alguna incauta a la cama, pero conmigo había dado con hueso.

—Primero, tengo ojos para ver dónde tengo el rasguño. Segundo, Maui no es ningún chucho, es un dingo. Y tercero, ya te había dicho que estaba bien. —Le acaricié la cabeza a mi acompañante.

—Te he visto toda la tarde sola y cuando él se te ha echado encima, he pensado que podía estar haciéndote daño.

—Como has visto, no me ha hecho nada. Maui es de mi novio y simplemente ha venido a saludarme.

—Si es de tu novio, ¿por qué no está aquí contigo? —Dio un paso hacia mí—. No me da la sensación de que por aquí esté tu novio como tú dices y que conoces a este animal de otras veces que has estado por aquí, pero nada más.

—Me importa una puta mierda lo que tú creas y te aconsejo que te vayas por donde has venido.

—Uff, una peleona, como a mí me gustan. —Dio otro paso hacia mí —. Creo que nos podríamos llevar muy bien. —Maui le gruñó mucho más fuerte.

—¿Pasa algo, nena? —sentí cómo Nathan me abrazaba desde atrás y me daba un beso en la base del cuello. «Aprovechado», pensé.

—No pasa nada, cariño. Aquí el muchacho solo se acercó porque pensó que Maui me estaba atacando, pero ya le he dicho yo que solo estábamos jugando y ya se iba. —Miré al tío que tenía delante por última vez—. Muchas gracias. —Me giré y le di la espalda.

Nathan seguía rodeándome por la cintura, pero ahora estábamos cara a cara.

—No te aproveches —le susurré muy bajito.

—Tiene que parecer creíble, nos está mirando desde su toalla —dijo con una sonrisa de canalla.

—Te estoy viendo con las intenciones.

—No estoy haciendo nada. —Cada vez acercaba más su boca a la mía.

—Nathan —dije advirtiéndolo.

—Nena, es la única oportunidad que me vas a dar, así que no tengo nada que perder y mucho que ganar.

Me cogió por las mejillas y me estampó un beso, pero no fue un beso pequeño, no qué va. Él volcó en ese beso todo lo que yo sabía que sentía por mí.

¿Y para qué me voy a engañar? Yo también me dejé llevar por ese beso, porque, aunque no estuviera con él, lo seguía echando de menos, Nathan era para mí, mi perdición total, cuando me besaba de esta manera, perdía todo pensamiento coherente.

Me dejé llevar sin medir las consecuencias, sabiendo que después lo pasaría mucho peor, pero en estos momentos no pensaba pararle los pies.

Capítulo 23



Nathan

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté, aun teniéndola entre mis brazos. Me negaba a soltarla, porque sabía que una vez lo hiciera ya no habría vuelta atrás.

—Creo que mucho más que tú. —Se tensó visiblemente—. Prácticamente, llevo aquí toda la tarde.

¿Cómo no me había percatado al llegar de que ella ya estaba aquí? Iba tan centrado en meterme en el agua y surfear las olas que no me fijé en nadie más.

—Sin embargo, Maui sí se dio cuenta de que estabas aquí. —Se le escapó una pequeña sonrisa.

—Y no sabes el susto que me dio el muy capullo. —Solté una carcajada sin poder evitarlo.

—Creo que ya puedes soltarme. —Intentó apartarse, pero no se lo permití.

—Todavía nos está mirando. —No me gustaba que ese tío se la estuviera comiendo con los ojos.

—Entonces lo mejor será que me marche. —Ni de broma.

—O podrías quedarte un rato más. —Era lo que más anhelaba ahora mismo—. Podemos olvidarnos de todos, solo por las pocas horas que quedan del día, no pensar en lo que ha pasado entre nosotros y darnos la despedida que merecemos. —Era consciente de que le estaba suplicando otra vez, pero no podía perder la oportunidad de compartir unas horas con ella—. Ya me han dicho tus hermanas que te marchas. ¿Puedes regalarnos estas horas? —Ojalá cediera y nos permitiera este último y valioso momento juntos.

—Sí, puedo regalarnos estas horas. —Tras escuchar esas palabras, sentí cómo la presión en el pecho empezaba a disiparse poco a poco.

Me daba igual si solo era por unas horas; lo que de verdad importaba era que estaba junto a mí y pensaba disfrutar este tiempo segundo a segundo.

—Vamos. —Tiré de su mano, porque quería llevarme sus cosas donde dejé las mías.

Me siguió sin soltar mi mano y eso me encantó. Cuando dejé lo que llevaba en la otra, la solté un momento para coger la tabla y volver a entrelazar mis dedos con los suyos y tirar para meternos en el agua.

—¿Otra vez me vas a hacer subir ahí? —me preguntó, señalando con la barbilla la tabla.

—La vez anterior recuerdo que te gustó, de hecho, te reíste un montón.

La hice sentarse en la tabla con las piernas a cada lado, yo me senté igual, con el pecho pegado a su espalda, y entre los dos remamos con las manos para alejarnos de la orilla y adentrarnos en la profundidad del mar.

Por primera vez no sabía qué decir, no quería romper aquel momento. Me sentía bien con ella allí, y sabía que ella también lo estaba. Posiblemente, se arrepentiría al acabar el día, pero en ese instante solo estábamos nosotros. No había nadie más. Éramos los dos solos en mitad del mar.

—No quiero que te vayas —susurré cerca de su oído—. Prefiero verte y no tenerte a no volver a verte más.

—He aceptado un trabajo, empiezo dentro de dos semanas. —Se me encogió el corazón al oírla.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué nos haces esto? Nos amamos, cometí un error, pero todo ha sido sincero. Lo que tú sientes y lo que yo siento es lo más bonito y real que hemos vivido. —Le di un suave beso en el hombro y vi cómo se estremecía.

—Nathan, ya te he perdonado que me lo ocultaras, entiendo por qué lo hiciste, pero tengo algo dentro que me impide seguir aquí. —Me miró por encima del hombro—. Solo quiero llevarme un bonito recuerdo de los dos por última vez, aunque me destroce. No quiero irme con la sensación de que lo nuestro fue feo por una mentira; no quiero alejarme de ti con esa pena clavada en el alma.

Le hice que se diera la vuelta y me mirara de frente; quería verle la cara, que me mirara a los ojos. Le sujeté por las mejillas y pegué mi frente a la suya mientras ella dejaba escapar un suspiro.

—Siempre me vas a tener aquí, ¿lo sabes? —asintió con la cabeza— Pues ahora vamos a divertirnos.

Lo hicimos tal como le había enseñado. Fuimos en busca de las olas; cuando una se volvía más grande, era cuando nos poníamos de pie y empezábamos a deslizarnos por ella. Se le daba muy bien, aunque aún le quedaba mucho por aprender. Lo normal en una novata; bastante hacía con mantenerse en pie sobre la tabla.

—La última y nos vamos —le dije, porque ya se había hecho bastante tarde.

Se nos había echado el tiempo encima, tanto que ya estaba cayendo la noche. Miré hacia la orilla y ya no se veía a nadie; entre que esta era una playa muy solitaria y que ya era tarde, nos habíamos quedado solos.

—No me quiero ir todavía —me dijo al llegar a la orilla—. Vete tú si quieres, yo me quedo un rato más. —Ni hablar, de allí no me movía si no era con ella.

—Prefiero quedarme contigo, si no te molesta —dije, soltando la tabla al lado de las toallas—. Maui, cuídalo todo.

Me giré, sonriéndole con una sonrisa de «ahora te vas a enterar». En cuanto me vio, empezó a hacer aspavientos con las manos mientras corría de lado a lado.

—Te vas a cansar, seguro, sabes que te voy a atrapar. —La perseguí hasta que por fin la alcancé entre mis brazos; caímos los dos a la arena, riendo a carcajadas.

Nos estábamos revolcando en la arena; no sé en qué momento terminé yo de espaldas y ella a horcajadas sobre mí. Fue algo inconsciente, simplemente estábamos jugando y, al darnos cuenta, nos quedamos paralizados, los dos con la respiración agitada sin apartar la mirada.

Narel fue a levantarse, pero se lo impedí cogiéndola de las caderas. No tenía muy claro qué haría después, por ahora solo quería tenerla sobre mí un poco más y no era por lo sexual, aunque no nos engañemos, a nadie le amarga un dulce.

—Nathan… no creo que esto esté bien —dijo en un murmullo.

—No pienses, hoy no, por favor. —Le pasé el pulgar por la barbilla —. Solo siente.

Se me quedó mirando un buen rato; supe que se debatía entre lo que creía correcto y lo que su corazón le pedía. En cuanto se mordió el labio inferior, supe que había ganado el corazón y el deseo que sentía por mí.

Agachó la cabeza y unió sus labios a los míos en un beso lento; supe que con ese beso estaba volcando todo su corazón. ¿Y yo? Yo también quería que ella se llevara ese momento grabado en mente, cuerpo y alma.

El beso se volvió mucho más intenso; nos lamíamos y mordíamos, nuestras lenguas se entrelazaban en la boca del otro. Con una mano le cogí el pelo cerca de la nuca, quería acercarla más a mí, necesitaba tenerla completamente pegada, que no pasara ni el aire entre nuestros cuerpos.

—Nathan —susurró entre mis labios, moviendo las caderas sobre mi pene.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un suspiro. ¡Dios, cuánto echaba de menos esto! Qué paradójico suena todo, ¿verdad? Nunca sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos, aunque en mi caso no fue así, porque yo siempre valoré todo lo que tuve con ella, hasta el más mínimo detalle.

Hice que nuestros cuerpos giraran quedando yo encima de ella. Me acomodé entre sus piernas y empecé a moverme para que nos fuéramos rozando.

Este no era el mejor lugar para terminar de la forma en que lo hacíamos, pero en estos momentos todo me daba igual.

—Nathan, se me va a meter la arena hasta por el culo. —Me tuve que reír. Me levanté de encima y tiré de su brazo para que ella también lo hiciera.

—Ven, vamos al agua, allí por lo menos no te entrará arena en ese precioso trasero. —Le guiñé un ojo.

Me bajé el bañador sin pudor alguno; total, todo lo que tenía ya lo había visto y disfrutado mucho. Ella hizo lo mismo y, desnudos, nos fuimos metiendo en el agua. Menos mal que no quedaba nadie en la playa, porque si no, no podríamos hacerlo.

En cuanto el agua nos llegó un poco más arriba de la cintura, nos detuvimos. Se dio la vuelta quedando de frente. No hizo falta ninguna palabra, con una mirada nos bastó para dejarnos llevar.

La cogí por debajo de las nalgas y la alcé para que enroscara las piernas en mi cintura. Me moría de ganas por estar dentro, sentir cómo me envolvía con su calor.

Me retuve, porque si me dejaba llevar por las ganas, esto terminaría muy pronto y quería que durara todo lo posible. Necesitaba alargar el momento hasta que no pudiéramos más.

—Nathan, te necesito dentro ya, no puedo aguantar más. —Me encantaba cuando hablaba con esa voz cargada de deseo.

Mirándola a los ojos, me fui introduciendo en ella poco a poco.

—Hostia, Narel, esto es el puto paraíso —gemí.

Sabía que en mi vida volvería a sentir esto con otra mujer, porque no se trataba solo de follar; era algo mucho más profundo, algo que hacía disfrutarlo todo de una forma mucho más intensa.

Empecé a moverme dentro de ella lento, llegando tan profundo como podía. Le apreté las nalgas porque las ganas de moverme más rápido me estaban pudiendo. Seguí apretando los dientes con fuerza para retenerme un poco más, aunque sabía que al final terminaría yendo más rápido y fuerte.

—Dios, me cuesta mantener este ritmo cuando lo que deseo es meterme tan dentro de ti para que no me olvides nunca.

—Hazlo, da igual que sea fuerte o despacio —enredó los dedos en los pelos de mi nuca— porque nunca te voy a poder olvidar; siempre vas a ser tú.

Perdí el control en el momento en que la escuché. Empecé a penetrarla con ímpetu, dejando salir un poco de rabia por perder algo que no quería perder.

Le mordí el labio con fuerza y todo a nuestro alrededor se descontroló de tal manera que los dos perdimos todo pensamiento coherente. En ese momento no existía nadie, solo nosotros y nuestros cuerpos.

Le iba apretando las caderas para que se moviera por toda mi longitud, la subía hasta que solo quedaba dentro la cabeza de mi pene y cuando estaba casi fuera, la bajaba con fuerza, haciendo que se nos escaparan gritos de placer.

—Me voy a correr ya… Dios, no pares.

—Ni muerto paro. —Le besé el cuello.

Y llegó a su orgasmo, contrajo su vagina y eso fue todo lo que necesité para dejarme llevar y terminar el mío. Joder, esto había sido la hostia de bueno.

Me abrazó por el cuello y me besó profundamente. En ese momento pensé que con ese beso me estaba diciendo lo que sus labios no eran capaces de pronunciar.

Capítulo 24



Narel

Me prometí a mí misma que no me iba a reprochar nada de lo que anoche pasó con Nathan en la playa, que lo guardaría como el mejor de los recuerdos y que no me sentiría mal por ello.

Y lo estaba logrando, porque no me sentía mal, al contrario, me sentía bien, feliz, porque había podido disfrutar de él un poco más.

Sé que todo esto os puede parecer muy contradictorio, no os preocupéis, a mí también me pasaba lo mismo. Pero os juro que lo había perdonado, después de pensarlo mucho me di cuenta de que quizás estaba más enfadada conmigo que con él.

No justificaba el hecho de que me hubiera ocultado a qué se dedicaba, sino que justificaba por qué no me lo había contado. El enfado que sentía conmigo misma no era otro que el no haberlo reconocido antes. Porque, si realmente estaba tan enamorada de él, ¿por qué no identifiqué algunos movimientos, su voz, sus ojos? No sé, cualquier detalle que me hubiera hecho verlo.

Por eso necesitaba alejarme, para descubrir si de verdad era el hombre de mi vida. No sé, tenía tal lío mental que ni yo misma sabía aclararme.

—Buenos días —dije al llegar a la cocina y encontrar a mis hermanas preparando el desayuno.

—Buenos días, desaparecida —me saludó Alaia con una sonrisa.

—¿Cómo te lo pasaste ayer en la playa? —preguntó Kora con curiosidad, ya que cuando llegué a casa anoche, no había nadie, y por eso no pudimos vernos.

—Me lo pasé muy bien. —No sabía si contarles lo que había ocurrido anoche.

—¿Solo eso? ¿No tienes nada más que decir que te lo pasaste bien? Hermana, te estás haciendo mayor —dijo la pequeña.

—No sé qué quieres que te diga. —Me encogí de hombros—. Fui a una playa, no a un bar de copas.

—Joder, pero en la playa hay un montón de tíos buenos. —No creí que lo dijera en serio—. Yo qué sé, a lo mejor podías haber conocido a alguien. —Pues no, no bromeaba. Kora y yo nos quedamos mirándola como si viéramos un fantasma.

—Alaia, ¿a que si tú rompieras ahora con Hugh no irías a los brazos de otro, verdad? —negó con la cabeza a lo que Kora había dicho— Entonces, ¿por qué cojones piensas que Narel sí lo haría? A ver si piensas antes de hablar, bonita mía.

—No lo dije a malas, es que podía haber conocido a alguien, aunque luego ella le diera largas.

—Vale, no pasa nada, échame un café y te perdono. —Me acerqué y la abracé—. Cuando me tome el café, voy a ver a Henry, quiero estar un rato con él.

Me senté un rato con ellas mientras bebía ese café. Nos quedamos las tres en silencio, supongo que cada una pensaba en sus cosas. Con mis hermanas esos silencios no eran incómodos, más bien nos decían que nos respetábamos y estábamos aquí para cuando una quisiera hablar.

—Anoche me acosté con Nathan, lo hicimos en la playa. —Miraba mi taza de café, ninguna dijo nada, esperaban que siguiera contando qué más había pasado y por qué—. Yo estaba allí y de repente apareció Maui, que por cierto me dio un susto de muerte.

»Él no me vio hasta mucho después. De hecho, se acercó porque un tío empezó a molestarme e hizo como si fuéramos pareja para que el otro me dejara tranquila. —Me levanté a preparar tres cafés más.

—Deja los puñeteros cafés y sigue contándonos qué más pasó —dijo Alaia.

—Pues eso, que estuvimos hablando, me pidió que pasara con él el resto del día, así que lo hice y no me arrepiento. —Levanté la vista y vi que las dos me miraban fijamente—. Estuvimos surfeando juntos, se nos hizo tarde, empezamos a bromear y una cosa llevó a la otra.

»Al final terminamos dentro del agua y allí lo hicimos. Creo que en el fondo nos lo debíamos los dos, digo, tener una despedida bonita. —Se me escapó una lágrima solitaria, no era de tristeza o bueno, sí. Ains, ya no sabía ni lo que quería.

—Narel, tienes un lío en la cabeza que no aclaras. —Supe que no era reproche.

—Lo sé, por eso tengo que irme, necesito aclararme.

—Sabes que si decides regresar después, puede ser demasiado tarde; puede que Nathan conozca a alguien. —Esas palabras de Kora me dolieron mucho, aunque tenía razón, y si pasara algo así nunca podría reprochárselo.

—Si conoce a una mujer que lo haga feliz, te juro que me sentiré muy contenta, porque él se lo merece, aunque por dentro me muera de pena.

—Eres mi hermana y te quiero más que a nada en el mundo, pero tengo que ser honesta contigo: no estoy de acuerdo con lo que estás haciendo en este momento.

—Yo también os quiero, tú y Kora sois muy importantes para mí y no espero que me entendáis porque ni yo misma lo hago, solo os pido que me deis vuestro apoyo, aunque lo que haga signifique estrellarme contra un muro.

—Nuestro apoyo siempre lo tendrás, al igual que el de mamá y papá, pero tenemos que decirte lo que vemos mal, por mucho que duela.

—Lo sé y jamás me enfadaría con vosotras por eso. —Les dediqué una sonrisa.

—Bueno, por lo menos le diste a tu cuerpo una alegría antes de irte —dijo Alaia resuelta.

Me reí con ella, porque no me quedaba más remedio que hacerlo.

—Y de qué manera disfruté. —Esbocé una sonrisa de oreja a oreja al recordarlo todo.

—Tampoco hace falta que pongas esa cara, a ver si vas a tener un orgasmo aquí sentada, solo de recordar las cochinadas que te hizo ese hombre. —Qué hermana más tonta tenía.

—Pues si tú tienes orgasmos solo de pensar o imaginar cosas, me darías mucha envidia —dijo Kora muerta de risa.

—Hombre, la imaginación es un arma poderosa, pero hasta ahora no lo he conseguido sin un poco de ayuda. —La muy descarada levantó el dedo medio y anular, y los movió delante de nuestros ojos.

—Alaia, córtate un poco —la regañé medio en broma.

—¿Por qué? Si sabéis que entre nosotras no hay reparo al hablar del sexo.

—Yo mejor os dejo, que es muy temprano para estos temas. —Me levanté y fui directa a la puerta trasera de la casa. Se me hacía más como ir a casa de Henry que por la entrada principal.

—Para hablar de sexo, todas las horas son buenas y si es para practicarlo mejor —gritó a pleno pulmón. Seguro que lo oyeron hasta los vecinos del final de la calle.

Puse los ojos en blanco, menos mal que cuando estábamos las tres solas, hablábamos en español, porque si no, sería una vergüenza. Las dejé hablando. Iba a echar mucho de menos todo esto cuando me fuera: a mis hermanas, a los chicos, esta casa, a Henry que se había convertido para mí como un padre, al loquillo de Maui y sobre todo a Nathan.

Pero también tenía ganas de ver a mis padres, estar con ellos, sentir su amor, las bromas de papá, la preocupación de mamá, mi pueblo y los vecinos. Cada vez que volvía de algún viaje, lo primero que hacía era descansar para recargar pilas y luego disfrutar al máximo de todo lo nombrado.

—Hola —dije al entrar en su cocina.

—Vienes justo a tiempo para un buen desayuno. —Vi que sacaba de la sartén unas tiras de beicon bien tostaditas, como a mí me gustaban.

—Voy a pensar que tienes un don. —No supe cómo hacía para saber siempre cuándo iba a venir.

—Esperaba esta visita. —Puso los platos sobre la mesa—. Primero desayunamos y después hablas conmigo todo lo que quieras. —Al pasar junto a mí me cogió de las mejillas para mirarme a los ojos y darme un beso en la frente.

Me encantaba cuando hacía eso, era como si con ese beso me dijera que me protegería siempre de todo lo que estuviera a su alcance.

—Perfecto, porque muero de hambre. —Era cierto, no había comido nada desde el día anterior al mediodía.

Desayunamos como siempre, entre charlas relajadas y muchas risas, sobre todo esas que te engrandecen el corazón. Esto era justo lo que necesitaba esta mañana.

Con Henry todo es tan fácil, sabía leerme con solo una mirada, no necesitaba que dijera nada para entenderme. No tenía que esforzarme para que me comprendiera, él lo hacía.

Me gustaba estar con él, no cambiaba a mi padre por nadie, pero para mí se había convertido en un padre sin serlo y, al igual que con el mío, no nos unían lazos de sangre. Muchas veces no hacía falta compartir ADN para que alguien fuera familia.

Recogimos todo y aunque me costó trabajo, conseguí que se quedara sentado mientras llevaba lo poco que se había ensuciado.

—No hace falta que me digas nada, te comprendo e incluso te entiendo. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Solo quiero que sepas que me tienes y que cuando me necesites estaré ahí. —Le agradecí mucho con la mirada esas palabras.

—En realidad no sé qué decir, tengo tanto lío que ni yo me entiendo, mucho menos que alguien más lo haga.

—Vas a pasar por distintas fases. De hecho, creo que ya has pasado por unas cuantas, pero eso debes descubrirlo tú. Ahora no te vale que unos digan una cosa y otros otra, o que tú misma pienses todo lo contrario. —Hizo una pausa, no sé si para aclarar ideas o saber cómo seguir—. Tienes que darte tiempo, ordenar tus pensamientos y, sobre todo, escuchar a tu corazón; él te dirá qué hacer.

—Me siento mal, porque ahora me da rabia no haberlo reconocido, se supone que estoy muy enamorada de él. ¿Por qué no lo reconocí? —Apreté las manos sobre mis piernas.

—Sí que lo reconociste, no como te habría gustado, pero tu corazón sí lo hizo y no puedes negarlo.

—Pero ¿por qué no lo vi en sus ojos, en su cuerpo o en su voz?

—Porque creías que no podía ser, ya que nunca pensaste que podía ser mentira que él no era bombero. —Se levantó, rodeó la mesa y puso las manos en mis hombros—. No te aflijas más por eso, deja de pensar y hazle caso a tu corazón, no hoy ni mañana, escúchalo con el paso de los días. —Se agachó para darme un beso en la coronilla.

»Siempre me tendrás y si decides volver, sabes que mi casa será la tuya también.

Me levanté y lo abracé por la cintura, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Gracias, Henry, ojalá el mundo estuviera lleno de personas como tú.

Capítulo 25



Nathan

—¡Chicos, al lío, que nos necesitan! —grité al recibir un aviso.

Por lo visto, dos hombres habían entrado armados hasta los dientes en un hospital y, si no los deteníamos pronto, iban a provocar una masacre allí. Hasta ahora solo sabía que habían perdido a un familiar muy cercano en ese centro y culpaban al equipo médico.

—¿Qué tenemos? —me preguntó uno de mis chicos.

—Hasta el momento, lo único claro es que son dos individuos. Creen que son padre e hijo, eso es lo único que sé por ahora.

Terminamos de ponernos el uniforme y salimos en busca de los furgones para llegar a ese hospital cuanto antes. No sabía con certeza qué nos íbamos a encontrar, pero la situación no pintaba nada bien.

—Chicos, este es un operativo muy delicado —hablé por el pinganillo—. No sabemos si solo van contra el equipo médico o también contra el resto de los civiles.

—Oído, jefe —respondieron casi al unísono.

—En cuanto lleguemos, cada uno sabe la posición que debe tomar.

En momentos como este, me olvidaba de todo; mi mente se centraba en rescatar a las personas con el menor número de daños posibles. Es cierto que muchas veces las cosas no salían como queríamos y que en esas situaciones se perdían vidas, vidas que significaban mucho para alguien, incluso eran muy valiosas para mí.

Pero siempre me afectaba más este trabajo cuando entre los rehenes había niños. Me ponía enfermo solo de pensar que en ese hospital había una planta de pediatría. Bastante sufrían esas pobres criaturas con las enfermedades que padecían, como para encima sumarles la amenaza de dos locos.

—La planta de pediatría es primordial, no podemos permitir que lleguen allí bajo ningún concepto. —Se me revolvían las tripas solo de pensarlo—. Ya sabéis, no quiero que os hagáis los héroes; vuestras vidas valen tanto como las del resto.

—Entendido, jefe —contestaron algunos.

En mi equipo todos eran buenos hombres, eso era indiscutible, pero también había quienes eran más impulsivos. Con eso quería decir que les daba igual perder la vida si con ello salvaban a los demás. Pero debían concienciarse de que ellos también tenían familia, personas que llorarían su pérdida, y por eso siempre se lo recordaba.

En cuanto llegamos, cada uno se fue ubicando en las posiciones previamente asignadas, ya que de camino habíamos estudiado los planos, tanto del hospital como de los edificios colindantes.

Uno de los pasos más importantes era tener todo bajo control; no podíamos dejar ninguna vía de escape libre. Debíamos analizar desde qué lugares teníamos mejor acceso al edificio sin ser vistos por los delincuentes, entrar y actuar lo más rápido posible.

De nuestra intervención dependían muchas vidas. Debíamos ser inteligentes, rápidos y certeros. Sin que nos temblara el pulso en ningún momento.

—¿Qué más sabemos? —le pregunté al jefe de policía a cargo de su equipo.

—Parece que la mujer y madre de los que han irrumpido armados, falleció ayer en el quirófano. Por lo visto, era una operación con altísimo riesgo de muerte, del que los tres estaban advertidos. —Ya imaginaba que, a pesar de estar informados del peligro, no habían asimilado su pérdida. Lo sentía mucho por esa mujer, pero las personas que estaban en ese hospital eran inocentes y no debían sufrir la furia de quienes habían perdido la razón.

—Chicos, preparados, vamos a intervenir en breve —comuniqué por los pinganillos que todos llevábamos para mantenernos en contacto —. Los negociadores no consiguen que cedan, y la situación se agrava por momentos.

—Estamos listos. En cuanto des la orden, entramos —respondió Arlo.

Sabía que contaba con un equipo excelente; yo mismo me había encargado de prepararlos. De todas las unidades, éramos los mejor formados y con los resultados más destacados. Pero siempre quedaba esa incógnita: la incertidumbre de cómo terminaría todo.

Daba igual los años de experiencia, los nervios siempre aparecían. Aunque los controlaba, no podía evitar sentirlos en el estómago.

Estábamos entrando cuando empezamos a oír disparos.

—¡Deprisa! —grité.

La locura de padre e hijo había alcanzado su punto máximo. Mientras subíamos planta por planta, fuimos encontrando cadáveres por todas partes. Ya no solo atacaban al personal sanitario, sino a cualquiera.

Estos hombres no iban a rendirse, y no nos quedaba otra opción que neutralizarlos cuanto antes. No podíamos permitir que siguieran asesinando inocentes.

Nos dividimos en tres grupos. Cada uno tomó una dirección. Arlo y Hugh iban conmigo.

—Jefe, uno de ellos está en la planta de pediatría; el otro está un piso más arriba.

—Equipo dos, id a por el de arriba. —Hice una pausa para afinar el oído—. Equipo tres, revisad todo a fondo, prestad ayuda donde podáis; hay muchos heridos.

Dios mío, solo pensar que uno de ellos estaba en la planta infantil, me encogía el corazón. ¿Hasta dónde puede llegar la locura humana?

—Chicos, quiero a ese desgraciado fuera de combate lo antes posible —les dije mientras subíamos las escaleras con cautela.

—Dalo por hecho.

Por este piso no se oían disparos; los que escuchábamos venían del de arriba. Al llegar a nuestro destino, nos separamos para recorrer los pasillos más rápido.

Justo al girar por uno de ellos, lo vi frente a una puerta, con el arma en alto, apuntando hacia el interior. No tardé ni medio segundo en apuntarle, apretar el gatillo y dejar que la bala volara directa a su cabeza. En cuanto cayó, informé al resto del equipo.

Al acercarme y mirar hacia dentro, el alma se me cayó a los pies. Dentro había una única cama y, sobre ella, una niña de apenas tres o cuatro años, llorando con tal intensidad que sentí cómo se me paraba el corazón.

Guardé el arma de inmediato para no asustarla más de lo necesario e hice lo que nunca había hecho: me quité el pasamontañas para que viera mi cara. Me acerqué lentamente, hablándole con el tono más suave que encontré, dedicándole palabras de consuelo.

—Tranquila, cielo. —Me aproximé despacio, no quería que se alterara más—. Ya no hay hombres malos. —Presioné el pinganillo para hablar—. Hugh, que venga personal sanitario a esta habitación. No creo que esta niña me deje acercarme, está demasiado asustada. —Di un par de pasos más, pero cuanto más me acercaba, más temblaba—. Te prometo que todo va a estar bien. ¿Me dejas cogerte para llevarte con tu mamá y papá?

—No tengo mami ni papi —dijo entre sollozos.

Me quedé tan paralizado con esas palabras que no supe cómo reaccionar durante unos segundos.

¿Cómo iba a confiar esta niña en mí? Me hice esa pregunta una y otra vez. Yo, que nunca había tratado con niños pequeños, y menos en situaciones así. No es igual que cruzarse con un niño por la calle; ese niño está tranquilo. ¿Pero cómo consolar a uno que ha vivido tanto miedo?

—¿Me dejas que me acerque un poco más? —Me miró con terror en los ojos, unos ojos llenos de lágrimas. Me dio tanta pena que solo quería abrazarla.

Al asentir con la cabeza, no me moví al instante, pero cuando lo hizo, avancé lentamente. Dios, ¿qué pasaba por la mente de una niña tan pequeña?

—Escúchame, peque, ahora van a venir unos médicos para comprobar que todo esté bien. —Aunque seguía asustada, me prestaba atención—. Yo me cubro la cara para que no sepan quién soy, pero quiero que me mires a los ojos, porque detrás de esa máscara sigo siendo yo —le dije «máscara» porque no sabía si conocía la palabra «pasamontañas»—. ¿Te cuento un secreto? Mi nombre real es Nathan, pero no puedes decírselo a nadie.

—¿Eres como Spider-Man? —Tuve que sonreír ante aquella inocencia.

—Más o menos, por eso nadie debe saber mi nombre ni verme. —Le acaricié la mejilla—. Yo te he dicho el mío, pero tú aún no me has dicho el tuyo.

—Me llamo Lily y tengo cinco años. —Vaya, parecía más pequeña.

—Pues tu nombre es tan bonito como tú. —Le toqué la nariz con el dedo.

—No me vas a dejar solita, ¿verdad? Es que siempre lo estoy —dijo con voz cargada de tristeza.

No sabía qué pasaba con esa niña para que dijera eso, pero iba a averiguarlo e intentar remediarlo. Lily me había tocado el alma.

—No puedo quedarme contigo todo el tiempo, hay muchas personas que necesitan ayuda, pero te prometo que estaré muy pendiente de ti. —Esta vez fue ella quien se acercó, puso su manita sobre la mía. Al ver nuestras manos juntas, algo se agitó dentro de mí.

—Eres muy bueno conmigo, Nathan. —Tuve que apartar la vista para que no notara mi emoción.

—Cielo, ahora escúchame bien, ¿crees que puedes hacerlo? —asintió—. Hoy verás a más hombres vestidos como yo, también con el rostro cubierto, pero son buenos, no debes temerles porque son mis amigos. ¿Has entendido?

—Sí, te prometo que no les tendré miedo. —Parecía que, tras esa niña asustada, se escondía una gran luchadora.

—¿Estás preparada? Ya vienen — cuando asintió, me puse el pasamontañas—. Te voy a coger, solo abrázame fuerte al cuello. Si tienes miedo, aprieta más y así lo sabré. —La tomé en brazos y ella hizo justo lo que le pedí.

—Jefe, todo en orden —dijo Arlo al llegar.

—Lily, este es uno de mis mejores amigos y, tras esa máscara, hay un hombre muy feo, pero es muy bueno. —Por fin la escuché reír—. ¿Quieres ver lo feo que es? —Volvió a decir que sí—. Arlo, quítate un poco el pasamontañas para que Lily te vea. —Él me miró extrañado, pero obedeció.

—No es feo, es muy guapo —dijo ella mirándolo.

—Gracias, enana. Tú sí que eres guapa. —Arlo le revolvió el pelo con ternura, provocando más risas—. ¿Ves, tío? Por fin una chica que ve mi belleza.

Se me partió el alma al tener que dejarla con el equipo médico, pero en ese momento no podía hacer más. Lo que sí sabía era que iba a informarme de qué pasaba con Lily y visitarla tanto como el trabajo me permitiera. Haría todo lo posible para que no volviera a sentirse sola jamás.

Capítulo 26



Narel

Iba de camino a la oficina de Robert para entregarle la memoria USB con todas las fotos que al final había seleccionado como buenas.

—Buenos días —dije tras tocar la puerta.

—Narel, buenos días. —Se levantó de su asiento para venir y darme la mano como señal de saludo—. Supongo que vienes porque ya lo tienes todo preparado.

—Así es, creo que te va a gustar y a los de arriba también, han quedado unas fotos espectaculares.

—Estoy seguro de ello, nada más con ver tu trabajo sé de todo lo que eres capaz de hacer.

—Gracias, Robert. —Dejé la memoria sobre la mesa.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto.

—¿De qué parte de España eres? Yo estuve una vez hace muchos años y tengo muy buenos recuerdos de allí.

—Soy de Málaga, bueno, más bien de un pueblo costero —asintió con la cabeza, pero parecía que se había quedado por unos segundos sumido en sus pensamientos—. Se vive muy bien allí, la verdad es que lo tenemos todo, la comida, las personas y el clima. El problema es que no lo puedo disfrutar tanto como me gustaría.

—Aunque, supongo que ahora, cuando regreses, podrás disfrutarlo durante un tiempo.

—Eso es lo que me hubiera gustado, pero la verdad es que solo voy a estar tres días, lo justo para disfrutar un poco de mis padres. —No me había dado cuenta hasta ahora que hablar con este hombre también era muy relajante, no sé, tenía algo en su voz y la manera de mirarme que me estaba haciendo sentir como Henry.

—Niña, no paras quieta por lo que veo. ¿En cuántos países has estado ya? —me preguntó con una sonrisa.

—Uff, en muchos más de los que recuerdo. Teniendo en cuenta que tengo treinta y un años y llevo trabajando en esto desde los veintitrés, me ha dado mucho tiempo de recorrer la mitad del mundo.

—¿No te gustaría dejar tantos viajes atrás? Quiero decir, que sigas cogiendo los trabajos que mejor te vengan, pero no tantos y tan seguidos. ¿No te gustaría establecerte en algún lugar?

—No hace mucho, me lo había planteado. —Más bien, hacía bien poco—. Creo que es hora de que me marche, Robert, como te he dicho, ha sido un placer conocerte. —En ese momento sonaron dos toques en la puerta.

—Adelante. —Dio paso cuando ya nos estábamos poniendo los dos en pie.

Al abrirse la puerta apareció quien menos me hubiera pensado que lo haría.

—¡Narel! No sabía que estabas por aquí.

—Hola, Nathan. Sí, he venido para traerle a Robert el trabajo final. —Al mirarlo, vi que venía con la ropa de asalto—. Bueno, yo mejor os dejo con el trabajo, como te había dicho —me dirigí de nuevo a Robert—, ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, y que tengas mañana un buen vuelo. —Le sonreí y me dispuse para salir, Nathan me lo impidió al cogerme suave por la muñeca.

—¿Te vas mañana? Nadie me ha dicho nada —lo dijo con un poco de tristeza en su voz.

—Sí, en menos de una semana tengo que estar en otro sitio.

—Supongo que entonces esto es la despedida definitiva —le dije que sí con la cabeza, porque ahora mismo no me sentía capaz de decir ni una palabra más—. ¿Me prometes que te vas a cuidar? —Tiró un poco de mi mano y me llevó a su pecho para envolverme entre sus brazos—. Si alguna vez necesitas algo de mí, no dudes en llamarme —murmuró sobre mi cabeza para después dejar un beso allí.

—Cuídate, por favor, y cuida mucho a Henry y a Maui. —Apreté un poco más ese abrazo y le di un beso en el pecho, justo donde estaba latiendo su corazón de manera frenética. Los dos iban a la misma velocidad y ritmo.

No miré hacia atrás cuando salí de ese despacho, no lo hice porque no me sentía capaz de volver a ver esos ojos tan marrones que parecían negros. Me temía que si lo hacía, no me iba a ir de aquí y yo necesitaba tiempo para mí, para poner en orden mis pensamientos y para ordenar muchas más cosas.

No me esperaba para nada lo que me encontré en casa cuando llegué. Y es que entre Henry y mis hermanas habían organizado una barbacoa con todos los vecinos, según para lo que me dijeron, era para despedirme.

Y es que la verdad, en todo este tiempo que llevaba viviendo en esta casa, con cada persona que me fui cruzando, todas y cada una de ellas me habían tratado como a una más. Eso no pasaba en todas partes del mundo.

—Estáis todos locos —dije entre risas y también alguna que otra lagrimilla—. ¿Desde cuándo teníais pensado hacer esto?

—Desde que sabemos cuándo te ibas. —Henry me rodeó por los hombros con su brazo—. Porque la hija que he encontrado sin esperarlo se merece que se le muestre todo lo importante que es para nosotros y sobre todo decirle que aquí, entre todas estas personas, va a tener siempre un hogar.

—En estos momentos te odio, por hacerme emocionar de esta manera. —Dejé caer mi cabeza sobre su brazo—. Por tu culpa me voy a tener que emborrachar hoy.

—Pues mira, no estaría nada mal si con ello pierdes el vuelo de mañana —dijo Alaia, que estaba justo en frente.

—¿Y dejar a tus padres preocupados por su hija mayor, la que ellos más quieren?

—En tus sueños, sabes perfectamente que los hijos mayores y los medianos no les aportan toda la alegría que les da el pequeño, en este caso la pequeña, que mira tú por dónde en este caso es la más bonita, simpática y alegre de las tres.

—También es la que menos vergüenza tiene de las tres —añadió Kora.

—No empecéis que os conozco. —Las callé, a ver que estaban bromeando, pero cuando se ponían con esas bromas, eran como dos niñas pequeñas.

—Vamos a por una buena cerveza y que esté bien fresquita —nos animó Henry.

A esa proposición no dijimos ninguna que no, por lo menos a mí era lo que más me apetecía en estos momentos. Una de las cosas que más extraño me pareció fue que los chicos no estuvieran. Sabía que habían tenido una intervención, pero ni Nathan, ni mis hermanas habían nombrado nada que fueran a venir. En el fondo era mucho mejor que no vinieran, así sería todo más fácil.

La primera cerveza se convirtió en una segunda, después en una tercera y así hasta que perdí la cuenta. Lo que en un principio iba a ser una broma, lo de emborracharme, se convirtió en una realidad.

Para que nos entendamos, ¿estaba borracha? Sí, pero no de esas que no se pueden poner en pie. Tenía el punto de esas que hacen tonterías o intentan hacer payasadas, de esa clase que estaba segura de que si alguien me grababa y veía esas imágenes al día siguiente me moriría de vergüenza, pero que ahora mismo, bailando *Paquito el Chocolatero* que había puesto Alaia por el altavoz, me daba absolutamente igual todo.

No, no os penséis que mi hermana pequeña había puesto esa típica canción que suena en todos los pueblos cuando están de feria, para nada, porque, había sacado todo el repertorio de esas típicas canciones.

¿Lo mejor y más divertido de todo? Que todos los vecinos, desde los más mayores hasta los niños, iban bailando todas las canciones al son que les íbamos marcando nosotras tres.

—No me puedo creer lo que estoy viendo —dijo una voz a mi lado.

Aunque no estaba con todos mis sentidos bien despiertos, vi que era Robert, lo que hizo que mi mente se despejara un poco, pero solo un poco, me reí mentalmente.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —De verdad que intenté que la lengua no se me trabara, evidentemente que fue un intento fallido. Lo que no sé es cómo conseguí formar una frase.

—Niña, da igual lo que te diga, mañana no te vas a acordar de nada.

—Uy, ¿quién es este hombretón tan guapo? —preguntó Kora que estaba igual de perjudicada que yo.

—El jefe del jefe de tu novio, así que cuidadito con lo que dices.

—¿Ella es la pareja de Arlo o de Hugh?

— Caballero, la duda ofende. —Kora no paraba de reír.

—Normal que la duda ofenda, mi Hugh es mucho mejor que tu Arlo —saltó Alaia.

—Pues ya no hay duda, me lo acabáis de aclarar —negó riendo Robert—. Tus hermanas parecen muy divertidas.

—No te creas que lo son tanto. —Me llevé una colleja de cada una —. ¡Ay! Eso ha dolido.

—Hombre Robert, al final has podido venir. —Henry llegó a nuestro lado.

—Sí, y parece que lo he hecho en el mejor momento.

Los dos se enfrascaron en una conversación y yo me dediqué a seguir disfrutando con todos, tanto que no me acordaba ni de cómo había llegado a la cama. Solo sé que a la mañana siguiente aparecí allí con la misma ropa que el día anterior y con un dolor de cabeza impresionante.

«Estupendo, Narel, es lo mejor para un viaje de más de un día», me recriminé poniendo los ojos en blanco y resoplando.

Capítulo 27



Nathan

Llegué al hospital con un peluche de perro enorme y una bolsa con varios cuentos. Desde que conocí a Lily en el hospital, no podía sacármela de la cabeza; esa niña había despertado algo dentro de mí, algo tierno y protector hacia ella.

Así que pedí algunos favores a Robert para que investigara sobre ella. ¿Qué fue de su vida? ¿Por qué no tenía padres? ¿Bajo la tutela de quién estaba? Quería saber qué le ocurría para estar ingresada, qué dolencia tenía, si tenía tratamiento. Deseaba conocerlo todo de ella, porque cuando me dijo que siempre estaba sola, se me partió el alma en mil pedazos.

Por eso me juré a mí mismo que esa niña no volvería a conocer lo que era la soledad. Llevábamos tres días en ese hospital y en esos tres días reflexioné sobre muchas cosas, hablé mucho con los chicos y con mi padre. Al final concluí que una de las personas más importantes de mi vida se había ido, pero que el destino o el karma, llamadlo como queráis, había traído a otra a mi camino.

Una que, sin duda, daría mucho color a mi vida, porque después de todo lo que descubrió Robert, Lily no tenía familia, estaba bajo tutela del estado; por lo visto, su madre la dejó con su padre porque no quería hacerse cargo, firmó todos los documentos renunciando por completo.

El padre era un buen hombre, la cuidaba, la protegía, le ofrecía amor. Hacía todo lo que un padre debe hacer por sus hijos; por desgracia, ese hombre falleció hacía menos de un año en un accidente laboral. Así que la niña quedó sin nadie que respondiera por ella.

Todo empeoró cuando tres meses atrás, mientras jugaba con otros niños, de repente empezó a faltarle el aire, lo que provocó que acabara desmayándose. Tras ingresarla y efectuarle muchísimas pruebas, descubrieron que padecía una enfermedad congénita en el corazón, que había nacido con ella, pero que hasta ahora no le había dado problemas.

Por el momento, la solución era implantarle una especie de válvula en la arteria principal para favorecer el flujo sanguíneo, aunque con el tiempo la única solución sería un trasplante, o eso es lo que comentaban los médicos por ahora.

Lo esencial por el momento era que la niña llevara una vida lo más normal posible. Cuando el médico habló conmigo y me explicó que, lamentablemente, esa niña tendría que entrar muchas veces al quirófano, sentí tanta tristeza que se me llenaron los ojos de lágrimas. Sí, no me daba vergüenza decirlo, porque me parecía terriblemente injusto que alguien tan pequeño conociera el dolor.

¿No había tenido suficiente? Primero, su madre la abandona, luego su padre, la única persona que la había amado, fallece, y ahora esto. Y a pesar de todo eso, la niña no perdía la chispa en la mirada; cuando tomaba confianza, no dejaba de hablar y sonreír. A pesar de su corta vida, era una niña muy sociable y afectuosa.

—¡Nathan! —gritó al verme en la puerta.

—Brujilla, no te emociones. —Me acerqué a ella.

—¡Guau! ¿Y ese perro tan grande?

—Es para que te acompañe cuando yo no pueda estar aquí contigo. —Lo coloqué en la cama, a su lado—. También te traje unos cuentos.

—¿Cómo sabías que me gusta leer? —Me aproveché de esa coincidencia, porque en realidad no tenía idea de que le gustara tanto leer. Mi intención inicial era leérselos yo por si acaso no sabía.

Esto dejaba claro que no tenía experiencia con niños, pero con lo que planeaba hacer, no me quedaba otra que aprender sobre la marcha, porque sí, pensaba mover cielo y tierra para adoptar a Lily. Quería tenerla conmigo, no permitiría que siguiera sola; esa niña me necesitaba, y más aún, yo la necesitaba incluso más que ella a mí.

—Lo supe, porque las niñas guapas e inteligentes como tú leen mucho. —Me senté al borde de la cama—. Y he pensado que, cuando esté muy cansado, quizás puedas leerme tú para que duerma mejor. ¿Te gusta la idea de leerme?

—Me gusta mucho, pero a veces tendrás que leerme tú a mí. —Sin poder evitarlo, se me dibujó una sonrisa. ¿Cómo no iba a sonreír con una niña así?

—Yo te leeré siempre que quieras. —Me incliné para besarle la frente.

—Me encanta que vengas a verme, desde que vienes me siento más feliz. —¿Cómo podía despertarme tantos sentimientos al mismo tiempo?

Lo único que deseaba era llevármela a casa ya. Sabía que no podía, que esto sería un proceso largo. Y como no quería que se demorara más de la cuenta, iba a recurrir a todos mis contactos. Nunca me había gustado usarlos para temas personales, pero esta vez no estaba solo; había una niña, y me negaba a que siguiera sintiéndose desamparada. Por eso ya había personas movilizándose para acelerar el trámite.

—¿Sabes? —negó con la cabeza—. Mi padre tiene muchas ganas de conocerte, pero le dije que tiene que esperar a que tú le des permiso. ¿Te gustaría que viniera?

—Sí, me encantaría.

—Pues mañana vendrá conmigo. —Le despeiné el cabello, provocando risas—. Lily, hay algo de lo que quiero hablar contigo y sobre todo necesito saber tu opinión.

—Vale. —Aunque parecía muy lista para su edad, no dejaba de tener cinco años, y yo no tenía experiencia hablando con niños.

—¿Te gustaría vivir conmigo para siempre? Quién sabe, quizás con el tiempo me llegues a querer como si fuera tu papá o como tu tito.

—¿De verdad puedo irme a vivir contigo? —Sus ojos brillaron de forma increíble—. A mí me encantaría tener un papi como tú. —Se bajó de la silla y vino hacia mí, rodeó mi cuello con sus pequeños brazos y se sentó en mi regazo.

Ese fue el abrazo más hermoso que me habían dado en la vida. Jamás sentí mi corazón latir como lo hacía en ese instante. Fue un abrazo distinto a todos los que había recibido; este era puro. Con ese abrazo, Lily me estaba diciendo que confiaba plenamente en mí.

En ese preciso instante me juré que siempre iba a protegerla con todo lo que estuviera en mis manos. Para mí, ella ya era parte de mi vida, era mi hija, la que el destino me había puesto en el camino para aliviar la pena de perder a la mujer que más había amado.

Narel se había ido hacía dos días y, si no fuera por Lily, no lo estaría sobrellevando así. Sus hermanas, los chicos y mi padre no mencionaban su nombre cuando estaba presente; supongo que pensaban que así me sentiría mejor, pero no podían estar más equivocados.

No me importaría que hablaran de ella; era una mujer extraordinaria y no tenía nada que reprocharle, porque entendía muy bien sus razones para marcharse. Al igual que ella me perdonó por no decirle la verdad a tiempo, yo la perdonaba a ella por rendirse y no luchar por lo nuestro.

Pensándolo ahora con calma, tal vez no éramos el uno para el otro como pensábamos, o quizá no era el momento adecuado. No lo sé. Lo que sí tenía claro era que había dejado un vacío enorme en todas las personas que la conocieron.

—Pues si me aceptas, estaré encantado de ser tu papi. Pero no solo me vas a tener a mí, también tendrás un abuelo que te querrá mucho y muchas más personas. Nunca volverás a estar sola.

Mi pobre niña lloraba conmovida, abrazándome con todas sus fuerzas. Mientras duraron sus lágrimas de emoción, no dejé de susurrarle palabras dulces para que sintiera que conmigo estaría a salvo.

—Desde ahora tienes que prometerme que no vas a llorar más; cuando lo haces, tus ojitos se ven muy tristes, y yo no quiero verlos así.

Alzó la cabeza y me miró con esos ojos llenos de lágrimas, unas que me llegaban hasta lo más hondo del alma. Se lo juré a ella y a mí mismo: no iba a estar sola nunca más, y cumpliría esa promesa, costara lo que costara.

Capítulo 28



Narel

Volver a tu casa después de tanto tiempo fuera resultaba un poco complicado. Bueno, «complicado» no era la palabra adecuada, más bien diría que me sentía como una extraña en mi propio hogar. Apenas habían pasado tres días desde mi llegada y ya comenzaba a extrañar todo lo que había dejado atrás en Sídney.

Con cada segundo que pasaba más, me iba arrepintiendo de la decisión que había tomado. ¿Fue por orgullo? ¿O quizás fue por temor? En este momento, no tenía claro el motivo, lo que sí sabía era que los echaba a todos mucho de menos.

A pesar de que estaba acostumbrada a la distancia con mis hermanas, la idea de que cada vez que regresara de mis viajes ya no las encontraría aquí, invadiendo mi casa con una botella de vino frío esperándome, me llenaba de melancolía.

Y luego estaba todo lo demás: Nathan, el hombre que había hecho que mi corazón latiera de una manera única; Henry, ese padre postizo que siempre me recibió con los brazos abiertos; y las locuras y rarezas de Maui. Cada uno de ellos había dejado una huella en mí, contribuyendo a mi crecimiento personal de una manera que considero positiva.

En dos días tenía que partir hacia otro destino, este sin duda no iba a ser tan hermoso ni pintoresco como en el que había estado, pero era lo que tocaba.

«Que sí, que ya sé que tocaba porque me daba la gana, pero es que me apasionaba mi profesión».

En ese momento, me dirigía a casa de mis padres, donde había quedado para almorzar en un chiringuito y pasar el resto del día en la playa. Desde su casa, los tres nos iríamos juntos en mi coche, disfrutando de un tiempo en familia que tanto necesitaba.

—Hola, pareja —los saludé al entrar en su casa.

—Hija, tienes una cara que parece que llevas sin dormir semanas —dijo mi madre, ella siempre tan directa y sin filtros.

—Pues será porque los llevo. —Fui a darle un beso a mi padre—. Hola, bombón.

—No le hagas caso a tu madre, que estás igual de guapa que siempre.

—Papá, no hace falta que disimules, sé perfectamente cómo luzco. —Le sonreí para que entendiera que no me molestaba que mi madre dijera eso, porque era cierto y en mi familia otra cosa quizás no habría, pero sinceridad sí, y además podía ser demoledora.

—Bueno, estoy seguro de que la playa te va a venir muy bien hoy para relajarte.

—Uff, no sabes las ganas que tengo de tumbarme en una de esas camas balinesas y que me sirvan todo en bandeja. —Llegó diciendo mi madre, que había ido un momento a buscar su pamela, porque ella a la playa no iba si no era con esa pamela, que de lo grande que era parecía una plaza de toros.

—Mamá, si metes esa pamela en el coche, no cabemos los demás.

—Cuánto me alegro de que, a pesar del cansancio, no hayas perdido tu sentido del humor. —Cuando quería, era la mujer más sarcástica del planeta.

—Supongo que ese pequeño rasgo es herencia familiar.

—Vámonos antes de que empecéis a lanzaros pullas, no vaya a ser que me alcance alguna.

Íbamos en el coche y os juro que no estaba exagerando, pero la maldita pamela de mi madre no me dejaba ver ni por el espejo retrovisor, menos mal que tenía los laterales para mirar, porque si no, lo íbamos a tener complicado.

—Mamá, no sabes cuánto te admiro.

—¿A qué viene eso ahora? —Quiso saber.

—Porque no todo el mundo tiene la habilidad de sostener una plaza de toros en su cabeza.

—¡Ja, ja, ja, hija, esa sí que ha estado buena! —dijo mi padre sin parar de reír.

¿La recompensa de mis palabras y las carcajadas de mi padre? Pues una colleja que nos dio a cada uno.

—La próxima os dejo que parezcáis pegatinas pegadas al salpicadero del coche.

—Papá, ¿tu mujer en la cama también es así de dominante?

—Eso le hago creer muchas veces, pero en la cama el que manda soy yo —dicen que si repites las cosas muchas veces terminas creyéndotelas, pues eso es lo que pasaba muchas veces con mi padre.

—Cariño, si eres feliz diciendo eso, por mí no hay problema, pero todos sabemos que no es cierto —dijo mi madre desde el asiento trasero del coche.

—Mujer, que tampoco era necesario decirlo delante de nadie. —Me encantaba ver lo bien que se entendían mis padres y cómo se seguían las bromas mutuamente.

—No lo he dicho delante de nadie. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Entonces, ¿qué se supone que soy? ¿Una mascota? —le pregunté a mi madre mirándola por el retrovisor interior del coche.

—Qué va, eres una muñeca, de hecho, una muñeca preciosa.

—Mamá —la llamé.

—Dime, hija.

—¿Desde cuándo estás con tratamiento psicológico? Porque ni mis hermanas ni yo teníamos constancia de ello. —Otras dos collejas nos llevamos mi padre y yo. Él por volver a reírse y yo por provocarla.

—¡Para ya! Hija, qué mano más larga tienes, como me dejes tonta, me vas a tener que mantener tú.

—Pues mira, si con eso consigo que dejes de ir a esos países tan peligrosos, te voy a estar dando collejas durante un año entero.

—Para eso no necesitas darme más, he estado reflexionando mucho sobre eso y aunque pensaba decirlo cuando regresara de este último, os lo voy a decir ya. —Los dos me estaban escuchando con atención —. No voy a aceptar más estos trabajos. A partir de ahora solo aceptaré proyectos en los que no tenga que asumir riesgos e intentaré pasar el menor tiempo posible fuera de casa.

—Narel, espero que no estés jugando con mis sentimientos para después decir que es broma, porque ahora te hablo totalmente en serio. —Una de las cosas que más le preocupaban a mi madre eran esos viajes y la comprendía, me ponía a pensar en que si fuera al revés, yo también estaría angustiada.

—No, mamá, no estoy bromeando, lo he dicho porque lo tengo más que meditado.

—Ay, hija, no sabes la alegría que me acabas de dar, aunque todavía me queda la preocupación de este viaje, por lo menos puedo respirar con calma sabiendo que será el último.

—¿Qué es lo que te ha hecho tomar esta decisión? —Quiso saber mi padre, sé que no lo preguntaba por curiosidad, lo hacía porque deseaba entender qué me había llevado a decidir eso.

—No tengo un motivo concreto, papá. Solo sé que, entre muchas cosas, quiero una estabilidad que hasta ahora no he tenido.

—Yo creo que el verdadero motivo no te lo quieres reconocer, pero pienso que tiene mucho que ver ese australiano del que tanto nos has hablado.

—No voy a negar que algo tiene que ver, pero también tengo que decir que de poco me sirve en estos momentos cuando ya no tenemos ningún vínculo.

—Porque así lo decidiste tú —me reprochó mi padre— más que os queremos tu madre y yo a las tres no creo que os quiera nadie, pero también entendemos que, si vuestra felicidad está a más de 17 000 kilómetros de aquí, no seremos nosotros los que os digamos que no os vayáis, porque igual que tu madre es el amor de mi vida y por ella haría lo que fuera, comprendo que vosotras hagáis lo mismo.

—Además, siempre existirá la posibilidad de irnos nosotros a vivir allí, creo que tu padre y yo nos adaptaríamos muy bien. —Esas palabras de los dos me estaban dejando sin saber qué decir.

En medio de esta conversación, que tomó un rumbo mucho más profundo de lo que en un principio creí que iba a tomar, llegamos al chiringuito. Me costó la misma vida encontrar aparcamiento, así que lo mejor que pude hacer fue que se bajaran mis padres allí y yo seguir dando vueltas.

Uff, en estas fechas y en las playas de Málaga era una auténtica locura, pero bueno, con algo de paciencia todo se llevaba un poco mejor. Cuando por fin logré aparcar, mi padre ya había reservado mesa para comer y alquilado dos camas balinesas.

En cuanto me quité la ropa y me quedé en bikini, lo primero que hice fue darme un baño. Cuando regresé del agua, ya tenía esperándome un tinto con limón bien frío y con mucho hielo.

«Qué bien conocía mi padre mis gustos». Fue darle un sorbo y tenderme en esa cama, y el teléfono empezó a sonar. Al mirar la pantalla, vi que era una videollamada desde el móvil de Kora.

Mis padres se acercaron para poder participar en esa videollamada y entre las bromas de unos y de otros, también había que añadir que las parejas de ellas se asomaban de vez en cuando. Se nos echó el tiempo encima para comer, así que mandándonos muchos besos, nos despedimos.

Cómo echaba de menos a mis dos hermanas, que, aunque en muchas ocasiones eran un martirio para mí, no las cambiaba por nada en el mundo.

Capítulo 29



Nathan

Desde que el destino me unió a la pequeña, mi rutina diaria se transformó por completo. Cada día, sin falta, me acercaba a verla; si por alguna razón no podía, mi padre o las chicas se encargaban de hacerlo. Sin embargo, desde que ella llegó a mi vida, no había vuelto a sentir lo que era estar sola.

Había tenido que hablar con muchas personas y no solo yo, también lo hicieron mi padre y Robert. Se lo agradecía en el alma. ¿Mi padre? Él, desde el primer instante que le hablé de la pequeña, ya le había tomado cariño, por no hablar de cuando la conoció por primera vez.

La conexión que se formó entre mi padre y la niña fue instantánea; su primer encuentro fue mágico, como si se conocieran de toda la vida. Juntos comenzaron a hacer planes para cuando Lily finalmente pudiera mudarse a casa, lo que me llenaba de alegría.

Con la pequeña en mente, empecé a considerar la posibilidad de comprar la casa donde había vivido Narel, ya que estaba justo al lado de la de mi padre. Esto facilitaría mucho las cosas, especialmente cuando él tuviera que cuidar de ella.

Desde que Narel se marchó, la casa permanecía vacía porque sus hermanas se habían ido cada una a convivir con sus respectivas parejas y como los propietarios nos conocían a mi padre y a mí de toda la vida, creo que eso me iba a facilitar mucho las gestiones.

Debo reconocer que muchas personas me estaban brindando su apoyo desinteresadamente, sin esperar nada a cambio, porque comprendían que su ayuda significaba que una niña dejaría de sufrir y dejaría atrás la inestabilidad de ir de un hogar de acogida a otro. Era evidente que todos salíamos ganando con esta situación.

No sé con quién habló mi padre ni Robert, pero en apenas dos semanas, que era el tiempo que había transcurrido, habían agilizado tanto el procedimiento que ya solo faltaba la firma del juez para que Lily pasara a ser mi hija legalmente. Es impresionante cómo las conexiones pueden facilitar las cosas, ya que para otros, este mismo trámite podría extenderse durante meses o incluso años.

Como ya había dicho antes, no me gustaba abusar de mi trabajo o de los contactos que tenía, de hecho, nunca lo había hecho, y si no fuera por Lily seguiría siendo así, pero como ahora lo prioritario era el bienestar de la niña, lo que pensara la gente me daba absolutamente igual.

Estaba decidido a utilizar todos los recursos a mi alcance para evitarle incluso un solo día de sufrimiento. Mientras Lily dormía plácidamente en la cama, me di cuenta de que, aunque a menudo me pedía que me acostara a su lado, esa noche no lo había hecho, así que decidí levantarme para abrir la puerta.

—¿Está dormida? —me preguntó una enfermera.

—Sí, parece que hoy se siente un poco más cansada.

—Pues la tengo que despertar, debemos hacerle algunas pruebas.

—¿Para qué son estas?

—No te preocupes, estas son más de control, son para verificar que todo sigue funcionando igual de bien. —Eso me dejó mucho más tranquilo.

La verdad es que todo el personal del hospital trataba a la pequeña con mucho cariño, pero no solo a Lily. A todos los niños hospitalizados había podido ver que los trataban del mismo modo. La despertó con mucha delicadeza y se la llevó.

En el momento en que me quedé a solas, mis pensamientos comenzaron a divagar hacia Narel. No tenía idea de dónde se encontraba; nunca pregunté por ella y, curiosamente, nadie me ofrecía información al respecto. Era extraño cómo habíamos llegado a esta situación, donde su nombre parecía ser un tema prohibido. Supongo que la razón por la que no me decían nada era para evitar que me preocupara, mientras que yo, por mi parte, evitaba preguntar porque me daba un poco de vergüenza.

—¿Se puede? —preguntó un médico muy jovencito.

—Claro, pase por favor.

—Gracias, solo quería informarle, para que no se inquiete, que las pruebas de ahora siguen mostrando buenos resultados; la válvula que le colocamos está funcionando bien. De ser así, le daremos el alta en tres días como máximo —qué alivio me dio oír esas palabras—. Estos días que va a permanecer aquí, tienes que procurar que juegue un poco más; queremos comprobar hasta qué punto aguanta, si se fatiga o le falta el aire. En cualquiera de los casos, deberás avisarnos inmediatamente.

—Así lo haré.

—Bien, pues vamos a ver qué nos dicen las pruebas de hoy y mañana, me paso nuevamente.

—Muchas gracias —le dije cuando ya estaba casi saliendo de la habitación.

A Lily la trajeron poco después y por su expresión no parecía haberlo pasado mal, porque venía riendo con la enfermera que se la había llevado.

—¿A qué se deben estas risas? —le pregunté en cuanto la cogí en brazos para subirla a la cama.

—Es que Dana —así se llamaba esa enfermera—, me estaba contando lo que le hizo su nieto para no comerse la comida.

—¿Y se puede saber lo que ha hecho?

—No, porque si te lo digo no podré hacerlo yo —dijo entre más risas.

—Oh, la señorita quiere tener secretos conmigo.

—Es que, si te lo cuento, deja de ser un secreto con Dana. —Para ella tenía su lógica.

Me despedí de ella dos horas después, prometiéndole que al día siguiente volvería a estar allí.

Al salir del hospital me dirigí a casa de mi padre para recoger a Maui e irme para casa. Al día siguiente entraba en el turno de mañana y tenía que madrugar mucho. Todo esto me estaba empezando a pasar factura y en mi trabajo no me podía permitir no dar el cien por cien de mí.

Entré en casa de mi padre y me sorprendió mucho no verlo, ni a él ni a Maui.

—¡Papá! —lo llamé un poco más fuerte que de costumbre. No me contestó. «Qué raro», pensé— ¡Maui! ¿Dónde estáis? —Nada, que no había señales de ninguno. Saqué el móvil para llamarlo —¿Dónde estás? —le pregunté cuando me contestó.

—Hijo, he tenido que venir a casa de Arlo, ha pasado algo y estamos todos aquí. —Mi cuerpo se puso en alerta.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que vengas y te lo cuente en persona.

—Papá, me estás asustando. Salgo para allá ahora mismo.

Colgué el teléfono sin darle opción a despedirse, me monté en el coche y fui para casa de Arlo lo más rápido que pude sin poner mi vida ni la de los demás en peligro. Algo me decía que lo que fuera que hubiera ocurrido era bastante grave.

Llegué en menos tiempo de lo normal, aparqué de cualquier manera. Me encontré la puerta abierta, seguro que la había dejado así porque intuía que iba a tardar poco en llegar.

Escuché hablar y ese sonido venía desde el salón, así que sin perder más tiempo me dirigí rápido hacia allí. No me gustó nada lo que vi al entrar.

Arlo tenía abrazada a Kora mientras lloraba desconsolada y Alaia estaba igual, pero esta daba vueltas por el salón mientras hablaba por teléfono. Mi padre estaba sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y las manos, pasándoselas por la cara una y otra vez, y Hugh se le veía desesperado mientras se pasaba las manos por el cabello.

No hacía falta que preguntara qué había pasado, sabía que lo que fuera que hubiera ocurrido tenía que ver con Narel y no era nada bueno. El corazón se me paró en el acto. Maui vino en mi busca, con lo inteligente que era, sabía que algo estaba pasando, por instinto, le pasé la mano por la cabeza y como recompensa recibí un lametazo.

—¿Que alguien me diga qué es lo que pasa? —pregunté alzando un poco la voz para que se dieran cuenta de que estaba aquí.

—Hijo. —En cuanto mi padre me vio, vino a mi encuentro—. Narel lleva tres días sin ponerse en contacto con sus hermanas ni con sus padres —negué con la cabeza— Tenía que hacer un trabajo en un país no muy seguro.

»Kora, al ver que no se comunicaba, empezó a hacer llamadas y hasta ahora lo único que hemos averiguado es que ha habido un atentado contra un hotel donde se alojaban casi todos los periodistas y fotógrafos, pero no sabemos nada más.

—¿Se han puesto en contacto con la embajada española allí? —le pregunté, dejándome llevar por la desesperación. «Si es que de verdad existe algo ahí arriba, no permitas que le pase nada a Narel».

—Sí, lo único que nos han confirmado es que ella también estaba registrada allí, pero no saben nada más. —Dejó de hablar porque empezó a llorar con fuerza—. Hay muchos muertos, Nathan, muchos —dijo con la voz entrecortada.

No, me negaba, ella no podía haber muerto, era imposible. Ella tenía que volver aquí, a mi lado, junto a mí, y teníamos que formar nuestra propia familia. No, algo en mi corazón se negaba a aceptar que Narel ya no estuviera entre nosotros.

—No, ella tiene que estar bien, algo dentro de mí me dice que lo está.

—Ojalá tengas razón —me dijo Kora levantando la vista que había tenido perdida entre sus manos—. Porque a mi hermana no ha podido pasarle nada.

—Papá y mamá ya tienen el vuelo reservado para mañana, estando ellos allí, la embajada les hará más caso y ellos pueden ir buscando entre los hospitales —dijo Alaia cuando colgó el teléfono.

Me puse a buscar noticias por Internet, sé que no era lo mejor dado el caso, pero necesitaba ver a qué nos estábamos enfrentando. Fue una de las peores decisiones que había tomado en mi vida, porque, aunque estaba acostumbrado por mi trabajo, esas imágenes eran devastadoras: se veía a personas sacando cuerpos de debajo de un montón de escombros, personas mutiladas, regueros de sangre por la calle, gente gritando.

En cuanto vi esas imágenes, perdí toda esperanza de que ella hubiera salido viva de allí y si lo había hecho, a saber las secuelas que tendría que sufrir. Las lágrimas me corrían por la cara sin control. Yo no era una persona violenta, pero en esos momentos era capaz de hacer cualquier cosa con esos hijos de puta si los tuviera delante.

Pero no, ahora no me podía venir abajo, ahora era el momento de buscar ayuda y movilizar a todas las personas que fueran necesarias para que nos informaran y que hicieran todo lo necesario para encontrarla cuanto antes.

Capítulo 30



Robert

Nathan me llamó desesperado pidiéndome que, por favor, hablara con quien tuviera que hacerlo, pero que le ayudara a saber qué era lo que había pasado con Narel. Por lo que me dijo, habían atentado contra el hotel en el que ella estaba alojada y, al haber sido el ataque por la noche, hubo muchas más víctimas que si lo hubieran hecho de día. Esos desgraciados sabían muy bien cómo actuar para causar el mayor daño posible.

Esa joven no era importante solo para Nathan y su familia, también lo era para mí; algo me decía que lo era para mí, incluso más de lo que hasta ahora me había dado cuenta. Pero todo a su tiempo, por ahora lo único que importaba era dar con ella, ver el daño que había sufrido y afrontarlo como mejor pudiéramos.

No le conté nada a nadie, solo a mi superior, y por encima de mí solo había una persona, de la cual sabía que podía contar con ella en todo momento. Como iba diciendo, no le comenté nada a nadie, simplemente reservé un vuelo para ese país, me preparé una maleta con algo de ropa y me fui.

Sabía que con los contactos que tenía me resultarían de más ayuda estando allí que aquí. Esa mujer era significativa para mí, más de lo que nadie imaginaba, así que me había propuesto que, pasara lo que pasara, la iba a encontrar, aunque fueran sus restos, y que todos la pudiéramos llorar. Pero quedarnos con la incertidumbre de qué es lo que había pasado con ella no entraba en mis planes.

El viaje se me hizo largo y pesado. Del aeropuerto me fui directamente al hotel; en cuanto descansara un poco iría en busca de alguien a quien llevaba muchos años sin ver, tantos que jamás pensé que nos volveríamos a encontrar.

Yo no tenía hijos, nunca los había tenido. Estuve casado durante muchos años, pero mi exmujer por aquel entonces decía que éramos muy jóvenes para ser padres y después ponía como excusa mi trabajo: que si era muy peligroso, que no estaba dispuesta a cuidar de un niño ella sola. En fin, un montón de justificaciones, excusas que hoy en día agradecía, porque gracias a ellas no tenía nada que ver con esa mujer.

El tener acceso ilimitado a la información me venía muy bien en ocasiones como esta. No soy hipócrita y no lo voy a negar: hasta ahora nunca me había hecho falta recurrir a ello, pero ahora que lo necesitaba, no dudé ni un solo segundo en utilizar todo lo que tenía a mano.

Como cuando llegué al hotel era tarde, hice lo que tenía pensado: ducharme y descansar. Mañana por la mañana empezaría a moverme e intentar dar con Narel, porque de que la iba a encontrar estaba seguro, así me tuviera que quedar aquí por un largo periodo de tiempo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me volví a duchar, pedí un café para que me lo trajeran a la habitación e hice un par de llamadas para averiguar dónde se encontraba la persona a la que quería ver. En cuanto me dijeron dónde hallarla, me terminé el café de un sorbo y fui en su busca.

La verdad es que no sabía cómo acercarme a ella después de tantos años, pero lo tenía que hacer, más que nada para colaborar y así poder tener más posibilidades de encontrar cuanto antes a Narel.

—Buenos días —dije, poniéndome delante de ese matrimonio que se veía destrozado—. ¿Supongo que son los padres de Narel?

—Buenos días, sí, somos nosotros. ¿Y usted es?

—Yo soy alguien que ha venido desde Australia para ayudaros. Soy el jefe de las parejas de vuestras hijas, además de que conozco a vuestra hija.

La mujer se echó a llorar de forma descontrolada; ese llanto era tan desgarrador que hizo que se me formara un nudo en la garganta. Después de tantos años la tenía delante de mí. Y sí, habían pasado muchos años, pero no tantos como para no reconocerla, porque pasé un verano junto a ella; yo fui su primer hombre y ella fue mi primera mujer. Y por muchos años que hubieran pasado, esos ojos y esa cara jamás los había olvidado.

—¿Ha venido desde allí para ayudarnos a encontrar a nuestra hija? —me preguntó el marido.

—Así es. Perdona que no me haya presentado, me llamo Robert. —En ese momento, Demesia levantó la mirada y pude ver que me reconoció.

—¿Robert, eres tú? —me preguntó con la voz congestionada por el llanto.

—Han pasado muchos años, ¿verdad? —Le sonreí de manera superficial.

—¿Lo conoces? —le preguntó Óscar a su mujer, porque sí, sabía cómo se llamaba él también.

—Cariño, él es el padre de Narel. —Ahí estaba la confirmación que necesitaba para lo que llevaba sospechando desde que mi hija me había dicho que eran de Málaga y que su padre era un australiano al que nunca había conocido—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía, lo intuí cuando hablé con Narel. —No quería decir «mi hija» en voz alta, porque no me sentía con el derecho a decirlo.

No cuando su padre estaba aquí. Ese hombre era su verdadero padre, no porque yo me hubiera negado a ejercer como tal, lo habría hecho encantado, pero por desgracia en aquellos tiempos no nos fue posible y yo tuve que regresar a mi país con el corazón roto por dejar a Demi allí y sin saber que iba a ser padre.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —dijo Óscar abrazando a su mujer. Me alegraba mucho que ella hubiera encontrado a un hombre que la quisiera, como se veía que lo hacía él.

—Antes de nada, quiero deciros que estoy aquí para dar con ella y llevarla de vuelta a vuestra casa. No pretendo nada; sé que tú eres su padre y no voy a quitarte ningún derecho, porque el que no lo tiene soy yo.

—Robert, quiero que sepas que te escribí para decírtelo, pero que nunca llegó contestación por tu parte.

—Imagino dónde fueron a parar todas esas cartas. Ahora ya nada importa. Lo habéis hecho muy bien con ella, con las tres hijas que tenéis —lo decía de corazón.

—Es tu hija también, aunque yo haya ocupado ese papel todos estos años. Quiero que sepas que entiendo que es tu hija también.

—Te agradezco las palabras, pero ahora no vamos a pensar en eso. Lo que importa es dar con ella, ver lo que necesita. Después se verá todo lo demás.

—Robert —Demi puso una mano sobre mi antebrazo—, solo te voy a pedir algo, y porque sé por lo que has dicho que tienes mano.

—Todo lo que pueda hacer, lo haré sin dudar.

—Cuando la encontremos, porque mi corazón de madre me dice que lo haremos, que ella sigue viva. —Se le escaparon unas cuantas lágrimas—. Quiero que muevas todo lo que tengas que mover, pero quiero que mi hija sea trasladada a Australia y no a España. —Me asombró que me hiciera esa petición.

»Allí tiene a sus hermanas y también al hombre del que está enamorada. Y nosotros nos iríamos con ella; me da igual irme a vivir a otra parte del mundo si voy a estar junto a mis niñas.

—Si es lo que quieres, cuenta con ello. Llamaré hasta al mismo diablo si hace falta con tal de hacer lo que me has pedido. —Eso se lo podía jurar. Si ella quería que nuestra hija fuera llevada a mi país, lo iba a hacer.

Estuvimos hablando un rato más, y en ese tiempo pude descubrir que Óscar sí que quería a mi hija como si fuera suya. Por lo visto, llevaba ejerciendo de padre desde que Narel tenía poco más de un año.

La había acogido como propia y, para mi hija, no existía más padre que ese hombre. Se había ganado todos mis respetos.

Nos movimos por la embajada, recorrimos todos los hospitales, buscamos hasta por debajo de las piedras y el nombre de mi hija no aparecía por ningún lado.

Hasta se nos vino a la mente que posiblemente la hubieran cogido de rehén, porque, aunque este no fuera un país tan adelantado como el nuestro, siempre había registros. También cabía la posibilidad de que, en la explosión, al estar en su habitación, no llevara la identificación encima.

Había tantas posibilidades de todo que no podíamos descartar ninguna. Lo que sí estaba seguro es de que ninguno de los tres nos íbamos a rendir con la búsqueda.

—No desesperes, estoy seguro de que la vamos a encontrar. —Abracé a Demi para darle un poco de consuelo. No lo había hecho hasta ahora, porque no quería hacerla sentir incómoda, y a Óscar tampoco.

—Robert, no puedo perder a mi niña.

—No la vas a perder. —No sabía qué más podía decirle a una madre que estaba destrozada. Yo estaba igual que ella, porque, aunque no supiera que era padre, desde el momento en el que lo descubrí algo dentro de mí se había despertado. Y ahora que por fin podía tenerla tan cerca, no podía perderla.

—¿Sabes que este iba a ser su último viaje a países en guerra como este? Antes de venir aquí nos lo dijo. Solo lo sabemos Óscar y yo. Comentó que ya había llegado la hora de establecerse y no arriesgarse tanto, que quería llevar la vida que estaban teniendo sus hermanas. —Sorbió los mocos por la nariz—. Sé que en ese cambio ha tenido que ver ese hombre del que está enamorada.

—Nathan, es uno de los mejores hombres que te puedas echar a la cara. Tiene unos valores increíbles y su padre es igual que él. De hecho, he trabajado muchos años codo con codo junto a Henry.

Se nos hizo muy de noche, por lo que decidimos volver al hotel. Ellos se estaban quedando en otro un poco más barato que el mío, así que los convencí para que se cambiaran. Al principio se negaron, pero les hice ver que así era mucho más fácil para estar juntos y seguir con la búsqueda.

Llamé al que yo me estaba alojando y pregunté si había disponibilidad de una habitación doble. En cuanto me dijeron que sí, fuimos al suyo para recoger sus cosas e irnos al otro.

Capítulo 31



Nathan

Dos días habían transcurrido desde que supimos lo de Narel, y en ese tiempo no había logrado pegar ojo, mucho menos comer. También había que sumarle que a Lily no podía dejarla de lado, ella no tenía culpa de lo que sucediera en el mundo y no iba a hacerla pasar por un mal momento, así que en los instantes que estaba junto a ella no me quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y mostrar las mejores de mis sonrisas.

Gracias a Dios, ella todavía era muy pequeña y no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sin embargo, mi corazón estaba en un constante estado de alerta, latiendo con fuerza ante cada pequeño ruido, esperando ansiosamente una llamada que pudiera traernos alguna noticia, pero el tiempo pasaba y el silencio se hacía cada vez más pesado. La incertidumbre se apoderaba de mí, y cada segundo sin información se sentía como una eternidad, mientras trataba de mantener la calma por ella, aunque por dentro todo era un torbellino de emociones.

Había tomado una decisión en firme: tan pronto como mañana le dieran el alta a Lily, si no tenía noticias de Narel, tomaría un vuelo directo hacia allá. No podía quedarme de brazos cruzados, así que yo mismo me iba a encargar de encontrarla. Era imposible que simplemente hubiera desaparecido sin dejar rastro; alguien como ella no podía esfumarse así sin más. Tenía que haber alguna pista, algún indicio de su paradero, y estaba decidido a encontrarlo. La idea de que estuviera en algún lugar, sola y sin ayuda, me impulsaba a actuar con urgencia.

—¿Dónde está la niña más guapa del mundo? —dije al entrar por la puerta.

—Estoy aquí —respondió con la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida—, hoy has llegado un poco más tarde.

—¿Cómo sabes tú que es más tarde si no sabes la hora? —Esta niña no dejaba de asombrarme.

—Porque siempre vienes antes de que pase el doctor y hoy lo hiciste más tarde. —Menuda lógica tenía la enana esta.

—Tienes razón, hoy he llegado un poco más tarde, pero es que salí del trabajo con retraso. —Le di un toquecito en la nariz—. Ya sabes que te dije que en mi trabajo no siempre salgo a la misma hora.

—Lo sé, aunque sea pequeña, lo entiendo, soy muy lista —dijo entre risas.

—Me he dado cuenta de que eres más lista de la cuenta. —Empecé a hacerle cosquillas, este era un método que había adoptado para saber si le faltaba el aire o se agotaba más de la cuenta y hasta ahora parecía que todo estaba yendo bien.

Al haber llegado hoy más tarde, pude estar con ella menos tiempo, lo que hizo que, al momento de despedirnos, se sintiera un poco más triste de lo habitual. Sin embargo, logré mejorar su ánimo conversando con ella y compartiendo algunas risas. Afortunadamente, era una niña que, a pesar de su corta edad, tenía una comprensión de las cosas que superaba la de muchos adultos, lo que facilitó que pudiéramos hablar de manera abierta y sincera. Su capacidad para entender la situación me sorprendió.

De camino a casa de Arlo, que era donde se estaban quedando todos, me puse a pensar en qué momento mi vida había cambiado tanto. En poco tiempo había aparecido una mujer que me había hecho sentir cosas que nunca había sentido, después la había perdido, pero tal como la perdí, entró en ella otra mini persona que estaba haciendo mis días más felices, y cuando pensaba que todo empezaba a encaminarse, nos llegó este varapalo.

Definitivamente, estaba empezando a creer que allá arriba había alguien que se había propuesto joderme la vida de una manera un tanto macabra.

Al entrar por la puerta de la casa de Arlo, el alma se me volvió a caer a los pies, todo seguía igual. Las chicas con sus ojos cargados de lágrimas, mis amigos sin saber qué hacer para consolarlas y mi padre no parecía ser él.

—¿No se sabe nada? —Ya sé que era una pregunta tonta, pero qué más podía decir en estos momentos.

—No, hoy tampoco sabemos nada, los padres de ellas aún no se han puesto en contacto —me dijo Hugh— ¿Qué tal está la pequeña? —Sé que intentaba cambiar de tema para distraerme un poco.

—Está mucho mejor, si sigue así, mañana le darán el alta.

—Eso está muy bien, nuestra pequeña es toda una campeona. —Al pensar en ella, se me formó una pequeña sonrisa.

—Sí, lo es. Lo que me da pena es que no se puede venir a casa hasta que el juez haya firmado la sentencia de adopción, aunque lo están agilizando mucho, más que lo que suele tardar, pero, aun así, demorará una semana más como mínimo.

—Bueno, piensa que ella va a estar bien, donde estaba la trataban muy bien y tenía amigos con los que jugaba.

—Eso es lo que me deja un poco más tranquilo.

—Ya mismo tendremos a nuestra niña aquí, jugando y teniendo la vida que siempre debió haber tenido —dijo Arlo, acercándose a nuestro lado y dándome una palmada en la espalda.

—He estado pensando que si mañana todavía no tenemos noticias, voy a ir allá para buscarla por mi cuenta.

—Sabes que te arriesgas mucho al ir allí, si por casualidad descubren a qué te dedicas, no dudarán en matarte o retenerte para sacar algo de nuestro gobierno —el que habló fue Arlo.

—Lo sé, por eso no he querido decíroslo hasta ahora y a mi padre no tengo ni idea de cómo decírselo, lo que sí tengo claro es que no puedo quedarme aquí con los brazos cruzados.

—Nathan, no creo que debas hacer eso, te estarías jugando la vida, tío.

—No me digas que tú no harías lo mismo por Alaia o que tú no lo harías por Kora, porque me estaríais mintiendo y a vosotros mismos también.

—Joder, claro que lo haríamos, pero no por ello cuesta menos trabajo pensar que podemos perder a nuestro mejor amigo.

—Si no lo hago, me estaría perdiendo a mí mismo y vosotros estaríais perdiendo parte de vuestras parejas. —Sé que no tenía lógica que me enfadara con ellos y de verdad que no lo estaba, más bien era rabia con el mundo entero—. ¿O pensáis que si no la encontramos, ellas van a seguir siendo las mismas que hasta ahora habéis conocido? —Lo que pensaba, ninguno me contestó, porque sabían más que de sobra que yo tenía razón.

—¡La han encontrado! —gritó Kora.

—¡¿Qué!? —medio grité, medio pregunté— ¿Dónde? ¿Cómo está? —Las preguntas se me agolpaban unas tras otras.

—Espera un momento, Nathan, se escucha mal y estoy intentando enterarme de qué es lo que pasa —me contestó con el teléfono pegado a la oreja.

Todos estábamos pendientes de ella, hasta Maui había saltado de donde estaba tendido y miraba al mismo punto en el que lo hacíamos todos.

No sé si tardó segundos o minutos, lo que sí sé es que a mí se me hicieron eternos, no veía el fin de esa llamada y lo único que quería era saber qué había sido de ella, si estaba bien, si estaba mal. La opción de muerta no se me pasaba por la cabeza, no, me negaba a pensar en ello.

—Está en un hospital, no llevaba la documentación encima, por eso no la han podido identificar antes. —Le temblaban las manos mientras nos lo contaba—. Está mal, no tiene heridas que se vean a simple vista, pero tenía roto un vaso sanguíneo pulmonar, eso lo han podido arreglar rápido. El verdadero problema lo tiene en la cabeza. —Se echó a llorar y tuvo que parar un momento para tomar algo de aire y seguir explicándonos las cosas.

»No despierta, tiene una inflamación muy grande en el cerebro y no se despierta, hasta ahora no han conseguido que remita ni un poco y a eso hay que añadir que no saben las secuelas que ha podido causarle o si algún día podrá despertar. —No pudo seguir hablando, se vino abajo por completo.

Y con eso que nos había contado el mundo se me cayó a los pies, sentía que mi vida ya no tenía ningún sentido, si ella desaparecía de él, ¿qué me quedaba a mí? Sé que no estábamos juntos, pero, aun así, no podía imaginar una vida en la que ella no formara parte, aunque fuera desde la distancia.

—Mamá ha dicho —empezó a hablar de nuevo cuando se calmó un poco— que Robert está con ellos allí y que lo está moviendo todo para que un avión medicalizado del ejército la traslade hasta aquí.

—¿Robert está allí? —No me dio tiempo a preguntarlo cuando lo hizo mi padre.

—Eso es lo que me ha dicho mi madre.

—Soy muy consciente de que son malas noticias, pero pensad que ahora al menos van a poder tratarla en condiciones y que tenemos mucho más de lo que teníamos esta mañana —dijo Hugh, y tenía razón, pero no por ello dolía menos.

—Nathan —me llamó— hay otra cosa más y esto te concierne directamente a ti.

«Más malas noticias, no, por favor», supliqué a lo que fuera que me estuviera escuchando.

—Cuanto antes lo digas, mejor —le contesté.

—Narel está… —tragó saliva— está embarazada, no saben si el bebé podrá salir adelante, por ahora parece que se aferra bien a la vida, pero no saben si a causa de los traumas que ha sufrido su cuerpo, y al estar de tan poco tiempo, lo terminará perdiendo.

La poca fuerza que hasta ahora me estaba sosteniendo en pie se me fue. Me dejé caer de rodillas al suelo, llorando como un niño, me faltaba el aire, mi corazón parecía que iba a sufrir un paro, la cabeza no paraba de darme vueltas. Me estaba ahogando, en lágrimas, pero también porque no me llegaba el aire suficiente a los pulmones.

Podía perder un hijo con la mujer de la que estaba enamorado, un niño que junto a Lily lo sería todo para mí, un bebé que me daría la vida que ahora mismo me falta. El destino no podía ser tan hijo de puta con nosotros y arrebatarnos algo que había sido creado con tanto amor.

—¿Ella lo sabía? —le preguntó mi padre.

—Estoy segura de que no tenía ni idea, de haber sido así se lo habría dicho a tu hijo, aunque ya no estuvieran juntos —esta vez contestó Alaia.

—Tío, venga, levanta, ahora es cuando no te puedes permitir venirte abajo —dijo Arlo acuclillándose frente a mí—. Se va a recuperar y ese bebé va a nacer, porque aquí ya hay muchas personas que estamos deseando conocerlo. —Me puso las manos sobre los hombros—. ¿Te imaginas lo feliz que va a estar nuestra pequeña cuando le digas que va a tener un hermanito? —Me ayudó a levantarme.

—Hijo, llora, que no te dé miedo llorar, porque hacerlo ayuda a sanar el alma y el corazón, pero cuando termines no te vuelvas a venir abajo, porque nos tienes a todos a tu lado, siempre lo vamos a estar y al lado de mi hija también. —Mi padre me abrazó con todas sus fuerzas, y en esos brazos que tantas veces me habían sostenido cuando era pequeño, me volví a derrumbar otra vez, pero esta vez con la convicción de que cuando dejara de llorar, me iba a levantar más fuerte que nunca.

Capítulo 32



Nathan

Por fin había podido hablar con Robert, el motivo por el que fue allí no me lo había querido decir, me dijo que cuando regresaran todos hablaría conmigo largo y tendido.

Si todo salía como estaba previsto, llegarían mañana por la noche. La espera se me iba a hacer eterna, sin importar si pasaba el tiempo entrenando en el gimnasio o si había estado varias horas con Lily hasta que finalmente le dieron el alta. La ansiedad de contar las horas se apoderaba de mí, y aunque intentaba distraerme con el ejercicio o la compañía, la mente siempre regresaba a la misma idea: la emoción de su llegada. Cada minuto parecía alargarse, como si el reloj se hubiera detenido, y la anticipación crecía con cada segundo que pasaba.

Mi mente estaba con Narel y con el bebé. Lo único que quería era que ella saliera de todo y mi hijo o hija también, daba igual que no estuviéramos juntos, todo me daba absolutamente igual, con tal de que ella volviera a sonreír, lo demás se iría viendo con el tiempo.

—Tío, si sigues así, le vas a hacer un boquete al saco —dijo Hugh cogiéndolo por el otro extremo para que no se balanceara como lo estaba haciendo.

—Es la única manera que encuentro ahora mismo de soltar todo lo que siento.

—Nathan, te lo digo como buen amigo tuyo que soy. No puedes seguir así, entre lo de Lily y ahora lo de Narel, te estás consumiendo: has perdido peso, tienes ojeras. Tío, de veras, no puedes seguir así. —Me lo quedé mirando fijamente—. A lo mejor sería bueno que te cogieras unas semanas de vacaciones, sabes que no me van a poner pega.

—No quiero vacaciones, ¿qué voy a hacer todo el día en casa?

—Es que no estarías todo el día en casa, cuando mañana llegue, Narel te va a necesitar, pase lo que pase, sé que vas a estar a su lado y entre eso y el trabajo vas a caer enfermo. Piénsalo bien, sé que eres un hombre que comprende bien las cosas y sé también que al final vas a entrar en razón.

Tal vez eso sería lo mejor que podía hacer, era normal que se preocupara por mí. Yo también lo hacía por ellos, para mí eran como mi familia y tenía que reconocer que nuestro trabajo era peligroso, que tanto sus vidas como la mía dependían de nuestra eficacia y tenía que admitir que yo no estaba al cien por cien en estos momentos.

—Tienes razón, hoy solicitaré una excedencia, no voy a pedir vacaciones cuando no sé el tiempo que va a durar todo esto. —Era la primera vez que en todos mis años de carrera haría tal cosa, pero si tenía que dar prioridad a algo, tenía muy claro a qué dárselo o, en este caso, a quién dársela.

—Me parece que es lo más sensato que puedes hacer y con esto no quiere decir que no confíe en ti, porque lo hago y seguiría poniendo mi vida en tus manos.

—Lo sé, como también sabes que antes de que os pase algo a cualquiera de este grupo doy mi vida.

—Mi vida corre peligro si no te duchas ya, porque tío, apestas. —Sé que lo decía de broma, que lo que quería era que descansara.

—Hasta llegar a oler como tú me queda mucho que sudar, cuando quieras, te lo demuestro. —Hice un amago de darle un gancho de derecha.

—No te preocupes, no estoy tan loco como Arlo y dejar que me des una paliza, sé que por muy cansado que estés sigues siendo capaz de tumbarme. —Se echó para atrás.

Eran muchos años practicando este deporte, y aunque no me dedicara a él por muy mal que suene que yo lo diga, se me daba igual de bien que a un profesional. De pronto, por el altavoz del gimnasio, empezó a sonar Imagine Dragons con su canción *Natural* y no hacía falta preguntar quién la había puesto para saberlo.

Esta era nuestra canción, la de Arlo y mía, para darnos unos cuantos puñetazos dentro del ring. Sé que lo estaba haciendo en estos momentos para que terminara de soltar el estrés que todavía quedaba en mi cuerpo.

—Tío, a ti te va mucho la marcha, eso y que te encanta que Nathan te pisotee el orgullo una y otra vez.

—Esta vez no, esta vez lo voy a machacar. —Entró dentro del ring y empezó a hacerme señales con la mano para que me acercara a él.

Pues nada, otra vez, a darlo todo para terminar dejándolo KO, aunque tengo que reconocer que cada vez me costaba más, estaba aprendiendo bastante bien, pero vamos que esto no lo iba a reconocer ni bajo tortura.

Los demás chicos hicieron como siempre, se acercaron rodeando el ring para no perderse nuestro pequeño combate.

Esta vez me estaba costando derribarlo, ahí es cuando me di cuenta de que de verdad no estaba pasando por mi mejor momento.

—Vamos, jefe, puedes hacerlo mejor, aquí te sigo esperando. —El hijo de su madre me volvió a hacer señas para que diera un paso en su dirección y mientras hacía esas señas tuvo el descaro de mandarme un beso.

—Arlo, creo que al final lo has cabreado y cuando el jefe se cabrea, lo pierdes todo. —Eso lo dijo otro de mis chicos.

—¿Qué me das si te derribo con un solo gancho? —Esta vez fui yo el que lo provocó.

—Te doy algo que te va a gustar mucho, pero me tienes que derribar con un solo gancho.

—No te hagas de rogar más y dilo de una vez, a lo mejor es algo que no me interesa en absoluto.

—Esto te va a gustar. —Me guiñó un ojo—. Cuando nazca tu hijo me lo quedo una semana entera para que te lleves a tu mujer y te hartes de follar con ella, porque entre tú y yo, ese niño va a nacer y tú vas a volver a estar con ella. —Sentí una punzada en el corazón cuando dijo esas palabras.

—Creo que te has olvidado de que tengo otra hija, así que también te tienes que quedar con ella.

—Con mi pequeña princesa ya contaba, a mí no se me ha olvidado nada. Venga, vamos, si no lo haces no la vas a meter en caliente, tranquilo, lo tendrás que hacer cuando os den pequeños respiros. —El muy cabrito seguía provocándome.

—¿Estás preparado para dejar de follar en esa semana? Porque te aseguro que lo vas a hacer.

Unos cuantos juegos con los pies y en el momento que Arlo dio un paso en mi dirección, le di tal gancho que lo dejé KO. Los demás no paraban de animarlo para que se levantara, pero creo que esta vez se me había ido un poco más la mano, que terminé dándole más fuerte. No sabía si lo había hecho por sus provocaciones o por las ganas que tenía que se hiciera realidad, eso que nos habíamos apostado.

Hugh me ayudó a quitarme los guantes, mientras que otro ayudaba a Arlo.

—Tío, esta vez te has pasado, creo que se me va a poner un ojo morado —dijo haciendo una mueca con la cara.

—No provoques tanto —le dijo el que le estaba quitando los guantes—, tú calladito que contigo sí que puedo.

—Tranquilo, lo que pasa es que te has cabreado porque vas a estar una semanita entera sin follar con tu chica —le dijo con recochineo Hugh.

—¿Quién me mandaría apostar eso? Tío, si eres tan amigo mío, podíamos repartirnos los días.

—Ja, vas listo si te piensas que voy a entrar en tu juego.

Todo lo que estaban haciendo era para que dejara de pensar durante un rato. Lo que no sabían ellos, era todo lo que se lo agradecía, no solo lo de ahora. Les estaba agradecido por todo, por estar siempre a mi lado, por haber cuidado de Lily cuando yo no podía y por todo lo que sabía que seguirían haciendo por mí y por las personas que amaba.

Cuando terminé de ducharme, fui directo a mi mesa, quería redactar la carta para pedirme la excedencia hoy mismo, antes de ir para casa de Arlo. Quería pasar para ver a las chicas antes de irme para mi casa, aunque sabía que había cambios porque de ser así habrían llamado. Quería estar lo más informado posible.

Desde que nos habíamos enterado de lo de Narel, mi padre se estaba quedando en mi casa, bueno, más bien desde el segundo día. El primer día, cuando nos enteramos, nos quedamos todos en casa de mi amigo. Queríamos estar todos juntos por si uno se enteraba de algo, no tener que estar llamando por teléfono y desplazarnos por la madrugada.

Parecía que los ánimos de las chicas estaban un poco mejor, por lo menos hoy. Cuando entré en la casa no estaban llorando de manera desconsolada y eso quería decir algo, por poco que fuera.

—¿Sabéis algo más? —Me acerqué y les di un abrazo a cada una.

—Mamá dice que parece que ha notado como ha movido un dedo de su mano derecha, pero que ha sido tan leve el movimiento que a veces ha pensado que ha sido imaginación suya —me explicó Alaia—, pero yo sé que mi hermana es una guerrera y que sí que ha movido ese dedo. —«Ojalá sea así», pensé.

—Eso es muy buena señal —dijo mi padre saliendo de la cocina con unos vasos de té frío—. Si ha movido un dedo, dentro de nada estará haciendo más movimientos.

—Henry, ¿de veras crees que es buena señal? —le preguntó Kora desesperada por recibir buenas noticias.

—De verdad lo creo, pequeña. —Se le acercó y le dejó un beso en la cabeza antes de entregarle el vaso.

—Tengo ganas de verla, aunque me impresione su estado. Sé que mamá dice que, aparte de unos morados en la cara y en algunas partes de su cuerpo, no tiene nada, pero yo sé que me va a impresionar verla tan quieta y más sabiendo lo nerviosa que es.

Las tres estaban muy unidas a pesar de pasar temporadas sin verse, pero al menos sabían que estaban unas para otras.

—Papá, nos ha dicho que Narel les dijo antes de irse esta vez, que iba a ser su último trabajo de este estilo, que a partir de ahora solo iba a coger trabajos esporádicos y en los que no corriera ningún peligro.

Eso sí que fue una sorpresa para mí, porque sabía todo lo que Narel amaba su trabajo, de hecho, estaba seguro de que una de las cosas que al final le habían impulsado a irse de aquí era eso. Aparte de lo que le había pasado conmigo, eso estaba más que claro.

Capítulo 33



Demi

La vida puede darnos muchas sorpresas, muchas de ellas suelen ser gratas, alegres y hermosas, pero por desgracia otras tantas no lo son. Y yo había conocido las dos caras de una misma moneda.

Pensando en ello, me llevó a recordar aquel verano de hacía más de treinta y dos años…

Estaba paseando con mis amigas por el paseo marítimo cuando por mi lado pasó un muchacho alto, con muy buen físico. Se notaba que era de mi edad, más o menos o un poco mayor que yo, pero no creía que fuera mucho más.

Era rubio, con el pelo tan claro que parecía platino y unos ojos de un azul tan claro que parecían grises. Fue tal la impresión que me llevé que no pude evitar quedarme mirándolo como una descarada.

Si digo la verdad, en esos momentos me daba igual que pensaran lo que quisieran, solo sé que no podía apartar la mirada de ese chico y mira que yo en esto de los hombres era totalmente inexperta, vamos, que no tenía experiencia alguna.

—Demi, te has quedado embobada —me dijo Lidia.

—Es que he visto al hombre más guapo de la tierra. —Todavía seguía impactada.

—Anda ya, no creo que sea para tanto. Lo que pasa es que no estás acostumbrada a ver chicos, tus padres te tienen tan encerrada que todo lo que veas te va a parecer algo fuera de lo común —me dijo Sandra riendo a carcajadas. A veces pensaba por la manera de reírse de mí que no eran tan buenas amigas como yo pensaba.

No le quise insistir, porque no tenía ganas de que se siguieran burlando de mí, pero yo sabía lo que había visto y lo que era más importante, lo que me había gustado.

Estaba claro que ese chico no era español, sus rasgos lo delataban.

Esa fue la primera vez que vi a Robert. Aunque estaba enamorada de Oscar, no había podido dejar de admitir que los años le habían tratado bien. Cuando se puso delante de nosotros en un principio, no lo reconocí hasta que dijo quién era. Habían pasado demasiados años y las pocas fotos que tenía de él las destruí cuando se fue, porque no quería seguir sufriendo, viéndolas una y otra vez.

Qué pequeño podía llegar a ser el mundo, aunque siempre nos pareciera que era enorme. En el lugar que menos esperamos, aparece esa persona que ya creemos que pertenece al pasado.

¿Quién me iba a decir a mí que mi hija se iba a encontrar con su verdadero padre sin saberlo ninguno de los dos? Yo desde luego, que nunca me lo hubiera imaginado.

Después de ver cómo Robert se estaba comportando con Óscar y conmigo, me sentía muy mal, por no haberle hablado a mi hija de su padre. Por no decirle, no le había dicho nunca ni cómo se llamaba.

Y ahora se presentaba delante de mí, ofreciéndome todo lo que tenía en sus manos para poner a nuestra hija a salvo y buscar los mejores médicos de Sídney y encontrar soluciones, todo eso sin pedir nada a cambio.

Si incluso me había dicho que no hacía falta que le dijera a Narel cuando se despertara, que él era su padre, que lo único que quería era que ella estuviera a salvo y se recuperara bien, no pedía nada más porque sabía que no tenía derecho.

Lo que no sabía él era que, en cuanto todo volviera a su cauce, le iba a dar todos los derechos que le pertenecían, porque sé que Robert me quiso y mucho, en ningún momento renegó de ser padre. Estaba segura de que si lo hubiera sabido, nunca habría dejado a nuestra hija de lado, que habría buscado la manera de formar parte de su vida.

Nuestra hija iba a seguir teniendo a su padre, porque para ella Óscar lo era y para él ella era suya, sin importar la sangre ni nada, como había demostrado desde que había entrado en mi vida. Pero Narel se merecía saber quién era el hombre que le había dado la vida, y eso se lo podía ofrecer yo.

—Cariño, ¿a qué le estás dando vueltas? Te noto muy dispersa —me preguntó Óscar. Sentado a mi lado, me tenía la mano cogida, íbamos en el avión con mi hija cerca de nosotros.

—Espero que entiendas lo que te voy a decir…

—No hace falta que me digas nada. —No me dejó seguir hablando —. Sé que quieres decirle a Narel que su padre es Robert y lo entiendo, yo haría lo mismo que tú si estuviera en tu lugar.

—No te equivoques, vida, su padre eres tú y siempre lo seguirás siendo. Que se entere de quién es el biológico no cambia nada entre vosotros ni entre nosotros, porque tú eres nuestro pilar. Ella te va a seguir queriendo igual y yo te amo con todo mi corazón.

—Gracias, amor, vosotras cuatro lo sois todo para mí.

¿Había estado locamente enamorada de Robert? Sí, un sí rotundo y ferviente, pero Óscar era el amor de mi vida, era la luz que iluminaba mis días, era el verdadero amor de mi vida. A uno lo había querido en su día, pero al otro lo amaba con toda mi alma.

Con uno tuve una hija cuando éramos apenas unos niños, sin saber a lo que nos podíamos enfrentar. Una hija que vino sin avisar, pero de la que no me arrepentía y de la que estaba completamente orgullosa. Con el otro había tenido a dos, que habían sido buscadas y de las que también me sentía superorgullosa. Mis tres hijas eran mis soles, mi vida entera, sin ellas, no estaba completa.

Por eso no me podía hacer a la idea de que Narel no fuera a despertar. Y ahora estaba también ese bebé que crecía en su vientre, y a pesar del poco tiempo de gestación y de lo reciente que era, ya lo sentía como una parte esencial de mi vida, porque, aun sin haber nacido, para mí era mi vida junto a mis hijas y mi marido.

Estaba deseando llegar a Sídney y ver a mis hijas y poder estar todos juntos. Siempre habíamos sido una familia muy unida, pero en momentos así es cuando más nos teníamos que arropar unos a otros.

—Estamos a punto de aterrizar —nos informó Robert—. En cuanto lleguemos, a Narel la van a trasladar con rapidez, una vez llegue al hospital podéis llamar a vuestras hijas. Todos piensan que llegamos mañana, he querido hacerlo así para que no entorpecieran mucho el traslado.

Lo entendía, sabía que si estaban aquí cuando llegáramos, iban a querer acercarse a su hermana y eso retrasaría el traslado. Y lo que más importaba ahora mismo era la vida de mi hija y de mi nieto.

Lo demás podía esperar todo, ya las avisaría en cuanto estuviéramos en el hospital o que Robert avisara directamente a los chicos, tal vez así fuera todo mejor.

—Lo entiendo, en cuanto Narel sea trasladada, ¿te importaría llamar a alguno de los chicos? Es para no asustar a las niñas a estas horas.

—No te preocupes, en cuanto lleguemos llamaré a Arlo para decirle a qué hospital vamos. —No podía tener queja de la manera en la que se estaba portando este hombre con nosotros y todo lo que estaba haciendo.

—Robert, antes de llegar y se líe todo el alboroto con mis hijas, quiero decirte que te agradezco de todo corazón lo que has hecho por nosotros, pero sobre todo lo que has hecho por Narel. —Esperaba que con mis palabras y por la forma de mirarle se diera cuenta de que se lo decía de corazón—. Sin ti nada de esto hubiera sido posible, todo habría sido mucho más lento y quién sabe lo que hubiera pasado.

—Es lo mínimo que puedo hacer, ya que no he podido estar a su lado. —Me dio mucha pena que no hubiera podido disfrutar de su hija. Ojalá ahora por lo menos pudiera hacerlo de nuestro nieto.

—Estoy seguro de que todo lo que no has podido disfrutar de tu hija lo vas a poder hacer de tu nieto, bueno, nuestro nieto, porque también será el mío —le dijo Óscar.

—Qué suerte va a tener mi niño, porque estoy segura de que va a ser un niño, va a tener tres abuelos. —Sonrieron los dos al escucharme.

Poco después aterrizamos y ya estaba una ambulancia esperando para trasladar a mi hija. En ese momento vi que Robert estaba hablando por teléfono, así que suponía que estaría llamando a uno de los chicos.

Ya quedaba menos para que estuviéramos todos juntos, ahora solo faltaba que mi hija saliera de esta y que mi nieto siguiera aferrándose a la vida como hasta ahora lo estaba haciendo.

En mi corazón sentía que, si ese pequeño seguía estando entre nosotros, habiendo pasado por todo esto, era porque era un guerrero y que de esta iba a salir, siempre le había hecho caso al corazón, y hasta ahora no me había fallado casi nunca.

Capítulo 34



Nathan

Estaba en la cama bocarriba con los brazos bajo la cabeza y con la mirada perdida en algún punto del techo, sintiendo cómo la noche se alargaba sin que el sueño se acercara. No podía dejar de pensar en Narel, deseaba que estuviera aquí y que por lo pronto despertara. Lo demás ya se iría viendo, lo fundamental era eso.

Normalmente, Maui solía dormir en una cama que estaba justo al lado de mi habitación, pero esa noche algo parecía diferente. No sé si era porque notaba que mi ánimo estaba por los suelos y decidió subirse a mi cama para hacerme compañía, o si simplemente era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que no iba a recibir ninguna reprimenda por hacerlo.

La cuestión es que ahí lo tenía, a mi lado, roncando de una manera que solo él podía lograr. Era un espectáculo curioso: bocarriba, con la cabeza girada hacia un lado y media lengua asomando, como si estuviera en un profundo sueño. Me preguntaba cómo podía encontrar comodidad en esa postura tan extraña, pero, a pesar de todo, su presencia me brindaba un poco de consuelo en medio de mi mal día.

Pensé en levantarme de la cama e ir a la cocina a por un vaso de agua o tomarme algo fresco total, por lo que parecía no creía que fuera a descansar mucho.

Antes de que pusiera un pie fuera de la cama, Maui saltó de ella y se fue para la puerta de entrada. Eso hizo que me pusiera en alerta, porque sabía que algo o alguien se estaba acercando a mi casa.

—Maui, no la líes que soy yo. —Se escuchó que decía Hugh.

¿Qué hacía a esta hora aquí? Era extraño, pero algo importante tenía que ser.

—Hugh, ¿qué haces aquí? —pregunté cuando llegué hasta él.

—Te aconsejo que vayas a vestirte y avises a tu padre. Vamos, no pierdas tiempo, que nos tenemos que ir ya. —Seguía sin entender nada.

—Sabes que yo no funciono así. Si no quieres que me enfade, ya me estás diciendo qué es lo que te ha hecho venir a estas horas a mi casa.

—Joder, a ti no se te puede dar una sorpresa. —Resopló echándome a un lado para entrar dentro de mi casa—. Narel llegó hace menos de quince minutos, ya está en el hospital, venía a por ti y por tu padre para llevaros allí.

—¿Qué? Creo que no te he entendido bien.

—Lo has entendido muy bien, han llegado esta noche.

—Pero se suponía que llegaba mañana.

—Tú lo has dicho, se suponía. Robert lo ha adelantado todo para llegar hoy y ha preferido no avisarnos hasta que han aterrizado.

No le pregunté nada más, ahora lo único que me importaba era llegar cuanto antes al hospital y verla, que los médicos de aquí la evaluaran y que nos informaran de cuál era su estado, si tenía posibilidades de despertar y de que si mi hijo también tenía opciones de salir adelante.

—Papá —lo llamé bajito, no quería que se sobresaltara—, vamos, levanta, te tienes que vestir, que nos tenemos que ir.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mientras cogía unos pantalones.

—Narel ha llegado hace muy poco y ya está en el hospital, no sé nada más, me voy a vestir y nos vamos.

—Pensaba que llegaba mañana.

—Eso es lo que creíamos todos o por lo menos eso es lo que nos dijo Robert —negué con la cabeza un poco dolido con mi jefe y amigo por haberme mentido.

Dejé a mi padre terminando de vestirse, y yo me fui a hacer lo mismo. Ya tendría tiempo de hablar con Robert, porque esto no se quedaba aquí. Tenía muchas cosas que explicarme, entre ellas por qué fue directamente a ese país y no me había comentado nada, simplemente se fue.

Al llegar al hospital, vi que Kora estaba abrazada a la que suponía que sería su madre y Alaia estaba entre los brazos de su padre. Me acerqué a ellos con un poco de cautela, no sabía si sería bien recibido por ellos. Mi padre en todo momento se mantuvo a mi lado, dándome su apoyo.

—Buenas noches —dije cuando estuve lo suficientemente cerca.

—Mamá, él es Nathan. —Nos presentó Kora.

—Encantada, soy Demi. —Vino hacia mí para abrazarme, no me lo esperaba para nada—. Y él es Óscar, mi marido. —El padre de Narel también me dio un abrazo.

Se veían un matrimonio muy agradable, ahora entendía mucho mejor el carácter y la forma de ser de las tres hermanas. Les presenté a mi padre y se mostraron igual de cariñosos que conmigo. Por suerte, para nuestra comunicación ellos hablaban un perfecto inglés, porque yo de español entendía bien poco. Vamos ni yo ni ninguno de los que estábamos aquí, a no ser que unas palabras sueltas contaran.

—¿Han dicho algo? —pregunté preocupado.

—No, lleva dentro poco tiempo —me contestó su madre—, solo que cuando le hagan unas pruebas y vean los resultados, nos dirán lo que sea. Ahora nos toca esperar.

Vi de lejos a Robert hablando con lo que suponía que era una médica. No esperé a que me llamara, porque viendo lo visto, no creía que lo fuera a hacer, pero yo no me iba a quedar de brazos cruzados mientras otros tomaban decisiones, cuando la vida que se estaba jugando era la de mi hijo y su madre. No, se terminó el Nathan callado, que esperaba a que le contaran las cosas, a partir de ahora y todo lo que tuviera que ver mi hijo las decisiones, las iba a tomar yo.

Me fui hacia él, me detuve a su altura. La médica me miró y Robert también, él que me conocía muy bien, se dio cuenta de que había llegado a mi límite.

—Buenas noches, ¿cómo está Narel? ¿Qué se sabe?

—Perdona, pero no le puedo informar a usted.

—Yo creo que sí, y si tiene algo que ver con el bebé que espera las decisiones, las tomaré yo, ya que soy el padre de ese niño. —Sé que soné muy prepotente y que yo no era así, pero todo el mundo teníamos nuestros límites y yo había llegado al mío—. Si le vais a hacer alguna ecografía, quiero estar presente.

—En este caso, y siendo usted su pareja, le diré que ahora mismo se le está practicando un escáner. Queremos ver si la inflamación del cerebro ha remitido algo, también queremos ver cómo va mejorando el vaso que se le rompió y por último, le haremos una ecografía para ver cómo va el feto.

—Bien, como ya le he dicho, para la ecografía quiero estar presente y me gustaría que, en cuanto tuvieran los resultados de las pruebas, me dieran su diagnóstico y cuál será el siguiente paso que seguir.

—Por supuesto, yo me retiro con la paciente. En cuanto sepamos algo, se lo diremos. —La doctora se marchó y Robert se giró para irse con los demás, lo retuve del brazo.

—¿No te parece que tenemos que hablar?

—Nathan, no creo que sea el mejor momento.

—Pues fíjate, yo creo que es el idóneo, Robert. Los dos sabemos que esto que has hecho no es normal y no me vale que me digas que le has cogido cariño el tiempo que ha estado trabajando con nosotros. —Me crucé de brazos, mirándolo muy serio—. No pongo en duda que lo hayas hecho porque Narel se gana el cariño de todos rápido, pero eso no es motivo suficiente para irte a la otra punta del mundo sin decir nada y hacer todo lo que has hecho.

—¿No te había dicho alguna vez que hace muchos años estuve en España?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Si me dejas terminar, te enterarás. Creo que lo mejor es que vayamos a un lugar más privado. Lo que te voy a decir tiene que quedar por ahora entre nosotros. —Salimos del hospital.

—Ahora puedes hablar, aquí no nos va a escuchar nadie, me tienes de lo más intrigado. —Estábamos apartados de la entrada, por si salía alguien que no nos oyera.

—Lo que te estaba diciendo, hace muchos años estuve un verano entero en España, allí conocí a una chica un poco más joven que yo, nos gustamos y empezamos una relación. Los dos sabíamos que tenía fecha de caducidad, pero de todos modos lo intentamos. —Se le veía un poco nervioso—. Cuando terminó el verano, yo volví y ella, como es evidente, se quedó allí —asentí con la cabeza—. Por aquel entonces, no había tantos móviles como ahora y perdimos todo contacto.

—Robert, todavía no sé qué tiene que ver todo eso con Narel.

—Pensaba que eras un poco más paciente.

—No cuando se trata de ella.

—Déjame seguir —le dije que continuara con un gesto de cabeza—. Cuando conocí a Narel le pregunté de qué parte de España era y por qué tenía un nombre tan australiano. Me dijo de dónde era y el porqué de su nombre. Bien, todo ello me llevó a empezar a unir cabos. Empecé a tirar del hilo y descubrí que Narel era hija de la chica con la que estuve aquel verano, y si a eso le sumabas que las fechas coincidían y que su padre como ella me dijo, era un australiano, pues haz las cuentas.

—¿Qué me estás intentando decir? —No podía creer lo que me estaba contando, el mundo no podía ser tan pequeño.

—Nathan, Narel es mi hija, Demi me lo confirmó cuando fui donde el atentado.

—¿¡Narel es tu hija!? —Estaba tan asombrado que no me salían las palabras.

—Sí, es mi hija, no pretendo quitarle ese puesto a su padre, porque para ella Óscar es su padre y yo no soy nadie. —Eso de nadie lo dijo de una manera que me dio pena—. Yo no sabía que ella existía, si lo llego a saber hubiera hecho cualquier cosa para estar presente en su vida, jamás le hubiera dado de lado. —De eso estaba completamente seguro.

—Joder, Robert, no sé qué decirte. A ti siempre te hubiera gustado tener hijos y mira tú por dónde, ahora te has encontrado una con treinta y una años. —Le di una palmada en el hombro, porque no sabía si Narel lo iba a aceptar, pero estaba seguro de que él se sentía ahora mucho más completo.

—Y si Dios quiere, pronto tendré un nieto y a este sí lo veré crecer, como si Narel se vuelve a España, me voy detrás de ella.

—No digas eso, hombre, que me muero si se lleva a mi hijo lejos de mí.

—Lo he dicho por decir, esté contigo o no, sé que se va a quedar a vivir aquí, se lo había dicho ya a sus padres. Además, ellos se van a venir también. En cuanto ella salga de esta, empiezan a hacer la mudanza. —¿Tenía pensado venirse aquí? Eso sí que me asombró—. Vamos para dentro, no creo que tarden mucho en hacerle esa ecografía. Supongo que esta noticia te habrá pillado por sorpresa, igual que a todos.

—No lo sabes bien, pero para mí ha sido una de las mejores sorpresas que podía recibir en la vida. Ahora me tocará decirle a Lily que va a tener un hermanito. —Sé que no tendría que estar haciéndome tantas ilusiones con este bebé, pero no podía perder las esperanzas, porque eso era lo último que se perdía.

Llevaba unos diez minutos en la sala de espera después de haber hablado con Robert cuando salió una enfermera para decirme que podía pasar, que ya lo tenían todo preparado para hacerle la ecografía.

Cuando vi a Narel en esa camilla, el mundo se me desmoronó un poquito más, a simple vista solo se le veían unos cuantos morados y rasguños, pero el verla tan quieta, sin interactuar, me impactó mucho más, sabiendo cómo era ella de inquieta.

Le destaparon la barriga, le echaron un gel y empezaron a mover un ecógrafo por su abdomen.

—Veamos cómo está este pequeñín —dijo la doctora tocando unos botones para que se empezara a grabar la ecografía—. Por ahora se ve todo muy bien, por el tamaño, yo diría que está de unas siete semanas. —Mis ojos estaban fijos en ese monitor mientras que le tenía una mano cogida a Narel, aunque ella no estaba consciente, de algún modo quería transmitirle que no estaba sola—. Papi, ¿quieres oír el corazón de tu pequeño?

—Sí —dije muy emocionado, porque esta era la experiencia más bonita que estaba viviendo, lo que la hacía en parte triste era el estado de Narel—. ¿Has oído, nena? —le susurré al oído— Vamos a escuchar los latidos de nuestro bebé por primera vez, sé que estás ahí y aunque no te puedes mover o hablar, sé que nos estás oyendo. Te quiero, vida mía. —Me agaché para darle un beso en los labios.

En cuanto ese pequeño, pero continuo pum, pum, pum se escuchó, mi fachada de hombre sereno se desmoronó, con cada latido del corazón de mi hijo a mí se me escapaba una lágrima.

Jamás había oído un sonido más bonito que ese, sabía que se me iba a quedar grabado para siempre, en la memoria, pero también en el corazón.

—Pues yo diría que todo va como tiene que ir. Aquí no se ve nada fuera de lo normal, tiene el tamaño que debe tener para el tiempo del que está, su corazón suena fuerte y se mueve mucho. No me quiero aventurar porque nunca se sabe, pero yo diría que todo está bien y no hay nada por lo que temer, por lo menos por ahora.

Cuando la doctora me dijo que todo estaba bien, dejé escapar un suspiro que no sabía ni que estaba conteniendo.

Capítulo 35



Narel

Sentí una mano que se posaba sobre la mía, y aunque alguien me hablaba, las palabras se desvanecían en un murmullo confuso que no lograba entender. Quería decirle a esa persona que hablara más claro, pero había una especie de barrera que me impedía expresarlo. Además, mi cuerpo parecía estar atrapado en una especie de parálisis, lo que aumentaba mi sensación de vulnerabilidad. A medida que la confusión se apoderaba de mí.

No sabía qué era lo que me ocurría, solo recordaba estar en el hotel con el pijama puesto y a punto de meterme en la cama. Cuando escuché una fuerte explosión, el suelo tembló mucho y después de eso no recordaba nada más.

No sabía dónde me encontraba, de lo único que era consciente, era de que quería hablar y moverme y no podía hacer ninguna de las dos cosas. El corazón me empezó a ir un poco más rápido de lo normal, estaba segura de que era por el miedo que me estaba dominando.

Poco a poco las voces se fueron haciendo más claras, ahora podía distinguir a una mujer y a un hombre. La voz de ella no me resultaba familiar, pero la de él sí y mucho.

Sabía que algo me ocurría, ¿el qué? Ni idea. Y sentirse así era demasiado angustioso. Dejé de pensar en el momento que a mi oído empezó a llegar un cierto sonido, constante y muy fuerte. Sonaba como un golpeteo intenso y seguido que no perdía el ritmo en ningún momento. Ese pum, pum, pum, por muy acelerado que sonara, a mí me estaba haciendo que me relajara, eso y la mano que tenía sujetando la mía. Me daba fuerza y confianza, era como si esa persona me transmitiera algo a través de sus dedos enlazados a los míos.

Volvieron a susurrarme otra vez muy cerca del oído, ahora sí pude distinguir bien qué era lo que me decía y quién lo decía.

—¿Escuchas eso, nena? —Era la voz de Nathan, de eso no tenía ninguna duda—. Son los latidos de su corazón —«¿Qué corazón, el mío o el suyo?», pensé—. Nuestro bebé necesita que su madre despierte, para que siga luchando por él. —Hizo una pausa, parecía como si estuviera llorando—. Te necesitamos, nena, todo el mundo te necesita.

»Sé que estás en algún lugar por ahí dentro y que me estás escuchando, por eso te estoy pidiendo que te despiertes. Necesito ver tus ojos abiertos, porque me estoy muriendo de dolor con cada minuto que pasa sin que lo hagas. —Sentí cómo me daba un beso en los labios, fue muy sutil, pero lo sentí.

Cuando dijo que nuestro bebé me necesitaba, ahí fue cuando recordé que antes de irme a ese trabajo empecé a pensar que tal vez podía estar embarazada, pero no estaba segura y como no me había hecho ninguna prueba, no lo podía saber bien del todo.

Por lo que decía Nathan y la que suponía que era la doctora, sí que lo estaba. ¡Un hijo de Nathan! Quise gritar, pero seguía sin poder, me daba igual que no hubiera sido buscado, era mi pequeño milagro y por él estaba dispuesta a lo que fuera.

Apreté los dientes mentalmente, obligándome a intentar mover, aunque fuera solo un poco, la mano. «Vamos, Narel tú puedes, solo tienes que apretar un poco esa mano que te tiene bien agarrada», me animé.

Lo hice, fue algo tan leve que estaba segura de que la otra persona ni lo había notado, así que me obligué a hacerlo otra vez, esta vez tenía que hacerlo con un poco más de fuerza.

—¡Ha movido la mano! —Oí que dijo con la voz congestionada, Nathan—. Ha sido un pequeño movimiento, pero lo ha hecho. —La médica dijo algo, pero no lo escuché bien, porque estaba muy concentrada en mover algo más y oír la voz de Nathan. Quería que me siguiera hablando, que no parara, porque su voz junto con los latidos del corazón de mi hijo que había escuchado antes, me estaban dando fuerza.

»Vamos, nena, tú puedes, eres una campeona y no te rindes nunca ante nada ni nadie, hazlo por ti, por mí y por nuestro hijo. —Sentí otro beso, esta vez en la frente.

Empecé a mover los ojos detrás de los párpados y volví a mover la mano, logré que los dedos me hicieran caso, y ahora no solo estaba apretando su mano, sino también podía abrir y cerrarlos.

—Se está despertando, eso es muy bueno —le dijo a alguien—. Vamos, Narel abre esos ojos, sé que eres capaz, no te hagas más de rogar que aquí hay muchas personas que se preocupan por ti. —Me volví a dar fuerzas y empecé a abrir los ojos, me estaban respondiendo—. Eso es, campeona, vamos un poco más.

En cuanto los abrí del todo, los tuve que cerrar de nuevo con fuerza, porque encima de mi cabeza había una luz muy potente que me cegaba por completo.

—Apaga la luz y enciende la otra —le dijo a alguien—, le molesta esta claridad. Ahora puedes abrirlos, Narel, venga, inténtalo de nuevo. —Lo hice y no hubo luz que me molestara—. Eso es, poco a poco, no hay prisa, date tiempo.

Yo lo único que quería era ver a Nathan, lo demás me daba igual, no importaba lo que me hubiera pasado, ni dónde estuviera, no me importaba nada de nada, solo él. Empecé a buscarlo con la mirada y lo vi justo al otro lado. Entrelacé mi mirada con la suya y el mundo dejó de existir para mí.

—Nathan. —Me salió la voz más débil de lo que pretendía.

—Estoy aquí, nena, y no me pienso mover de tu lado, te amo. —No paraba de acariciarme la mano, se estaba intentando hacer el fuerte. Pude ver que había llorado, el color de ellos me lo decía todo.

—Te quiero. No me sueltes, por favor.

—En la vida te soltaré.

—Narel, ahora me tienes que prestar un poco de atención. Sé que él es mucho más guapo que yo, pero ya tendrás tiempo de mirarlo. —En mis labios se formó una sonrisa, fue sutil, pero ahí estaba—. Te voy a hacer algunas preguntas, tienes que intentar contestármelas todas. ¿Me estás entendiendo? —le dije que sí con la cabeza.

Me preguntó de todo relacionado con mi vida, por lo que había dicho, quería saber si mi cerebro había sufrido y aunque me parecieran cansinas y sin sentido, tenía que contestarlas. Cuando terminó con todas esas preguntas, me empezó a reconocer el cuerpo.

Yo lo único que quería era que me dejara tranquila para poder disfrutar del calor que la mano de Nathan me había estado transmitiendo. Lo quería tener junto a mí, lo necesitaba, con él junto a mí, lo demás dejaba de doler.

Con el paso de los minutos mi mente se fue despejando, fue entonces cuando recordé todo lo que había pasado. Pensándolo ahora un poco más en frío, agradecía que hubiera perdido la conciencia, porque estaba segura de que lo que se vivió allí debió de ser una auténtica pesadilla.

Personas muertas por todos los lados, la sangre tiñendo todo de rojo y los gritos, seguro que de esos hubo muchos. Me había jugado la vida, le había hecho pasar a mi familia por un calvario, el que no se merecía. Y todo por un trabajo que, pensándolo ahora con claridad, me quitaba mucho más de lo que me aportaba.

Porque la fotografía siempre la iba a poder tener, pero podía hacerla y disfrutar igual sin necesidad de ir a esos lugares donde solo había hambre, muerte, sufrimiento y un sinfín de cosas que no eran para nada agradables.

Me llevaron a una habitación privada, donde solo estaría yo como paciente. Lo agradecí, porque lo que menos me apetecía era compartir habitación con personas desconocidas. Cuando la puerta se cerró, dejó un silencio en la habitación en la que solo se escuchaba la respiración de Nathan y la mía.

—Narel, no has dicho nada del bebé, ¿no te hace ilusión? —Me dio la impresión de que tenía un poco de miedo a la respuesta. Alargué la mano para cogerle la suya.

—¿Cómo no me va a hacer ilusión? Es algo que hemos creado los dos con mucho amor. —Por primera vez desde que me había despertado, estaba dejando que se me escaparan algunas lágrimas—. Únicamente estaba asimilando la noticia.

—Sé que no es el mejor momento, pero te pido por favor, que no vuelvas a ir a esos países. —Se notaba que estaba hablando con un nudo en la garganta—. He pasado mucho miedo hasta que te he visto y, aun así, lo he seguido pasando hasta que has abierto los ojos. Por favor, tienes que mirar por tu seguridad y ahora también por la de este pequeñín. —Me puso una mano sobre la barriga, moviéndola sobre ella, para ir dejando un rastro de caricias.

—Lo iba a dejar, Nathan, este iba a ser mi último trabajo de ese tipo. Te prometo que ya lo tenía decidido, porque en el fondo de mi corazón tenía envidia de mis hermanas y de mis padres. Yo también quiero vivir algo como lo que ellos tienen y lo quería hacer junto a ti —le estaba hablando desde lo más profundo de mi corazón y con toda la verdad—. Mi intención era hacer el trabajo y regresar aquí e intentar hacer que me perdonaras, eso si todavía estabas dispuesto a estar conmigo.

—Yo voy a estar siempre contigo, nena, porque si no estás, no estoy completo. Eres la mujer de mi vida y por ti soy capaz de hacer cualquier cosa, lo que sea, no me importa nada. —¿Cómo podía tener tan buen corazón? Nathan era un hombre, de esos que cuidan a las personas que ama por encima de cualquier cosa.

»Quiero que sepas que te amo por encima de todo, pero cuando estés un poco mejor, tenemos que hablar de un tema que es muy importante para mí, aunque sé que con el corazón que tienes me vas a apoyar en todo.

—Estoy bien, Nathan, y cuanto antes me lo cuentes, antes podemos seguir hacia delante.

—En la última intervención que hice en un hospital, rescaté a una niña de cinco años, Lily, así se llama. Me enamoré de ella en cuanto la vi, y cuando supe que no tenía a nadie en esta vida, lo moví todo para adoptarla. Y finalmente lo logré, ya es mi hija. Ahora no puedo dejarla fuera. —Le acaricié la mejilla; con cada gesto demostraba más el gran corazón que tenía. No podía haberme enamorado de alguien mejor que él en esta vida.

—Si tú y ella me aceptáis, yo también quiero formar parte de su vida, y el día que ella quiera estaré muy orgullosa de ser su madre, porque para mí será mi hija. Ella será nuestra hija, igual que el pequeño que está creciendo dentro de mí.

—Gracias, no sabes lo importante que es para mí que la aceptes de esta manera. —Me incorporé, protestó mucho cuando me vio hacerlo, pero tenía que abrazarlo y tendida en la cama, no podía hacerlo como yo quería.

—Que te amo, lo sabes, o creo que lo sabes, ahora solo espero que logres perdonarme, por haber sido tan obstinada y no haber visto antes todo lo que me dabas.

—No tengo nada que perdonar, cometimos un error los dos. Los seres humanos, por desgracia, cometemos muchos, en cada uno de nosotros está saber afrontarlos y enmendarlos.

Capítulo 36



Hugh

Todos me veían como el despreocupado del grupo, al que solo le interesaban las bromas y el cachondeo. Nada más lejos de la verdad, aunque sabía que mis verdaderos amigos sabían ver cómo era en realidad, nunca les había explicado él porqué era así mi forma de comportarme.

Desde pequeño había sido un niño más alto de lo normal para mi edad, si a eso le añadimos que estaba pasado de peso, con gafas y ortodoncia, mi experiencia en el instituto fue todo menos fácil.

En esa etapa de la vida, donde las hormonas juegan un papel crucial, los chicos pueden ser increíblemente crueles, y yo no fui la excepción. Con cada día que pasaba, se me iban quitando las ganas de vivir, y cada vez me estaba volviendo más introvertido.

Las noches se convirtieron en un tormento, ya que al acostarme, la idea de tener que enfrentar el instituto al día siguiente me llenaba de angustia. A pesar de que mis gritos de ayuda eran silenciosos, nadie pareció notar mi sufrimiento ni ofrecerme una mano.

Uno de los problemas de eso era que a medida que mi autoestima se desplomaba, mi tristeza crecía y, en un intento de encontrar consuelo, recurría a la comida, lo que solo aumentaba mi peso y me atrapaba en un espiral del que parecía no haber salida.

A los catorce años, llegué a un punto crítico en mi vida; ya no podía soportar más la situación que me rodeaba. Recuerdo claramente aquella noche en la que decidí salir de casa con la determinación de no volver jamás, ni a mi hogar, ni a ningún otro lugar, porque en mi mente, esa noche sería el final de mi existencia.

No entraré en detalles sobre cómo planeaba acabar con mi vida, ya que creo que el mundo ya tiene suficientes problemas sin necesidad de añadir algo tan oscuro y perturbador.

Sin embargo, parece que el destino, por un breve momento, decidió estar de mi lado; hoy lo veo de esa manera, aunque en aquel entonces sentía que incluso el destino se había confabulado en mi contra.

No sé de dónde salió ese hombre, solo sé que se sentó junto a mí, callado, esperando a que yo dijera algo, aunque fuera para insultarlo. No recuerdo bien el tiempo que estuvimos en silencio, si fue una hora, dos o tal vez tres. Lo único que recuerdo con claridad es que, cuando finalmente decidí que era hora de irme y me levanté, él tomó mi mano con firmeza, impidiéndome alejarme y manteniéndome a su lado.

—La vida no consiste en lo que digan algunos, la vida trata de lo que tú quieras que sea. Si no te gusta algo, cámbialo, pero no dejes que las palabras de personas que no saben lo que es amar, te hagan sentir de menos. Porque como tú no hay nadie, solo tienes que saber sacar eso tan bueno que llevas dentro y dejar que lo vean, no por ellos, hazlo por ti.

—Usted no sabe en la pesadilla que vivo constantemente.

—Pues cámbiala, no escuches, no oigas nada que no sea lo que tú quieres para ser feliz. Solo te pido que pienses en esa persona que está en algún sitio del mundo predestinada para ti: no permitas que no sea feliz por haberte perdido incluso antes de conocerte. No la prives de conocerte.

»Tal vez todavía no haya nacido, pero lo hará. —Me eché a llorar como nunca lo había hecho, dejé que ese hombre que no conocía de nada me acogiera en sus brazos, dejé que me arropara como llevaba tiempo necesitándolo.

»Sé que eres un buen muchacho, no me hace falta que me lo diga nadie, solo con mirarte a los ojos puedo verlo. No prives al mundo de alguien como tú, porque estoy muy seguro de que muchas personas te van a necesitar el día de mañana.

—No puedo cambiar algo que no depende de mí —le respondí.

—¿Cómo que no? Por desgracia, muchas cosas que pasan en el mundo no dependen de nosotros, pero lo que te está ocurriendo a ti sí que puedes cambiarlo. ¿No te gusta algo? Pues pon todo de tu parte para que no sea así. —Seguíamos los dos sentados en el suelo, uno al lado del otro.

»Puedo imaginar por qué se meten contigo, pero déjame decirte que tu esencia no está en tu físico, tu esencia está en tu interior, y esa solo la conoces tú. ¿Qué tiene de malo que estés gordito? ¿No te gusta? Ponte a dieta e intenta llegar al punto de sentirte bien contigo mismo.

»La ortodoncia dentro de poco no la tendrás y estoy seguro de que, una vez te la quiten, tendrás la sonrisa más bonita que todos esos que ahora se burlan de ti. ¿Las gafas? Te pones lentillas y trabaja para ganar dinero, y cuando tengas la edad te operas, pero no dejes que puedan contigo.

Ese hombre misterioso resultó ser Henry, que por su trabajo muchas veces salía a caminar, porque había visto cosas tan malas que la mayoría de las noches le impedían conciliar el sueño. Eso lo supe con el tiempo.

Henry me ayudó mucho más de lo que él se podía imaginar. A partir de esa noche, empezamos a mantener el contacto. Después me presentó a su hijo y Nathan se convirtió en un hermano para mí. Entre los dos y sin que yo me diera cuenta, empezaron a meterme el deporte por los ojos. Poco a poco mi cuerpo fue cambiando y aunque seguían burlándose de mí en el instituto, yo dejé de escucharlos.

Que estuve a punto de quitarme la vida, Henry nunca se lo había contado a nadie, me dijo que eso era algo de los dos y que nadie tenía por qué saberlo. Como dije al principio, todo eso me hizo cambiar con el paso de los años y la mayoría de las veces en las que me lo tomaba a risa era porque lo necesitaba para evadirme de los malos recuerdos y del dolor.

Y hoy era quien era gracias a ese hombre, a su hijo y con el tiempo a Arlo, para mí pasaron a ser mi padre, y mis hermanos, por ellos hoy en día era capaz de dar mi vida sin dudar ni un segundo.

Y ahora le tenía que dar las gracias a Nathan también, porque gracias a él había conocido a Narel, lo que hizo que gracias a ella conociera a la mujer de mi vida, porque Alaia era la mujer de mi vida.

Ahora mismo estábamos de celebración en la sala de espera, porque la médica había salido para decirnos que el bebé que estaban esperando Narel y Nathan estaba bien, que estaba creciendo, sano y fuerte. También nos dijo que Narel se había despertado y que no parecía ser que tuviera alguna secuela. Nos dijo que, por la hora que era y dado que la paciente necesitaba descansar, lo mejor que podíamos hacer era venir a visitarla mañana.

—Se terminó todo, cariño, ya solo falta que se recupere un poco y dentro de nada estará en casa con nosotros. —La abracé a mí con todas mis fuerzas, se veía tan pequeña entre mis brazos, que hacía que el corazón se me enterneciera más.

—Hugh, están bien, los dos están bien. —No paraba de llorar, pero me sentía feliz, porque por lo menos ahora eran lágrimas de felicidad y no como las de estos días que habían pasado.

Nos quedamos un rato más hablando de lo felices que nos hacía que se estuviera recuperando. Lo mejor que por ahora podíamos hacer era irnos a la casa y descansar. Nathan salió un momento fuera para contarnos que ella se veía bien, que se acordaba de todo y que ya sabía lo del bebé. Que se iba a quedar con ella, no pensaba dejarla sola en ningún momento.

Los padres de Alaia se iban a quedar en casa de Henry, así que cada uno nos fuimos a nuestras casas. Ahora mismo no podía ser más feliz, mi cuñada se iba a recuperar y mi sobrino iba a seguir con nosotros.

Desde que Narel volvió a España, Alaia se había venido a vivir conmigo y desde entonces mi vida había empezado a tener mucho más sentido.

—Cariño, muchas gracias por todo, no sé qué habría hecho en estos momentos si no hubieras estado a mi lado. —Íbamos en el coche, le cogí la mano entrelazando nuestros dedos y las puse encima de mi pierna mientras seguía conduciendo.

—Estoy seguro de que tú hubieras hecho lo mismo por mí. Te quiero y en eso consiste parte del amor, en estar al lado de tu pareja, en las buenas y las malas.

Esa noche, cuando ya estábamos acostados y la tenía abrazada a mí, fue cuando más significado tomaron las palabras que tantos años hacía que Henry me había dicho: por fin tenía junto a mí a la persona que el destino me tenía predestinada.

Así lo sentía mi corazón y así sería para siempre, porque cuando el corazón manda todo lo demás deja de importar. Y si mi propósito en esta vida era llegar hasta la vida de Alaia para hacer de ella una en la que fuera feliz, eso precisamente es lo que iba a hacer yo.

Capítulo 37



Nathan

Hacía una semana que a Narel le habían dado el alta y desde entonces estábamos en mi casa. Al final, entre una cosa y otra, no había comprado la vivienda de los vecinos de mi padre; de todos modos, ahora, pensándolo mejor, creo que esta era más adecuada para que viviéramos. Lo que sí hice fue decírselo a mis suegros, por si querían adquirirla con lo que obtuvieran por la venta de su propiedad en España.

Como se estaban quedando con mi padre —porque se habían negado a vivir con alguna de sus hijas, ya que decían que éramos parejas jóvenes y que debíamos disfrutar sin que nadie nos interrumpiera. Pues eso, como se quedaban con mi padre, él se encargó de hablar con los propietarios y reservar la casa.

Hoy iban a venir sus padres y Robert a casa para hablar con ella. Confiaba en que eso evitara que descargara su enfado con su padre biológico, porque, sinceramente, ese hombre era demasiado noble y no merecía cargar con ello.

Así que, entre hoy y mañana, íbamos a vivir momentos intensos, porque mañana, por fin, podía venirse a casa para siempre mi princesa. Tanto Narel como yo estábamos ilusionadísimos con la noticia, y las horas se hacían eternas. Luego estaba el pequeño inconveniente de nuestras discusiones, que no eran por otra cosa que por mi afán de que ella estuviera bien. Para que me entendáis: la trataba como si fuera de cristal, como si pudiera romperse en cualquier momento. Y ahí surgía el conflicto, porque ella insistía en que se sentía perfectamente y no quería pasarse el día tumbada en la cama o el sofá sin hacer nada.

Me estaba duchando después de salir temprano a correr por la playa con Maui. Había dejado a Narel dormida y, cuando entré en la ducha, seguía igual. Así que supuse que tenía tiempo para ducharme antes de que se despertara y pudiéramos preparar juntos el desayuno.

Qué gusto era sentir el agua deslizarse por mi cuerpo. Tenía la frente apoyada en la pared de la ducha, sosteniendo mi cuerpo con las manos también apoyadas allí. Estaba tan relajado que no escuché nada, solo me di cuenta de que no estaba solo cuando Narel entró en la ducha y me abrazó desde atrás, dejando un beso en el centro de mi espalda.

—Nena, es temprano. —«Y no quiero tenerte desnuda junto a mí», pensé, porque llevaba mucho tiempo sin estar con ella y me costaba la misma vida mantener las distancias; coño, que no era de piedra.

—Lo sé, pero te echaba de menos. —Sonreí sin poder evitarlo.

—Si no he estado fuera más de media hora. —Giré la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—También lo sé, pero te necesito. —Una de sus manos, apoyada en mi abdomen, comenzó a descender, y si no la detenía en ese instante, iba a cometer una locura. Así que tomé su mano y la detuve.

—Nena, no podemos, aún es muy reciente todo lo que te ha pasado. —Aunque trataba de negarme, mi pene iba por su cuenta porque el cabrón se había puesto en pie de guerra.

—Claro que podemos. Tú lo deseas y yo también. Y si no quieres que el niño nazca con la frase «falta de sexo» tatuada en la frente, más te vale que me lo des. —Reí a carcajadas al oírla; esta mujer no tenía remedio. Logró liberar su mano y bajarla hasta mi pene erecto.

En cuanto sentí su tacto sobre él, se me escapó un jadeo. Dios, esta mujer me iba a matar. Como siguiera tocándome, y con el tiempo que llevaba sin sexo, no iba a durar nada.

—Narel, podría pasarte algo. No creo que sea lo adecuado.

—Escúchame bien, porque solo te lo diré una vez. —Subió y bajó la mano sobre mi miembro con más fuerza—. A ti sí que puede pasarte algo si no me follas. Sí, has oído bien, quiero que me folles, no que me hagas el amor. Porque tengo tantas ganas que lo necesito como tú sabes dármelo: con fuerza. —Pasó el pulgar por la hendidura del glande.

—Nena, no me hagas esto, que también tengo ganas y estoy al límite.

—Eso es lo que quiero, que llegues a ese punto y te dejes llevar. —Me giré entre sus brazos, por lo que soltó el pene unos segundos—. Te juro que estoy bien, no me va a pasar nada. Nathan, te necesito, por favor. —¿Y quién podía negarle esa petición? Desde luego, yo no podía hacerlo.

La sujeté por las mejillas y bebí de su boca como si llevara años sin hacerlo. Introduje mi lengua para buscar la suya. La besaba con fuerza, con hambre, como si quisiera absorberla por completo, acercarla tanto a mí que pareciera que éramos uno solo.

La giré para apoyarla contra la pared de la ducha. Con una mano tomé las suyas, alzándolas sobre su cabeza, mientras con la otra recorría su cuerpo entero. Primero fueron sus pechos, esos pechos coronados por pezones pequeños, pero bien erguidos, de un color rosado que se me hacía la boca agua.

—Si algo te molesta o te sientes mal, dímelo al instante, ¿vale? —le dije con la frente apoyada en la suya.

—Te lo prometo —respondió jadeando.

Cuando me lo aseguró, empecé a besarla por la mandíbula, alternando besos y mordiscos. De ahí pasé a la clavícula y seguí bajando hasta tomar uno de sus pezones en la boca.

Lo mordí, chupé y lamí sin parar. Cuando ese estuvo lo bastante duro, pasé al otro para hacer lo mismo. Sus gemidos aumentaban y aún no había tocado su vagina. Me moría por pasar la lengua entre esos pliegues húmedos.

La tomé en brazos para que pusiera las piernas sobre mis hombros. Seguía con la espalda pegada a la ducha y su entrepierna justo frente a mi cara.

—Nena, te voy a devorar tanto que vas a quedarte sin voz gritando mi nombre. —Ella apoyó las manos en mi cabeza para estabilizarse—. Saqué la lengua y la pasé por sus pliegues, recogiendo toda la esencia que escapaba por la excitación que recorría su cuerpo—. Eso es, nena, lo que tú sientes es lo mismo que me provocas a mí.

Introduje la lengua y fui directo a ese nudo de nervios que, al tocarlo, la volvía loca. Jugué con él todo lo que quise. No le di tregua. La hice alcanzar dos orgasmos solo con la lengua. Absorbí toda su esencia. Cuando estuve satisfecho y la dejé a ella, la bajé lentamente de mis hombros hasta que su vagina quedó a la altura de mi pene. Cuando la tuve donde quería, la penetré de una sola embestida.

—Nathan… ah. —Jadeó.

—Joder, nena, no sabes cuánto echaba de menos estar dentro de ti —gruñí, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. El placer me recorrió como una descarga—. Esto es el puto paraíso.

—Me encanta cuando hablas sucio, me excita más —gimió.

—¿Estás preparada? No voy a ser delicado —asintió con la cabeza.

Empecé a entrar y salir de ella con embestidas profundas y fuertes. Dios, a este ritmo no iba a durar mucho. Narel era perfecta para mí, me envolvía tan bien entre sus paredes que, en ese instante, podía morir y sería el hombre más feliz del mundo.

La bajé, la tomé por el rostro, la besé con intensidad, con la misma que ella me devolvió. No era solo un beso: era devorarnos mutuamente, con un deseo tan salvaje que nos consumía.

—Apoya las manos en la pared, y si en esta postura es demasiado, dímelo. —La giré, tiré de sus caderas hacia atrás, la sujeté con una mano por la cintura y con la otra por el cabello. Le di un toque en el tobillo para que abriera más las piernas.

Alineé mi pene, duro como una piedra, con su entrada, y la embestí tan profundo como pude. Ambos soltamos un grito.

—¡Joder! —grité.

—¡Dios! —exclamó ella.

En esa posición la follé como me pidió, como yo deseaba. Sentía que estaba a punto de correrse: me apretaba con fuerza, y eso hacía que también estuviera a punto.

—Cariño… estoy… a punto… no paressss. —Alargó la ese justo al alcanzar el clímax. Habría sido una locura detenerme.

Seguí penetrándola con la misma fuerza, sin disminuir el ritmo. Quería llegar hasta donde ella había llegado. Lo sentía cerca, el placer comenzaba a formarse en la columna, bajaba al vientre y de ahí a los testículos. Aceleré un poco más, y cinco o seis embestidas después, llegué al clímax.

Me faltaba el aire, no podía moverme. Apoyé la frente en su espalda hasta recuperarme un poco.

Salí de su interior y la giré para abrazarla y besarla. Esta vez, sí le di un beso suave.

—¿Estás bien?

—Estoy mejor que bien. —Sonrió, y por esa sonrisa era capaz de hacer cualquier cosa por ella—. Ha sido fantástico. No vuelvas a reprimirte, porque si lo haces, nos privas a los dos de esto.

La saqué de la ducha y la ayudé a secarse con todo el amor que podía mostrarle, porque eso pensaba hacer el resto de mi vida: demostrarle en cada momento cuánto significaba para mí y cuánto la amaba.

—Vamos a vestirnos y desayunar antes de que lleguen tus padres. —Con un último beso en su frente, nos fuimos hacia la habitación.

Capítulo 38



Narel

—¿Y Robert viene por algo en concreto? —Estábamos terminando de recoger todo tras haber acabado de desayunar—. A ver, que ha sonado un poco mal, quiero decir que a mí me cae genial y estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí, pero no sé si viene por algo más que haya ocurrido allí y deba saber.

—No sé, solo me dijo que iba a venir con tus padres. —Estaba fregando las tazas que habíamos usado—. Supongo que querrá comentarnos algo.

—Sí, será algo de eso. —No le di más importancia.

Me fui a recoger las toallas del baño que habíamos empleado para ponerlas a lavar junto con otras dos que había de ayer. Lo hice como por inercia, porque mi mente estaba dándole vueltas a la suerte que había tenido de haberme salvado.

Otros muchos compañeros de profesión no habían tenido esa fortuna. Por desgracia habían muerto y con ellos se habían ido sus sueños o los sueños de sus seres queridos.

A todos los que habían perdido la vida allí y que yo conocía, en cuanto salí del hospital, les mandé un mensaje a sus familiares dándoles mi pésame y acompañándolos en su duelo.

Todos los que íbamos a esos lugares sabíamos de sobra a lo que nos enfrentábamos, pero no por ello dejábamos de sentir más miedo que cualquiera. La diferencia era que nosotros lo afrontábamos de distinta manera, o tal vez es que pesaban más los sueños de dedicarnos a lo que nos apasionaba de verdad.

El caso era que yo estaba aquí y que después de esta había recibido mi buena dosis de valentía y no pensaba arriesgarme otra vez, aunque eso lo tenía decidido antes de ir allí.

Por supuesto que no iba a dejar de hacer fotos, porque me encantaba, era parte de mi esencia, pero haría de otro tipo, uno en el que mi vida no corriera peligro. Ahora había formado a mi propia familia o estaba en el proceso de formarla, por lo que mis prioridades habían cambiado por completo.

Mañana llegaría mi niña y si Dios quería y no pasaba nada, dentro de poco más de siete meses llegaría mi príncipe. Si os preguntáis por qué me refería al bebé como niño, la respuesta es simple, me había acostumbrado a que todo el mundo lo hiciera y ahora no lo podía evitar.

Al salir del baño de la habitación, vi la cola y las patas traseras de Maui sobresalir por debajo de nuestra cama. Este estaba haciendo algo y ese algo no era nada bueno, de eso estaba completamente segura.

—Maui, ¿se puede saber qué haces ahí? —El muy sinvergüenza no me hacía caso, solo se dedicó a mover esa cola peluda que tenía, vamos, que parecía un plumero—. No te hagas el loco, sé que me has oído, además te ha delatado el rabo.

Vamos, que me hacía el mismo caso que un retrato colgado en una pared.

—¿Tengo que llamar a Nathan? —Soltó un pequeño gruñido de protesta, pero tampoco salió de su improvisado escondite.

Viendo que estaba pudiendo conmigo, decidí agacharme y ver qué era eso que lo tenía tan entretenido. Lo que fuera que tuviera lo sostenía entre sus patas delanteras, mientras él no paraba de darle lametazos.

Me levanté para ir en busca de Nathan a ver si él podía sacarlo de ahí, porque el hijo de su madre era grande de cojones y yo no podía con él.

—Cariño, Maui está debajo de nuestra cama con algo y no tengo manera de hacerlo salir.

—Pues si contigo no sale, que eres a quien más caso le hace, poco voy a poder hacer yo. —Al entrar en la cocina, vi que el pollo que había dejado en la encimera no estaba, a lo mejor lo había guardado Nathan en la nevera, al abrirla tampoco estaba allí y ahora sí que empecé a temer lo peor.

—Nathan, el pollo no está. —Este se me quedó mirando con los ojos de par en par antes de echar a correr hacia la habitación.

Sí, efectivamente, Maui se estaba dando un auténtico festín, por eso no me hacía caso, porque entre el pollo y yo, siempre ganaría el pollo, aunque lograra quitarle la mayor parte, ese pollo no lo salvaba ni Dios.

—¡Maui, sal de ahí ahora mismo! —gruñó el animal, no Nathan, que mi hombre podía ser muy cavernícola, pero solo en momentos puntuales e íntimos como los que habíamos tenido antes en la ducha.

Me hizo tanta gracia ver cómo Nathan se agachaba e intentaba sacar a Maui de allí, que no pude evitar reír a carcajadas, de verdad, que un dingo pudiera más que un tío que medía cerca de dos metros, no era para menos.

Al final lo cogió por encima de los muslos y empezó a tirar de él. Le costó un trabajo enorme, porque el capullo no se dejaba coger bien. Cuando lo sacó, llevaba el pollo en la boca, bueno, más bien lo que quedaba de pollo, porque había desaparecido la mitad.

—Dame eso ahora mismo, y que sepas que estoy muy cabreado. —Maui estaba sentado sobre sus patas traseras y con el pollo en la boca.

El muy descarado movió la cabeza de un lado a otro y en cuanto pilló la oportunidad, salió disparado de la habitación. Vamos, corrió tanto que lo hizo en un visto y no visto.

—¡Maui! —gritó mi chico— ¡Ven ahora mismo! —Sí, sí, eso no se lo creía ni él.

—Cariño, sabes que para él no hay nada comparable al pollo. Déjalo, hasta que no se lo coma, no va a parar.

—Es que si lo dejamos, va a hacerlo más veces. —Os juro que intentaba no reírme, pero es que me resultaba imposible—. Con castigarlo y no darle pollo durante una semana, creo que aprenderá para la próxima. Anda, no te enfades. Él se ha comido el pollo y nosotros comeremos hoy pasta, porque en la nevera no hay nada más hasta que vayamos a hacer la compra.

—Mierda, nena, se me pasó ayer hacerla y mañana viene la niña. —Creo que el pobre llevaba encima muchas más cosas de las que podía llevar una persona normal.

—Mira, hacemos una cosa, podemos llamar a mis padres para que vengan mañana o, mientras que ellos están aquí puedes ir a hacerla tú.

—No, ninguna de las dos. Lo que sí vamos a hacer es una lista y mandársela a Arlo o Hugh y que ellos nos hagan la compra —negué riendo, este hombre buscaba soluciones rápido.

Le mandamos la lista al final a mi hermana Kora, protestó un poco cuando se la mandé, pero nada que no fuera lo normal en ella.

A media mañana llegaron mis padres y lo hicieron al mismo tiempo que Robert, es como si hubieran venido juntos.

—Mi niña, ¿cómo te encuentras hoy? —Sé que lo había pasado mal, pero ya tenía que saber que yo estaba bastante bien.

—Mamá, de verdad que estoy bien, te lo prometo.

—Hija, yo no soy como tu madre, yo te veo hoy con un brillo especial, no sé, estás resplandeciente. —Mi padre parecía que tenía un sexto sentido para muchas cosas, él y yo sabíamos muy bien a qué se estaba refiriendo. Le guiñé un ojo.

—Me alegro mucho de verte así de bien, Narel —me saludó Robert con un abrazo y un beso.

—Muchas gracias, Robert, yo también me alegro de verte.

Nathan sacó una bandeja con bebidas frescas y algo de picoteo. Mis padres se sentaron a mi lado, Nathan en una silla frente a mí y Robert en otra. Por las caras que habían puesto esto, estaba tomando un camino que no me estaba gustando nada.

—Narel, sabes por qué te puse ese nombre, ¿verdad? —asentí— Nunca te dije cuál era el nombre de tu padre, no porque le tuviera rencor ni nada parecido. No lo hice porque cuando eras pequeña y empezaste a llamar a Óscar, papá, no te quise confundir y después, con el paso de los años, no quise remover todo eso para no hacerte daño.

—Es que mi padre es Óscar. —Le di la mano y él me dio un apretón.

—Lo es y siempre lo será, pero también tienes a un padre que, cuando se ha enterado de que existías, ha removido cielo y tierra para que volvieras con nosotros. —No podía querer decir lo que estaba entendiendo.

—¿Me estás diciendo que Robert es mi padre biológico? —asintió. Ahora entendía muchas cosas y preguntas que me había hecho Robert antes de regresar a España.

—Él no sabía que existías, de hecho, si lo hubiera sabido, no te habría dejado de lado, siempre ha querido ser padre. Hija, te quiere y no quiero que le tengas rencor por algo de lo que él no ha tenido culpa.

—¿Hubieras estado a mi lado? —le pregunté directamente a él.

—Hubiera dado la mitad de mi vida por haberte visto crecer hasta convertirte en la mujer tan maravillosa que eres, y la otra mitad de mi vida la hubiera dado por hacerte feliz. —Estaba emocionado y yo también lo hice al escucharlo.

Tenía edad suficiente para comprender las cosas y si una persona no sabe nada, no puede hacer nada.

Me explicaron que cuando él fue a buscarme al lugar del atentado, todavía no estaba seguro de que era mi padre, pero que mi madre, en cuanto lo vio, se lo confirmó. Desde ese momento había estado a mi lado y no se había querido separar de la cama en la que estaba postrada.

—Sabes que para mí, Óscar es mi padre y siempre lo será. —Jamás iba a dejar de llamar papá al hombre que me había criado.

—Lo sé y le estoy agradecido por lo bien que te ha cuidado, nunca te pediría que dejaras de llamarlo así. No tengo derecho a hacerlo, él es tu verdadero padre. —Se le escaparon unas lágrimas que llevaba tiempo conteniendo.

—Pero tú también eres mi padre y a partir de ahora siempre será así. —Se derrumbó por completo y yo con él, pero era de la emoción —. No llores, papá. —Era la primera vez que alguien le decía por ese nombre y yo me sentía afortunada de poder decírselo.

—Hija —dijo llorando—, gracias por no rechazarme.

—Nunca lo haría, no cuando no has tenido culpa de nada. —Nos abrazamos con mucho sentimiento—. ¿Quién te iba a decir que ibas a ser padre y abuelo casi al mismo tiempo? —Todos rieron por mi comentario.

—Ni en el mejor de mis sueños lo habría imaginado, a ti no te he podido ver crecer, pero con mi nieto no pienso perderme nada de su vida.

—Estoy segura de que serás una figura demasiado importante para la vida de mi hijo.

La vida está llena de sorpresas, ¿no creéis? En los momentos más inesperados y cuando más lo necesitamos, aparecen en nuestro camino personas increíbles, dispuestas a hacer lo que sea por nosotros. Eso fue exactamente lo que me sucedió con él; tenía la certeza de que el tiempo que compartiéramos sería especial y lleno de momentos para disfrutar juntos.

Porque ahora que había entrado en mi vida, no pensaba dejar que saliera de ella.

Como Kora fue a hacernos la compra, le pedimos que comprara algunas cosas de más para hacer una barbacoa y celebrar con todos esta noticia, así que llamamos a mi otra hermana y a Henry.

Lo que comenzó como un día juntos se transformó en una noche llena de risas y buena compañía. Al día siguiente, planeamos repetir la celebración, porque la llegada de Lily merecía ser un evento memorable, donde pudiera conocer a toda la familia y darse cuenta de que nunca más estaría sola.

Capítulo 39



Nathan

Lily no podía ni imaginar lo hermosa que había quedado la habitación que le habíamos preparado con tanto cariño. La estancia era amplia y luminosa, lo que nos permitió colocar una cama más grande, adornada con un dosel. Todos los muebles eran blancos, creando una atmósfera de serenidad, mientras que las paredes, en su mayoría blancas, contrastaban con una de ellas pintada en un suave tono rosa pastel, un color que ella había mencionado que le encantaba. Cada detalle había sido pensado para que se sintiera cómoda y feliz en su nuevo espacio.

Para darle un toque de vida, le habíamos puesto las cortinas y la colcha de la cama del mismo tono que la pared, que era distinta a las demás. Cada elemento de la decoración había sido cuidadosamente seleccionado, siguiendo las descripciones que me había compartido sobre cómo imaginaba su habitación ideal.

—¿Crees que le gustará? —me preguntó Narel con un poco de temor.

—Sí, creo que hemos sabido reflejar cómo sería la habitación de sus sueños. —La abracé por los hombros, aunque yo había hablado con Lily y le había contado quién era Narel en mi vida y que estábamos esperando a un hermanito. Lo comprendió todo y le hizo mucha ilusión conocerla, ya deseaba formar parte de la vida de su hermano.

Cuando me preguntó por qué Narel no había ido nunca a visitarla, le tuve que decir que estaba fuera por trabajo y que después había tenido un accidente, tuve que contarle una verdad a medias.

No teníamos que ir a recogerla, los de protección de menores decían que era mucho mejor para ella que ellos nos la trajeran a casa, que así el proceso sería menos traumático.

Sinceramente, yo pensaba que ella estaba más preparada para esto de lo que ellos creían. Sabía que Lily se moría de ganas por estar en casa rodeada de su abuelo, sus tíos y ahora de su futura madre y hermano.

El resto de la familia llegaría después para celebrarlo, pero primero queríamos que ella conociera a Narel, que se adaptara a la casa y que lo viera todo con calma.

—Tengo ganas de que esté aquí. —Apoyó su cabeza en mi brazo.

—Yo también, es una niña muy dulce, con una inteligencia admirable para la edad que tiene.

—Antes de que en la casa haya alguien más, te quiero dar las gracias por todo lo que me has dado. Sin ti nada de esto sería posible. Gracias por quererme de la manera tan hermosa en la que lo haces, gracias por darme tanto y gracias por estar junto a mí. —Las gracias se las tenía que dar yo a ella.

Había tenido más parejas, sobre todo había estado muchos años con Evi, la había querido mucho, no lo voy a negar y hoy en día la seguía apreciando, pero como amaba a Narel jamás en mi vida lo había hecho.

Si me ponía a pensarlo, me parecía increíble que en tan poco tiempo mi vida hubiera cambiado tanto. Lo mejor la sensación de plenitud que sentía dentro de mi cuerpo. Estábamos creando nuestra propia familia y estaba segura de que sería una en la que el amor estaría siempre presente, en cada gesto y lugar, porque donde hay amor de verdad se percibe.

—Las gracias te las tengo que dar yo, para mí eres lo más bonito que me ha pasado en la vida. Has entrado en mi camino para quedarte en él y hacerme un hombre completo y feliz. —Me rodeó la cintura pegando su cabeza en mi pecho, yo la abracé por los hombros y nos quedamos el uno junto al otro en silencio, un rato.

Muchas veces no se necesitan palabras para llenar vacíos, porque cuando estás a gusto esos vacíos no existen y, por lo tanto, no se necesita decir nada para saber que estamos presentes. Un beso, un abrazo o una mirada pueden decir mil cosas, solo necesitas estar conectado a esa persona para saber leerlas y eso es lo que nos pasaba a Narel y a mí.

—Ya están —dijo cuando escuchamos llegar un coche a la entrada.

—¿Lista para empezar tu papel como madre? —Sé que no tenía derecho a ponerla en esta situación y hacerla madre de una niña que yo quería y que había tomado la decisión de adoptarla sin preguntar a nadie, pero sabía que ella me acompañaría en esta decisión y que lo haría encantada—. Te estoy haciendo madre antes de tiempo y no debería de ser así. —Le cogí la mano entrelazando nuestros dedos.

—Eh, mírame. —Me puso la mano en un lado de la cara—. Soy feliz de ser madre junto a ti y estoy segura de que en cuanto vea a esa niña me voy a enamorar de ella y la voy a querer tanto o más que al pequeñín que estamos esperando. —Me cogió una de las manos y la llevó a su vientre.

»Porque este que está aquí es nuestro y lo hemos hecho con mucho amor, pero esa que dentro de unos segundos va a entrar por la puerta, también es nuestra y puede que no la hayamos creado, pero es nuestra hija. —¿Cómo podía tener tanta suerte de haber encontrado a esta mujer tan maravillosa?

—Te amo, jamás dudé de eso, por mucho que nos pase, mi amor por ti siempre estará presente.

—Yo también te amo del mismo modo. —Se alzó en las puntas de sus pies y me dio un beso—. Y ahora vamos a por nuestra niña —susurró sobre mis labios.

Cogidos de la mano, fuimos hacia la puerta, bajamos un escalón que tenía el porche y esperamos a que bajaran del coche a Lily, Narel estaba muy nerviosa, podía notarlo en la manera que tenía de apretarme la mano.

—Tranquila, nena.

Vimos un torbellino de pelo rubio salir de ese coche y echar a correr sin esperar a ninguno de los que venían con ella.

—¡Papi! —Era la primera vez que me llamaba así, la primera vez que iba a ser padre, mi primera hija y escucharlo fue un sueño tan bonito que tuve que tragar el nudo que se me había formado en la garganta si no me quería echar a llorar aquí mismo.

—Lily. —Me agaché y abrí los brazos esperando que se abalanzara sobre ellos—. Mi niña bonita, no sabes las ganas que teníamos de que por fin estuvieras en casa. —La abracé fuerte a mi pecho, me levanté con ella y la giré para que viera a Narel—. Lily, ella es Narel, mi mujer y la mamá de tu hermanito.

—Qué guapa es, tiene el pelo tan rubio como el mío. —Nos reímos —. Si ella es la mamá de mi hermanito, ¿puede ser mi mamá también? —Joder, esta niña removía los sentimientos como nadie.

—Me haría muy feliz ser tu mamá y tener una hija tan preciosa como tú.

—¿Y por qué lloras?

—Lloro de emoción, porque tenía muchas ganas de conocerte, poder darte un abrazo y muchos besos. Si tú quieres.

—Me gusta mucho que me den abrazos y besos. —Echó los brazos hacia ella y la cogió al vuelo.

—Mi dulce niña —le dijo Narel mientras la abrazaba a su pecho—. ¿Quieres ver tu habitación?

—Sí —se giró hacia los de protección de menores—, muchas gracias por haber sido tan buenos conmigo, pero os podéis ir tranquilos, ya estoy en casa con mis papis.

—Lily, no seas descortés —le reñí un poco, solo un poco.

—No lo he sido, papi. He sido agradecida, pero hay más niños que los necesitan, yo ya os tengo a vosotros. —Me quedé mudo con su lógica, los dos chicos que venían con ella se echaron a reír.

—No te preocupes, sabemos cómo es —me dijo uno de ellos.

—Bueno, pero no por ello puede decir todo lo que se le venga a la mente, tiene que saber que hay momentos y momentos.

—Pues como dice nuestra pequeña, Lily. Nosotros nos vamos, que hay muchos niños que nos necesitan —dijo el otro chico.

Nos despedimos de ellos, se montaron en el coche y nosotros nos fuimos para dentro de la casa y con nosotros de la mano llegamos hasta la que sería su habitación.

—¡Halaaaaa! —Alargó esa «a» todo lo que pudo, se había quedado muy impresionada— Es igual a la que yo siempre he querido.

Le enseñamos el resto de la casa, dónde estaba todo. La cocina estos días habíamos cambiado algunas cosas de sitio para que ella pudiera llegar mejor para cogerlas y las cosas peligrosas las quitamos de su alcance, aunque sabíamos que era muy lista, con esas cosas no nos íbamos a arriesgar.

La familia fue llegando poco a poco, todos venían cargados con regalos para ella. La pobre estaba tan ilusionada con todo que no paraba de correr de un sitio para otro.

Maui hizo como con Narel, la cogió bajo su pata, como quien dice, y no se despegó de ella, donde iba Lily, allá que iba él y cualquiera le decía algo a la niña.

Este día fue, al igual que ayer, uno de esos momentos inolvidables que compartimos en familia. En un instante, decidí alejarme un poco de todos y disfrutar de un rato a solas. En esos momentos de reflexión, sentí profundamente la falta de mi madre; me imaginaba lo feliz que estaría al ver la hermosa y numerosa familia que hemos construido a lo largo de los años. No es que solo la extrañe en ocasiones como esta, para que no se malinterpreten mis palabras, su ausencia se siente constantemente en mi vida. Sin embargo, en días como hoy, su falta se hace más evidente.

—Estaría muy feliz de ver en el hombre en el que te has convertido y la familia tan hermosa que has formado —dijo mi padre a mi lado. Él me conocía tan bien que sabía perfectamente en quién estaba pensando en estos momentos.

—Lo sé, es como si la estuviera viendo, hablando con unos y con otros, su risa envolviendo el lugar, repartiendo besos a Narel y Lily. Joder, cuánto la echo de menos, papá.

—Lo sé, hijo, yo también la echo mucho de menos. Todos esos momentos que compartíamos, cuando preparábamos el primer café de la mañana, siempre sonriendo y alegrando mis días.

Sé que, si a mí me costaba mucho la ausencia de mi madre, a mi padre le costaba mucho más, porque, al fin y al cabo, yo había hecho mi vida, pero él seguía estancado en el mismo lugar. Por lo menos, con la llegada de sus nietos, sus días empezarían a tomar un poco más de color.

Capítulo 40



Kora

Era consciente de que aún era bastante joven y que me quedaba un largo camino por delante en la vida, pero como autora de novelas románticas, podéis imaginar la cantidad de veces que había soñado con encontrar a un hombre que se asemejara a alguno de mis personajes, y no solo en lo físico.

Siempre había deseado que algún día apareciese alguien que me amara por encima de todo, como esos que trataba de reflejar en cada una de las historias que mi mente se empeñaba en inventar.

Anhelaba experimentar un amor tan profundo que, con solo una mirada o una suave caricia, pudiera erizar mi piel y hacerme sentir viva.

He tenido muchos sueños y, aunque pueda parecer contradictorio, debo confesar que he disfrutado de mi sexualidad y de las relaciones con hombres; crecí con una familia donde los tabúes sobre este tema, al igual que en otros aspectos de la vida, no tenían cabida.

Disfruto del sexo, y sería hipócrita si dijera lo contrario, sin embargo, eso no significa que no tenga un lado más emocional que anhela encontrar a un hombre que me haga sentir completa y deseada.

Hasta ahora, no había tenido esa suerte, pero digo «hasta ahora» porque, desde hace unos meses, un giro del destino trajo a mi vida al hombre de mis sueños, todo gracias a un encargo que mi hermana mayor tuvo que realizar aquí.

¿Quién iba a decirme que con solo una mirada durante una videollamada iba a sentir que mi corazón se detenía? Eso fue lo que ocurrió. Aunque suene increíble y parezca que todo proviene de una de esas novelas, no fue así, o al menos no era lo que me había ocurrido.

Toda mi familia había acabado viviendo en Sídney. Primero vinimos Alaia y yo. Bueno, en realidad, la primera en llegar fue Narel, pero a ella no la cuento, porque ella fue la causa de todo lo siguiente.

Como decía, después de venir aquí para conocer a esos chicos y visitar a mi hermana, la conexión que sentí con Arlo fue más intensa que la que experimenté al verlo por primera vez a través de esa pantalla de teléfono.

Ahí ya no hubo nada ni nadie que pudiera frenar esos impulsos que al principio empecé a notar; apenas unos días después ese deseo fue creciendo hasta convertirse en algo más, hasta llegar donde estábamos ahora, unos meses después, meses que para mí lo significaron todo.

Cuando Narel sufrió aquel atentado en el que toda la familia vivimos días de angustia, primero porque no la localizábamos y después porque no despertaba. Arlo estuvo en cada instante a mi lado, apoyándome, dándome consuelo durante esos momentos.

Y sí, este hombre era incluso mejor que los protagonistas de mis relatos. Ahora comparaba a todos esos hombres que mi mente creaba para hacer vivir a mis lectoras momentos mágicos y ninguno de ellos le llegaba ni a la suela de los zapatos, a mi chico.

Muchas veces, sin que él se percatara, me quedaba mirándolo y pensaba en la suerte que había tenido de que se cruzara en mi vida. Cada día me demostraba lo importante que era para él.

Eran gestos simples la mayoría de las veces, como, por ejemplo, que yo estuviera sentada tecleando en el ordenador tan absorta en la historia de ese momento y si él pasaba por detrás de mí, se detenía a mi altura y me dejaba un beso en la nuca. O el simple hecho de traerme algo de beber, porque sabía que me apetecía y no me levantaba para buscarlo para no perder el hilo de la historia.

Pequeñas acciones que hacían que el corazón me latiera con más fuerza, detalles que deberíamos experimentar todos con nuestras parejas.

Cuando mamá y papá decidieron mudarse aquí después de lo que le ocurrió a Narel, mi felicidad se vio colmada. Tenía a mis padres con nosotras. Mi hermana pequeña era muy feliz con ese gran hombre y no digamos mi hermana mayor; a ella le faltaba muy poco para tener a su hijo, porque sí, mi sobrino al final era un niño, y después estaba mi pequeña princesa.

Esa niña se había convertido en la luz de todos; cada vez que entraba en alguna habitación lograba que todos los que estuviéramos presentes babeáramos por ella. Era una niña que repartía su amor puro y lograba que todo el mundo terminara prendado de ella.

De lo único que podía expresar una queja, bueno, más bien no era una queja exactamente, lo que sí me provocaba cierta ansiedad y desvelo era su profesión, porque estaba arriesgando constantemente la vida. Tenía más que claro que era su vocación y que si estaba ahí era porque le apasionaba salvar vidas y reducir a los malos, lo aceptaba, porque eran sus sueños, pero eso no evitaba que cada día que salía por la puerta a mí me invadiera la inquietud, supongo que con el tiempo me acostumbraría un poco más.

Como hoy, por ejemplo, que era de noche y aún no había regresado, y cuando eso pasaba quería decir que le habían llamado para intervenir. Estos eran los momentos más difíciles, muchas veces se me escapaban algunas lágrimas, creo que por el cúmulo de emociones que se agolpaban en mi interior.

Estos días, por más que me metiera en la cama e intentara dormir algo para que las horas pasaran más rápido, rara vez lo conseguía. Esta era una de esas noches en las que no iba a poder hacerlo hasta que Arlo no entrara por la puerta de casa.

Cansada de dar vueltas en la cama, me levanté para prepararme un vaso de leche caliente, muchas veces me ayudaba a conciliar el sueño. Estaba esperando a que el microondas pitara, pero en vez de sonar ese aparato, escuché el inconfundible sonido de sus llaves al abrir la puerta.

No lo pensé dos veces, salí de la cocina corriendo para encontrarme con él. Menos mal que tenía buenos reflejos, porque salté a sus brazos y me aferré a él rodeándolo por la cintura con mis piernas y el cuello con los brazos.

—Dime dónde tengo que firmar para que todos los días me recibas de esta manera. —Dejó un beso en mi cuello.

—No seas tonto, sabes que siempre me alegra tu regreso. —Le di un mordisco en el hombro.

—No, si yo no me quejo, al contrario, me encanta que saltes sobre mí, no te imaginas cuánto me gusta. —Me cogió de la cintura empujando un poco hacia abajo para que pudiera notar su erección.

—Guau, mi chico viene hoy con ganas de fiesta. —Me moví un poco sobre él para crear ese roce que tanto me estaba gustando.

—Joder, Kora, me conoces mejor que nadie. —Ronroneó junto a mi oído.

Arlo y yo nos entendíamos en todos los sentidos, en el día a día y sobre todo en el aspecto sexual. En la cama nos compenetrábamos de maravilla, bueno, y en la cocina o en el salón, cualquier lugar era válido para dejar volar nuestra imaginación y complacernos mutuamente.

—Todavía me queda mucho por descubrirte —se lo dije con intención.

Me dejó en el suelo y nos convertimos en dos animales a punto de enfrentarse. Las prendas de ropa empezaron a volar por toda la entrada. Éramos dos fieras a punto de devorarse, y este juego me fascinaba, porque él siempre intentaba dominarme; muchas veces le hacía creer que lo había logrado, pero en días como hoy, me gustaba llevar la iniciativa.

No hubo caricias previas ni juegos, porque de eso íbamos más que servidos. Directamente, tomé su pene erecto entre mis manos y de ahí pasó a mi boca.

—Kora, un día de estos me vas a matar, joder, qué placer. —Le sonreí con su miembro aún en la boca. Me sujetó el pelo con fuerza y empezó a mover las caderas para marcar un ritmo constante.

Con una mano empecé a estimularle los testículos sin detener el movimiento de la boca. Noté cuando estaba a punto de llegar. Su miembro comenzó a palpitar dentro de mi cavidad bucal, pero antes de eyacular, se apartó con un profundo suspiro.

—Eres una chica traviesa, y a las chicas malas me las como enteras. —Me levantó en brazos y me llevó hasta la mesa del salón—. Mi turno —dijo relamiéndose los labios y con esa mirada perversa que tanto me excitaba.

Yo estaba sentada sobre esa mesa, con las piernas bien abiertas; él estaba de pie, ubicado justo entre mis piernas, rozando su miembro contra mi vagina, haciéndonos jadear a ambos. Bajó una mano por el centro de mi vientre, deteniéndola justo encima de esa zona que ansiaba ser tocada.

—Te mueres porque te meta los dedos, ¿verdad? —Sonrió con arrogancia.

—Haces que me corra ya o te la corto de raíz y se la doy de comer a Maui. Tú decides. —Le sujeté por las mejillas para besarlo con deseo y terminar mordiendo su labio inferior.

—Me pones a mil.

Introdujo dos dedos dentro de mí, los curvó hacia arriba, tocando ese punto rugoso dentro de mi cuerpo. Sabía dónde tocar para hacerme poner los ojos en blanco de puro placer. Comenzó a moverlos dentro y fuera con rapidez, a la vez que trazaba círculos con su pulgar sobre el clítoris.

—Eres un capullo, vas a hacer que me corra rapidísimo —gemí.

—No te preocupes, que vas a correrte muchas veces esta noche.

Cumplió lo que me prometió, porque después de hacer que alcanzara el orgasmo con sus dedos, luego lo hizo con su lengua, pero ahí no terminó, porque al final fue en la cama, con él dentro de mí y yo cabalgando sobre él.

De lo que ocurrió después de ese último clímax recuerdo bien poco; me dejó tan exhausta que solo sé que dormí profundamente y superrelajada.

Capítulo 41



Narel

Me sentía superpesada, y eso que todavía me quedaba un mes. «Madre mía, Narel, y te queda el peor mes», pensé, resoplando en la cama. Mira que el embarazo no lo había podido llevar mejor: sin vómitos, sin que me dieran asco los olores… vamos, lo que se dice que mejor suerte no había podido tener.

Pero claro, este niño parecía que iba a nacer hasta caminando por el tamaño que tenía. Era lo más normal, dada mi altura y la de su padre. El caso es que esta noche me habían dolido mucho los riñones, aunque una de las peores cosas que llevaba era no poder aguantar las ganas de hacer pis.

El médico me decía que era normal, ya que el niño era grande y, encima, ya estaba completamente encajado, por lo que me tenía la vejiga más comprimida.

Nathan había empezado a trabajar hacía dos meses, así que ya llevaba un rato fuera. Me levanté de la cama para empezar a preparar el desayuno de Lily y mío, pero primero pasaría por su habitación para que se fuera despertando.

—Cariño, es hora de levantarse. —Me agaché como pude para darle un beso en la cabeza.

—Un poco más, mami. —Le encantaba hacerse la remolona. Era una niña muy dispuesta a todo, pero las mañanas le costaban lo suyo.

—Venga, cielo, que me tienes que ayudar a preparar el desayuno. Hoy decides tú lo que vamos a desayunar.

Una vez que se espabilaba era un terremoto, no por traviesa, sino más bien por culo inquieto. Se levantó de un salto y, como hacía todas las mañanas, se vino hacia mí y apoyó su cabecita en mi barriga para hablarle a su hermano.

—Hermano, cada vez tengo más ganas de conocerte. Por favor, no tardes mucho en salir de ahí.

—Cariño, mejor lo dejamos ahí dentro un poquito más.

—Es que tengo muchas ganas de verle la carita y darle muchos besos.

—Estoy segura de ello. Anda, ve a lavarte la cara y los dientes, te espero en la cocina.

—Tardo poco, mami. —Dejó un beso en la barriga y salió disparada hacia el baño.

Estaba preparando los vasos de leche con cacao para las dos cuando sentí un calambre muy fuerte en mis partes íntimas.

—Ya estoy, mami.

—Un momento, cariño. —Cogí un poco de aire porque eso me había dolido horrores.

Me volvió a dar otra punzada, y esta fue un poco más fuerte. Justo en ese instante sentí cómo un montón de líquido corría por mis piernas hasta formarse un charco en mis pies.

—Hala, mamá, te has hecho pis encima. —Hice una respiración profunda.

—Cariño, ¿te acuerdas de lo que papá y yo te hemos dicho sobre cuando tu hermano fuera a salir de la barriga? —Movió su cabecita para decir que sí—. Bien, pues necesito que lo hagas ahora.

—¡Mi hermano va a nacer ya! —gritó loca de alegría—. Eso es porque esta mañana le he dicho que tengo muchas ganas de verlo.

—Lily, voy a llamar a papi, pero necesito que vayas, te vistas, cojas tu bolsa con la ropa que hemos preparado y la bolsa con las cositas del hermano.

Se fue y yo no perdí tiempo en coger el teléfono para llamar a Nathan. En cuanto marqué, me salió que estaba apagado, por lo que marqué el teléfono de mi padre.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal estás esta mañana?

—Papá, ¿sabes dónde está Nathan? —No le di ni los buenos días.

—Hija, ¿qué pasa?

—He roto aguas y me están dando contracciones. —Jadeé cuando me vino otra.

—Nathan está en una misión, ha llegado un aviso. Intentaré ponerme en contacto con él de camino a tu casa.

—Gracias, papá. —Colgué para llamar a mi madre y que viniera a por Lily.

—Mamá, no digas nada, solo coge a papá y veníos a recoger a la niña. Me he puesto de parto y no localizo a Nathan. —Me eché a llorar, porque no quería que mi hijo naciera sin que su padre estuviera a mi lado—. Mi padre viene de camino para llevarme al hospital.

—Tranquila, hija, salimos ahora mismo para allá. Voy a avisar a tus hermanas y a Henry.

Me despedí de ella y me fui a ducharme como pude. Estaba terminando de vestirme cuando escuché a mi padre hablando en el salón con la niña.

—¡Papá! —lo llamé antes de llegar a su lado—. Hay que esperar a que llegue mamá. —Me doblé hacia delante porque me llegó otra contracción. Quien diga que esto no duele, lo mato—. ¿Has conseguido localizar a Nathan?

—No he podido hablar con él, pero le he dejado el recado a uno de los suyos. Ahora estaba interviniendo y por eso no se lo podían decir.

—Papá, no quiero tener al bebé si él no está a mi lado. —Sé que el niño llegaría al mundo cuando quisiera, estuviera o no su padre presente, pero no podía evitar que me diera mucha pena que se lo perdiera.

—Tranquila, hija, estoy seguro de que llegará a tiempo para ver nacer a su hijo. —Ojalá tuviera razón.

—¡Ya estamos aquí! —Mi madre llegó corriendo—. ¿Dónde está mi muñequita? —Toma ya, se iba directa a darle besos a la niña en vez de venir a ver cómo estaba yo.

—La niña tiene todas sus cosas en esa bolsa, lo demás ya lo vais viendo.

—Hija, ya verás como todo va a pasar rápido —dijo mi padre. Para que no os confundáis, me habló mi padre, el que me había criado.

—Eso espero, porque esto duele horrores y cada vez duele más. —Le cogí la mano cuando me vino otra.

—Hija, vámonos, que aunque yo no entienda de estos temas, creo que están dando demasiado seguidas.

Llegamos al hospital y ya estaban allí mis hermanas y Henry. Pero como las contracciones eran demasiado seguidas, no me paré a hablar con ellas ni con él, solo lo justo para pedirles que intentaran ponerse en contacto con Nathan.

—No te preocupes, no vamos a parar de llamarle. —Me dieron un beso cada una.

—Henry, si no llega a tiempo, quiero que estés tú y mi padre dentro, por favor.

—Cariño, no te preocupes, que mi hijo llegará. Pero si no lo hace, puedes estar segura de que me siento muy emocionado de que cuentes conmigo para ver nacer a mi nieto.

Una enfermera apareció con una silla de ruedas y me llevó dentro para que la matrona me reconociera.

—Esto te puede resultar un poco molesto, pero es necesario para ver de cuántos centímetros estás dilatada. —La matrona me hablaba de una manera muy amable mientras me exploraba con mucha suavidad—. Muy bien, estás de cinco centímetros. Si quieres, te podemos poner la epidural ya.

Yo era de las que pensaban antes que era mucho mejor tener un parto natural, pero visto lo visto y lo que esto dolía, sí quería que me la pusieran, pero a litros si hacía falta. Así que le dije que sí.

—Muy bien, te voy a traer los papeles que tienes que firmar y, una vez que lo hayas hecho, vendrá el anestesista —asentí a todo lo que me dijo—. Ahora necesito que me digas quién te va a acompañar.

—Mi pareja no ha llegado todavía. —Me eché a llorar—. ¿Pueden entrar mi padre y mi suegro?

—Claro que sí, cariño.

—¿Después habrá algún problema para que pueda entrar mi pareja?

—No, no te preocupes. Yo misma diré que en cuanto llegue lo preparen para que entre y cuando esté contigo saldrán los otros acompañantes.

—Muchas gracias por ser tan amable.

—Voy a decirles a tu padre y a tu suegro dónde tienen que ir para cambiarse de ropa. Mientras, el anestesista te pondrá la epidural. Ya verás que en cuanto lo haga, te dejará de doler.

Mientras esperaba que mi padre y Henry llegaran, vinieron para ponerme la epidural.

—A partir de ahora lo vas a llevar mejor. —Era un médico muy joven, pero se veía que sabía muy bien cómo hacer su trabajo. A pesar de que la aguja era bastante grande, lo hizo con tanto tacto que no sentí casi nada—. Le voy a decir a tu acompañante que ya puede pasar.

Le di las gracias por todo y me dejé caer en la cama, pensando en que Nathan se iba a perder este momento tan bonito. Sé que para él era muy importante estar presente.

Me tapé la cara con las manos, dejándome llevar por el llanto. Lloraba porque por fin iba a tener a mi niño entre mis brazos, pero también lo hacía porque no estaba dándome la mano la persona que tendría que estar haciéndolo.

—Shhh… ya pasó. —Quité las manos de mi rostro y ahí estaba él—. ¿Por qué lloras, nena? —Me limpió las mejillas con sus dedos.

—Pensaba que no ibas a llegar a tiempo y no quería que te perdieras este momento tan especial.

—Pues ya ves, aquí me tienes. Siento no haber podido llegar antes. —Besó mis labios con esa suavidad que él utilizaba conmigo.

Llegó la hora de tener que empujar. La verdad es que desde que me pusieron la epidural y Nathan había llegado, me sentía superbién. Así que aquí estaba, empujando como una loca, respirando de manera trabajosa y sudando a mares, mientras Nathan me dedicaba palabras de aliento y fuerza.

—El último empujón y lo tenemos aquí —dijo una médica que estaba entre mis piernas—. Vamos, Narel, que tú puedes. —Empujé con todas mis fuerzas y entonces se escuchó el llanto de mi hijo—. Normal que haya costado tanto que salga, este niño es enorme. —Lo levantó y lo puso en mi pecho.

En ese momento no sabía quién era el que más lloraba: si el niño, el padre o yo. Vaya trío, estábamos hechos.

—Papi, ¿quieres cortar el cordón?

—Me encantaría.

Y mientras Nathan cogía esas tijeras, yo me quedé embobada mirando a mi hijo. Era precioso, casi no tenía pelo. Bueno, sí que lo tenía, pero era tan rubio que parecía que carecía de él.

—Es precioso, nena. Gracias por hacerme este regalo tan maravilloso. —Nos dio un beso en la cabeza a cada uno, a la vez que la emoción se le desbordaba por los ojos.

Limpiaron al niño y después hicieron lo mismo conmigo. En el proceso en que lo hacían conmigo, Nathan no soltó al niño de sus brazos. Daba igual que estuviera dormido, veía cómo de vez en cuando acercaba su rostro a la cabeza de nuestro hijo para aspirar su olor y darle un beso. Era una imagen tan bonita que no creía que nunca la pudiera olvidar.

Nos llevaron a la habitación y, una vez allí, entró toda la familia en tropel. Mi pobre hijo parecía un muñeco, pasando de unas manos a otras.

—Bueno, ¿vais a decir ya cómo se llama mi sobrino o le vamos a tener que llamar enano? —nos preguntó Alaia a Nathan y a mí.

—Espero que no os siente mal al resto, pero esto se lo debo a él, porque se perdió mi niñez. —Mi padre me miró con sorpresa y emoción—. Queremos que estés siempre presente en la vida de nuestro hijo. Papá —estiré la mano para que me la cogiera.

»Ya que no me pudiste ver dar los primeros pasos, ni me escuchaste decir las primeras palabras, quiero que estés en esos momentos y siempre en la vida de tu nieto. Que le des todo el amor que no me pudiste dar, porque estoy totalmente segura de que tu nieto te va a amar con todo su corazón.

Era impactante, como poco, ver a un hombre tan grande como era mi padre derrumbarse y llorar como un niño. Así estaba él, sin poder pronunciar palabra y sin saber qué hacer, aparte de llorar como lo estaba haciendo.

Cuando levanté la mirada y miré al resto de mi familia, todos estaban igual. Joder, no podía permitir que siguiéramos llorando. Menudo recuerdo se iba a llevar mi niño de su primer día de vida.

—Kora, lo que yo te diga, al final la que tenía que haber sido escritora de la familia era yo. Mira, aquí os tengo a todos llorando de la emoción. Es que soy la mejor, valgo lo mismo para un roto que para un descosido.

—Eres la hostia, cuñada —me dijo Hugh, muerto de la risa. Bueno, que el resto también lo estaban.

—Yo creo que la cigüeña se ha tenido que equivocar —dijo de pronto mi pequeña en los brazos de su tío Arlo.

—¿Por qué, princesa? —le preguntó él.

—No está claro, mi hermano no es un bebé. ¡Si es casi más grande que yo! —Hala, la niña tampoco era exagerada.

—Hija, tanto como para eso no creo —le dijo su abuelo Henry.

—Bueno, tanto no, pero más grande que mis muñecos sí que es. —Nos reímos todos con sus ocurrencias.

Capítulo 42



Arlo

—No me jodas, Nathan —le dije cuando llegó a la puerta de mi casa con el niño en un brazo, la niña cogida de su otra mano y con dos bolsos de ropa, uno colgado de cada hombro.

—Fue una apuesta y te recuerdo que la perdiste —dijo, pasando a mi lado y entrando en mi casa como si fuera la suya.

—Te recuerdo que la apuesta fue hace más de un año, yo creo que ya ha caducado. —Me crucé de brazos viendo cómo soltaba las dos bolsas en el sofá.

—No seas tonto —no me decía otra palabra peor porque estaban los niños delante—, esa apuesta no podía caducar, porque sabías de sobra que era para cuando Narel tuviera a tu sobrino.

—Lo recuerdo, pero de eso ya hace seis meses.

—Como tú comprenderás, no te íbamos a dejar al niño recién nacido. —Encima el hijo de su madre se encogía de hombros—. Además, para que veas que soy mejor de lo que piensas, te los voy a dejar solo dos noches y tres días.

—Ya podías haber elegido otro momento, Kora está con el final de una novela, me voy a tener que comer el marrón yo solo.

—Así practicas para cuando tengas a los tuyos.

—Tito, no te preocupes, yo te ayudo con mi hermano y por mí no te inquietes, que yo sé cuidarme sola. —Esta niña se pensaba que ya tenía quince años y para eso le faltaban un montón.

—Tú eres la mejor sobrina del mundo entero. —La cogí en brazos y empecé a hacerle cosquillas, aunque ella siempre gritaba que parara, yo sabía muy bien que le encantaba.

—¿Qué está pasando? Pero mira a quién tenemos aquí, si son los niños más bonitos del mundo entero. —Iba a coger al pequeño Robert en brazos.

—No lo cojas —se quedó parada en seco— si lo haces, nos tendremos que quedar con ellos tres días.

—Anda ya, no digas tonterías, si mi hermana no es capaz de separarse de los niños. —Finalmente, lo cogió, en ese instante Nathan me guiñó un ojo y empezó a sonreír, cabronazo.

—Hala, todo vuestro, nos vemos dentro de tres días. —Le dio un beso a cada uno de los niños y se fue hacia la puerta—. Por cierto, en cuanto me monte en el coche, te mandaré todas las indicaciones de comida, la hora en que deben dormir y todas esas cosas.

Kora se quedó con la boca abierta, es que claro, ella no sabía nada de la apuesta. En su momento se me olvidó contárselo y después no me había acordado.

—No me mires así, ya te contaré de qué va todo esto. Por cierto, ¿cómo llevas el final de la novela?

—Déjate de rollos, Arlo, que me he dado patadas en el culo para terminarla antes de tiempo y así poder disfrutar unos días contigo, ya que tienes vacaciones. —Soltó un gran resoplido.

Sé que estaba exagerando, porque ella estaba igual de enamorada de estos enanos como lo estaba yo.

—Pues tendremos que disfrutar con ellos acompañándonos.

—Podemos llamar a mis padres para que se queden con ellos.

—Cariño, ni lo intentes, porque llames a quien llames, todos te van a decir que no, porque esto era una apuesta entre Nathan y yo.

—¿Qué clase de apuesta? —Se lo conté todo mientras le dábamos la comida de media mañana al niño y a la niña un poco de fruta—. Escúchame lo que te voy a decir. —Uy, esa mirada era de las que me ponían cachondo. Joder, y con los niños no podía hacerle todo lo que me apetecía—: ya puedes machacarte entrenando, pero a mi cuñado le tienes que dar una paliza y cuando lo hagas, nos lo vamos a cobrar bien cobrado. La venganza más dulce se sirve en plato bien frío.

—Me has puesto como una moto —le susurré al oído.

—Pues ahora te aguantas, porque no podemos hacer nada por tu culpa —murmuró.

Esta mujer me volvía loco en el buen sentido, desde su mirada, su manera de moverse, el contoneo de su culo, las sonrisas y lo afiladas que podían ser sus palabras. Y ahora aquí estaba yo, babeando como un gilipollas por la visión que me estaba dando.

Eh, no penséis mal que no era nada erótico. La estaba viendo con mi sobrino en brazos mientras le daba un biberón y mantenía una conversación con mi princesa, porque Lily era mi pequeña princesa. A lo que iba, que me hago un lío.

Con la imagen que tenía ante mis ojos, lo que más deseaba en este instante era una familia como la que había creado mi cuñada junto a mi amigo.

¿Cómo tres hermanas habían venido a mi país a ponernos la vida patas arriba a tres amigos? ¿Cómo lo habían hecho? No tenía ni puta idea, pero que estaba feliz no había duda.

Y lo hizo toda su familia, no se podía negar que tenían valor y arrojo, porque no todo el mundo tenía los cojones de dejarlo todo en su país para irse a otro a miles de kilómetros, y todo por amor. Las hijas por amor a unos hombres y los padres por amor a sus hijas.

Me habían dado una lección de vida que ni en mis mejores sueños, solo esperaba que Kora viera en mí siempre al hombre de su vida, ella lo era todo para mí.

No, no todo era color de rosa, quien diga eso en una relación miente. ¿Que hay mucho amor? Por supuesto, mucho más del que nunca me hubiera imaginado, pero también teníamos nuestros días y como los dos éramos de carácter fuerte, había momentos en que podíamos parecer volcanes en erupción.

Sin embargo, las reconciliaciones eran apoteósicas, creo que esa palabra se quedaba demasiado pequeña para como podían llegar a ser. Mejor dejaba de pensar en esas reconciliaciones que había menores delante y no era plan de quedarme todo el día con dolor de huevos.

—Kora —me miró a la espera de que le dijera algo—, ¿no te gustaría que formáramos nuestra propia familia? —Esperé su respuesta con cierto temor.

Estábamos sentados en el sofá con el niño dormido en su cuna portátil y la niña sentada en el suelo coloreando en un libro de dibujos.

—Ya tenemos la familia formada —me dijo sin apartar la mirada de la mía.

—Sí, sé que tenemos nuestra familia, pero yo digo la nuestra propia. Ya sabes, tener a nuestros hijos.

—Te he entendido a la primera, lo que creo es que el que no me ha entendido eres tú. —Pues no, porque seguía sin entenderla—. Cariño, nuestro primer hijo ya viene de camino.

—Creo que no te he entendido muy bien. —Joder, que me estaba faltando la respiración, ¿de verdad iba a ser padre?

—Tus ojos me dicen que me has entendido superbién, vamos a ser padres dentro de ocho meses.

—Joder, nena, qué feliz me acabas de hacer. ¿Desde cuándo lo sabes? —La abracé y empecé a darle besos por toda la cara; ella no paraba de reír.

—Me enteré ayer, pero lo llevo sospechando desde hace varios días. —Me devolvió el beso—. No lo sabe nadie, he querido que tú lo supieras primero.

—Gracias por entrar en mi vida y ponerla patas arriba, gracias por hacerme alcanzar algo que nunca imaginé, simplemente gracias por ser y estar.

—Tito, ¿por qué estás tan contento? —Lily se había levantado para venir hasta mí; la cogí en brazos y la senté en mis rodillas.

—Porque la tita va a tener un bebé.

—¿Voy a tener un primito? —Abrió mucho sus ojitos.

—Sí, princesa, vas a tener un primito. —Le di un beso en la cabeza.

—Vale, pero esta vez quiero que sea una niña. —Miró fijamente a su tía—. Tita, esta vez tienes que hacer que sea una niña.

—Haré todo lo posible para que sea una niña —dijo Kora riendo.

Al final, los tres días que pasaron los niños con nosotros fueron de lo más divertidos. Salimos a comer fuera, llevamos a los niños al parque, aunque en este caso Robert no podía disfrutar como su hermana, pero mi niña tenía que divertirse. Hicimos infinidad de cosas y como los dos eran tan buenos para dormir, las noches eran de Kora y mías.

Cuando sus padres vinieron a buscarlos, venían de lo más resplandecientes. Vamos, que descansar lo habían hecho, y mucho más que ese descanso también lo hicieron.

Cuando les dimos la noticia del embarazo de Kora, mi cuñada se puso a saltar como loca. Nos felicitaron, como sabía que lo harían, de corazón.

Por la noche, cuando ya estábamos solos sentados en el sofá después de haber cenado y recogido todo, con ella recostada en mi pecho, solo podía pensar en la suerte que había tenido y darle gracias a la vida por haberla puesto en mi camino.

A partir de ahora tendría dos razones por las que vivir y luchar siempre. Solo esperaba que con el paso del tiempo esas razones aumentaran como mínimo en dos números más.

Capítulo 43



Nathan

Aquí estábamos: en la playa, con un altar hecho de flores blancas prendidas en una tela también del mismo tono, una alfombra del mismo estilo que hacía de pasillo hasta donde estábamos mis dos amigos, mi suegra con mi hijo en brazos y yo.

¿Por qué les gustaba tanto a las hermanas decorarlo todo de blanco? Ni idea, el caso era que hasta los tres novios íbamos vestidos del mismo modo, eso sí, al menos no nos habían obligado a usar traje de chaqueta.

Nuestras prendas eran sencillas, pero elegantes, pantalones de lino suave, un poco holgados, y las camisas del mismo material y color. Zapatos no llevábamos, ellas dijeron que así era mejor y más cómodo, que deseaban una boda íntima y bonita, nada de formalidades, algo con lo que todos nos sintiéramos identificados.

Y como la playa nos gustaba a todos y a ellas les recordaba a su tierra, decidimos dar el «sí, quiero» las tres parejas en este maravilloso rincón. Estaba deseando verla aparecer ya, aunque para mí era mi esposa, solo faltaba dar este paso para terminar de formalizarlo.

—Y por fin llegó nuestro día —dijo Hugh a mi lado.

—¿Alguna vez pensaste que nos casaríamos los tres a la vez y con tres hermanas? —le pregunté.

—Joder, ni en mis mejores sueños, lo habría imaginado. —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo que le dio nuestra suegra.

—Ni yo tampoco, pero no puedo estar más feliz. —Los observé a los dos—. Míranos, estamos a punto de casarnos con unas mujeres increíbles. Yo soy padre de dos niños, Arlo pronto también lo será y ya solo quedas tú.

—Ni Alaia ni yo tenemos prisa en ese sentido, por ahora nos conformamos con ser tíos, supongo que con el tiempo lo decidiremos, pero sin apuros, mi chica quiere recorrer el mundo en cuanto podamos.

—Me parece una buena idea por vuestra parte, de todos modos, Alaia es la menor de las tres. Cuando estéis listos, lo sabréis, aunque si te pasa como a Arlo y a mí, no creo que tardes mucho. —Le dediqué una sonrisa pícara.

Si había algo en particular que nos gustaba a los seis por igual, era un grupo musical y como no podía ser menos, decidimos usar una de sus canciones como marcha nupcial. El grupo no era otro que Imagine Dragons y para el desfile que iban a dar las chicas, escogimos la canción *Next to me*.

Sé que para la mayoría de las personas tal vez no fuera la más adecuada, pero como era nuestra boda y era la que a los seis nos gustaba, pues no había mucho más que decir.

En cuanto las notas musicales empezaron a sonar por los altavoces, los tres miramos hacia el frente. Narel venía cogida del brazo de mi padre, con ese vestido espectacular que la hacía parecer una diosa.

Kora venía del brazo de su padre y Alaia venía del brazo de Robert. Las tres hermanas estaban preciosas, pero como era normal, a cada uno nos parecería la nuestra, la más bonita del mundo.

Todas se acercaban con una sonrisa, se las veía felices y como no podía ser menos, mi niña iba delante de las tres, tirando con sus pequeñas manitas pétalos de rosas blancas. Mi princesa hoy sí que parecía una de verdad, con un lazo blanco a modo de diadema, descalza y con un vestido de tirantes con una tela muy vaporosa.

—Estás radiante, nena, nunca te había visto tan hermosa.

—Eso es porque no te has mirado al espejo. Cuando te he visto, creo que me he enamorado de nuevo. —Me guiñó el ojo.

Sabía que tenían algo planeado para después de la ceremonia, porque estando las tres hermanas juntas y de fiesta, podía surgir cualquier cosa de esas locas cabezas.

Llegó el momento de decir el «sí, quiero», y en cuanto me dijeron «puedes besar a la novia», la abracé inclinándola hacia atrás, sosteniéndola con un brazo, mientras que con la otra mano la tomé por la mejilla y la besé, demostrando en ese beso lo importante que era y cuánto la amaba.

—Te amo —dije sobre sus labios.

—No más que yo a ti. —Sonrió sobre mis labios.

—¡Vivan los novios! —gritó mi hija y estaba seguro de que su madre era quien le había dicho que lo gritara, ya que eso era muy típico hacerlo en las bodas de su país.

—¡Viva! —gritaron el resto de nuestra familia.

Como lo habían preparado todo, de buenas a primeras empezaron a aparecer camareros y camareras, y como no, todos vestidos de blanco, con bandejas llenas de bebidas y distintos tipos de canapés.

La música llenaba el ambiente y como estábamos en una playa pública, porque así lo quisieron ellas, las hermanas les dijeron a los camareros que fueran ofreciendo bebidas a todo aquel que estuviera cerca de nosotros.

Desde luego que esta no estaba siendo una boda convencional, estaba siendo de todo menos eso, pero lo que nos importaba de verdad era lo bien que nos lo estábamos pasando todos.

—¿Estáis preparados para lo siguiente? —nos preguntó Kora a todos — Cariño, tú tendrás que aguantarte e ir más suave que los demás.

—Nena, pero no cuentes nuestras intimidades.

—Calla, idiota, que no hablo del sexo.

—Hermana, que están los niños.

—Mira la otra, lo remilgada que se ha vuelto desde que es madre, no seas tonta, que sabes que del sexo se habla en nuestra familia libremente. Bueno, a lo que iba. —Cogió a cada una de sus hermanas de las manos—. Chicos, vosotros solo tenéis que seguirnos. Papá y tú, intentad que las fotos salgan más o menos bien. Ya sabemos que no eres Narel, pero haz el intento.

—Muchas gracias por la confianza que has depositado en mí para que os haga las fotos, no sabes todo lo que significa esto para mí.

—Papá, déjalo, el sarcasmo nunca se te ha dado bien, eso es más bien cosa de mamá.

—Vaya, mejor haced lo que tengáis que hacer, porque como sigáis criticándome, me vais a hundir la moral.

—Esa no te la hunde ni un meteorito —le dijo su mujer.

—Bueno, a lo que íbamos —habló Alaia— ¿veis aquello de allí? Sí, son tablas de surf, así que a la de tres, todos a correr y pillar una.

Empezamos a correr y cuando pasé por el lado de Narel la levanté al vuelo, me la cargué al hombro y seguí corriendo hasta alcanzar una de esas tablas.

Las risas de todos llenaban el ambiente, las personas que había en la playa no paraban de animarnos. Mi hija me impulsaba para que llegara el primero y Narel iba muerta de risa.

—Nena, hoy vamos a tomar las olas como a mí me gusta, así que ya sabes. —Le di un beso cuando la monté en la tabla.

—Y yo que pensaba que tal vez nos podíamos ir un poco mar adentro y que me hicieras el amor allí.

—No me lo digas dos veces, que me olvido de todo el mundo, menos de ti.

—Hazlo, que no te dé miedo. El vestido nos cubrirá. —Vaya que lo iba a hacer, mientras más me provocaba, más encendido me ponía.

—Primero vamos a coger unas cuantas olas, después te voy a hacer gritar como una loca, pero esos gritos quedarán solo para mí, porque pienso callarlos con mi lengua metida en tu boca.

—Si haces todo eso, me harás la mujer más feliz de la tierra. —Más descarada no podía ser, pero ese atrevimiento era una de las cosas que más me gustaban de ella.

Hicimos las cosas tal y como le prometí que las haría, paso por paso cumplí todo, después de haberle hecho el amor en medio del mar sobre una tabla de surf, nos quedamos allí durante un rato, dejándonos mecer por las olas, los dos en silencio, supongo que cada uno estábamos pensando en nuestras cosas.

En mi caso era en todo lo que había vivido desde que la vi por primera vez en aquel banco, con ese aplomo que mostró, la valentía por sacrificarse por una madre y un niño que no conocía de nada. No podía estar más orgulloso de la mujer que había elegido para pasar el resto de mis días.

Aunque si lo pensaba bien, creo que la que me eligió fue ella a mí.

Epílogo



Narel

Veinte años después…

El tiempo pasa más rápido de lo que podemos percibir y mucho más si lo que estás viviendo son años inolvidables. A mis cincuenta y un años puedo decir que he vivido un sinfín de experiencias, no todas han sido siempre gratas.

Algunas fueron pesadillas de las que logré salir ilesa, otras estuvieron bien, pero la mejor de todas es la que estoy disfrutando ahora, mi día a día, porque para mí también es una travesía, sobre todo desde que conocí a Nathan.

Cuando lo vi por primera vez, había algo en él que me atraía mucho. Luego descubrí que no solo era algo, sino que era todo. Su físico me impresionó, pero su forma de ser, de tratarme, me conquistó.

Aquí seguíamos, veinte años después y tan unidos como siempre, juntos fuimos superando todos los problemas que nos iban surgiendo, muchas veces con más energía y otras no tantas.

Habíamos formado una familia muy especial, una como en la que me crie yo y lo hizo él. Una donde el respeto por los sentimientos de los demás estaba por encima de todo, en la que ser buena gente y cordial estaban presentes.

Todos conocéis a mi hija mayor, Lily, esa niña que llegó primero a la vida de su padre para quedarse en ella y no volver a irse. Hoy en día era una mujer que había seguido el camino que yo tomé, ahora era cuando comprendía a mi madre y el temor que sentía cada vez que tenía que ir a algún país en guerra, pero ¿quién era yo para cortar sus alas y no dejarle volar? Nadie, porque ella se tenía que construir a sí misma y es lo que había hecho, ya que hoy en día era más reconocida de lo que en su momento llegué a ser yo.

Después estaba Robert, que a sus veinte años se estaba formando para seguir los pasos de su padre, mi niño grandullón, que sí, nació grande, pero con un corazón aún más grande. Él era pura nobleza, con las personas, pero en especial con los animales. Si no que nos lo dijeran a su padre y a mí, que hubo momentos en los que mi casa parecía un zoológico más que un hogar.

Animal que encontraba, herido o abandonado, animal que rescataba, tanto fue así, que al final terminamos haciendo en la parte trasera del jardín un refugio para todo tipo de especies. Y no penséis que estaba hecho de cualquier manera, no, en absoluto, estaba todo separado por tipos y con las mejores de las condiciones.

Salvando animales fue como conoció a su novia, una chica un año menor que él que sentía el mismo amor por esos seres que mi hijo. Anna se había convertido en otra hija para nosotros, siempre estaba pendiente de todo, ofreciendo su ayuda sin cesar, sobre todo estaba volcada en cuidar a mis padres y a mi suegro. Porque sí, ellos seguían con nosotros, con sus más y sus menos, como todas las personas mayores, pero lo que importaba es que todavía estaban presentes.

Y llegamos a mi pequeña, el torbellino, más que un torbellino, era un ciclón en sí. Amelia, le pusimos ese nombre por la madre de Nathan. Ella tenía diecisiete años, estaba estudiando y la verdad, como alumna, no nos podíamos quejar, porque era de las que mejores notas sacaban de toda su clase, pero traviesa era como la que más.

Además, que era de las que te enredaban de tal manera que acababas convencido de que lo que ella decía, tenía razón en todo, tenía un don en ese sentido contra el que poco podías luchar. Camelarse a la gente era lo suyo, ella decía que de mayor quería ser negociadora en la policía, si era lo que deseaba, desde luego que la íbamos a apoyar.

Bueno, como ya os he dicho antes, mis padres y mi suegro siguen entre nosotros, nunca están solos, siempre hay alguien con ellos, no por obligación, más bien por gratitud, porque gracias a ellos somos lo que somos, ya que con más experiencia o con menos, han hecho de todos nosotros unos hombres y mujeres increíbles.

Kora, mi hermana mediana, esa que aún hoy en día sigue creando historias hermosas que ayudan a muchas personas a olvidar sus problemas mientras las leen, o simplemente con ellas las transporta a mundos y amores inolvidables, donde como dice ella siempre terminan felices, porque para cosas malas ya está la vida misma.

Ella junto con mi cuñado Arlo crearon su propia familia, una en la que mis sobrinos nos llenan de alegría y felicidad. Tuvieron dos niñas, como le pidió mi princesa en su día, que quería una prima, pues sus tíos le trajeron dos del tirón.

Olivia y Nayra, que ya tienen diecinueve años. La primera se está dedicando al mundo de la moda, siempre le ha gustado mucho destacar, la segunda está estudiando para cardióloga, dice que quiere ayudar a personas, como en su día ayudaron a su prima, aunque no solo se le puede destacar lo bueno, que no digo que sean malas, pero en la lengua afilada las dos son iguales a mi hermana. Ya podían haber heredado otro rasgo de ella.

Alaia y Hugh, estos se pensaron mucho lo de ser padres, tanto que se dedicaron unos cuantos años a viajar y recorrer el mundo. Mi cuñado se cogió dos años de excedencia y mi hermana trabajaba en sus ratos libres.

Diez años tuvieron para disfrutar el uno del otro y solo se quedaron con un único hijo, rey de la familia, el pequeño de todos y el más mimado, porque todos acogimos a ese niño como un soplo de aire fresco.

A mi sobrino le pusieron Henry y es que mi cuñado tenía una historia con mi suegro de la que no sabíamos nada hasta años después que se animó a contárnosla. Fue un momento muy duro por el que él pasó y con la ayuda de Henry es lo que hoy día era, así que en agradecimiento le pusieron su nombre a su hijo.

Maui, mi dingo, bueno mío, no era, pero después lo fue. Mi fiel compañero, el que protegía a la familia por encima de todo, él al principio se la tenía jurada a Hugh. Nos dejó hace nueve años por un tumor en el hígado, lo cuidamos hasta que le tuvimos que dar el último adiós, creo que fue una de las cosas más duras que he tenido que hacer en mi vida, ver cómo le ponen una inyección para que dejara de sufrir, mientras que sus ojos se iban apagando, a la vez que él se iba, el vacío iba creciendo dentro de mí, pero mientras fuera capaz de recordarlo, seguiría vivo en mis recuerdos.

—Hoy estás especialmente callada —me dijo Nathan mientras terminábamos de preparar la comida.

—Supongo que tengo uno de esos días en los que te da por recordar el pasado. —Me encogí de hombros, porque era cierto que hoy me había levantado un poco nostálgica.

—¿Por algo en particular? —Quiso saber.

—No, simplemente estaba pensando en el largo camino que hemos recorrido juntos y en lo perfecto que ha sido todo. —Doblé el trapo de cocina.

—Ha sido un camino bonito y todavía lo sigue siendo. —Se acercó a mí para envolverme entre sus brazos—. Lo que empezó siendo una casualidad, se convirtió en una realidad.

—No olvidemos que esa casualidad empezó con una mentira tuya, hasta que descubrí quién eras. —Siempre que podía se lo recordaba, no como reproche, era como una broma nuestra.

—Nena, que de eso han pasado más de veinte años. —Me besó en el cuello.

—Joder, siempre estáis igual, sois demasiado empalagosos —dijo mi hija pequeña, entrando en la cocina y poniendo cara de vinagre al vernos.

—Si no fuera por lo empalagosos que somos, según tú, no estarías en este mundo, así que chitón, y a terminar de poner la mesa —le dije entre bromas.

—¡Hogar, dulce hogar! —gritó Lily— ¡Familia, que he vuelto!

—Todos somos conscientes de que lo has hecho, hermana —le dijo mi hijo mientras la abrazaba con sus fuertes brazos.

—No le digas esas cosas a tu hermana —le regañó su novia.

—Cariño, esta vez vienes mucho más morena —le dije cuando llegué a su lado para abrazarla y comérmela a besos.

—Mamá, que me vas a borrar la cara con tantos besos —protestó de labios para fuera, porque en el fondo le encantaba que le dieras esos besos.

—Princesa, cada día estás más bonita. —Su padre la levantó del suelo y dio unas cuantas vueltas con ella en brazos.

—Eso, una princesa, el otro rey y yo soy la pitufina, anda, que ya os vale.

—Enana, ¿si prefieres puedes pasar a ser el monstruo de las galletas? —En eso tenía razón mi hijo, esta niña se comía las galletas de tres en tres y estaba superdelgada, no sé cómo se las arreglaba.

—Tú lo que tienes es envidia de que puedo comer todo lo que quiero y no engordo. —Le sacó la lengua al pasar por su lado.

—Envidia, te tengo yo, cuñada, que para comer lo que tú comes, después me tengo que machacar con el ejercicio.

—Sí, no hace falta que lo digas, todos sabemos el deporte que haces con mi hermano, creo que en ese se pierden muchas calorías. —Nos tuvimos que reír con su comentario.

—Pues ya sabes, empieza a practicarlo bastante tarde, porque con dos veces que lo hagas te vas a quedar en los huesos —le contestó su hermano.

—Vamos a dejar ese tema de lado, mejor nos dedicamos a terminar de poner la mesa y comer tranquilos. —Nathan no quería ver que su hija pequeña ya se había hecho mayor.

—Cariño, asúmelo, ya no es tu bebé, se nos ha hecho mayor. —Le di un beso al pasar por su lado—. Pero no temas, que tonta no es.

—Por fin alguien ve que he crecido —dijo, levantando las manos en señal de gracias.

Y esta era mi familia, todos teníamos nuestras cosillas, pero nos entendíamos muy bien y si pasaba algo más grave, cumplíamos nuestra principal norma.

Esa era que por muy dolidos o enfadados que estuviéramos, nadie salía de la casa sin hablar y aclarar las cosas, porque los problemas, mientras antes se resuelvan mucho mejor.

Veinte años habían dado para tanto y a la vez tan poco, porque los años pasaban y yo sentía que todavía me quedaban muchos por vivir rodeada por toda mi familia, pues cuando se tiene una familia como la que yo tenía, todos los momentos te parecían pocos.

Comimos como lo hacíamos siempre que estábamos reunidos, con la casa llena de risas y alegría.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu